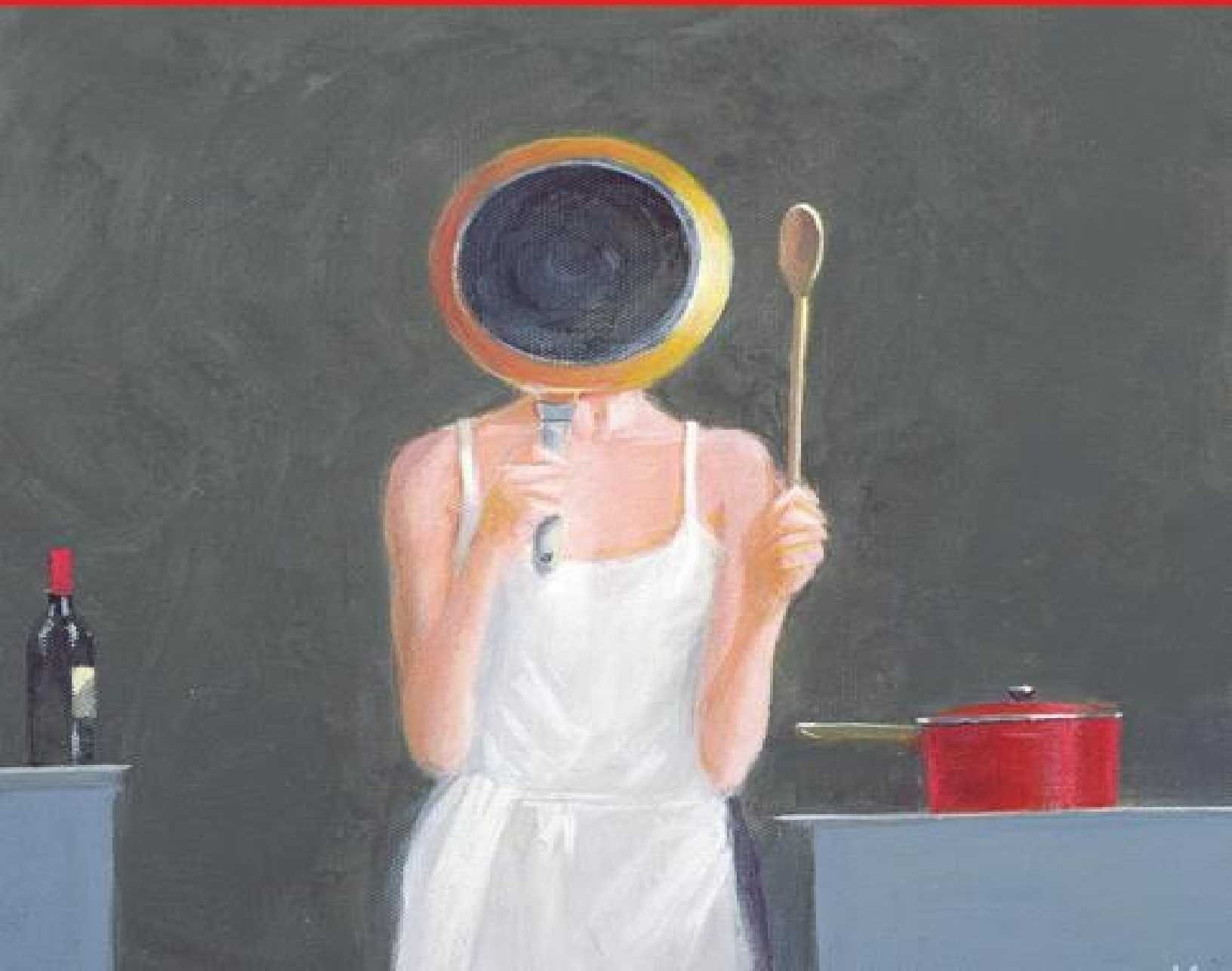
Francesca Melandri

EVA ESTÁ DORMIDA

PERIFÉRICA



LARGO RECORRIDO, 220

Francesca Melandri

EVA ESTÁ DORMIDA

TRADUCCIÓN DE MIGUEL ROS GONZÁLEZ

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2026
TÍTULO ORIGINAL: *Eva dorme*
MAQUETACIÓN: Grafime

© Francesca Melandri, 2010
Publicado gracias a un acuerdo
con The Italian Literary Agency
© de la traducción, Miguel Ros González, 2026
© de esta edición, Editorial Periférica, 2026. Cáceres
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-10171-82-4

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

A mis hijos, felices plurilingües,
y en memoria de mi padre

Una noche, en la *Stube*, el viejo Sonner cortó en seco los habituales lamentos sobre la traición, diciendo: «¡Eso son tonterías! Hasta los niños saben que la guerra la ganamos nosotros. ¡Lo que jamás habría soñado es que nos darían Italia entera!».

CLAUS GATTERER, *Bel paese, brutta gente*

¡Oye, que allí son todos alemanes!

MARIANO RUMOR tras descubrir, en unas vacaciones
en val Pusteria en 1968, la existencia de una
minoría lingüística en un territorio del país del que
era primer ministro.

¿Sois italianos gobernados por alemanes? ¡Qué suerte la vuestra!

INDRO MONTANELLI

Call the world, if you please,
«the vale of Soulmaking».
Then you will find out the use
of the world.

JOHN KEATS, carta a George y Georgiana Keats

Let Eve (for I have drench'd her eyes)
Here sleep below, while thou to foresight wak'st.

JOHN MILTON, *El Paraíso perdido*, libro XI

PRÓLOGO

Era un paquete pequeño, envuelto en papel marrón atado con bramante. El destinatario y el remitente estaban escritos con una letra ordenada. Gerda la reconoció de inmediato.

–*I nimms net* –le dijo a Udo, el cartero. No lo quiero.

–Pero es para Eva…

–Soy su madre. Yo sé que no lo quiere.

Udo habría querido preguntarle: «¿Estás segura?». Ella levantó la cabeza y se quedó mirándolo con sus ojos, transparentes y almendrados. Él no dijo nada. Sacó un boli del bolsillo y un formulario de la bolsa de cuero, y se los ofreció a Gerda sin aguantarle la mirada.

–Firma aquí.

Gerda firmó. Luego le preguntó, con inesperada ternura:

–¿Ahora qué pasará con el paquete?

–Me lo llevo otra vez a la oficina de Correos y digo que no lo quieres…

–Que Eva no lo quiere.

–… y ellos lo devuelven.

Udo guardó el paquete en la bolsa de cuero. Dobló el formulario y lo metió entre otros folios. Comprobó que el boli estaba bien cerrado y se lo guardó en el bolsillo. Se disponía a marcharse. Su cuerpo ya empezaba a girar hacia la

carretera, y los pies estaban a punto de hacer lo propio, cuando preguntó, por escrúpulo de conciencia:

–Pero ¿dónde está Eva?

–Eva está dormida.

El paquete marrón desanduvo todo el camino que había recorrido para llegar hasta allí: dos mil setecientos noventa y cuatro kilómetros en total, entre ida y vuelta.

1919

Si alguien le hubiera preguntado a Hermann, el padre de Gerda, si había conocido el amor (algo que nadie hizo nunca, y mucho menos su mujer, Johanna), él habría recordado a su madre en el umbral del henil ofreciéndole el cubo con la leche tibia del primer ordeño. Él sumergía la cara en aquel líquido dulce y la sacaba con un bigote cremoso, antes de emprender la hora de camino que tardaba en llegar al colegio. No se limpiaba el labio con la muñeca hasta que llevaba un buen trecho de sendero, cuando Sepp Schwingshackl salía de su granja y se unía a él para hacer juntos el trayecto, o incluso más abajo, cuando se les sumaba Paul Staggl, el chico más pobre del colegio, porque la granja de su padre estaba en un terreno escarpado y, encima, miraba al norte y en invierno nunca le daba el sol. O, si se hubiera parado a pensarlo (algo que nunca hizo en toda su vida, salvo una vez, justo antes de morir), habría recordado la mano de su madre, fresca y a la vez áspera como la madera vieja, curvada sobre su mejilla de niño, en un gesto de aceptación absoluta. Sin embargo, cuando Gerda nació, Hermann había perdido el amor hacía ya mucho tiempo. Quizá por el camino, como el heno de su sueño.

Lo tuvo por primera vez de niño, pero siguió soñándolo toda la vida. Su madre extendía en el prado una enorme tela blanca, la llenaba de heno recién segado y, después de juntar los cuatro extremos y atarlos con un nudo, le

echaba el fardo a los hombros para que él lo llevara al henil. Era una carga enorme, pero no le importaba: se la había dado su madre; era un peso bueno. Se levantaba con esfuerzo y avanzaba por el prado segado tambaleándose como una flor monstruosa. Su madre lo miraba fijamente con aquellos ojos azules y almendrados, los mismos ojos de Hermann, que luego heredarían su hija Gerda y la hija de ésta, Eva, unos ojos tiernos y severos, como en algunos retratos de santos góticos. Sin embargo, otro Hermann, invisible y atemporal, se daba cuenta, consternado, de que los extremos de la tela estaban mal atados y de que el heno se iba desparramando por el suelo a medida que avanzaba: al principio el viento se llevaba tallos sueltos, pero luego salía volando a montones. El Hermann que lo veía y lo sabía todo no podía avisar al Hermann protagonista del sueño y, cuando éste llegaba al henil, el fardo estaba vacío.

La noche en que tuvo aquel sueño por primera vez, en Saint-Germain se firmaba el tratado de paz con el que las potencias ganadoras de la Gran Guerra, en especial Francia, que quería castigar al moribundo Imperio austríaco, entregaron el Tirol del Sur a Italia. Fue una gran sorpresa para el país: en Italia siempre se había hablado de liberar Trento y Trieste, pero nunca se había dicho nada de Bolzano, y mucho menos *Bozen*. Y es normal: los surtiroleses eran gente alemana, estaban comodísimos en el Imperio austrohúngaro y no necesitaban que nadie los liberara. Y, sin embargo, Italia se encontró como botín inesperado, tras una guerra que había ganado, aunque no en el campo de batalla, aquella franja de los Alpes.

Aquella misma noche, sus padres murieron con tres horas de diferencia, ambos consumidos por la fiebre española. A la mañana siguiente, Hermann se encontró huérfano, como su tierra, el Tirol del Sur, que se había quedado sin su *Vaterland*,[1] Austria.

Tras la muerte de sus padres, Hans, el hermano primogénito, heredó la vieja granja. La propiedad consistía en una casa con la *Stube*[2] ennegrecida por el

humo; un henil lleno de carcoma; un prado tan escarpado que, para segar el heno, sólo podías apoyar el peso en una pierna con cada golpe de hoz; y una tierra tan pobre y vertical que en cada temporada de lluvias se desprendía y buena parte acababa en el fondo del campo, por lo que había que subirla a hombros en grandes cuévanos de mimbre entrelazado. Y Hans fue el hermano con suerte.

Las tres hermanas mayores se casaron a toda prisa, con tal de dormir bajo un techo que pudieran considerar suyo. Hermann, el último en nacer, tuvo que ponerse a trabajar de *Knecht*, de mozo, en las granjas más ricas, que podían segarse apoyando el peso en ambas piernas porque tenían las pendientes más suaves: su tierra se quedaba en su sitio aunque cayera un aguacero, en vez de desprenderse hasta el fondo del valle. Tenía once años.

Todas las noches, hasta ya cumplidos los veinte, él, que nunca había pasado más de medio día lejos de su madre, mojaba la cama por el miedo y la soledad. En invierno, en aquella buhardilla atravesada por corrientes de aire en la que los patrones hacían dormir a los mozos, a los *Knechte*, como él, Hermann se despertaba envuelto en su propia orina helada, como un sudario. Cuando se levantaba del jergón, el finísimo tegumento se resquebrajaba con un leve crujido.

Aquél era el sonido de la soledad, de la vergüenza, de la pérdida, de la nostalgia.

KILÓMETRO 0

El *jet lag* es peor cuando se viaja hacia el este, lo dice todo el mundo. Lo que pasa es que, cuando vas hacia el sol, él se venga y te roba el sueño. Como si yo pudiera permitirme desperdiciar el sueño.

Carlo vino a recogerme al aeropuerto de Múnich, pero eso no se lo diré a mi madre; sé que no le gusta, nunca le ha gustado. Quizá porque, cuando se lo presenté, no le dispensó ni un solo halago y se limitó a ser educado. Pero hay que tener en cuenta que es ingeniero, una persona cuyo oficio consiste en cumplirlo todo a rajatabla, de lo contrario, los puentes y los viaductos que construye no seguirían en pie. Ir de galán con mi madre le parecería una falta de respeto hacia mí. Qué poco me conoce. Y no digamos ya a mi madre y a mí juntas.

Se lo presenté hace diez años. Habíamos ido a visitarla para el fin de semana de Todos los Santos y nos recibió en la granja de Ruthi, mi *Patin*.[3] Mi madre se había acomodado en la *Stube*, revestida de abeto, como si estuviera en un folleto de la oficina de turismo. Llevaba una blusa de encaje debajo de la chaqueta de lana cocida con botones de hueso, y sólo el *Dirndl*[4] es más tirolés que eso. A lo mejor quería que Carlo la conociera en aquel entorno tan campestre, tan pintoresco, como si estuviera haciendo una especie de puesta en escena de su identidad, aunque, en realidad, campesina nunca ha sido.

Carlo charló con ella, le preguntó por su salud, le abrió la puerta cuando salimos. Pero no se había reído mirándola a los ojos, no le había dicho que al verla se explicaba el origen de mi belleza y, sobre todo, no había aceptado jugar al *Watten*.[5] Y eso mi madre sí que no se lo perdonó. Carlo se había justificado diciendo que no se sabía las reglas. ¡Las reglas! No se había enterado de nada.

Por eso ya nunca lo llevo a verla: Carlo no le gusta, pero no porque esté casado ni porque tenga tres hijos a los que yo no conozco; tampoco porque, en los once años que llevamos juntos, nunca se haya planteado la posibilidad de divorciarse de su mujer.

Ésas no son las cosas a las que mi madre da importancia.

Salí por la puerta acristalada de la terminal de llegadas internacionales. Un hombre de unos cincuenta años llevaba el carro con mis maletas: Jack Radcliffe, de Bridgeport, Connecticut, empresario especializado en maquinaria agrícola que estaba en Múnich para una feria de su sector. Alto, de pelo entrecano, con un impecable traje azul oscuro. Yo, al cabo de nueve horas de vuelo, seguía ataviada y maquillada igual que en la inauguración de la exposición de arte en Nueva York de la que venía: vestido de punto verde pistacho de Donna Karan, pendientes de gota y bailarinas. No hacíamos mala pareja. La única pega era la mirada un tanto vidriosa del estadounidense, y aquella nariz violácea: había dado buena cuenta del servicio de bar a bordo. Cuando lo vio a mi lado, Carlo miró al cielo con sus bonitos ojos oscuros, rogándole que le diera la paciencia necesaria para estar con alguien como yo.

El estadounidense, por su parte, al ver a Carlo tardó unos segundos en comprender que había ido a recogerme; o a lo mejor a mí se me había olvidado decírselo. El caso es que dejó de sonreír. Casi podían verse las ilusiones que se había hecho conmigo disolviéndose en presencia de otro hombre, como el hielo de una copa de whisky que pasa demasiado tiempo en la mano. Los ojos se le pusieron aún más translúcidos, casi lagrimosos,

mientras caía en la cuenta de que aquel hombre de aspecto tan latino, tan apuesto, estaba allí por mí. Carlo, sin apuro ni sorpresa, le dio un apretón de manos, le agradeció la ayuda con mis maletas y, acto seguido, me rodeó con esos brazos de hombros anchos que tanto me siguen gustando.

Mientras me alejaba abrazada a él, me di la vuelta. Esbocé una sonrisa alentadora y, moviendo los dedos, le grité: «*See you later, Jack!*».

En fin, una actitud que volvería loco hasta a un carro portamaletas. No en vano, Jack Radcliffe, de Bridgeport, Connecticut, se quedó en el atrio de la zona de llegadas, aún más fulminado por la perplejidad que por la decepción.

–Pobrecillo… –dijo Carlo mientras me daba un beso en el pelo.

No era un reproche, sino una constatación.

–No, hombre, ¿por qué? Era un señor amable…

–Los señores amables de Eva –respondió él con un suspiro–: una categoría del espíritu.

–Me ha dejado apoyarme en su hombro todo el vuelo.

–¿Y qué ha hecho, con tu dulce peso encima, las nueve horas?

–Ha recogido la manta cada vez que se me caía. Ha bebido alcohol. Me ha hablado de su matrimonio infeliz.

–¡Eso!, mejor, la categoría exacta es: «Los señores amables que le hablan a Eva de su matrimonio infeliz».

Me estrechó con más fuerza, amable, varonil, sin que se le pasara mínimamente por la cabeza que él también podría entrar en tan execrable categoría. Y, en efecto, no entra en absoluto. Carlo jamás me habla de su matrimonio, por lo que nunca he tenido ocasión de valorar si es feliz o infeliz, aunque tampoco me interesa, todo sea dicho.

Llevó el carro hasta su coche y cargó el maletero. Era un juego de tres maletas color azul lavanda recién comprado en Nueva York: una maleta pequeña, una bolsa de viaje y un neceser con una distribución de espacios

estudiadísima. A mi madre le gustarían. De hecho, me dije: ese color le sienta mejor a ella que a mí; pasado mañana se las llevo a la comida de Pascua. Me quedé esperando en la acera, con la bolsa del ordenador en bandolera: ésa no se la dejo nunca a nadie.

Me gusta que un hombre haga por mí un trabajo muscular, físico. Meter y colocar las maletas en el maletero, por ejemplo. Adopté una expresión plácida y paciente, y saboreé el momento apartando la mirada de Carlo para que no creyera que le estaba metiendo prisa. Por la acera se aproximaba un hombre, rumbo a la parada de taxis. Era un poco más joven que yo, con traje de raya diplomática, de lana fría, color gris acero, y el típico maletín de quienes vuelan por trabajo. Alemán, pero no bávaro; probablemente del norte: quizá Hamburgo o Hannover. Cuando nuestras miradas se cruzaron, se le dilataron las pupilas y puso esa cara que ponen los hombres cuando los miro a los ojos, una mezcla inconfundible de avidez y tormento. El deseo los vuelve descarados, pero también vulnerables, y yo me convierto en la depositaria de un secreto: su madre, para entendernos, nunca les ha visto esa mirada, o al menos eso espero.

Carlo cerró el maletero con un golpe seco y se sentó al volante. Yo abrí la puerta del copiloto y, mientras me sentaba cruzando las piernas, levanté la mirada hacia el hombre de Hamburgo o quizá de Hannover que ahora pasaba justo a mi lado. No le sonreí, pero guiñé imperceptiblemente los ojos, como hacen las modelos de trece años para que su mirada sea más intensa. Luego cerré de un portazo y Carlo arrancó.

No soy guapa. Agradable a la vista sí, pero nada especial. Y mujeres rubias más altas que la media las hay a puñados.

Ya tampoco soy joven. Hay por ahí montones de chicas que podrían ser mis hijas; cuerpos más frescos, caras más suaves, inocencias más deseables. Y, sin embargo, los hombres siguen mirándome. Tengo los rasgos de mi madre, pero

en una versión menos precisa. Heredé sus pómulos de noble rusa, pero con un corte más rústico. Sus labios tienen una forma elegante; los míos tienen un toque de granja, de leche recién ordeñada, de mantequilla. Como ella, tengo las piernas finas, los senos generosos y una estatura de noreuropea, pero ¿vas a comparar su porte con el mío? Gerda Huber se pasó toda la vida sudando entre fogones y tablas de cortar; yo me visto de Armani y organizo eventos mundanos. Pese a todo, la que parece una reina de las dos es ella.

Del aeropuerto de Múnich a mi casa hay tres horas de coche y dos fronteras. De pequeña, esa doble frontera pegada a nuestra tierra me emocionaba: me hacía sentirme cerca del vasto mundo, de otros lugares, de lo desconocido. Eran los tiempos en que Schengen era sólo un pueblecito de Luxemburgo del que nadie había oído hablar, y las aduanas europeas estaban señaladas con auténticas barreras blancas y rojas, con hombres uniformados y con cara de no estar para bromas y de poder negarte la entrada en su país, o aun arrestarte. Además, el paso del Brennero no está nada mal como frontera: sombrío, oprimente, con una estación de tren cavernosa, de película de espías. Ahora, cuando cruzas la estrecha puerta que conduce a Italia desde el norte de Europa ni siquiera miran si has pagado el impuesto de circulación: la emoción de aquella época se ha desvanecido por completo.

O casi. Pasado *Sterzing*/Vipiteno, poco antes de llegar a *Franzensfeste*/Fortezza, Carlo paró en un *Autobahnraststätte*/área de servicio y nos comimos unos *belegtes Brötchen*/bocadillos. Luego salimos de la *Autobahn*/autopista y pagamos en el *Mautstelle*/peaje. Íbamos en su Volvo, que por suerte es sueco y, por tanto, no se traduce ni al alemán ni al italiano. Bienvenidos al *Südtirol*/Alto Adigio, reino del bilingüismo.

Tras salir de la autopista, nos adentramos en un valle amplio y luminoso, acogedor incluso ahora que el primer deshielo ha tornado fangosas las vertientes de solana y algunos claros marrones ya destiñen los pastos alpinos

aún nevados. Las laderas que todo lo rodean están cubiertas de alerces, abetos y abedules, bosques densos que, aun así, no amenazan las actividades humanas en la parte más honda del valle, sino que, antes bien, parecen enmarcar con su impenetrable naturaleza la civilización del trabajo: las granjas, con amplios pastos; los puentes que cruzan el río, aún torrencial; las iglesias, con sus campanarios bulbosos. En este valle nací yo.

Carlo me acompañó a casa. Hicimos el amor como siempre, con los gestos de siempre. Once años de clandestinidad tienen esa ventaja: el sexo sigue itinerarios consolidados y tranquilizadores, como en un matrimonio, pero no se convierte en una exigencia previsible ni en una obligación. Justo esa combinación de hábito y precariedad que me viene como anillo al dedo. Después, las dos líneas verticales que Carlo tiene entre las cejas se relajan un poco, recogen menos sombra. Me fijé por primera vez hace once años, en esta misma cama, y desde entonces ha pasado todas y cada una de las veces. Ése es el poder que tengo sobre él, me digo entonces: yo soy la que le alisa la frente, su antiarrugas particular. Es una reflexión tranquilizadora porque, cuanto más envejezca, más lo necesitará.

Nos quedamos abrazados entre las sábanas de lino. Blancas: no soporto los colores alrededor de mi sueño, que ya es raro de por sí. Carlo se puso de lado y me abrazó por detrás. Me olió el pelo.

–Tú. Viajas demasiado –dijo.

Sonreí. Cuando habla así, siento lo mucho que me aprecia. Sonó el teléfono. Carlo me apretó con más fuerza. No te vayas, decían sus brazos. No me fui; saltó el contestador automático de Telecom:

–Responde el contestador automático del número cero, cuatro, siete…

Se oyó una voz adolescente y emocionada, con un marcado acento romano:

–Ahora empieza, ya verás…

La voz femenina del contestador siguió, impertérrita, ahora en alemán:

–*Hier spricht der Anrufbeantworter der Nummer Null Vier Sieben Vier…*

–¿Eso qué es, alemán? –dijo una segunda voz algo estridente, indecisa entre los tonos altos y bajos: catorce, quince años a lo sumo. Si no menos.

–¿Cuánto dura esto?

–… *Hinterlassen Sie bitte eine Nachricht nach dem Signal.* Ahora los dos chavales estaban riéndose a carcajada limpia, y el primero empezó a gritar por el auricular:

–¡Comesalchichas, comesalchichas!

–¡*Actun, cartoffen, caput*!, se le sumó el otro, que no pudo terminar de la risa. Me quedé con la espalda pegada a la barriga de Carlo, con sus brazos rodeándome el pecho. Seguimos escuchando, inmóviles.

–¡Volved a Alemania! –gritó el primero antes de colgar.

–¡Otra vez! –exclamé–. ¿Es que no se cansan nunca?

Hay una escena que se repite en todas las series de televisión que mi madre ve cada santo día después de comer. El hombre casado se anuda la corbata al lado de la cama de su amante, le da un beso en la frente y se marcha; ella se queda semidesnuda en la cama deshecha, mirando con tristeza la puerta que él ha cerrado al salir. A menudo se abraza las piernas y apoya la barbilla en las rodillas, siempre púdicamente tapada por las sábanas. Pues bien, con Carlo, en once años, nunca ha pasado eso. Antes de despedirse de mí, aunque tenga prisa, se toma el tiempo de pasar de la cama al sofá, a la cocina o al balcón, a un sitio, en resumen, que no sea el del placer, para que yo también pueda vestirme o ponerme al menos una bata. Para tomarnos un café, charlar un rato, reírnos. No me parece poco.

Esta vez, antes de irse me ha ayudado a deshacer las maletas. También hemos echado un vistazo a los catálogos de las exposiciones que he visitado en Nueva York: Gerhard Richter en el MoMA; un joven artista coreano en una galería de Chelsea –con veintidós años ya vende sus cuadros a los millonarios

del East Side–; o una exposición de arte en madera del pueblo dogón. He visto más de una estatuilla africana en las casas de mis clientes, con frecuencia castillos familiares reformados con expertas intervenciones en cristal y acero: a los surtiroleses ricos les gusta el arte étnico; los hace sentirse ciudadanos del mundo.

Antes de irse, Carlo me dice:

–Después del Lunes de Pascua, si quieres, acabo dentro.

–Estaría bien –respondo.

Ojo: no es que hayamos decidido, de buenas a primeras, concebir un hijo. Sólo me está diciendo que tras las fiestas volverá a mi valle desde Bolzano, la ciudad en la que vive. Los altoatesinos, aunque tengan sangre véneta y calabresa como él, traducen al italiano muchas expresiones de nuestro dialecto alemán. Uno «acaba dentro», *inni*, cuando se adentra en los valles que desembocan *aussi*, «fuera», en la llanura y en el vasto mundo.

El verano pasado, por ejemplo, yo estaba en Positano y Carlo me llamó por teléfono. Su mujer y sus hijos se habían ido de viaje y él tenía la libertad de salir de Bolzano.

–Esta noche acabo fuera –me dijo, y me anunció que cogería un avión para ir a verme, no que fuera a usar métodos anticonceptivos del agrado de la Iglesia.

Ahora Carlo me da un beso (¡no en la frente!) y regresa a casa. A la suya.

De vez en cuando me lo preguntan, claro. Siempre está el típico o, mejor dicho, la típica, que se siente en la obligación de decirme que me compadece. «¿Cómo puedes aguantar tantos años con un hombre casado?», me preguntan. Muchas, casi todas, añaden: «Yo nunca podría».

Siempre tardo unos segundos en comprender que hay gente que considera la mía una situación imposible. Triste, o hasta desesperada. En cambio, Ulli jamás me lo habría preguntado. Él lo sabía: sólo hay una persona con la que

puedo admitir que tengo un vínculo. La única a la que puedo pertenecer sin que eso implique sentir que me hundo en un fango viscoso, en una ciénaga desconocida. La única a la que, de ser necesario, podría cuidar sin sentirme en una cárcel. Y no es un hombre.

Poco antes de la hora de cenar, Zhou pasó a saludarme. Diez años, dos coletas de las que cuelgan fresitas de plástico rosa, una muela a punto de caérsele. Ojos rasgados, como buena china. Es un hacha en el colegio. ¿Asignatura preferida? La geometría.

–He visto la luz encendida y he imaginado que habías vuelto –dice con su acentazo.

Llevo varias semanas sin verla y, al mirarla a la cara mientras habla, tengo la misma sensación de extrañeza que la primera vez. Es como ver una película de Bruce Lee doblada por el Coro de los Alpinos.

El señor Song, su padre, era dueño de una fábrica de zapatos en Shandong, en el este de China. A finales de los ochenta, se la vendió a un funcionario del Partido. Beneficios totales obtenidos por la venta de las instalaciones, incluidas las naves, la maquinaria y la mercancía ya lista para el envío: dos pasaportes válidos para expatriarse, uno para él y otro para su mujer. Como recuerdo de China y de su familia, a la sazón bastante conocida en la zona, sólo pudo llevarse una cajita de madera decorada que guardaba los utensilios para el adiestramiento de los grillos de pelea –actividad típica de Shandong–, de la que su padre era un maestro.

Al cabo de unos meses, los Song llegaron a Italia: primero a Trieste; luego a Padua, donde nacieron sus tres hijos, y por último al Alto Adigio. Allí vivía el señor Song cuando, en el censo de 2001, le pidieron que pusiera una cruz en una de las tres casillas: italiano, alemán o ladino. No se admitía ninguna otra posibilidad: aquéllas eran las únicas tres etnias reconocidas en el Alto Adigio. Para beneficiarse de las ventajas de esta Región con estatuto especial había que

rellenar y firmar la declaración de pertenencia a un grupo lingüístico. El encabezamiento del formulario, en alemán, decía: *Sprachgruppenzugehörigkeitserklärung*.

El señor Song, según me contó él mismo, se quedó mirando aquella palabra. Treinta y seis letras. Once sílabas.

Aunque sea políglota (italiano, inglés, mandarín y ya también un poco de alemán), su lengua materna es el dialecto de Shandong: una lengua tonal y, sobre todo, monosilábica. Por primera y quizá única vez en su vida, obvió el aspecto pragmático de la cuestión y tuvo una reacción visceral: jamás habría podido declararse hablante de una lengua que con once sílabas y treinta y seis letras puede formar una sola palabra. Se planteó la posibilidad de marcar «ladino»: sabía poca cosa de ese pueblo un tanto marginal, pero le caía simpático. Sin embargo, no tenía intención de mudarse a val Gardena ni a val Badia, los únicos sitios en que tal elección le supondría un claro beneficio.

Así pues, Zhou, como sus padres y sus hermanos mayores, es a todos los efectos de etnia italiana. Con su marcado acento de taberna del noreste me hace compañía mientras termino de deshacer las maletas. Cuando es la hora de cenar, se va.

En la estantería tengo dos marcos de madera clara con dos fotos. Una es de un chico con las pestañas largas como un corzo y una sonrisa que se disculpa: Ulli. La otra, en blanco y negro, está un poco amarillenta: una niña de diez años entre dos muchachos algo mayores, primos o parientes aún más lejanos, no estoy segura. Están en un pasto alpino soleado, un poco a contraluz, cuidando de las vacas, que rumian de fondo. La niña lleva un vestido que le queda corto –sin duda lo han heredado varias personas– y que le deja al aire las piernas, embarradas. Entre los dedos de los pies asoman algunas briznas de hierba y una margarita. Ella es la única que mira a la cámara: los dos muchachos la miran a ella furtivamente, con la boca abierta; en sus ojos se lee

el terror y la admiración de quien está en presencia de un portento de la naturaleza.

Mi madre, de niña.

Es inútil intentar dormirse después de un salto de seis husos horarios, más si viajas en el sentido malo. Me he pasado la noche despierta ordenando la casa. Ahora abro la ventana.

Aunque estamos en abril, de madrugada el aire aún huele a nieve. Pero los alerces empiezan a despertarse, la resina ya emana de las oscuras profundidades de los troncos y su aceitosa esencia comienza a difundirse por el ambiente. Aspiro hondo. En noches de insomnio como ésta, recuerdo la suerte que tengo de vivir en un sitio que huele bien. Las estrellas titilan, azuladas, prometiendo para mañana un día despejado, pero todavía frío.

En la montaña que hay frente a mi balcón, las luces de las máquinas pisanieves suben y bajan como todas las noches, como pequeñas y obedientes naves espaciales en fila india. Con la entrada de la primavera, conservar las pistas nevadas para los esquiadores de final de temporada es una tarea cada vez más ingrata: la nieve se derrite más rápido y cae con menos frecuencia. Cuando observo esas luces subiendo y bajando por la ladera, son muchas las cosas en las que no pienso: en el calorcito de la cabina de *Marlene*, la pisanieves con nombre de mujer, con la calefacción encendida en las gélidas noches invernales; en las peleas musicales entre Ulli y yo, mis Eurythmics contra sus Simply Red, que sonaban a todo volumen en el equipo de música que había instalado él solito en la cabina; en las extravagantes fundas de cebra con las que había recubierto los asientos, como si *Marlene* fuera un tráiler texano, y aquella pista de esquí, una larguísima recta de Monument Valley. No, no pienso en eso. Al menos no todas las noches.

En la cima, en el terso aire a dos mil metros de altura, justo debajo del cinturón de Orión, brillan los focos siempre encendidos de la Fábrica,

implacables como los de una cárcel. Me quedo mirándolos un buen rato. He ahí otra cosa que ni siquiera se me pasa por la cabeza: en un futuro, la Fábrica habría podido ser mía y, sin embargo, nunca lo será.

Aspiro otra bocanada de aire y cierro la ventana.

Saboreo mi primer café cuando aún no ha amanecido.

No es para despertarme: no tengo sueño; de hecho, ni siquiera estoy cansada, pero ¿qué vas a beber a las seis de la mañana? Ya he echado la noche, me digo, mejor no intentar dormir. Hoy me acuesto pronto y mañana llego descansada a casa de mi madre. O eso espero. Me consta que lleva tres días preparando la comida de Pascua, con Ruthi y las demás parientes. *Schlutza*,[6] *Tirtlan*,[7] *Mohnstrudel*,[8] *Strauchln*.[9] Y luego *Topfentaschen*,[10] *Rollade*[11] y *grappa* destilada de los arándanos rojos cosechados el verano pasado. No querría incumplir mi obligación de hacer honor a los manjares que están preparando, pero, si no duermo, no tengo apetito.

La montaña aún se recorta negra contra el cielo opalescente, mientras al este asoma una nubecilla aislada, de un rosa intenso casi anaranjado. Las pisanieves ya duermen en sus hangares excavados en la roca. La Fábrica sigue iluminada, por poco tiempo. Dentro de dos horas los cables de acero tendidos entre los postes empezarán a transportar a los miles, a las decenas de miles, a los cientos de miles de millones de esquiadores que necesita nuestro valle para perpetuar su opulencia. Y yo la primera: sin Fábrica, adiós a los turistas; sin turistas, adiós a los hoteles; sin hoteles, adiós al bienestar; sin bienestar, adiós a los actos que organizo. Así pues, para mí, adiós a los viajes, adiós a los zapatos de Prada, adiós a las inauguraciones de promesas del arte asiático en Chelsea y adiós a las escapadas a Indonesia o al Yucatán. Adiós incluso a Jack Radcliffe de Bridgeport, Connecticut, con su perpleja mirada vidriosa y sus fantasías eróticas hechas añicos.

Bendita sea la Fábrica, que produce esquiadores contentos para todos nosotros.

Saboreo el café envuelta en una manta que me regaló mi madre: un *patchwork* de cuadrados de punto tejidos con retales de mis suéteres de niña. Es de colores modestos, mal combinados, símbolo de una época en la que tener con qué vestirse ya era bastante, en la que ni siquiera se concebía la estética: azul oscuro loden, rojo manzana, gris ratón, verde bosque. Un cuadrado naranja (¿de qué suéter era?) destaca un poco sobre el resto. La manta en cuestión no pinta nada en mi elegante casa, de tonos verde ácido y aguamarina, y es áspera como el alambre de espino: parece lana sin cardar. Aún recuerdo el picor de brazos que me provocaban aquellas lanas en bruto. ¿Cómo podía soportarlo? No es casualidad que ahora todos mis suéteres sean de cachemira o mohair.

Suena el teléfono.

En la quietud del amanecer, ese sonido agudo me hace dar un respingo y casi tiro el café. Hago ademán de responder, pero me detengo. ¿Quién va a llamar a estas horas? Se habrán equivocado. Dejo que salte el contestador automático.

–Responde el contestador automático del número…/*Hier spricht der Anrufbeantworter*…

Dejo que la señorita Telecom/*Fräulein Telekom* complete su elaborado homenaje al bilingüismo, permaneciendo a la escucha.

Un largo silencio. Pero hay una presencia al otro lado de la línea. Luego, algo más alto, una débil respiración. No puede ser, ¡incluso a estas horas se ponen a gastar bromitas! ¡Aun antes de ir al instituto! Será por la noche en vela, o por el *jet lag*, pero la adrenalina hace que me hierva la sangre. Cojo el teléfono de golpe.

–¡Ya está bien! ¡Me tenéis harta!

–Eva… ¿Eres tú?

La voz de un hombre. No es joven. Cansado, o enfermo. Quizá las dos cosas. Me quedo bloqueada.

–¿Quién es?

Una pausa.

–*Sisiduzza*…, ¿te puedo llamar así todavía?

Me quedo mirando el cuadrado de la manta que desentona, el naranja. Tengo que acordarme de preguntarle a mi madre de qué suéter era. A lo mejor no era mío, sino de Ruthi.

–Es una broma… –murmuro.

–No. Soy yo, Vito.

Levanto la vista. Ha salido el sol. Una luz dorada baña mi kilim.

Ay de las hijas de los padres que no han tenido amor: las aguarda el destino de las malqueridas. Mi madre, Gerda, sólo ha estado segura del amor de un hombre –y yo del de un padre– una vez en la vida. Los demás pasaron como chaparrones de verano: nos embarraron los zapatos, pero dejaron los prados secos. Con Vito, en cambio, fue auténtico. Su presencia, para ella y para mí, fue como la lluvia de junio, agua que hace crecer el heno, que alimenta las fuentes. Pero él tampoco nos ahorró, después y para siempre, la sequía.

Con voz cansada, Vito me ha dicho que no le queda mucho tiempo de vida.

Y ha añadido: «Me gustaría volver a verte».

A las pocas horas ya estoy de camino. Voy al sur, voy a verlo.

1925-1961

–*Vofluicht no amol!*[12]–exclamó Hermann–. *Vofluicht, scheisszoig!*[13]

Se le había caído al suelo la cesta que su patrón le había pedido que llevara al mercado. Todas las ruedas de *Graukäse*[14] se habían desperdigado.

No dijo «¡Maldita sea!» ni «¡Cáspita!», como dictaban las leyes fascistas que habían entrado en vigor y que exigían el uso exclusivo de la lengua italiana en público. Tampoco dijo «¡Hostia!», palabra reprobable, por ser un taco, pero no ilegal, por italiana. Había dicho un taco y, encima, en alemán. O en dialecto, para ser exactos. Un trabajador del catastro fascista, al pasar por su lado, lo oyó y, queriendo defender la romanidad del *Südtirol*, que ya se había convertido en Alto Adigio, propinó a Hermann una bofetada con la mano manchada de tinta y le arrancó con un gesto decidido el *Bauernschurz*, el delantal azul de trabajo.

Nada de alemán en público, nada de ropa tirolesa, ni *Dirndl*, ni *Tracht*,[15] ni *Lederhosen*;[16] nada que permitiera insinuar que la nueva frontera del Brennero no era el sagrado límite del itálico territorio: ésa era la ley fascista. Ni uno solo de los campesinos y *Knechte* que había en el mercado levantó la mirada o lo defendió.

Al cabo de un tiempo, a pesar de la bofetada y de la humillación, o quizá precisamente por eso, en la solapa de Hermann empezó a brillar la *chinche*, un pequeño broche con los fasces que llevaban los miembros del Partido. Los

jerarcas locales vieron el gesto con buenos ojos y le enseñaron a conducir un camión. Le encomendaron el transporte de madera entre los valles y miraban para otro lado cuando hablaba en dialecto con los leñadores. A fin de cuentas, allá arriba, entre aquellos despeñaderos dejados de la mano de Dios, ni el mismísimo Duce podría oírlos.

Pasaron los años y un día Hermann vio por la carretera principal de la capital de provincia un grupo de Faisanes Dorados: así llamaban a las SA. Sus miradas eran cuchillas listas para cercenar cualquier obstáculo que se interpusiera en la creación del grandioso Reich milenario. Caminaban erguidos, impecables, arios, infinitamente alemanes. A Hermann le parecieron hermosos semidioses.

Decidió que sería uno de ellos.

Puede que Hermann acabara de perder el amor justo cuando creyó haberlo encontrado: al ver a Johanna, una joven de dieciocho años de pelo moreno, pálida y delgada, que no hablaba nunca y que caminaba con la cabeza gacha, como si deseara que el mundo pasara por alto su existencia. Puede que tener a su lado a una mujer que pedía perdón por existir con cada uno de sus gestos le ayudara a olvidar la vergüenza, la impotencia, la rabia y la soledad: eso intuyó Hermann, aunque sin duda no habría sabido expresarlo así. Por eso, a pesar de no estar enamorado de Johanna, pidió su mano. Ella vio de inmediato la frialdad de sus ojos claros. Sin embargo, creyó atisbar también el rastro de una ternura oculta y se convenció de haber descubierto, en aquel hombre alto y de andares leñosos, una verdad conmovedora, reservada sólo para ella. No era cierto, o quizá habría podido serlo, pero no fue así. Sea como fuere, se casó con él.

El primogénito, Peter, nació con el sombrío carácter del padre y los oscuros ojos de la madre. Tenía tres años cuando Hermann lo subió a sus huesudos hombros y se sumó a la muchedumbre apelotonada en el cruce entre la

nacional y la carretera que conducía a un valle secundario. Allí arriba el niño se sentía importante, casi como el príncipe heredero, Humberto, invitado de honor en la inauguración del monumento al Alpino por el que tanto había peleado el alcalde fascista. La estatua estaba tapada con una tela blanca que el viento estival hinchaba y deshinchaba como la respiración de un gigante: a Peter le parecía un enorme fantasma, algo que, si bien no era humano, estaba vivo, palpitante. Tras los discursos oficiales y la música de la banda, la tela cayó emitiendo un crujido casi animal, serpenteando como un ectoplasma. Pero lo que reveló no tenía ni una pizca de evanescente: era una materia solidísima, casi obtusa.

Un alpino de granito, con el cuello grueso y las piernas itálicamente poco estilizadas, dirigía su ceñuda mirada hacia los glaciares al norte, por donde desde hacía veinte años pasaba la nueva frontera. La expresión de aquel soldado de piedra, no muy despierta que digamos, simbolizaba la fuerza ciega, obediente e implacable que la Italia fascista desataría contra quien osara declarar que el Alto Adigio no le pertenecía. No era una especificación inútil, y no sólo por lo reacios que aún se mostraban muchos surtiroleses a reconocer su romanísimo linaje. El Estado fascista tenía un motivo más acuciante para necesitar aquella especificación: apenas tres meses antes, al entrar en Viena, Hitler había declarado que Austria, con la *Anschluss*, pasaba a formar parte del Tercer Reich. Y Austria, la patria perdida, estaba justo allí, al otro lado de los glaciares.

Pero esto, decía el alpino con su presencia, y lo repitieron todas las autoridades reunidas para la ocasión, esto era Italia.

Mussolini había llevado a cabo una minuciosa tarea de italianización del Alto Adigio, pero pronto entendió que para hacer de este un lugar «romanísimo, latino e imperial» no bastaría con impedir que los campesinos hablaran alemán y llevaran la ropa tradicional. Ni con prohibir a los alumnos que estudiaran en

su lengua materna, obligándoles en cambio a memorizar el poema «Pio bove». Por no hablar de las pobres maestras, llegadas de Caserta, Agrigento o Rovigo, que a veces no podían contener las lágrimas ante la ingrata tarea de intentar que aquellas cabezas de madera emitieran los musicales sonidos de la lengua italiana. Por todo el territorio había maestros valientes que seguían dando clase en alemán en las *Katakombenschulen*,[17] las escuelas clandestinas. Tampoco bastó con italianizar el nombre de los sitios. Ahora la gente miraba los campanarios para saber dónde estaba: si era bulboso, sabías que estabas en Völs; si era puntiagudo, en Blumau. Por lo que respecta a Fiè, Prato Isarco y demás nombres inventados por Tolomei, el topógrafo de Mussolini, a excepción de los burócratas no los usaba nadie.

Para romanizar de verdad aquella tierra vertical y hermosa sólo había una solución: que en ella vivieran exclusivamente italianos. Y no bastaba con que el fascismo incentivara y apoyara el flujo de inmigrantes de las otras regiones, con la esperanza de que algún día los surtiroleses de lengua alemana acabaran siendo minoría en su tierra. No, tenían que irse directamente.

Hitler abrazó la idea con entusiasmo. No en vano, alcanzar la pureza de los pueblos mediante el desplazamiento (o la aniquilación) de grandes masas de personas por el mapa era su actividad preferida. Así pues, prometió a Mussolini que a los *Südtiroler* que quisieran seguir llamándose *alemanes* se los recibiría con los brazos abiertos en la Gran Alemania, como los hermanos de pura raza aria que eran. Daría a cada uno una granja nueva e igual de grande que la que habían dejado al sur del Brennero; prados y pastos alpinos de idéntica amplitud, la misma cantidad de vacas y, según aseguraba la propaganda, con un pelaje del mismo color que las que habían dejado en el henil de sus antepasados. Sudetes, Galicia, Estiria y hasta Borgoña, y luego más allá, en las vastísimas tierras arrebatadas a los indignos pueblos eslavos: los Tatras de Polonia, la inmensa *puszta* húngara, pronto también la fértil Crimea.

Quien se marchara del Alto Adigio encontraría unos suelos ubérrimos que sólo necesitaban la viril fuerza de trabajo alemana para convertirse en un paraíso terrenal.

Por lo demás, Mussolini amenazaba a los *Dableiber*, los que se quedaban, con la italianización forzada: prohibición absoluta de usar la lengua alemana, aun en privado, y, para quienes no adoptaran los usos y costumbres itálicos –o mejor, Romanos, con mayúscula en las octavillas–, deportaciones en masa a Sicilia para cultivar higos chumbos, que nadie sabía exactamente lo que eran. La disyuntiva no estaba entre quedarse o marcharse, sino entre declararse *Walsch* o *Daitsch*: italianos o alemanes. Uno no podía seguir siendo alemán en suelo italiano.

Marcharse o quedarse se presentaba como una elección libre. Sin embargo, las octavillas nazis aseguraban que la decisión de partir se vería premiada por ser una clara muestra de amor y devoción a la causa de la Gran Alemania. Quien adoraba la *Heimat*[18] sin duda estaría dispuesto a abandonarla para reconstruirla en otro sitio, idéntico, en el seno del milenario Reich. Quedarse, en cambio, era una muestra inequívoca de traición, de insubordinación contra la causa nacionalsocialista, de vileza.

Era la Opción o, mejor dicho, *die Option*.

Ningún campesino habría querido abandonar su granja, pero todos se sentían *Daitsch*. La gran mayoría eligió partir. *Optaron*, como se decía. Pero aún eran muchos los campesinos que, por las noches, susurrando con sus mujeres bajo la colcha de plumón de oca, se preguntaban si de verdad no volverían a ver el prado que su bisabuelo había talado con una sierra y un hacha un siglo antes. Y aquellas tierras donde los esperaban vacas del mismo color, granjas de la misma extensión, árboles en idéntica cantidad a los que habían dejado, ¿acaso estaban deshabitadas? Y, si no lo estaban, ¿adónde irían sus habitantes?

Hermann participó con entusiasmo en la persecución organizada por el régimen contra los *Dableiber*. Con el beneplácito de los jerarcas fascistas, dejó tullidos varios caballos de tiro, mató perros guardianes y manchó con sus propios excrementos las jambas de las puertas de quienes no tenían intención de irse. Luego iba a lavarse las manos en los torrentes y sentía en el pecho una fuerza desconocida hasta entonces. En aquellos momentos casi olvidaba la vergüenza y la soledad del pequeño *Knecht* que se meaba encima en las noches gélidas.

Había un viejo campesino que llevaba muchos años viudo, sin hijos. Había nacido en la *Stube* de la granja donde vivía y nunca se había alejado de allí más que unos pocos kilómetros. Ni siquiera había ido al frente en la Gran Guerra, pues nació ciego de un ojo. Tenía dos vacas, *Lissi* y *Lotte*, y no lo convencía dejarlas en manos de unos desconocidos: podía decirse que eran su familia. En resumen, no se decidía a entregar firmado el formulario de la Opción. Hermann y dos camaradas prendieron fuego a su henil. El viejo se pasó toda la noche corriendo con un pequeño cubo intentando contener el incendio mientras lloraba por el ojo bueno. Los mugidos de *Lissi* y *Lotte*, atrapadas entre las llamas, recordaban al llanto de dos gigantescos neonatos. Sólo callaron cuando el techo incandescente del henil se desmoronó sobre ellas y se difundió por el aire, mezclado con el humo y las pavesas, un suculento olor a filete. El viejo se desplomó y no se volvió a levantarse de nuevo.

Hermann también participó en la emboscada a Sepp Schwingshackl. Su antiguo compañero de clase nunca había compartido la fascinación pagana por el Führer de tantos de sus paisanos, y la sosegada firmeza con la que declaró que no abandonaría su granja lo convertía en un *Dableiber* muy peligroso. El *Gauleiter* ordenó a Hermann y a otros dos que le dieran una lección; la dureza podrían decidirla ellos. Así pues, a pesar de que Sepp y él, de niños, iban juntos

todos los días al colegio; a pesar de que siempre que su camión cargado de leña se había averiado, Sepp le había prestado su carro, Hermann fue.

Sepp no murió en la emboscada. Le quedó un temblor de manos, una leve sordera y, en la frente, una cicatriz blancuzca que, al levantarle las cejas, le confería una expresión de perplejidad. Como si el estupor por ver a su amigo de la infancia cosiéndolo a patadas en la cara se le hubiera quedado grabado en el rostro para siempre.

Una multitud festiva despidió a los primeros *Optanten*, los pioneros de la nueva *Heimat*. Unos niños rubísimos (escogidos precisamente por el color de su pelo) pusieron coronas de margaritas a los que se marchaban. El rojo, el negro y el blanco de las esvásticas se recortaban contra el intenso azul del cielo, el candor de los glaciares y el oro antiguo de los alerces en otoño: un efecto espectacular, a decir de todos. Cuando Hermann Huber subió al tren con su familia, Peter tenía cuatro años y su mujer, Johanna, estaba embarazada de su segunda hija, Annemarie. Hermann quería dar ejemplo, como correspondía a un auténtico nazi, y fue uno de los primeros en irse.

También fue uno de los últimos en retornar. Al cabo de unos meses, Italia entró en guerra y las salidas de los *Optanten*, que eran mayoría entre los surtiroleses, se interrumpieron. Los que marcharon fueron los hombres llamados a luchar en el frente. Nadie volvió a pensar en la creación del *Daitschn Himml*, el paraíso terrenal alemán.

Acabada la guerra, los Huber regresaron al valle. Nadie, ni siquiera los *Dableiber*, mostró curiosidad por saber dónde habían estado. En qué frente había luchado Hermann, en qué división de la Wehrmacht, si se había enrolado en las SS, si había asesinado a muchos civiles o sólo a otros coetáneos uniformados y armados, es decir, soldados enemigos a los que es justo y ético abatir. Nadie se lo preguntó. Y, sobre todo, nadie le pidió explicaciones sobre

el paraíso terrenal prometido por el Führer: estaba a la vista de todos cómo había terminado.

El cementerio militar de la capital del valle tenía –y sigue teniendo– sencillas cruces de madera entre altísimos alerces: un pequeño bosque de muertos en el interior de un gran bosque de árboles auténticos. En las cruces están escritos el lugar y la fecha donde cayeron. Indicaciones exactas: Woroschilowgrad, Aletschenka, Jehsowetowska, Trieste, Cassino, Pojaplie, Vermuiza. O más genéricas: Cáucaso, Finlandia, Normandía, Montenegro. En algunos casos sólo se indica el continente, *Afrika*, o la dirección, *im Osten*, al este. En muchas cruces también hay una foto. Hombres jóvenes e impecables, con el uniforme planchado y una pose artificial. Casi ninguno mira al frente, sino hacia arriba o hacia un lado. Unos tienen la mirada dócil; otros exaltada o titubeante. Es imposible determinar si la expresión de esos ojos inmortalizados para siempre fue coherente con su actitud en el matadero mundial. Quizá aquel chaval de diecinueve años con la mirada perdida ametralló a una embarazada. Quizá aquel SS *Unterscharführer* con ojos de hielo tuvo un gesto de clemencia con un prisionero. Sin duda, muchos tendrían ocasión de hacer ambas cosas. Pero eso ya nadie quería saberlo. Aquéllos eran los hijos, los padres y los hermanos de quienes ahora reconstruían las casas destruidas. Nadie quería saber si habían muerto siendo unos humildes héroes, unos cobardes o unos torturadores.

Optanten y *Dableiber*, otrora enemigos, se vieron unidos por el deseo de no poner nombres demasiado exactos a las cosas. *Nazi*, *colaboracionista*, *delator*, *criminal de guerra* o *Konzentrationslagerführer* no eran palabras, sino granadas que no habían explotado junto a las que se pasaba de puntillas para no provocar la detonación más horrible: la de la verdad. Aún quedaban demasiados escombros de guerra por retirar, demasiada hambre sufrida, demasiados muertos por llorar; era demasiado lo que todos habían perdido. Hasta el monumento al Alpino, con su necia determinación, había quedado arrasado a

causa de las bombas aliadas. No, no hacía falta pedir explicaciones a nadie, ni siquiera a Hermann.

Fue un acuerdo tácito que todos respetaron.

La casa donde vivían los Huber antes de la guerra estaba ahora ocupada por Alberto Ruotolo, trabajador de Ferrocarriles. Como a otros miles de inmigrantes, Mussolini se lo había traído desde Vomero para italianizar el Alto Adigio. Ahora, el nuevo Estado republicano seguía necesitándolo, a él y a toda la clase funcionarial de la época fascista, para que el país siguiera adelante. De las ventanas de la casa en la que Hermann había concebido a su primer hijo salía ahora el aroma acidulado de la salsa de tomate. La oronda mujer de Ruotolo llamaba a sus hijos para la cena gritando a voz en cuello ráfagas de palabras truncadas. «*Pepè! Ueuè! Totò!*»: así sonaba el habla napolitana a oídos de los surtiroleses.

Los Ruotolo se quedaron en aquella casa y los Huber tuvieron que irse a vivir a *Shanghái*: así se referían los vecinos, y no con simpatía, al grupo de casas en la sombría ladera del castillo medieval, asignadas a quienes regresaban. A los *Rücksiedler*: éste era el nombre más insultante. Así llamaban a los Huber y a todos los *optantes* que regresaban a su hogar. Los surtiroleses parecían haberse olvidado de que, durante la Opción, casi todos habían declarado estar dispuestos a marcharse; de que si no lo habían hecho fue porque estalló la guerra, y de que a los *Dableiber* que opusieron resistencia no los defendió nadie. Todos los que habían marcado «*Ja*» en el formulario naranja de la Opción llamaban ahora *traidores de la Heimat* a los pocos que se habían marchado de verdad. Los mismos que ondeaban esvásticas y banderas al despedirse de Hermann y de su familia lo tachaban ahora de miserable. Aquel oscuro peso que le aplastaba el pecho desde que se meaba encima, huérfano a los once años, se tornó aún más oprimente.

Shanghái estaba a más de un kilómetro de la tienda más cercana, y casi a dos del centro de la pequeña ciudad: sus intachables habitantes querían guardar las distancias con los *Rücksiedler*. Era un grupo de casas bajas, revocadas con una mezcla grisácea de enlucido y piedras de río. A finales de septiembre el sol desaparecía tras la escarpada ladera y no volvía a asomar hasta mayo. Durante las tormentas, por la carretera provincial bajaba un torrente de agua que entraba a las casas por debajo de los portones, y la colada ni siquiera en verano se secaba del todo. A los habitantes de Shanghái los llamaban *haraganes*, *sospechosos*, *comunistas*.

La gente también se refería a Shanghái como *Hungerburg*, de *Hunger*, «hambre»; o *Revolverviertel*, «barrio de las pistolas», por el continuo trasiego de agentes de la Guardia de Fianzas, de soldados del Cuerpo de los Alpinos y de los *carabinieri*, y no precisamente para patrullar. Cuando, años después, vieron a Gerda en compañía de un italiano uniformado, hubo quien dijo: «¿De qué os sorprendéis? Creció en Shanghái».

Peter tenía diez años y ni un solo amigo. Había pasado su infancia en otro sitio y hablaba con un acento raro (bávaro: en realidad los Huber no se habían ido muy lejos). Ninguna madre habría dejado a un hijo de su edad ir a jugar a su casa, a Shanghái. Los compañeros le hacían la vida imposible y luego le decían: «¿Es que no te gusta estar aquí? Pues nadie te pidió que regresaras». Annemarie ya tenía edad para ayudar en casa y Gerda acababa de nacer. A Johanna se le había cortado la leche en Múnich, durante los últimos bombardeos, pero Gerda aprendió a digerir *Knödel*[19] antes de cumplir cuatro meses y sobrevivió. Ya se veía que no se parecía en nada a su madre.

Johanna no era vieja: se había casado con Hermann a los dieciocho años y ahora rondaba la treintena. Tampoco era fea: sólo parecía aún más mortificada que antes de que su hija llegara al mundo. Quizá fue por la guerra, o porque su marido no le dirigía la palabra desde que volvió.

«*Ostfront*»,[20] se limitaba a decir Hermann a los pocos que le preguntaban dónde había luchado, y no añadía ni una palabra más.

Gerda crecía. Peter y Annemarie habían heredado los ojos negros de la madre, mientras que los suyos eran azules y almendrados como los de su padre, y tenía los pómulos altos e imperiosos. En cambio, Johanna estaba cada día más encorvada, como si tuviera el doble de años. Como si hubiera una cantidad limitada de linfa vital a disposición de aquella casa y ya no le correspondiera a la madre, sino únicamente a su hija mejor. Y así iba ella, toda ufana.

Peter empezó a pasar cada vez más tiempo solo en el bosque. Cada una de sus pisadas en la espesa capa de humus, sobre los millones de agujas de alerce acumuladas durante miles de años, hacía resonar la roca viva, a varios metros de profundidad, como la membrana de un tambor. Aquellos golpecitos livianos mientras avanzaba con cautela, honda en mano, le parecían el sonido más acogedor del mundo. Aquélla era su casa, y las ardillas, los zorros, las martas, los urogallos y las urracas ladronas eran sus compañeros. Aprendió a cazarlos, claro, pero antes a conocerlos, a observarlos con paciencia, a pasar horas esperándolos. Tenía una puntería excelente y, muy pronto, con el dinero de las pieles y de las plumas que vendía a los sombrereros, pudo comprarse su primer fusil.

Aunque aún era muy pequeña, Gerda se acordó toda su vida del día en que Peter llevó a casa su primer ciervo. Se lo había echado a hombros y le sujetaba las patas casi con ternura. La cabeza del ciervo iba rebotando a su espalda, con la boca abierta y la lengua fuera: una versión sangrienta del Buen Pastor. A Gerda le impactó el contraste entre la materia ya inerte de los ojos opacos y el pelaje aún suave al tacto. El dulzón olor de la sangre mientras Peter despellejaba el ciervo tardó mucho tiempo en disiparse de su nariz, lo mismo que el hedor de los nervios y de la grasa animal que emanaba de la olla más

grande que tenía Johanna en casa, de cuyo borde asomaban los largos y elegantes cuernos. Si Gerda no hubiera visto a Peter decapitar al animal con un golpe seco, creería que el ciervo estaba jugando al escondite dentro de una olla con una capacidad mágica.

El cráneo se hirvió y se descarnó con esmero. Peter confiaba en sacar un buen pellizco vendiéndolo como si fuera un trofeo.

Cuando se marcharon, los *optantes* renunciaron a la nacionalidad italiana, y ahora los *Rücksiedler* eran apátridas. Sin documentos, sin trabajo y sin respeto, los primeros tiempos fueron difíciles para los Huber y para los demás habitantes de Shanghái. La madre del dentista de la pequeña ciudad, una baronesa, le ofreció a Johanna trabajar en su servicio, pero Hermann no quiso ni oír hablar del tema: su mujer no llevaría dinero a casa mientras él viviera. Así pues, fue Peter el que, con doce años, entró a trabajar en el aserradero para aportar algo a la economía familiar. Annemarie empezó a limpiar las escaleras del colegio cuando cumplió diez años, menos que los alumnos de los últimos cursos. Pero los sacrificios no fueron en vano: tras varios años conduciendo camiones ajenos, Hermann pudo comprarse uno.

Tres años después del final de la guerra, el Gobierno italiano anuló de un clemente plumazo los efectos de la Opción, y a los *Rücksiedler* que lo solicitaron se les restituyó la nacionalidad italiana. El antiguo Hermann jamás se habría imaginado el alivio que sintió el día en el que obtuvo, para él y para su familia, los documentos que los declaraban ciudadanos italianos.

Shanghái volvía a formar parte de Italia, ya republicana.

Cuando Gerda cumplió ocho años empezó a sustituir a su madre en la tarea de calentar el motor del camión de Hermann. Se despertaba a las tres de la madrugada, se ponía el abrigo sin lavarse la cara siquiera y salía a la gélida noche invernal en la hora más oscura. El sueño interrumpido dolía aún más

que la bofetada del frío en su soñolienta cara. Dado que por la noche el camión de su padre se quedaba aparcado delante de la casa, para encender el motor había que quitar todas las mañanas el hielo de la manivela de arranque que tenía en el morro. Con las manos ya ásperas como una lavandera, Gerda encendía un pequeño fuego de virutas y papel bajo la barriga del vehículo, procurando no desperdiciar cerillas. Se quedaba allí a gatas, muerta de frío, vigilando que no se apagara el fuego, esparciendo el combustible con una paleta de hierro. Había que prestar atención: si las llamas crecían demasiado, el depósito de gasoil, todo el camión y ella misma podrían saltar por los aires. Cuando la manivela de arranque se caldeaba y el vapor congelado que la bloqueaba se derretía, Gerda volvía a casa, cogía la taza que su madre había preparado mientras tanto en la cocina de leña e iba a despertar a Hermann con el café. En cuanto su padre se montaba en el camión y encendía el motor, Gerda se preparaba para ir al colegio.

Una mañana, antes del amanecer, Gerda le ofreció a su padre el café, pero él no se despertó como siempre. Seguía soñando. Abrió con esfuerzo los ojos opacos.

–*Mamme*… –murmuró. ¡Su madre había vuelto! Y ahora estaba allí, al lado de su cama, con una taza humeante de café con leche para él, como cuando era pequeño y estaba enfermo.

Gerda se asustó: jamás le había visto aquella mirada inerme y confiada.

–*Tata*… *i bin's. Die Gerda*[21] –le dijo.

Hermann guiñó los ojos y los abrió de nuevo. La misma mirada, la misma boca, los mismos pómulos que su madre; pero era su hija. Se dio cuenta de cómo acababa de llamarla y no se lo perdonó jamás.

En verano, cuando no hacía falta calentar el motor del camión, Gerda subía con sus primos a los prados alpinos para cuidar de las vacas del tío Hans, el hermano mayor de Hermann, el que había heredado.

Los pastos estaban a medio día de camino desde la granja, demasiado para regresar todas las noches. Gerda y sus primos Michl y Simon, más o menos de su misma edad, y el pequeño Sebastian, al que todos llamaban Wastl, dormían en una cabaña, echados en el heno. Pasaban los días enseñándose las partes del cuerpo que tenían diferentes, atiborrándose de arándanos, escupiéndose bayas de enebro y tallando ramas. Sólo en caso de extrema necesidad echaban a correr detrás de las vacas que se alejaban. Si llovía o, mejor aún, si tronaba, se zambullían en el heno caliente para contarse historias de miedo protagonizadas por los espíritus malvados de la montaña. La mujer de Hans les llevaba *Schüttelbrot*,[22] jamón ahumado y queso tres veces por semana.

Gerda era la única que nunca tenía que usar el bastón con las vacas, que la seguían como perritos gigantescos. Sus primos también la habrían seguido a cualquier parte. Al cabo de muchas décadas, cuando Simon y Michl recordaban aquellas noches en el heno con Gerda, mientras el pequeño Wastl dormía a su lado, la imagen de su escaso vello púbico rubio, que su desgastado vestido desvelaba al levantársele, aún hacía afluir la sangre hacia su bajo vientre.

Una mañana de uno de aquellos veranos, un alpinista inglés que se había perdido la vio de lejos. Gerda estaba sentada debajo de un pino cembro con los ojos entornados. Tenía entre los labios una brizna de hierba con la que producía unos silbidos agudísimos, como de cristal. De su rasgado vestido de algodón, asomaban sus piernas desnudas y los pies, cubiertos de barro; llevaba el pelo sucio atado con una tira de corteza trenzada. Pómulos altos, frente redonda, boca carnosa, ojos azules y almendrados: el inglés pensó que era la niña más guapa que había visto en su vida. La idea de alejarse y de no verla nunca más se le hizo insoportable. La contempló un buen rato antes de manifestar su presencia. Se olvidó de la escalada que tenía programada y se quedó todo el día en el pasto.

El alpinista inglés compartió con Gerda y con sus primos su bolsa de comida. Cuando la oyó reírse, se dijo que haría cualquier cosa con tal de volver a oír aquella risa. Blandiendo su *Alpenstock*[23] y ladrando como un perro pastor, comenzó a seguir a las vacas. Se colgó un cencerro del cuello y se puso a pastar, masticando y tragándose de verdad la hierba del prado. Imitó los andares de la joven reina Isabel poniéndose una guirnalda de margaritas en la cabeza, con la que luego coronó a Gerda y la declaró la única soberana digna. Cuando, a pesar de todo, llegó la hora de marcharse, el inglés le pidió respetuosamente permiso para hacerle una foto. Remitente: John Gallagher, Leeds, United Kingdom. Dentro estaba la foto de Gerda a los diez años que Eva pondría un día en su estantería. Por detrás, una frase con letras grandes y puntiagudas: *In eternal gratitude for the best day of my life. Forever yours, John.*[24]

Uno de aquellos veranos, reconstruyeron el monumento al Alpino: un poco más estilizado que el anterior, un poco menos ceñudo. El obispo militar, en la solemne inauguración, declaró que esta vez la estatua subrayaba la reconciliación del Estado italiano con aquella provincia tan lejana. Simbolizaba una defensa, especificó, no una agresión.

Sin embargo, los surtiroleses no cambiaron de idea. Era un monumento fascista y lo sería siempre, aunque el fascismo ya no gobernara. Ningún vecino, al margen de las autoridades, asistió a la inauguración. Tampoco Peter, que ya tenía dieciséis años, y tampoco su padre: Hermann ya no quería saber nada de aquellas historias.

Al cabo de unos años, Peter salió una noche y regresó casi al amanecer. Su madre, que nunca había podido conciliar el sueño hasta que su primogénito llegara a casa, lo tuvo claro: Peter no volvía de cazar. Su ropa no olía a bosque ni a pólvora, y estaba manchada de pintura blanca y roja. Pero Johanna no le pidió explicaciones.

A la mañana siguiente, los *carabinieri* rodearon el monumento al Alpino y cortaron el tráfico del cruce en el que se erigía. Aquella noche habían pintado el pedestal, de granito, de blanco y rojo, los colores prohibidos de la bandera tirolesa. Ridiculizado de esa manera, se diría que inspiraba, más que miedo o resentimiento, un afecto irónico. Desde entonces los vecinos empezaron a llamarlo *Wastl*, que aquí es como decir Jaimito. Los *carabinieri* tuvieron que afanarse todo el día con cepillo y jabón para limpiarlo.

Peter no encontraba un oficio; iba tirando con trabajillos estacionales. Recogía patatas, se ofrecía de jornalero a los campesinos que necesitaban brazos para cosechar el heno porque sus hijos estaban haciendo la mili. En contadas ocasiones, cuando había más carga que de costumbre, ayudaba a su padre con el camión, pero el dinero nunca alcanzaba. Un invierno encontró trabajo como guardés de la villa de una familia noble de Viena que pasaba el verano en el Tirol del Sur. Tenía el cometido de encender las estufas tres veces por semana para que no se congelaran las cañerías, comprobar las ventanas y barrer la nieve del tejado. No daba mucho trabajo, pero tampoco dinero. Peter quería formar su propia familia: ya tenía veintidós años y había una chica que no le desagradaba, pero a aquel ritmo nunca podría. Hasta que se enteró de que en las acerías Falck de Bolzano estaban contratando a gente.

Johanna era la única de la familia que sabía leer y escribir en italiano: era la única que había estudiado en la escuela fascista. Hermann hizo primaria en el Imperio austrohúngaro, pero dejó los estudios cuando murieron sus padres. Y sus hijos fueron al colegio ya en tiempos de la República nacida con el antifascismo, que no había devuelto el Tirol del Sur a la Madre Austria, como sus ilusos habitantes imaginaban que haría, pero que al menos les había reconocido el derecho a estudiar en su lengua. Sin embargo, toda la burocracia continuaba siendo en italiano.

Así pues, fue Johanna la que ayudó a Peter a preparar los documentos: certificado de buena conducta, realización del servicio militar obligatorio, constitución sana y robusta. Fue ella la que lo acompañó a las distintas oficinas. Ningún impreso, ningún formulario, ningún cartel estaba en alemán; ningún funcionario público hablaba alemán; ningún trabajador entendía siquiera el alemán. El hecho de que la gente que acudía a aquella oficinas fuera de lengua germánica se ignoraba de plano. Había que redactar las solicitudes en un italiano correcto, o se corría el riesgo de tener que empezar de nuevo. Para Johanna, hablar con aquellos funcionarios descorteses en una lengua que le era ajena fue motivo de esfuerzo y vergüenza, pero Peter acabó consiguiendo todos sus certificados. Luego ella le planchó el traje de los domingos y, un lunes al amanecer, Peter cogió el autobús que iba a la capital.

Se quedó varias semanas en Bolzano. Se hospedaba en casa de una prima lejana de su madre, una casa diminuta, con cuatro chiquillos de entre dos y ocho años. Por la noche Peter dormía en el suelo, al lado de la estufa, pero de día no podía quedarse. Eran los días de los tres *Eis-Mander*, los Santos del Hielo de mediados de primavera, el último coletazo frío y peligroso del invierno, y el aire era gélido. Peter no tenía dinero para meterse en una taberna y así entrar en calor; se pasaba las tardes en la sala de espera de la estación. Allí fue donde los vio bajar de los trenes.

Eran principalmente hombres. Peter no lo sabía, pero eran idénticos a los que, en aquellos mismos años, llegaban también a Turín, a Lieja o a Düsseldorf. Llevaban gorras de paño, chaquetas a cuadros, cajas de cartón atadas con bramante y, rara vez, una maleta de piel. De vez en cuando llegaba una mujer entre los veinte y los treinta años, casi nunca más, de pelo denso y moreno. Bajaba del tren sola, o con tres o cuatro hijos, pero siempre había un hombre esperándola, con la cara idéntica a los que habían llegado solos, pero un poco menos demacrada, un poco menos angustiada, un poco más segura

de sí misma: la cara del hombre que tiene trabajo y que ahora puede cargar con el peso y la dignidad de ser el cabeza de familia.

Antes de partir, a los inmigrantes llegados del sur de Italia nadie les había explicado cómo era el lugar adonde se dirigían. En las oficinas de empleo de Enna, Matera o Crotone, de donde las industrias de Bolzano sacaban su fuerza de trabajo, a nadie se le había ocurrido informarlos de que estaban a punto de mudarse a una tierra donde la gente hablaba alemán y no comía espaguetis, ni siquiera polenta, que a fin de cuentas aún es una comida italiana, sino cosas que se llamaban *Knödel*, *Schlutzkrapfen*[25] o *Spatzlan*.[26] A ver, pero era Italia, ¿no? Eso era lo único que un inmigrante necesitaba saber.

Cuando Peter llegó a Bolzano, con el traje de los domingos limpio y planchado, se dirigió a la oficina de contrataciones de Falck, donde presentó la solicitud de trabajo y los certificados tan laboriosamente obtenidos. En los días siguientes también fue a la fábrica de Lancia, a Ferrocarriles e incluso a la oficina de Carreteras: la vida del peón caminero no era gran cosa, pero sin duda era peor estar desempleado.

Ninguna de sus solicitudes obtuvo respuesta.

Peter tardó un tiempo en entenderlo: el milagro económico de la zona industrial de Bolzano, con sus casas populares y sus salarios casi decentes, estaba pensado sólo para los italianos. No es que no quisieran a un obrero de lengua alemana; es que, sencillamente, no estaba previsto.

Sí, ahora en los colegios del Alto Adigio se podía enseñar otra vez en alemán. Ya no había que recurrir a las *Katakombenschulen* para que alumnos y maestros pudieran expresarse y estudiar en su lengua materna. La nueva República italiana no se había enfrentado abiertamente a la germanidad de los surtiroleses, a diferencia de Mussolini; había decidido afrontar con otra actitud el problema: hacer como que no existía.

Peter regresó a casa. A Johanna se le cayó el alma a los pies al ver en qué condiciones estaba el traje: no se lo había quitado en tres semanas. Peter no explicó por qué no había encontrado trabajo y nadie se lo preguntó. Al verano siguiente se quedó toda la temporada en Suiza. Encontró trabajo como pastor y se sacó un sobresueldo vendiendo trofeos de caza, sobre todo, gamuzas. Una vez tuvo suerte y abatió un íbice alpino. Sólo se los compraban los turistas alemanes; a los italianos, a los pocos que aún se aventuraban por la zona, los trofeos no les interesaban demasiado.

Cuando Gerda tenía casi doce años, un día de noviembre, Peter le propuso que lo acompañara de excursión a un sitio cerca de Bolzano. Le dijo que iría mucha gente, que era como una *Kirschta'*,[27] pero mucho más grande.

¡Una excursión! Algunos domingos, por la carretera provincial que bordeaba Shanghái, pasaban coches, carros o grupos de bicicletas, y Gerda oía a la gente cantando y riéndose. También los colegas de su padre, los domingos de verano, cargaban a familiares y amigos en sus camiones y se los llevaban a la vera del río que baja de los glaciares o a los prados que había en la boca de los valles secundarios. El viento transportaba hasta Gerda el humo, el olor de las salchichas asadas, las ráfagas de música y las carcajadas, y ella se consumía de nostalgia por la alegría de aquellos desconocidos. A veces no había que irse tan lejos: también en Shanghái se organizaban fiestas, en la explanada que había entre las casas de la zona alta de la carretera. A finales de verano se amontonaban allí las plantas de maíz recién cosechadas, para arrancar a mano las largas hojas, lanceoladas y cortantes: una vez desecadas, servirían para rellenar los colchones todo el invierno. Los obreros y las campesinas marcaban el compás con canciones y frases ocurrentes hasta que, al caer la noche, cuando en una esquina de la explanada el montón de hojas era más alto que las puertas de las casas, se ponían a bailar al son de las cítaras y de los acordeones. Acudían todos los vecinos del barrio: unos llevaban una botella de sidra, otros

un pedazo de jamón ahumado, o sillas para los más ancianos. Todos, menos los Huber. Cuando Hermann los oía cantar, en aquellas noches despejadas con olor a heno, se ensombrecía. «Los hay que son ricos y pueden festejar –decía–, pero yo mañana trabajo.» Y se iba a la cama.

Gerda no conocía la risa de su padre. En cambio, sí recordaba con precisión la última vez que había visto a su madre reírse. Hermann se había resbalado al pisar el agua con jabón de un cubo volcado en el suelo de la cocina. La imagen de su tieso marido cayendo y dándose una culada divirtió mucho a Johanna, y Gerda recordó durante mucho tiempo la carcajada, discreta e hiposa, que sacudía el delgado pecho de su madre. Hermann no le dijo que parara, no la reprendió, no se burló de ella en respuesta. Pero, al levantarse, le lanzó una mirada cargada de un desprecio tan sombrío que la risa se le quedó congelada en los labios, como una flor de campo rozada por un tizón. En toda su vida Gerda nunco volvió a oír reírse a su madre.

Gerda tampoco conocía demasiado a su hermano, Peter, diez años mayor que ella; había pasado mucho menos tiempo con él que con sus primos. Y no tenían la menor confianza: separados por el sexo y por la edad, nunca habían tenido mucho que decirse. Habían compartido techo y pan, pero ya está.

Peter se había convertido en un joven alto y de buena presencia, pero con movimientos poco incisivos, como su madre. Más que titubeantes, furtivos; como un cazador al acecho que tiene que ocultar la potencia de su fuego. También había sacado los ojos de Johanna, de un marrón oscuro que no reflejaba la luz. Su mirada tenía un matiz opaco que a Gerda, de niña, casi la asustaba. Ahora que era adulto, Peter no se parecía en nada a Hermann, salvo cuando hablaba –es decir, casi nunca, igualito que el padre–, si no le quedaba más remedio, con la boca entrecerrada. Como si las palabras fueran objetos valiosísimos de los que nos desprendemos de mala gana.

Peter tampoco había invitado jamás a un amigo a casa. La chica con la que quería casarse aún no había estado en su *Stube*; era él quien iba a visitarla al patio de la granja donde había nacido. Le llevaba regalitos: un largo cuerno de ciervo que había tallado con formas geométricas, un ramo de plumas de urogallo con reflejos de acero o un pañuelo que había comprado en el mercado. Leni, la chica, recibía los regalos con una sonrisa que los hacía preciosos, como el rayo de sol que ilumina las piedrecitas de ojo de gato y hace que parezcan pepitas de oro. Pero Peter no era muy locuaz, ni siquiera con ella.

No, los Huber no eran famosos por hacer buena compañía.

Una excursión, pues. Con Peter. Gerda no sabía cuál de las dos era la novedad más extraordinaria. *Tata* y *Mamme* no irían, le explicó su hermano; a ellos no les interesaba. Ni tampoco Annemarie: trabajaba en el servicio de una familia y los domingos sólo libraba medio día.

Salieron mucho antes del amanecer. Aquel año el otoño era suave, pero aún estaba oscuro y hacía frío. A Gerda la sorprendió la cantidad de gente que había en el camino, aunque aún faltara mucho para la hora de la primera misa. Todos se dirigían al centro de la pequeña ciudad, donde algunos camiones y un autobús estaban calentando los motores. Gerda llevaba el vestido de la confirmación. Johanna se lo había alargado ya dos veces, pero le tiraba del pecho y de las caderas, y muy pronto ya no daría más de sí. Encima se había puesto un suéter de lana cocida gris, con ribetes verdes, y un pañuelo rojo al cuello. Peter lucía el mismo traje con el que había buscado trabajo en Bolzano: Johanna le había dado una segunda vida con una paciente labor de zurcido y limpieza.

Montaron en uno de los camiones con una veintena de personas. Algunos iban en *Tracht*: las mujeres, con faldas largas, delantales de raso grueso con reflejos tornasolados y petos de encaje, como para el desfile de *Herz-Jesu*; entre los hombres, abundaban los chalecos a franjas rojas y verdes, los grandes

cinturones de cuero grabado encima de los *Lederhosen* y los sombreros de fieltro decorados con plumas de urogallo. Los que no llevaban el típico atuendo tirolés también vestían sus mejores galas.

Gerda era la más joven. Cuando montó en el camión, los hombres le hicieron sitio como a una persona importante, y las mujeres le ofrecieron pan de centeno y zumo de saúco en cantimploras de aluminio recubiertas de fieltro. Nunca había visto a tanta gente sonreírle, toda a la vez. Cuando la caravana de vehículos se puso en marcha, los faros formaban una guirnalda de luces que a Gerda le pareció más festiva que una corona de Adviento con sus velitas. Los viajeros empezaron a cantar y ella se sumó con su voz aún de niña. Cantaron «Brunnen vor dem Tor»,[28] «Wo der Wildbach rauscht»,[29] «Kein schöner Land»,[30] canciones en las que el amor romántico se funde con el amor por la *Heimat*. Gerda no se sabía la letra, pues nunca había cantado a coro en una fiesta campestre, pero la melodía seguía rutas previsibles, tranquilizadoras, y las notas le resonaban en la parte alta del paladar, o en el fondo de la garganta, como si las conociera de toda la vida. El aire gélido le golpeaba la cara, pero ella se sintió feliz, aunque Peter no le hubiera explicado adónde iban ni por qué había tanta gente. Pero, por primera vez en su vida, él se inclinó hacia su hermanita y le sonrió.

Cuando llegaron a su destino, casi tres horas después, Gerda iba dormida con la cabeza apoyada en el regazo de la mujer que le había ofrecido el zumo de saúco. El camión se detuvo, con un gemido cansado de los frenos, y ella abrió los ojos.

Se preguntó si seguía soñando. Nunca había visto semejante gentío. Ni siquiera en la procesión de *Herz-Jesu*; tampoco en el funeral del noble local, cuando el coche, tirado por cuatro caballos negros, recorrió el camino medieval entre dos gruesas filas de gente. Peter la ayudó a bajar levantándola por las axilas y dejándola en el suelo como a una muñeca. La muchedumbre

rodeaba a Gerda, la apretaba, la empujaba, la frenaba y, como un río a la inversa, remontaba la cuesta que desde la cuenca de Bolzano subía hasta las ruinas de Castel Firmiano. Gerda cogió a Peter de la mano, pero no tenía miedo. Al contrario, le parecía que aquel tropel era un organismo único, un ente animado al que pertenecía, cuya emoción percibía, cuya vibración era la suya propia. Algo de lo que intuía que formaba parte y que le daba, incluso a ella, una chiquilla que no había cumplido los doce años, un significado y una dignidad. Se sentía audaz, entusiasta, convencida, aunque no tenía ni idea de qué. Gerda no volvió a ver en su vida, salvo por televisión, una multitud como aquella.

Hacía un día suave. A pesar de estar bien entrado noviembre, un sol casi septembrino hacía brillar los ojos de la gente, que se sonreía y se saludaba aunque no se conociera, aunque procediera de valles distintos. Peter tenía razón: hasta entonces no se había visto en todo el Tirol del Sur una fiesta como aquella en Sigmundskron.[31]

Había pancartas y carteles. En muchos de ellos, Gerda leyó «*Volk in Not*», pueblo en peligro. El cortejo estaba flanqueado por dos filas de *carabinieri*, negros como la pez, con esa franja roja que recorría el pantalón del uniforme y les hacía parecer extraños insectos, con las manos en la metralleta. Miraban con tensión a la muchedumbre que ascendía hacia las ruinas del castillo. Eran jóvenes, algunos jovencísimos. Ellos estaban más asustados de aquella caterva que al revés, y Gerda lo supo en cuanto su mirada se cruzó con la de un agente. Era poco mayor que ella: dieciocho, diecinueve años a lo sumo. Se quedó con los ojos clavados en los de Gerda, como si hallara consuelo en ellos. La chica ya había notado que *ellos* no formaban parte del ente al que Peter, ella y todos los demás pertenecían; antes bien, eran los representantes del *peligro* en que estaba el *pueblo*, su pueblo. Pero el joven uniformado, con el sombrero muy calado en la frente, seguía mirándola, como si quisiera aferrarse

a la hermosura de aquella chiquilla de traje ceñido para soportar mejor su miedo. Gerda no pudo evitar sonreírle. El pañuelo rojo que llevaba al cuello se le desató y cayó al suelo. Instintivamente, el torso del *carabiniere* se inclinó, y el brazo sin metralleta se extendió para recoger el pañuelo.

El compañero de armas que había a su lado se giró de golpe y lo fulminó con una mirada durísima que prometía una denuncia a sus superiores o algo peor. La sonrisa del joven *carabiniere* se agarrotó en una mueca aún más tensa que antes. Titubeó. Acto seguido, el torso recuperó su rigidez y verticalidad, y el brazo se alineó de nuevo con la cadera. Gerda apartó la mirada. Recogió su pañuelo y continuó el ascenso. Peter no se dio cuenta. El gentío ya los obligaba a avanzar hacia lo alto de la colina.

De los árboles colgaban racimos de gente. Se amontonaban en la explanada del castillo, en las elevaciones de los alrededores, entre las almenas de ruinosos bastiones. A Gerda le parecía que aquel prado de personas nacía de la misma tierra, como una hierba gigantesca hecha de carne, ropa, sombreros y caras: no se veía el suelo entre ellas. Sólo en las laderas de roca más escarpadas, donde las ruinas nacían como excrecencias fabulosas, se distinguía el rojo sanguíneo del pórfido entre los cuerpos de la gente.

Había un hombre en una tarima situada bajo la torre del castillo. Gerda no habría sabido decir qué parecía más esmirriado, si él o las muletas en las que se apoyaba. No era viejo, pero parecía enfermo, fragilísimo. Ya había visto a muchos veteranos que llevaban en el cuerpo el recuerdo de la guerra, concluida hacía apenas doce años: reconoció de inmediato la delgadez de los minusválidos, de los que habían perdido una pierna –como el hombre que ahora se dirigía a la muchedumbre–, una mano o un brazo. Del miembro perdido emanaba un dolor constante, que, irradiándose, chupaba la vida de la parte del cuerpo aún intacta y lo vaciaba como un vampiro. Sin duda, el hombre delgado parecía víctima de aquel parásito fantasma: hablaba con voz

estridente, metálica, impropia de un orador. Pero la multitud lo escuchaba en absoluto silencio. Sólo cuando nombró al entonces ministro del Interior, Tambroni, tuvo que interrumpirse por la pitada. No se descompuso, esperó con calma, no dio muestras de impaciencia; dejó que el gentío rechiflara a voluntad a aquel representante del Gobierno italiano.

Pasó un minuto. Los silbidos continuaban.

Dos minutos. Los *carabinieri* y los soldados que formaban un cordón a los pies de la tarima empezaron a mirarse entre ellos preguntándose si tenían que hacer algo.

Tres minutos. Los silbidos dirigidos al ministro del Estado ante el que ellos respondían no daban muestras de atenuarse. Gerda cogió un tallo de hierba, polvoriento y pisoteado por miles de pies. Se lo llevó a los labios con el mismo gesto que John Gallagher, de Leeds, United Kingdom, le había visto en el pasto alpino. Sopló y produjo un silbido agudísimo. Por segunda y última vez, de aquel día y de toda su vida, Peter se giró hacia ella y le sonrió, complacido.

Cuatro minutos. Las manos de los *carabinieri* más jóvenes comenzaban a dejar marcas de sudor en las empuñadoras de las metralletas. Desde la tarima, el hombre contemplaba con serenidad a las decenas de miles de personas que seguían silbando. No tenía ninguna prisa por retomar la palabra. Estaba aprovechando la interrupción para calcular la afluencia a aquella manifestación que había organizado. Estaba satisfecho. Frente a él, Silvius Magnago, aquel 17 de noviembre de 1957 había en Castel Firmiano al menos treinta o cuarenta mil personas. De una población total en el Tirol del Sur que no llegaba a las trescientas mil almas, lo que significaba uno de cada diez, como poco. Al igual que Gerda y Peter, a noche cerrada habían montado en camiones, autobuses, coches, motos y tractores. Procedían de los alrededores de Bolzano, del Oltradige, pero también de los valles más alejados: Ahrntal, Schlanders, Passeier, Martell, Gsies o Vinschgau. De sitios donde en dialecto se cuenta

oasn, *zwoa*…, y de otros en que, en cambio, se dice *aans*, *zwa*… Y seguían silbando, como si no fueran a parar jamás.

Cinco minutos. Los *carabinieri* miraron a sus superiores.

El hombre delgado de la tarima tomó aliento y abrió la boca, como si se dispusiera a seguir con el discurso. Se hizo el silencio al instante.

Silvius Magnago repitió ante la multitud las palabras del canónigo Gamper, de Bressanone. Unos meses antes, aquel hombre de la Iglesia, otrora perseguido por los nazifascistas, había lanzado el grito «*Es ist ein Todesmarsch!*». Una marcha de la muerte, a eso se dirigía el Tirol del Sur si las cosas continuaban así: con inmigraciones forzadas desde el sur de Italia, con autóctonos a los que se les negaban las oportunidades de trabajo, con el empobrecimiento y la emigración. Los surtiroleses no tardarían en ser minoría en su tierra, hasta acabar barridos por la Historia.

Magnago, líder del Südtiroler Volkspartei, el partido de los surtiroleses de lengua alemana, prometía pelear por una autonomía provincial desvinculada de una provincia de lengua italiana como Trento. Una auténtica autonomía que permitiera a los surtiroleses retomar el control de su tierra.

Concluyó su discurso gritando una, dos, varias veces:

«*Los von Trient!*» ¡Fuera de Trento! Fuera de aquella región de mayoría italiana donde, una vez más, los alemanes se encontraban en minoría y desamparados. La muchedumbre aplaudió de nuevo: parecía no querer parar nunca.

De repente, en lo alto del ruinoso torreón se oyó un chasquido como de tela desplegada. Todos miraron hacia arriba. Dos jóvenes se habían colado en el castillo y, asomándose por una de las aspilleras, habían desplegado una larga bandera blanca y roja. Mostrar la bandera tirolesa aún estaba prohibido por la ley italiana: una de las tantas leyes fascistas que nadie se había molestado en derogar. Un pequeño grupo de *carabinieri* echó a correr hacia la torre. Antes de que los arrestaran, los dos jóvenes empezaron a gritar: «*Los von Rom!*».

Peter y otros de los presentes, hombres jóvenes en su mayoría, se les unieron. «*Los von Rom!*», gritó una pequeña parte de la multitud.

Es decir: no a la autonomía de los políticos, de la diplomacia, del compromiso. No basta con marcharse de Trento. Hay que irse de Roma. De Italia.

Magnago apretó sus labios finos mientras los *carabinieri* se llevaban a los activistas.

Transcurrido poco más de un año, el monumento al Alpino de la pequeña ciudad donde vivían los Huber sufrió un nuevo ataque. Nada de pintura blanca y roja esta vez, nada de provocaciones casi irreverentes, sino un artefacto explosivo que hizo saltar por los aires parte del pedestal. Pero *Wastl*, el Jaimito de granito, no se vio afectado: la carga era defectuosa.

Aquel día, Peter estaba en uno de los valles secundarios ayudando a su padre a acarrear leña. Después de un cuarto de siglo en el camión, Hermann empezaba a tener problemas de espalda. La ayuda de su hijo ya le era indispensable, aunque eso supusiera renunciar al dinero que Peter habría podido traer a casa con otros trabajos. Cuando regresaron, al anochecer, Johanna no comentó lo sucedido a *Wastl* aquella mañana. Bastante alivio sentía por tener la certeza de que, aquella vez, no había sido su hijo.

Un día de junio, al cabo de unos años, llegó a la casa de los Huber un hombre de Merano. Era *Daitsch*, pero juraba en italiano. Ahora, todos los surtiroleses juraban en italiano, en todas partes, también en la privacidad de sus hogares: ya no exclamaban «*Vofluicht!*» o «*Scheisszoig!*», sino «¡Virgen santa!», «¡Hostias!», «¡Cago en diez!» o incluso, para deleite de los estudiosos de lingüística comparada, «¡Cagüenlaví!». Habían sido muchos los que, como Hermann, habían recibido reprimendas y hasta palizas durante el fascismo porque se les había escapado una imprecación en dialecto alemán. Así, la gente había llegado a la convicción de que lo mejor era empezar a jurar en italiano,

también de puertas para adentro, para ir acostumbrándose. No obstante, nadie podrá descartar con rotundidad que no tuvieran también la esperanza de que el *Daitscher Gott*, el buen Dios alemán, no fuera muy ducho en lenguas extranjeras: a lo mejor no entendía del todo bien las blasfemias *walsche* y se ofendía un poco menos. Comoquiera que se interprete el asunto, la adopción unánime de las blasfemias italianas por parte de la población germanófona fue el único éxito de la italianización forzada por el fascismo, pero un éxito, las cosas como son, imperecedero.

El hombre de Merano había ido a decirle a Hermann que quería que su hija pequeña trabajara en la cocina de un gran hotel. Los turistas estaban regresando al Alto Adigio por primera vez desde la guerra, y ahora los que buscaban trabajo lo encontraban en la nueva frontera del turismo: los valles de los Dolomitas. Así pues, los grandes hoteles de los destinos turísticos de montaña, construidos antes de la guerra, andaban cortos de personal. El hombre ofrecía un buen salario, comida y alojamiento gratis, además del aprendizaje de un oficio seguro: cocinera.

Puede que, si Hermann no hubiera sido un pequeño *Knecht* asustado que se meaba encima por la tristeza; si no hubiera cubierto de excrementos las puertas de las granjas en los oscuros meses de la Opción; si hubiera escogido a su mujer por amor y no por impotencia; si en el *Ostfront* no hubiera hecho y visto cosas de las que nadie puede hablar; en resumidas cuentas, si Hermann no hubiera perdido el amor desde hacía ya mucho, demasiado tiempo, entonces puede que hubiera tenido en cuenta que los años duros habían pasado y que su familia ya no vivía en la miseria; que su camión daba de comer y de vestir a sus hijos, sin derroches, pero tampoco penuria, y que se sabía perfectamente, porque los rumores corrían, lo que esperaría a su hija si acababa yendo (por algo llamaban *Matratzen*, colchones, a las jóvenes cocineras).

Y entonces le habría dicho al hombre: «*Wort a mol*», espera un momento. Le habría dicho: «*Des Madl will i net weggian lossn*», no quiero que esta chiquilla se me vaya, sus mejillas aún son redondas como las de una niña, pero también tiene ya formas de mujer y piernas esbeltas; es guapa, guapísima, mejor dicho; es clavadita a su abuela, pero ella aún no lo sabe, así que tengo que protegerla como sólo yo, que soy su padre, puedo y debo hacer: la llevaré a bailar la polka a la *Kirschta'* en verano, para que todos los mozos vean lo apetecible que es, pero también lo vigilante y atento que está su padre, que jamás permitirá que la injurien, así que no, no dejo que te la lleves a los hoteles de los forasteros para que la llamen *Matratze*.

Pero Hermann dijo: «*Passt*», vale.

Gerda tenía dieciséis años y se fue.

El viaje a la localidad turística de montaña donde Gerda iba a trabajar no fue largo, pero sí complicado. Al llegar a la estación de trenes de Bolzano, se quedó perpleja: a su alrededor únicamente oía hablar en italiano, le parecía ver sólo pieles morenas. A fin de cuentas, aquélla era la ciudad a la que, unos años antes, Peter había visto llegar a los inmigrantes del sur.

Tenía que coger el autobús de Merano, pero no había ninguno a la vista. Frente a la escalinata de la estación había una amplia avenida arbolada. La enfiló, llevando bien agarrada la tarjetita en la que el hombre le había escrito el nombre del hotel al que iba. Las flores de los castaños de Indias emanaban una intensa fragancia. El hombre de Merano le había dicho que, a mitad de la avenida, girase a la izquierda. Gerda caminaba con paso inseguro, embriagada por el aroma de los racimos de flores sobre su cabeza, aferrando el asa de la pequeña maleta con las pocas cosas que llevaba. La estación de autobuses estaba allí. Gerda se acercó a un conductor, pero no se atrevió a pedirle información: le daba vergüenza hablar en italiano.

«*Schnell! Der Bus Richtung Meran fährt jetzt!*»,[32] oyó decir a una pareja de ancianos turistas alemanes. Los siguió a toda prisa hasta un autobús con el motor ya encendido y montó. Tuvo suerte: unos segundos después, el chófer cerró las puertas y se puso en marcha.

KILÓMETRO 0-35

Llamo a mi madre y la aviso de que no iré a la comida de Pascua. No comeré los manjares que mi *Patin* Ruthi y ella llevan una semana preparando. No podrá exhibirme ante la tribu de parientes ni oirá los típicos cumplidos sobre esa hija tan guapa y lista, la única pena es que no se haya casado nunca (para mi gran alivio, ahora dicen «nunca» donde antes decían «aún»: una conquista de mis cuarenta años).

–Tengo que irme –le explico–, es urgente.

Nunca me he perdido una comida con ella en los días señalados, así que tal excepción no puede sino ser algo importante. De hecho, no me pide explicaciones. Se limita a preguntarme:

–¿Lo conozco?

¿Posibilidades de que esta urgencia mía no tuviera nada que ver con un hombre? Ninguna.

Observo los glaciares en la distancia, o lo que queda de ellos en estos tiempos de efecto invernadero.

–Puede que sí –respondo, y ella no insiste.

Es imposible encontrar un billete de avión a Calabria la víspera de Pascua. Llamo a todas las aerolíneas, luego a los aeropuertos de Bolzano, Verona,

Venecia, Milán, Múnich, Innsbruck y Brescia. Me paso horas buscando en internet. Nada. El primer hueco en un vuelo a Reggio Calabria es dentro de dos días, pasado el Lunes de Pascua. Podría ser tarde para Vito. Sólo hay una posibilidad: coche cama hasta Roma Termini, y de ahí coger otro tren a Calabria. Será un viaje largo. Italia es larga.

Así pues, aquí estoy, en el tren local que me lleva a Fortezza/*Franzensfeste*. Colgado en lo alto de la pared al fondo del vagón hay un póster del *Deutsches Kultur-und Familienamt*, la Consejería de Familia y Cultura para la comunidad de habla alemana, rigurosamente distinta y separada de su homóloga para los italianos. Publicita los cursos de formación para adultos de la provincia de Bolzano: en la imagen se ve a un hombre con uniforme azul sentado en lo que parece su taller de mecánico, electricista especializado en coches o soldador. Con sus gruesas manos de trabajador y la mirada de un niño atento, está doblando con mimo una hoja rosa para hacer un delicado origami.

Bajo la imagen, el lema *Wer lebt lernt*. Quien vive, aprende. ¿Pensé alguna vez en Vito mientras me hacía mayor? No sabría decirlo. Su salida de nuestra vida fue de lo más repentina. De lo más inesperada, al menos para mí. Para mi madre, no, claro, pero a mí nadie me dio ninguna explicación. Vito se fue cuando yo ya pensaba que formaría para siempre parte de mi mundo, y nosotras del suyo. Yo ya era su hija, y Gerda Huber, su mujer. Estaba. Y, de repente, dejó de estar.

No, no pensé mucho en Vito.

¡Qué angosta es Fortezza/*Franzensfeste*! Las escarpadas laderas de val d'Isarco están tan juntas que apenas dejan espacio a la vaguada, sobre la que se cierran como un mordisco. Siempre me he preguntado cómo se puede vivir aquí. ¿Qué pensarían los ferroviarios a los que Mussolini mandó aquí cuando llegaron desde Rovigo, Caserta, Bisceglie o Sulmona? Cuando vieron que aquí el valle es tan estrecho que para ver el cielo no basta con levantar los ojos, sino

que hay que echar el cuello hacia atrás. Se dice que los nazis, en su huida hacia el paso del Brennero, escondieron el oro que robaron a los italianos en la sombría fortaleza que da nombre al pueblo, y de cuando en cuando a alguien le da por mover piedras o excavar a los pies de los bastiones. Sospecho que es una leyenda inventada para dar un sentido, por absurdo que sea, a un sitio tan claustrofóbico.

Mejor será que cene aquí: queda más de una hora para que pase el tren que se dirige a Bolzano.

El restaurante-pizzería que hay al lado de la estación no parece haber renovado el menú en los últimos veinte años: *Knödel*, *Wiener Schnitzel*,[33] filete de carne, ensalada y espaguetis con salsa de tomate o ragú. No hay más. En la carta de pizzas, eso sí, está la hawaiana, además de la Caza del Tesoro (*Schatzsuche*): tomates cherry, anchoas y olivas rellenas de alcaparras. ¿Serán el tesoro?

Mientras ceno un escalope que podría estar más tierno, miro a mi alrededor. En el espejo de la barra, enfrente de mi mesa, me veo la cabeza a contraluz. Levanto un poco más la mirada y la aparto enseguida dando un respingo: justo encima, entre las botellas de licor, que nunca pide nadie, he visto tres de esas dichosas dianas. Aj, cuánto las odio.

Son círculos de madera pintados a mano. En dos de ellos aparece un urogallo sujetando un escudo de armas con el pico; en el tercero hay un faisán. En la parte superior aparece la fecha, una para cada escudo: *9/8/84, 12/5/88, 3/10/93*. Y los tres nombres: *Kurt, Moritz, Lara*. Fechas de nacimiento y nombres, como los que mi tío encargó para la diana dedicada a Ulli cuando nació. También en éstas hay minúsculos orificios en el animal dibujado en el centro. Eso quiere decir que el dueño del local es cazador, como era Peter, y que, como él, celebró su paternidad con los amigos disparando (¡disparando, por Dios!) a los nombres de sus hijos recién nacidos. Tenía mejor puntería que

mi tío, eso sí, o iba menos borracho, porque Peter, en vez de al animal, disparó al nombre de su hijo.

La última vez que vi esa horrenda diana, que Ulli también detestó toda su vida, fue cuando la bajaron a la tumba con él. No costaba mucho imaginar que, con tan mala puntería, su padre, ese tío Peter a quien yo no llegué a conocer, no sólo había disparado al nombre de su hijo, sino también a su vida. Sí, ya me acuerdo: aquel día, mientras bajaban el féretro de Ulli a la tumba, sentí mucho la ausencia de Vito.

«Hemos perdido a un amigo, a una persona maravillosa», me dijo alguien. Apreté los puños en los bolsillos del abrigo, llena de rabia. ¡Yo no había perdido a nadie! Ni que hubiera ido al supermercado con Ulli y de repente, al darme la vuelta, lo hubiera perdido de vista, como pasa con los niños. No lo había metido en un cajón y se me había olvidado en cuál. No me lo había dejado en un banco, como un periódico o un móvil. Ni en una casa ajena, como un paraguas. Ni en un tren, como una maleta. Yo no había perdido a Ulli: Ulli se había suicidado. Y mucha de la gente que ahora estaba allí habría podido darle menos motivos para hacerlo. La rabia creció y disminuyó como en una oleada; luego sólo noté un gran cansancio. Ahí fue cuando eché de menos a Vito.

Sentí la necesidad de apoyar la cabeza en su hombro o, mejor dicho, en su barriga, porque, aunque Vito no era un hombre alto, la última vez que lo vi yo era una niña, su niña. Así lo recordé en aquel momento: él me rodea desde atrás con sus fuertes brazos; yo levanto ligeramente el cuello, rozo su esternón con el cogote y dejo caer todo mi peso sobre él, con la certeza de que me sostendrá. Allí, junto a la tumba de Ulli, sentí tal arrebato de nostalgia por Vito que por un instante eclipsó incluso el dolor por la muerte de mi primo, mi compañero de juegos y de confidencias, algo más que un hermano, mi amigo, quizá mi único amor.

Fue entonces cuando Lukas, el anciano sacristán, empezó a dar su asombroso discurso. Sólo había una persona a la que le habría permitido decirme «¿Ves? Ulli no ha muerto en vano»: era Vito. Pero Vito no estaba en el cementerio.

Es hora de pagar la cuenta y salir; el tren de Innsbruck que me llevará a Bolzano está a punto de llegar.

1961-1963

Cuando en el cuartel general de las Fuerzas Armadas italianas se supo que Gerda había empezado a trabajar en un gran hotel de Merano, decidieron enviar de inmediato a un millar de soldados al Alto Adigio. Los militares requisaron el hotel y ocuparon todas sus habitaciones, así como las de los otros dos principales hoteles de la famosa localidad turística. Cuando la nueva y jovencísima *Matratze* llegó al hotel para empezar su etapa de aprendizaje, se encontró con más de un centenar de alpinos esperándola. Los soldados vieron entrar por la puerta de servicio a una muchacha de dieciséis años perfectamente desarrollada, con el *Dirndl* de los domingos y con los nudillos de la mano derecha blancos de agarrar con tal fuerza el asa de la maleta. Las tropas se mostraron agradecidas y entusiastas ante la decisión de sus generales: por fin veían el porqué de aquella misión en tierras de teutones, donde sólo entendían las blasfemias.

No. No fue así.

Por desgracia, el motivo de la llegada de todos aquellos soldados no fue Gerda, sino las torres de alta tensión. Cuarenta y tres saltaron por los aires a la vez: *Feuernacht*, la Noche de los Fuegos. Una acción espectacular organizada de manera precisa, meticulosa y paciente. A la manera –para qué negarlo– alemana.

Los atentados los reivindicó el grupo clandestino BAS: *Befreiungsausschuss Südtirol*.[34] Su objetivo, como declaraban en los folletos impresos con ciclostil, no era la autonomía administrativa a la que aspiraba el Südtiroler Volkspartei de Silvius Magnago, el delgadísimo y carismático orador de Castel Firmiano: para ellos, eso era un compromiso de politicuchos. Sostenían que sólo el *Volk*, el pueblo, tenía derecho a decidir con quién estar: o bien con el Estado italiano, que llevaba cuarenta años ocupando el Tirol del Sur como una colonia; o bien con Austria, de la que los habían arrancado por la fuerza en una tropelía de la Historia. Pedían un referéndum de autodeterminación, convencidos de que su resultado sería un plebiscito para regresar a la madre patria. Quince años después del final del fascismo, la Italia democristiana titubeaba, ignorando el problema, como si esperara que se resolviera por arte de magia. Los terroristas decidieron atacar.

Y para el atentado más espectacular escogieron la noche de junio en que los tiroleses encienden miles de fuegos en las cimas de las colinas para recordar el valor y la unidad con que su pueblo detuvo el avance de Napoleón. Todos los niños tiroleses conocen las gestas, estudian la vida y replican las palabras y las acciones de Andreas Hofer, héroe de aquella empresa, en las representaciones escolares. Derribando medio centenar de torres de alta tensión en aquella noche especial, los terroristas lanzaban un mensaje clarísimo: los surtiroleses no se sentían italianos. No lo eran. Nunca lo serían.

Los periódicos informaron a los lectores de Roma, Milán, Palermo y Turín de la existencia de una *cuestión surtirolesa* de la que nadie había oído hablar hasta entonces.

Así pues, la primera temporada de verano de Gerda en el hotel fue un bautizo de fuego, pero no sólo para ella. La localidad turística estaba bajo asedio, como todo el Alto Adigio, convertido de la noche a la mañana en zona de guerra. Controles de carreteras, toques de queda, registros sistemáticos. Fueron quince

mil los hombres desplegados, entre policías, soldados, *carabinieri* y agentes de la Guardia de Finanzas. Con sus camionetas, sus motos y hasta sus perros. Pocos eran militares de carrera; casi todos eran jóvenes reclutados. Llegaron con sus grandes macutos con forma de siluro en bandolera, con sus gorros de cuartel y sus prismáticos colgados del cuello. Tenían las facciones árabes de los sicilianos, los ojos claros de los etruscos, las orejas de soplillo de los bergamascos. Y todos miraban a Gerda.

Pero ella también los miraba a ellos. Algunos no le parecían muy distintos de los hombres de la pequeña ciudad en la que había crecido; de sus primos, de sus compañeros de colegio. Los alpinos de Friul, por ejemplo, caminaban con esos andares rígidos propios de quienes proceden de zonas de bosque, roca y desnivel: su padre, Hermann, se movía exactamente igual, y también Peter. Tampoco era la primera vez que veía aquellos labios tensos, con unos ojos que revelaban un brillo infantil: ante las emociones difíciles, la gente de montaña aprieta la boca, pero su limpia mirada parece rogar que la salven de tanto silencio. En cambio, otras fisionomías más meridionales eran nuevas para Gerda. Aquella soltura de cadera casi femenina; aquellas muñecas menos rígidas; aquella forma de sonreír de quien se lo toma todo, especialmente a sí mismo, a la ligera: todos eran rasgos que, entre los hombres adultos de su zona, no existían. Ni siquiera había visto a dos hombres caminar juntos con aquella intimidad entre cuerpos masculinos que mostraban algunas parejas de soldados meridionales patrullando. ¡Por no hablar de los piropos! Eran militares enviados en misión a una zona donde se temía un ataque frontal al Estado, armados hasta los dientes y sin duda también asustados. Sin embargo, aún mostraban la suficiente ligereza, o inconsciencia, para decirle a una chica rubia y en *Dirndl*, y por ende alemana, «¡Eres preciosa!», arrancándole una sonrisa a pesar de todo. Tenían los ojos aterciopelados y las pestañas largas

como las de las niñas; a pesar de los uniformes y las armas, les resultaba imposible mostrarse marciales.

Sin embargo, no todos eran así. En otro hotel no muy alejado del de Gerda se acuarteló un grupo de intervención de la nueva unidad especial de la policía creada por el ministro del Interior, Scelba: los Antidisturbios. Sus piropos lo que daban era miedo. Miraban a la gente con ojos de quien ha llegado para poner las cosas en su sitio, después de que el final del fascismo, estaba claro, las hubiera descarriado. Eran los que estaban convencidos de que cada surtirolés era un terrorista por el mero hecho de hablar alemán; los que, de haber sabido algo de la Opción (pero no lo sabían, ningún italiano estaba al tanto), la habrían considerado una idea excelente: el Alto Adigio es italiano; al que no le guste Italia, que se vaya.

Pero la mayoría eran chavales mucho más interesados en comer bien y hacer el amor que en disparar. Un día, en un control de carretera, Gerda vio a un cámara documentando el afán de las Fuerzas Armadas en la defensa de la nación. Al notar que lo estaban grabando, un soldado interrumpió el control de documentos, levantó un brazo a la cámara –el mismo con el que sujetaba la metralleta semiautomática– y saludó. Para Gerda, aquel gesto fue una revelación.

Así pues, aunque aquella temporada los turistas no asomaron por allí, los grandes hoteles no se quedaron sin trabajo. Quintales de espaguetis, de macarrones y de polenta se cocinaron y se removieron a diario, todo el verano, en las cocinas. Las calles se impregnaron del cálido olor del sofrito de cebolla, del acidulado de la salsa de tomate y hasta del aroma acre del ajo crudo, que por aquel entonces ni siquiera las amas de casa locales más atrevidas habían usado en sus platos. El aprendizaje de Gerda en la cocina internacional típica de los hoteles (*tournedos, coq au vin, pâtes feuilletées*) se aplazó. A cambio, aprendió mucho sobre los gustos y los sabores del sur: al Alto Adigio había llegado un

buen surtido de la última generación de jóvenes italianos, y tenían mucho apetito.

Pero ninguno de aquellos soldados, que llamaban *rueda de repuesto* a la trenza que rodeaba la cabeza de las chicas locales; ninguno de los oficiales alojados en los hoteles requisados, con los balcones cubiertos de cascadas de geranios; ninguno de ellos sabía que, unas semanas antes, el comandante del 4.º Cuerpo del Ejército, el general Aldo Beolchini, había informado a la cúpula militar del riesgo de una oleada de violencia sin precedentes. Distintos informadores de confianza, según comunicó a sus superiores, lo habían avisado de que el objetivo eran las infraestructuras, en particular las torres de alta tensión.

La cúpula militar no movió un dedo ante la advertencia del general, al que, de hecho, alejaron de inmediato del Alto Adigio. Poco tiempo después, las explosiones de la *Feuernacht*.

La capilaridad de la acción hizo que cundiera el pánico en Roma. Los terroristas, decían los telediarios, eran gente decidida a atentar contra la unidad del Estado. Para hacerles frente, ningún despliegue de medios se consideraba excesivo. Se decía que eran gélidos como los asesinos a sueldo, taimados como los espías, inmorales como los criminales empedernidos. Y muy peligrosos.

Así pues, fue una decepción comprobar, tras pillarlos a casi todos en poco más de un mes, quiénes eran en realidad: gente sencilla, pequeños comerciantes, mecánicos, herreros, campesinos. Salvo los domingos y por las noches, los conspiradores llevaban siempre el delantal azul de trabajo, el *Bauernschurz*, símbolo de la ética de trabajo tirolesa. Tenían las manos callosas, marcadas por la madera, por la tierra y por la grasa de los motores. Habían cortejado a sus mujeres en los bailes de la *Kirschta'*, se habían casado jóvenes y tenían un porrón de hijos. Muchos de ellos o de sus padres habían sufrido persecuciones por *Dableiber* en tiempos de la Opción: no habían querido abandonar su tierra, pero tampoco fingirse italianos. Por haber desertado del

reclutamiento en las SS, más de uno había estado en Dachau. El comunismo les importaba poco o nada: no tenía nada que ver con su realidad campesina y católica. Eran todos creyentes, alguno religiosísimo, y habían hecho voto de no poner en peligro ninguna vida humana. Cuando el peón caminero Giovanni Postal saltó por los aires por culpa de una mecha defectuosa que explotó cuando no debía, muchos de ellos lloraron en sus casas: la muerte de un inocente era lo peor que les podía pasar a ellos, personalmente, y a su causa.

Llevaban años reuniéndose –pero no en secreto, en guaridas subterráneas y consulados extranjeros, como insinuaban los periodistas italianos– en las *Stuben* revestidas de madera de sus casas y de las tabernas. Llevaban años acumulando material explosivo, transportándolo a través del paso del Brennero y por las antiguas rutas de los contrabandistas. Lo habían escondido en los heniles, en los talleres o debajo del estiércol. Les habían cogido el tranquillo a los explosivos y los utilizaban para objetivos menores pero simbólicos: la estatua ecuestre del Duce en la central hidroeléctrica de Ponte Gardena, por ejemplo, que seguía en pie dieciséis años después de la muerte de Mussolini.

Cuando empezaron a preparar la gran «Noche de los Fuegos», cada cual identificó los blancos en la zona que mejor conocía, es decir, cerca de su casa. Al colocar el explosivo plástico en las torres de alta tensión, se habían preocupado de que al caer no sólo no se cobraran vidas humanas, sino que tampoco dañaran los huertos frutales de los vecinos. Eran hombres que conocían el valor del esfuerzo, para los que una acción reivindicativa no valía un viñedo destruido ni un campesino arruinado.

A diferencia de lo que escribieron los periódicos italianos, aquella primera generación de terroristas no estaba formada por miembros de los servicios secretos, ni por militares en busca de acción, pasados ya tres lustros desde la guerra, ni por ideólogos de la lucha a cualquier precio contra el comunismo. No eran pangermanistas, ni neonazis, ni paramilitares. Todo eso llegó, pero

después. Llegó con los neonazis, los servicios secretos y los *carabinieri* deshonestos del general De Lorenzo, y trajo los ataques sangrientos contra los cuarteles y las aduanas, y los asesinados, esta vez no por error. Pero, para entonces, los terroristas de la primera generación –los *Bumser*, como los apodarían después casi con afecto–, gente atenta para preservar los huertos frutales, estaban ya todos muertos o en la cárcel.

Los *Bumser* eran gente pragmática, pero que en el fondo confiaba en el ser humano. Su estrategia conspiratoria era sencilla: si arrestaban a alguien, tenía que limitarse a guardar silencio y no dar ningún nombre. En resumen, bastaría con dar la callada por respuesta a los interrogadores para que la organización se salvara. No era difícil.

Pero ninguno de ellos podía imaginarse aquellos interrogatorios. Ninguno de ellos podía imaginarse las palizas, la privación de sueño, la luz fosforescente clavada en los ojos, el cuero cabelludo al desnudo por los mechones de pelo arrancados, los dientes caídos, los cigarrillos apagados en la piel, el agua salada por la nariz, las uñas arrancadas y las descargas eléctricas en los genitales. Ninguno de ellos había oído hablar de la *cajita*, la técnica perfeccionada por los torturadores del OAS en Argelia que ahora los italianos aplicaban con diligencia y con la que obtenían resultados siempre satisfactorios. Ninguno de ellos habría podido imaginar que unos representantes uniformados del Estado democrático y republicano los habrían reducido a otro estado: «Un estado subhumano, subconsciente, en el que harías y dirías cualquier cosa con tal de que pare lo que te están haciendo; en el que ya no eres una persona, sino una cosa», como dijo uno de ellos cuando lo liberaron.

Algunos detenidos consiguieron informar al exterior, a través de notas escritas en papel higiénico, sobre las torturas que sufrían. Alguien pidió un comentario al ministro del Interior Scelba, inventor de aquel cuerpo especial

de policía que atemorizaba a Gerda. «Todas las policías del mundo pegan», respondió.

Los conspiradores hablaron. Todos. La red de autores de los atentados de la Noche de los Fuegos quedó desarticulada en menos de un mes. Dos de ellos murieron en la cárcel por las torturas. En el juicio por maltrato que se celebró al cabo de un tiempo, todos los *carabinieri* que los habían torturado salieron absueltos.

Un titular en mayúsculas enormes abría a toda página el periódico *Alto Adige* del 23 de junio de 1961:

> BOLZANO FORMA PARTE INTEGRANTE DEL ESTADO ITALIANO: CONVIENE QUE TODO EL MUNDO SEA CONSCIENTE DE ESTA REALIDAD

«Las bombas ahuyentan a los turistas», decía la gente de su ciudad cuando Gerda regresó a casa al final de la temporada.

Peter, entretanto, había conseguido casarse. Leni, una chica morena y diminuta como Johanna, pero a la que le gustaba bailar, se había ido a vivir a casa de los Huber y ahora esperaba un niño. También su hermana, Annemarie, se había casado unos años antes y se había mudado con su marido a Vorarlberg. Sus padres no la habían visto desde entonces: ir a visitarla habría sido una buena excursión.

«Las bombas ahuyentan a los turistas.» Lo decían sobre todo los miembros del nuevo Consorcio Turístico y su presidente, Paul Staggl.

El más pobre de los compañeros de colegio de Hermann, el que se unía a Sepp Schwingshackl y a él de camino a la escuela, era ahora un hombre pelirrojo con los párpados claros como un reptil, la voz áspera y las piernas bien plantadas, como quienes deben su éxito única y exclusivamente a su capacidad y su mérito. Había hecho fortuna con el terreno escarpado y sombrío que durante generaciones había condenado a su familia a la miseria. A

finales de los años veinte, mientras a Hermann le enseñaban a conducir el camión como premio por haberse hecho fascista, el joven Staggl había tendido de un extremo a otro de su terreno una rudimentaria polea. Los intrépidos esquiadores que subían a los pastos alpinos situados sobre la pequeña ciudad, armados de esquís larguísimos y revestidos con pieles de foca, se agarraban a la polea para ascender, ahorrándose una buena dosis de tiempo y esfuerzo. Al principio la polea se accionaba con el enorme caballo de tiro de su padre, pero muy pronto el peaje que pagaban los esquiadores dio a Paul suficiente dinero para permitirse un generador.

Cuando su padre murió, en aquellos inquietos años treinta en que Hermann fue primero fascista y luego nazi, Paul convenció a su madre y a sus dos hermanas, que aún no se habían casado, para alquilar las habitaciones de su granja a los mismos esquiadores que usaban su rudimentario telesquí. ¿Había algo mejor para los esquiadores alemanes que despertarse de buena mañana al mismísimo pie de pista y, encima, en el lado bueno de los Alpes, el sur? Pronto el negocio prosperó tanto que Paul pudo invertir en la ampliación de la casa aneja al henil. La novedad más sensacional fue la construcción de un auténtico cuarto de baño, y no en el patio, sino en el interior de la propia casa, un lujo inaudito: para hacer las necesidades en las noches de invierno ya no habría que salir al raso. Paul invitó a todo el vecindario a la fiesta de inauguración. Su actitud fue muy generosa: no sólo enseñó a sus vecinos el inmaculado *Wasser Klosètt*, sino que insistió en que lo probaran personalmente. Para que todo el mundo, niños y adultos, pudiera aprovechar al máximo aquella ocasión excepcional, pidió a su madre y a sus hermanas que cocinaran cantidades industriales de *Zwetschgnknödel*, esas albóndigas con ciruela que, ya se sabe, son de lo mejor que hay para favorecer el tránsito intestinal.

Los vecinos pusieron el *Wasser Klosètt* a prueba una y otra vez. El desagüe no se obstruyó en ningún momento. Fue una fiesta memorable, de la que se habló

durante muchos años.

En la época de la Opción, Paul Staggl había decidido pasar inadvertido. Había evitado tomar posiciones peligrosas y optó por el traslado, como deseaban las autoridades. Sin embargo, siendo el comerciante previsor que era, había tenido en cuenta que la inminente guerra lo aplazaría, lo prolongaría y puede que hasta lo interrumpiera todo. Y aquélla resultó ser una de sus muchas previsiones acertadas: los únicos a quienes les dio tiempo a marcharse fueron los pobres que no tenían nada que perder o los fanáticos, como Hermann. Además, la fortuna le echó una mano: sus propiedades, en la ladera más abrupta del valle, no se vieron afectadas por aquellos bombardeos aliados que tantas casas destruyeron en la parte baja del valle.

Así, pocos años después de la guerra, en el lugar de la vieja granja con aquella ladera escarpadísima que había destrozado la espalda de generaciones de Staggl surgió un gran hotel, y la vista despejada de los glaciares desde sus habitaciones no tardó en atraer a una clientela internacional. Paul había construido otras tres poleas en tres prados cercanos. Ahora, incluso quien jamás habría estado dispuesto a pagar el ascético peaje del esfuerzo y el sudor del ascenso a cambio de unos pocos minutos de embriaguez podía ser esquiador. Cada invierno llegaban más turistas que el anterior.

A principios de los años sesenta, Paul Staggl aún no era uno de los hombres más ricos de la pequeña ciudad, pero estaba resuelto a conseguirlo. Las bombas no tenían ninguna cabida en sus planes. Y, por lo que respecta a la cuestión surtirolesa, que enardecía a Peter y a otros jóvenes enfadados, Paul se negaba a expresar su opinión: para él, italianos, alemanes y austríacos eran iguales, con tal de que se dejaran la pasta en la caja de los hoteleros. El dinero, y Paul Staggl lo tuvo claro antes que muchos de sus paisanos, no sólo no hiede,

sino que tampoco tiene etnia. *Das Geld, l'argent, the dough, la plata*, no tiene *Sprachgruppenzugehörigkeit*[35] ni la tendrá jamás.

Paul se había casado con la primogénita de una próspera familia de comerciantes textiles, y sus cuatro hijas mayores se habían educado en Suiza, lejos del valle y de sus frugales modales campesinos: había que pulir en ellas aquel interés por los asuntos no esenciales, tan necesario para acceder a los círculos burgueses. El plan había funcionado, y Paul ya sólo se juntaba con la flor y nata de la ciudad. Poco antes de la guerra por fin había tenido un hijo varón, sin cuyo nacimiento la creación de todo su patrimonio desde cero habría sido un éxito cojo.

En la época de la Noche de los Fuegos, Hannes Staggl tenía poco más de veinte años. Había heredado el tono de piel celta de su padre, los párpados casi transparentes y el olor acre de los pelirrojos. Sin embargo, carecía de su presencia, sólida y bien plantada; de su sonrisa, benévola pero determinada, y de una voluntad que se intuía implacable, oculta tras unos modales corteses; en definitiva, estaba privado justo de los rasgos que habían propiciado el auge de Paul.

Hannes iba por las carreteras del valle como una bala en su Mercedes 190 descapotable color crema, con una vanidad un tanto desesperada. Cambiaba con furia las marchas, asustaba con osados trazados a la chica de turno que ocupaba el asiento de copiloto, se embriagaba de velocidad. En la cara el bofetón del viento, y en el tocadiscos, una música sensual cantada por negros como banda sonora a su temeraria conducción: se creía que estaba en una peli americana. Pero la carretera nacional que recorría el valle no era la Ruta 66, él no era Rock Hudson y no se dirigía hacia un destino épico; a lo sumo, iba a Bolzano. Sobre todo, no había sido él, sino su padre, quien llevó a cabo la espectacular evasión de la más oscura de las cárceles: la pobreza.

Paul Staggl casi nunca coincidía con Hermann Huber, su antiguo compañero del colegio. Ambos habían llegado a un acuerdo tácito cuando se cruzaban por la calle: de repente les llamaba la atención el escaparate de una tienda, o se agachaban para atarse un cordón, o sentían la inaplazable necesidad de comprobar que un botón estaba bien abrochado. Nadie habría podido atribuir aquel saludo perdido a la mala educación o a la vergüenza, y mucho menos al engreimiento de Paul o a la envidia de Hermann. Sus miradas nunca se encontraban debido a una serie de circunstancias fortuitas, mínimas pero objetivas, de las que ninguno de los dos era responsable. Aquélla era la situación desde hacía décadas y no había razón para que cambiara. Por lo tanto, sus hijos tampoco se habían conocido.

Pero un día, a su regreso de una correría en coche, más aburrido que de costumbre por la facilidad con que las chicas aceptaban montarse en su Mercedes color crema, Hannes vio a Gerda.

No sabía que era la hija del antiguo compañero de colegio de su padre. No sabía que, de niña, Gerda había pasado los veranos en los pastos alpinos y los inviernos de servicio. No sabía que, desde hacía un par de años, la chica sólo vivía en la ciudad el par de meses en que cerraban los hoteles: primero entre el Día de Todos los Santos y San Nicolás, y luego unas semanas entre el Día de Pascua y Pentecostés. No lo sabía, así que al verla sólo se preguntó: ¿cómo no me habré fijado en ella hasta ahora? ¿Dónde se había escondido, desde que nació, esta chica rubia con los ojos almendrados, los labios como tulipanes y el paso largo pero ligero, a diferencia de las otras mujeres del valle, que tenían piernas de músculos estilizados, sí, pero también la dureza de movimientos de sus hombres? ¿Dónde había estado hasta entonces esa chica con cuerpo de mujer, con pecho de mujer, con porte de mujer y hasta con orejas de mujer?

Gerda iba andando por la nacional, cubierta con un abrigo verde un poco raído y demasiado corto, que había heredado de su hermana, ya casada, mucho

más baja que ella. Dejaba al descubierto unas piernas rectas, unos pies con los zapatos bajos y cómodos que llevan las chicas que trabajan duro y unas muñecas finas que se balanceaban con el movimiento apenas insinuado de sus pasos. Hannes notó el arrebato del deseo ascender con tanta violencia desde la entrepierna que clavó el pie y paró dando un frenazo. La chica morena que iba a su lado se dio un cabezazo en el salpicadero del Mercedes.

–¿Qué pasa? –le preguntó. Él la miró. De repente lo sorprendió verla ahí, en el asiento de piel carmesí. Era una chica guapa, que llevaba al cuello un fular que acentuaba su perfil anguloso y su piel clara. Mientras se masajeaba la frente contusionada con sus finos dedos, sus senos, jóvenes, abultaban agradablemente la chaqueta deportiva de cuero. Sin embargo, a Hannes ya no le interesaba ni siquiera el nombre de aquella chica, ahora que había visto a Gerda andando por la carretera.

Pero ¿quién era?

Desde hacía un año Gerda era una *Matratze*.

Las *Matratzen* eran las no amadas. Eran las huérfanas, las bastardas, las solitarias. Gerda no era ni huérfana ni bastarda. Era una *Matratze* porque su padre Hermann la había dejado marchar.

Las *Matratzen* ocupaban, junto a los lavaplatos, el escalafón más bajo en la jerarquía de la cocina, pero eran peores y menos importantes, porque ellos, aunque fueran alcohólicos y pobres, al menos eran hombres. Ellas eran mujeres y, por más que trabajaran de pinches de cocina o, excepcionalísimamente, de cocineras, seguían siendo *Matratzen* porque una mujer en la cocina, ya se sabe, sólo es respetable si la cocina es la de su casa. En cambio, las cocinas en las que bregaban las *Matratzen* eran las de los grandes hoteles de temporada, salas enormes llenas de humo y vapores que no tenían nada que ver con el hogar doméstico, con su ambiente recogido y sano, donde los niños hacen los deberes y las madres zurcen la ropa mientras

esperan a que la sopa rompa a hervir. Las cocinas en las que trabajaban las *Matratzen* eran antros ruidosos y sofocantes donde se gritaba, se imprecaba y se sudaba, impregnados de olores penetrantes y vapores viscosos, de modo que la única posibilidad de supervivencia pasaba por tornarse insensible.

A las *Matratzen* las llamaban así los lavaplatos, los cocineros, los chefs que dirigían las cocinas y, si bien nunca lo hacían en público, también los directores de los hoteles. Servían para una sola cosa, a diferencia de los colchones homónimos, en los que también se puede dormir.

En teoría, Gerda era una *Matratze*. Pero a ella nadie era capaz de decirle frases vulgares, ni siquiera el lavaplatos más borracho. Tenía las piernas largas, los senos firmes y, en especial, unos ojos que nunca miraban al suelo. El deseo que despertaba era en extremo intenso y auténtico; los hombres se habrían sentido expuestos a una verdad esencial si le hubieran hecho a ella las groseras insinuaciones que hacían a todas las demás. Dicho esto, tener relaciones con las otras era mejor que estar a dos velas: los cocineros y, principalmente, los miserables lavaplatos, a quienes el sueldo no les llegaba ni para las *Nutten*[36] de la nacional, lo hacían poco, poquísimo, por no decir casi nunca. Pero con Gerda querrían hacerlo de verdad. Querrían pasarle la lengua por la línea entre sus pechos, querrían meterle los dedos en partes del cuerpo que con sólo pensar en ellas corrían el riesgo de cortarse, pues sus lánguidas manos soltaban el cuchillo carnicero y la sangre dejaba de fluir en la cabeza para concentrarse más abajo. Querrían –¿cómo iban a confesárselo a los otros hombres de la cocina?– observar su sonrisa en el momento del placer. No, sobre Gerda no se podían hacer bromas pesadas. Nadie se atrevía.

¿Qué pensaba Gerda del deseo que suscitaba, que había suscitado desde niña, en los hombres que la rodeaban? No mucho, la verdad sea dicha. Eso no quiere decir que no se diera cuenta. Ya cuando dormía en el heno, al lado de Simon y Michl, había notado la respiración breve y acelerada y los extraños

movimientos rítmicos de las tablas, seguidos de unos gemidos ahogados, como tenues improperios, y de un súbito y vergonzoso silencio. Aunque no acababa de entender tanta agitación, intuía que ella tenía algo que ver. Desde niña estaba acostumbrada a tener los ojos encima, en todo momento, de todos los hombres con los que se cruzaba por los caminos, sobre todo en verano, cuando la ropa ligera marcaba sus formas. John Gallagher de Leeds, United Kingdom, sólo había sido el primero. Ella había aprendido a reconocer aquellas miradas rapaces y confusas a la vez, vulgares y adoradoras, pero le resbalaban, no le afectaban; no le decían nada sobre sí misma. Aquel deseo sólo los corroía a ellos, a los hombres que lo sentían, no a ella, al igual que la sosa cáustica sólo corroe los dedos que la manipulan, no las fuentes que se friegan con ella.

En realidad, desde pequeña, Gerda se sentía destinada a algo que, si bien aún carecía de contornos nítidos, estaba segura de que lo reconocería cuando se le presentara, y que sin duda distinguiría de todas aquellas miradas. Aquel algo resonaba en su interior como una nostalgia cuando escuchaba determinadas canciones, o cuando el deshielo difundía el primer aroma de resina en el aire aún cortante por la nieve, o a mitad del ciclo menstrual, cuando los senos se le endurecían y notaba entre las piernas una especie de reclamo. La protegía como un manto de las frases vulgares. Entonces los hombres la miraban abatidos y extasiados, como si observaran un fenómeno natural que escapaba a su control y acababan por desearla aún más, pero de lejos.

Así, Gerda fue la primera *Matratze* respetada por los hombres que trabajaban con ella en toda la historia hotelera del Alto Adigio. No fue la última ni la única; a partir de un momento dado, que más o menos coincidió con la retirada de Mina de los escenarios, dejaron incluso de llamarlas *Matratzen*. Pero ella fue la primera.

Gerda empezó, como correspondía, en el escalafón más bajo: lavaplatos.

Cuando entraba en la cocina, sobre las seis y media, aún no había nadie. Le tocaba a ella, por ser la nueva, encender cada mañana el quemador de gasoil que alimentaba los fogones. Era rápida y hábil, acostumbrada desde niña a trastear, aún medio dormida, con fuego y con material incendiario. El quemador tardaba más de una hora en calentarse y a las ocho tenía que estar todo listo para servir a los huéspedes el café –en el Alto Adigio nadie había oído hablar aún del expreso napolitano– y la leche hervida. Mientras se ponía en marcha, el quemador emitía un humo acre y denso, bituminoso. Una nube negra se difundía por la cocina, aún desierta, y siempre había un momento en que se le entrecortaba la respiración. Aquel aire balsámico por el que los huéspedes del gran hotel venían exprofeso a llenarse los pulmones, que olía a conífera y a heno, parecía allí dentro un bien perdido para siempre. Cuando el quemador empezaba a funcionar, la cocina cobraba vida, con la llegada de los cocineros, los pinches y los otros lavaplatos, y Gerda comenzaba su jornada en la pila de mármol. Aún no existían los lavavajillas: todo, desde las inmensas bandejas para los guisos hasta las cucharillas de té, se fregaba a mano.

Con algunas bandejas con comida incrustada había que pasarse más de media hora frotando y raspando: al final de la jornada, Gerda tenía los hombros y los brazos tan doloridos que se quitaba el delantal con movimientos lentos, de vieja. Pero lo peor era el jabón. Lo hacían en la propia cocina poniendo a hervir en un fogón un poco apartado del resto una olla llena de sosa cáustica y manteca de cerdo. Se formaba una especie de crema viscosa que Gerda extendía en una enorme tabla, como la polenta. Cuando se enfriaba y se solidificaba, la cortaba en pastillas. Las pastillas de sosa quemaban la piel: al cabo de un mes tenías las yemas de los dedos en carne viva. Pero, si se hubiera puesto guantes la habrían considerado *delicada*, un insulto casi peor que *Matratze*.

Si el filtro de la campana no se lavaba cada siete días, la grasa condensada goteaba sobre las viandas. Una vez por semana, los viernes, Gerda y los demás lavaplatos lo ponían a hervir en una tina llena de soda y luego también limpiaban a fondo los azulejos de toda la cocina. Los viernes Gerda tenía que saltarse la *Zimmerstunde*, la hora de descanso en el dormitorio entre los turnos de la comida y la cena.

La última tarea del día era esterilizar la tabla donde se cortaban la carne y el pescado. Por la noche, con la cocina ya cerrada, la rociaba de alcohol y la prendía con una gran llamarada. El día de Gerda empezaba y acababa con el fuego.

El jefe de cocina, herr Neumann, era un hombre orondo y sanguíneo, con los párpados hinchados como raviolis y una boquita pequeña y rosa, como un amorcillo. Nunca usaba espátulas ni tenedores. La mitad del sabor, sostenía, está en la consistencia de la comida, y un cocinero que no toca no tiene ni idea de lo que está cocinando. Por eso utilizaba siempre las manos desnudas, hundiendo en las sartenes y en las cazuelas unos dedos sorprendentemente finos. Ni siquiera se servía del cucharón para probar las salsas. Metía un dedo y se lo chupaba: un gesto infantil y rápido, de niño al que pillan robando. Pero nunca se quemaba.

Cuando las casi doscientas sillas se llenaban de huéspedes hambrientos, empezaban a llover las comandas acuciantes. Los camareros llegaban del comedor con paso de patinador y las leían a voz en cuello antes de dejarlas al lado del pasaplatos.

–*Gerstesuppe, neu!*[37]

–*Filet au poivre, neu!*[38]

–*Lammrippen aux herbes, neu!*[39]

–*Rollade, neu!*[40]

Recogían los platos que los cocineros colocaban en el pasaplatos, cargando hasta seis en brazos y antebrazos, y regresaban al comedor patinando por el suelo de mármol.

Los cocineros nunca discutían entre ellos, al menos no en la hora punta: estaban demasiado concentrados en cocinar, remover ollas, guarnecer y evitar quemarse. En algunos, las prisas se manifestaban con gestitos repentinos y bruscos, de pájaro nervioso. Como Hubert, el cocinero encargado de los primeros platos y de las guarniciones cocidas, que bailaba entre los fogones con unas piernecillas esmirriadas que siempre parecían a punto de quebrarse como espaguetis crudos. Herr Neumann lo hacía todo con la misma rapidez, pero con calma. A veces las trayectorias de los cocineros se cruzaban y, con gestos amplios y elegantes, evitaban que la sartén ardiente de uno chocara con la espalda de otro. Era una danza frenética y apremiante, pero con un núcleo de serena concentración.

En cambio, para los camareros y ayudantes de cocina que iban y venían del comedor, cualquier espera en el limbo entre la cocina humeante y el comedor lleno de huéspedes impacientes, por pocos segundos que fueran, suponía un estorbo del que culpar a alguien. Solían acabar a insultos con los cocineros.

Los platos ya listos aparecían sin cesar y desaparecían a toda velocidad de la barra del pasaplatos como las gotas en el parabrisas durante una tormenta. Herr Neumann ensartaba las comandas servidas en un punzón que había al lado del pasaplatos. En los momentos más frenéticos llegaba a perforar, con un ligero gruñido de esfuerzo y satisfacción, veinte notas de una tacada. Ay de quien, por inexperiencia o distracción, osara sustituirlo en aquella tarea: sólo el jefe de cocina podía ratificar que una comanda se había cumplido al dedillo y se había servido al completo para luego archivarla. Una vez, un joven ladino recién contratado creyó que se habían olvidado en el pasaplatos una comanda ya servida y osó ensartarla en el punzón. Herr Neumann no dijo nada. Se

limitó a aferrar la muñeca del pinche y le sujetó la mano abierta en el pasaplatos. Luego cogió el punzón y, con golpes secos, rápidos y precisos, como los que daba a la carne para ablandarla, clavó la punta de hierro en la madera del pasaplatos en cada uno de los cuatro huecos entre los dedos. «La próxima vez te los dejo cerrados», le dijo.

Nadie volvió a tocar jamás las comandas servidas.

Los camareros vaciaban los platos sucios en un bidón al lado de la puerta y los colocaban en un escurridor, a la espera de los lavaplatos. Cuando Gerda fregaba un plato, sabía perfectamente quién lo había traído del comedor. Los camareros quitaban los restos más grandes, los huesos de pollo o de chuletas, y gracias; a veces ni eso. Los platos que dejaban en el escurridor estaban llenos de comida, con un mensaje claro: el suyo era un oficio superior; que se las apañara ella para limpiarlos. Las camareras, en cambio, tiraban al bidón las sobras, repasaban los platos con los cubiertos y, si tenían tiempo, incluso dejaban caer el exceso de líquido: la vajilla que dejaban en el escurridor era sencillísima de lavar. Y algunos platos estaban para pasarles un trapo y meterlos al armario, como quien dice: eran los que recogía Nina, una camarera de Egna de unos treinta años. Al principio Gerda le daba las gracias, hasta que Nina se paró delante de ella, mirándola con sus ojos oscuros y un poco juntos, con cuatro platos en los antebrazos listos para servir, y los pies hinchados en sus zapatos ortopédicos. «*Lass es*», le dijo: déjate. Es decir: aquí es mejor ahorrarse las formalidades; yo entro y salgo más de cien veces al día por esa puerta, y si me tocara dar las gracias a los cocineros por cada plato que cargo sí que sería un infierno.

Gerda dejó de agradecérselo, pero los platos sucios de Nina siguieron siendo los más limpios.

El personal comía a las once, mientras en los fogones terminaban de hacerse los últimos preparativos básicos, un poco antes de que los clientes llegaran al

comedor. Comían en una salita oscura en el sótano que había debajo de la cocina, al lado de las despensas: los camareros por un lado y los cocineros por otro. Herr Neumann era el encargado de cocinar para ellos. Se preocupaba de que el personal comiera bien y siempre se inventaba algo con los ingredientes sobrantes. Con las sobras del asado hacía albóndigas en salsa; con los restos del cocido, cortados en tiras de carne revuelta con patatas cocidas, cebolla y laurel, preparaba un aromático *Greastlk*;[41] mezclaba los macarrones al ragú con queso y bechamel, y les daba una pasada en el horno; con un poco de caldo, las verduras sobrantes y una piza de cebollino, se sacaba de la manga un risotto. Pero no comía con ellos: un chef nunca deja desatendida su cocina.

Gerda comía rápido, casi de pie, llevándose las cucharadas a la boca de tres en tres, y regresaba arriba enseguida. A ella no le gustaba comer, y no sólo porque resulta difícil tener apetito cuando se vive rodeado del olor a comida. Nunca le gustó, ni siquiera cuando se convirtió en una gran cocinera, ni cuando se jubiló, algo que Eva también heredó de ella. Pero el motivo por el que Gerda comía tan rápido era otro: quería observar con calma todo lo que hacía herr Neumann.

El chef se había fijado en la atención con que Gerda seguía cada fase de elaboración de los platos en las distintas estaciones de la cocina. Nunca pedía explicaciones, pero, en los poquísimos momentos de descanso, se quedaba estudiando con sus claros y almendrados ojos todo lo que sucedía en la encimera de las ensaladas y de los entremeses, en la de los primeros, en la de la repostería y, a veces, con increíble desfachatez, aun en la encimera de las carnes, reino de herr Neumann, quien, visto lo visto, quiso comprobar si aquella chiquilla exuberante, de paso excesivamente sinuoso para la serena convivencia en su cocina, sólo estaba perdiendo un tiempo que más le valdría emplear en frotar platos y vasos, o había aprendido algo, Así, contraviniendo todas las reglas, herr Neumann ascendió a Gerda al puesto de pinche al cabo

de un año. Hubert masculló entre dientes graves insinuaciones sobre el verdadero motivo del ascenso, pero no tuvo el valor de hacerlo delante de ella, ni mucho menos delante del chef.

No obstante, el de pinche seguía siendo un trabajo duro, sobre todo en verano, cuando en la cocina hacía más calor y había más humo que en una selva tropical. A todo el mundo le caían chorretones de sudor por la frente, no sólo a los apopléjicos obesos como herr Neumann, sino también a los enjutos como Hubert. En los extremos de sus largos brazos, el cocinero encargado de los primeros platos y de las guarniciones cocidas siempre tenía, como prolongaciones metálicas, sartenes o cazuelas cuyo contenido lanzaba por los aires, pero no se derramaba jamás: macarrones en salsa de ciervo, patatas salteadas con mantequilla o setas cocinadas con aceite, ajo y perejil. El sudor surcaba sus precoces arrugas y a veces hasta le goteaba de la barbilla. En ocasiones, Gerda tampoco tenía claro si aquella transpiración era un líquido que rezumaba de ella o más bien una exhalación densa en la que estaba inmersa. En las sienes, junto a las aletas nasales, por detrás de las orejas, el sudor excavaba en la piel llagas profundas, como los torrentes en la caliza de los Dolomitas. Todas las noches, después de ducharse, Gerda se echaba Nivea en los surcos de la cara y el cuello, pero al final de la temporada estaban en carne viva. Lo único que anestesiaba el escozor en las heridas era fumar, y Gerda empezó, como todos los demás, a tener un cigarrillo en los dedos en cada momento de descanso.

No existían las amasadoras, las cortafiambres, las batidoras: sólo se contaba con los brazos de los lavaplatos y de los pinches. Gerda se quedaba hasta medianoche en la cocina preparando la materia prima que los cocineros usarían a la mañana siguiente. Pelaba y cortaba las verduras, para luego guardarlas en los cajones frigoríficos de debajo de la encimera de las guarniciones cocidas; estiraba la pasta fresca de los tallarines, preparaba el

bizcocho para las tartas y el hojaldre para la especialidad de la casa, el *Strudel*, sin el que unas vacaciones en el Alto Adigio no serían dignas de ese nombre. Así pues, todas las noches tenía que pelar decenas de kilos de manzanas, cortarlas a tiras, rociarlas con zumo de limón y cubrirlas con un trapo húmedo, listas para el jefe de repostería, que las metería en la masa a la mañana siguiente. Por las noches, Gerda también metía en el horno, apagado pero aún caliente, los largos tallos de ruibarbo, de un verde claro con vetas púrpuras, mezclados con azúcar. A la mañana siguiente se habían convertido en compota, lista para batirla con nata, gelatina y más azúcar, y servirla fría en los moldes de flan.

Luego le tocaba preparar los huevos. Montaba las claras a punto de nieve para los merengues en grandes calderos de cobre; y las yemas, para la masa de las tartas, las mezclaba con azúcar y leche en cuencos de cerámica blanca. Casi siempre eran más de cuatro docenas de huevos, y algunas noches el brazo derecho le dolía tanto que para quitarse el delantal tenía que pedir ayuda a Elmar.

Todos los lavaplatos, de todos los restaurantes, de todos los grandes hoteles –y Elmar no era una excepción a pesar de sus dieciséis años recién cumplidos– eran unos alcohólicos. Pero sin ellos las cocinas se detendrían en cuestión de horas. Eran, por lo general, los últimos hijos de los campesinos más pobres, que habían tenido que elegir entre morir de frío trabajando de *Knecht* en las granjas más ricas o morir de calor en las cocinas de los grandes hoteles. Para Elmar fue una decisión sencilla: frío había pasado más que suficiente, como también su padre, su abuelo y sus antepasados, desde hacía demasiadas generaciones. Además, cualquier cosa le parecía mejor que la soledad de las granjas de su val Martello natal. Ahora que herr Neumann había ascendido a Gerda a pinche, aquel joven de cara alargada y orejas grandes ocupaba el

escalafón más bajo de la cocina, el encargado, cuando todos se habían ido a descansar, de quedarse frotando la plancha de hierro fundido para asar carne.

Las noches que Elmar soltaba los nudos del delantal de Gerda, sus dedos de adolescente, despellejados y llenos de quemaduras, temblaban. Más tarde, en su cama de hierro, el recuerdo de aquel contacto cercano con la curva que había justo encima del trasero de Gerda lo tenía horas despierto.

«La buena cocina no se hace en la cocina, sino en el mercado y en la despensa.» El arte de elegir, guardar y conservar los alimentos era la base de todo, según herr Neumann. Bajo su tutela, Gerda aprendió a seleccionar los mejores productos.

Procedente de Chioggia, el pescado llegaba los viernes por la tarde en cajas de madera cubiertas de hielo: salmonetes, rapes, lenguados, lubinas, almejas y almejones de sangre. Herr Neumann los llamaba así, en italiano. Hacía lo propio con la verdura y la fruta, principalmente, para las ensaladas: achicoria, lechuga, valeriana, rúcula, verdolaga o berro. Para la carne, en cambio, usaba el alemán: *Rindfilet*,[42] *Lammrippen*, *Schienbein*.[43] Y también para los postres: *Mohnstrudel, Rollade*, *Linzertorte*,[44] *Spitzbuben*.[45] Aquel bilingüismo culinario era una costumbre consolidada, compartida por todo el personal, inderogable. La única excepción a la regla, casi en involuntario homenaje a los estereotipos entre italianos y alemanes, eran las patatas: aunque pertenecían a la categoría de hortalizas, o al menos de los tubérculos, todo el mundo las llamaba *Kartoffeln*. Al freírlas, eso sí, superaban las tensiones interétnicas surtirolesas y adquirían un estatus internacional, convertidas en *pommes frites*.

Las dos cámaras frigoríficas eran auténticas habitaciones, una para los lácteos y otra, más grande, para la carne. Esta última era una suerte de salón que, en vez de muebles, tenía garfios de los que colgaban cuartos de buey, mitades de ternera y pollos y pavos enteros. Estaba cerrada por una puerta de madera

maciza en cuyo exterior, había colgados de un gancho dos gruesos abrigos de lana. La primera vez que herr Neumann llevó a Gerda a la cámara frigorífica, cogió uno y se lo puso. Ella lo miró con ojos sorprendidos.

–Aquí dentro hace más frío que en la cima del Ortles en enero. ¿Has estado alguna vez?

Ella negó con la cabeza.

–Yo tampoco. Si no quieres morir joven, antes de entrar aquí empapada de sudor abrígate bien.

Desde la primera vez que Gerda volvió a casa durante el cierre de temporada baja, nadie le preguntó nada. Ni su madre ni su padre se interesaron por cuáles eran sus tareas, por si comía y dormía bastante, por cómo se llevaba con el resto del personal.

Cuando no estaba por ahí transportando leña con su camión, Hermann pasaba el tiempo en la *Stammtisch*[46] de la taberna, soportando las bromas de los parroquianos a los que el vino les soltaba la lengua, a diferencia de él, al que tornaba más taciturno que de costumbre. Johanna no sólo había renunciado a hablar con su marido, sino a mirarlo a la cara. Las últimas veces que lo había intentado, él la miró como si le hubiera hecho una afrenta imperdonable, y ella lo entendió: la ofensa era el afecto que Johanna, a pesar de todo, se obstinaba en sentir por el hombre con el que desde hacía treinta años compartía cama.

La mujer de Peter, Leni, había tenido un niño. En la enmohecida pared de aquella húmeda casa de Shanghái habían colgado una diana de madera con su nombre, *Ulrich*, cosido a perdigonazos por Peter y por los *Schützen* de su guarnición el día del bautizo. Como si el nacimiento de su primogénito fuera una pieza de caza mayor, Peter había colocado la diana entre los demás trofeos: calaveras de ciervos con los cuernos ramificados, íbices que parecían primos hermanos de los unicornios y un águila real clavada en la pared con las alas desplegadas.

De vez en cuando Peter desaparecía unos días sin avisar a sus padres ni a su mujer y, cuando regresaba, no daba explicaciones. Y Leni se veía rehén, con el pequeño Ulli, de la oscuridad de aquella casa. Una noche, abrazada a su hijo en la cama matrimonial, hecha de abeto, Leni soñó con el horroroso día en que, de niña, se había perdido en el bosque durante una tormenta. En el sueño, un rayo caía a pocos metros de sus pies y estremecía el suelo. Leni se despertó de sobresalto y abrió los ojos. A su lado, Peter se había tirado en la cama sin desvestirse. Su pelo, su piel, su ropa, todo tenía el olor acre y sulfúreo del rayo. Como siempre, Leni no pudo pedirle explicaciones: su marido se había dormido en cuestión de segundos. Pero Ulli se había despertado. Leni no pudo calmarlo al momento y tuvo que levantarse. Se tiró más de una hora paseando con el niño llorando en brazos, pisando las tablas agrisadas de la *Stube*, ya fría. Al cabo de un rato, aterida, se puso el abrigo que su marido había dejado en la silla antes de desplomarse en la cama. Metió la mano en uno de los bolsillos y, al sacarla, la vio cubierta de un polvo fino, un poco grasiento, de color marrón y con olor a azufre. Leni no podía saberlo, pero era nitrato de amonio.

Se dijo que al día siguiente lo hablaría con Peter, pero no había pasado ni una hora desde que Ulli por fin se había dormido, y Leni con él, cuando su marido volvió a salir. Entonces Leni le habló a Johanna de aquel polvo extraño y del olor sulfúreo que impregnaba el pelo y la ropa de su hijo. Su suegra la escuchó, pero guardó silencio. No le dijo nada de cuando, muchos años antes, ella había encontrado restos de pintura roja en el abrigo de Peter, el mismo día que alguien había vandalizado el *Wastl* de granito. Johanna ni siquiera miró a Leni. Se quedó de rodillas delante de la cocina de leña y siguió frotando con agua y amoniaco las puertas esmaltadas y los tiradores de acero. Cuando Leni vio que no obtendría respuesta, salió de la cocina y de la casa con Ulli en brazos.

Entonces Johanna se giró hacia el punto del suelo en el que hasta hacía un momento estaban los pies de su nuera. El brazo izquierdo, con el que había sujetado la puerta de la cocina para frotar mejor, empezó a dolerle de pronto, y un sudor frío e inesperado le cubrió la frente. Sintió un mareo repentino, acompañado de una sensación de amenaza inminente. No tenía que agobiarse tanto por las palabras de Leni, se dijo; en el fondo no había pasado nada irreparable. En realidad, la catástrofe ya se estaba produciendo, pero en el interior de su cuerpo, en el flujo y reflujo de la sangre venosa y arterial que, desde que había nacido, alimentaba sus órganos y sus tejidos con un chapoteo silencioso y rítmico. Aunque ella no lo sabía, desde hacía un tiempo su arteria coronaria izquierda estaba semiobstruida y dificultaba el ascenso de la sangre a la pared anterior del corazón. Johanna lo ignoraba, pero en aquel momento, arrodillada en el suelo de madera salpicado de gotas de agua jabonosa, estaba teniendo un leve infarto de miocardio.

Tras unos meses transcurridos entre el calor, los gritos y los olores de la enorme cocina, el silencio que había invadido la casa de sus padres le parecía a Gerda, cada vez que regresaba, sólido como el barro seco después de una inundación. Cada palabra prescindible, cada comentario, pregunta, exclamación, adverbio o adjetivo había quedado sepultado. Sólo quedaban los verbos en imperativo (*coge*, *lleva*, *sal*, *lávalo*, *come*) o los nombres de las cosas: *tello*, el plato que se pedía para echar la sopa; *foiozoig*, el mechero que se entregaba al padre para que encendiera su pipa todas las noches; *holz*, la leña que se amontonaba al lado de la cocina. Aquellas palabras supervivientes asomaban del silencio como emergen, en el mar de limo que cubre un pueblo enterrado por un desprendimiento, los objetos de la vida arrasada: el respaldo de una silla, una olla sin asas, un zapato solitario.

La primera vez que Hannes dirigió la palabra a Gerda le preguntó: «*Wo worschn bis iatz*?». ¿Dónde había estado hasta entonces? ¿Cómo era posible que no se la hubiera cruzado nunca por las calles de su pequeña ciudad? Ella le contó que llevaba más de un año pasando buena parte del tiempo en Merano, trabajando en una cocina. Mientras hablaba, Gerda percibió en los ojos de Hannes la misma mirada de estupor indefenso que le había dirigido su padre aquella mañana de hacía tantos años en que la llamó *Mamme*.

Ahora que lo veía, lo tuvo claro: eso era lo que, sin saberlo, llevaba años esperando.

El Consorcio ya estaba ultimando el teleférico que descargaría a decenas de esquiadores en la cima de la montaña, que abriría las puertas de la prosperidad a la ciudad y a sus habitantes. La mitad del bosque de alerces, pinos cembros y abetos rojos que cubría la cara norte de la montaña, maldecida por los antepasados de Paul Staggl por ser abrupta y no tener sol, había desaparecido. Ahora la surcaban los sinuosos trazados de las pistas de esquí y la línea casi recta que unía los postes de la nueva instalación. Faltaban pocas semanas para la inauguración. Colgada de un descomunal cable de acero, la cabina –roja, de treinta plazas– se recortaría contra el azul del cielo y, volando sobre las cabezas de la banda de música, de los vecinos reunidos, del alcalde y, sobre todo, de Paul Staggl, capitalista visionario al que debían su materialización, mostraría a todo el mundo el futuro radiante que le aguardaba al valle.

De cara a la inauguración, estaban realizando las últimas pruebas de seguridad y los simulacros de auxilio en caso de corte de la corriente. Hannes convenció a los trabajadores de su padre para que los usaran a Gerda y a él como víctimas de un falso accidente. Serían una pareja de esquiadores de vacaciones, atrapados en la cabina por culpa de una caída de tensión, y los operarios acudirían a salvarlos.

Cuando Gerda entró en la estación de teleférico, en la parte baja del valle, el tamaño del espacio le pareció más adaptado a gigantes que a seres humanos. Las colosales ruedas suspendidas del techo tiraban de un grueso cable de acero del que colgaba la cabina roja, sujeta con una especie de abrazadera negra: como una prenda colgada con una pinza enorme en un tendedero descomunal. Sin embargo, cuando el teleférico rodeó la torre y se acercó con la puerta abierta, a Gerda le recordó a un tosco autocar, más que a un artefacto adaptado para estar en el aire: era aterrador y ridículo a la vez. Hannes se percató de su titubeo. La sujetó del brazo y la ayudó a entrar en la cabina. Las puertas se cerraron a su espalda y las grandes ruedas siguieron girando con el fragor de unos altos hornos; luego, con una aceleración repentina, casi un cambio de estado, la cabina se separó del suelo y continuó el trayecto, suspendida.

Se hizo el silencio de golpe. Más que la distancia creciente entre sus pies y el suelo, más que las copas de los árboles que veía por primera vez desde arriba, más que el horizonte de glaciares y de cumbres lejanas que se desplegaba a su vista, lo que hizo a Gerda estar con el corazón en un puño fue el silencio, interrumpido únicamente por las suaves ráfagas de viento. No era el silencio de los pastos alpinos de su infancia, de las noches sin viento y sin luna en las que se acurrucaba en el heno con Michl, Simon y el pequeño Wastl, contándose historias de brujas. En aquellas noches, a través de los huecos entre las vigas de la cabaña, resonaba a su alrededor un espacio infinito y envolvente del que formaban parte tanto ellos, cuatro niños, como el cielo estrellado, los gritos de las aves nocturnas y los chasquidos de la montaña. Era un silencio que resonaba con mil presencias, al que nada ni nadie le era ajeno. En cambio, ahora el cristal de la cabina separaba a Gerda y a Hannes de los ruidos del mundo, de los susurros de las ramas más altas de los abetos, del reclamo de los cuervos que, intrigados por el extraño objeto volador,

planeaban en paralelo al cable, y de las voces cada vez más distantes que proveían de las minúsculas casas a sus pies. Cuando el cable pasaba entre las pequeñas ruedas de los postes, producía durante unos segundos un chirrido metálico, seguido de una serenidad aún más intensa. Aquél era un silencio reservado para ellos dos. Gerda levantó la mirada hacia Hannes. Él, que parecía esperar ese momento, se inclinó y la besó.

Entonces la cabina se detuvo en seco y empezó a oscilar en el vacío. Pero Gerda no se asustó. Aquel pavoroso balanceo sobre el abismo que a los turistas atrapados en un funicular les resultaría inevitablemente terrorífico, que provocaría gritos, desmayos y escenas de pánico, para ella fue una señal: el primer beso de su vida tenía que ser justo ahí, justo ahora, con Hannes. Estaba escrito, era el destino. Eso era lo que siempre había esperado. Ahora, por fin, lo sabía.

Cuando, al cabo de unas semanas, Gerda regresó al hotel para la temporada de invierno, le pidió a Nina que le echara las cartas. Gerda deseaba que dijeran que Hannes la quería, que pensaba en ella cada segundo de su vida, como ella en él. Quería oír hablar de su amor y quería tener la ocasión de pronunciar su nombre: ¡Hannes!

Nina tenía la cara alargada, los ojos oscuros y un poco juntos y una sonrisa bonita y sincera, con casi todos los dientes. La miró sin sonreír.

–Es rico, ¿verdad? –Se diría que le estaba pidiendo que confirmara una malformación.

–*Isch mir Wurst* –respondió Gerda. Me importa un bledo o, más concretamente: *para mí es salchicha*. Para ella lo importante no era la riqueza, sino el amor. El suyo por Hannes; el de Hannes por ella. Nina negó con la cabeza, contrariada. Colocó en la mesa siete naipes de *Watten* bocabajo.

–Dale la vuelta a uno. Sin pensar.

Gerda no pensó y giró la primera carta por la izquierda.

–El siete de bellotas.

Nina se quedó mirando la carta con la satisfacción amarga de quien ha previsto lo peor y se cumple. Levantó los ojos hacia Gerda y le dijo:

–Estás embarazada. Y olvídate de que ése vaya a casarse contigo.

KILÓMETRO 35-230

En el tren Fortezza-Bolzano tengo sentadas enfrente de mí a dos chicas de unos dieciséis años, una rubia y una morena. Son como una de esas parejas de jóvenes semidesnudas que aparecen en la televisión italiana, las *azafatas* de los programas que mi madre dice no conocer porque sólo ve la ORF austríaca, pero que en realidad se traga durante horas y horas. Van idénticas: cazadora negra con cuello de piel gris y pantalones negros de cintura bajísima remetidos en las botas negras. Parecen ir de uniforme. Se bajan en Bressanone, donde está Max, la discoteca más grande de la zona: por muy Sábado Santo que sea, se van de fiesta. En otros tiempos, las discotecas del Alto Adigio cerraban el Sábado Santo. De hecho, directamente no había discotecas.

En otros tiempos, en el Max no había *gay night* el tercer jueves de cada mes. En los folletos de los hoteles del Alto Adigio, en otros tiempos, nadie habría escrito *gay friendly* (aunque esto sólo figura en los que están en inglés, destinados a la clientela anglosajona, no en los folletos en alemán ni en italiano). En otros tiempos, en fin, no encontrabas en internet, junto con el parte de nieve de las pistas de esquí y los horarios de las farmacias, los sitios donde hacer *cruising* (en mi ciudad son el baño de la estación de autobuses y el aparcamiento al lado del río).

Mi tierra ha cambiado mucho. Ulli puede atestiguarlo.

En la estación de Bolzano tengo que esperar otra vez: el coche cama de Roma sale a medianoche. Me tomo un café. El camarero es amable y habla con fluidez tanto italiano como alemán, con marcado acento de Bolzano, pero su cara, su piel y sus gestos son magrebíes. Quién sabe qué casilla marcó en el censo de la *Sprachgruppenzugehörigkeitserklärung*, ese amasijo de sílabas y consonantes que amedrentó incluso al señor Song.

Queda poco para la medianoche, por fin. Me dirijo al andén; el tren ya está ahí. A lo lejos, más allá de los trenes de mercancías en las vías muertas, más allá de los cables de alta tensión, más allá de los tejados y de la garganta de val d'Isarco, se vislumbran, iluminadas por la luna, las cumbres del *Rosengarten*,[47] el Cerrojo en italiano: más que dos nombres, dos formas de vivir la naturaleza. Mientras el altavoz anuncia las llegadas y las salidas, la presencia lejana y pálida de sus dolomíticas agujas parece ocupar, más que otro espacio, otro tiempo: fantástico e inalcanzable, visto desde esta estación.

El napolitano encargado del coche cama ronda los treinta años, tiene sobrepeso y no lleva anillo: se ve que los turnos de servicio en las fiestas de guardar les tocan a los solteros. Coge mi billete.

–Me lo quedo yo y se lo devuelvo a la señora por la mañana. Así el revisor me despierta a mí y no a la señora.

Es un gesto de tutela de mi sueño, pero por un instante quedarme sin billete me hace sentirme en sus manos.

–La señora viaja más sola que la una en el vagón –añade.

Usa esas palabras, «más sola que la una», y habla de mí en tercera persona.

Y es verdad que voy más sola que la una: las puertas de los compartimentos están abiertas de par en par, excepto la del mío. Pero es que es Sábado Santo: quien iba a ver sus parientes por Semana Santa ya ha llegado a su destino, quien se ha tomado dos semanas de vacaciones ya está en los mares del sur. Yo también estaría ahora en casa de mi madre si no estuviera en este tren yendo a

ver a Vito. Así pues, tengo todo el compartimento para mí. La luz está encendida y, bien dobladitas, me esperan la manta con el logo en relieve de Ferrocarriles del Estado, la toalla y las zapatillas de esponja desechables. El tren, con un chirrido, se ha puesto en marcha.

–¿Quiere la señora un cafelito al despertarse?

El encargado del coche cama pasa y llama varias veces, cada vez por un motivo distinto. Después del café me insiste en que eche bien el pestillo por dentro. Me enseña a colocar, a modo de alarma antirrobo, la escalerilla para las literas superiores: hay que encastrarla en la manivela para que, si alguien intenta abrir, haga ruido al chocar. Se empeña en que haga yo la prueba y la ponga como me ha indicado, para demostrarme que si él forzara desde fuera la puerta (lo hace), la escalerilla montaría un escándalo de mil demonios (y es verdad) y yo me despertaría (suponiendo que consiga conciliar el sueño, pienso yo, dudándolo mucho). Repite una y otra vez:

–Estamos los dos solos en todo el vagón.

Acto seguido, regresa a su compartimento, al fondo. Pero aún no ha terminado conmigo, y grita:

–¿Bajamos la calefacción o qué?

Ha pasado de *la señora* al *nosotros*.

En efecto, hace demasiado calor, empiezo a tener la garganta seca.

–Vale… –respondo gritando yo también para que me oiga: entre su compartimento y el mío hay al menos otros cuatro.

–Si eso, nos la subo antes del amanecer, cuando haga más frío… –grita él.

–De acuerdo –grito yo.

Seguimos gritándonos de un compartimento a otro, en una conducta muy íntima y confidencial, como el marido y la mujer que se comunican a voces de una habitación a otra de su casa. (Mi madre siempre lo hace cuando viene a verme. Se pone a cocinar y desde la cocina empieza a gritarme una larga

historia sobre Ruthi mientras yo estoy al teléfono con un cliente, por ejemplo. Nunca he sido capaz de decirle lo mucho que me molesta.) Al menos, diría Carlo, el encargado del coche cama no se ha puesto a hablarme de su matrimonio infeliz. Quizá porque está soltero, aunque ahora me ha surgido la sospecha de que a lo mejor se quita la alianza cuando está de noche, no vaya a ser que se encuentre con una señora *más sola que la una*. O quizá, pobrecillo, porque él también está cansado.

Me tumbo en la litera mirando por la ventanilla. Ya es casi la una, apago la luz. Estando acostada, apenas entreveo las farolas de las calles cuando el tren se inclina en las curvas. Si no, lo único que distingo es su rojizo resplandor reflejado en las pálidas rocas de val d'Adige, que parecen teñidas de una luz que emana de ellas.

¡FELIZ PASCUA DE RESURRECCIÓN!
¡MUCHAS FELICIDADES, PERO SÓLO A LOS MÁS GUAPOS!
ESPERO QUE ESTÉS BIEN, AMIGA.
HAPPY EASTER!

Es tarde, pero no todos mis amigos tienen vidas en los que eso sea algo esencial; además, algunos viven en otros husos horarios. Por eso siguen llegándome SMS con felicitaciones de Pascua: laicas, creyentes, burlonas, cariñosas. La pantalla del móvil se enciende con cada mensaje y por unos segundos mi cara se refleja en la ventanilla, iluminada por esa luz azul.

¡FELIZ PASCUA A TI TAMBIÉN, AMOR MÍO!

Carlo. Dejo el dedo en el teclado para que la pantalla no se apague y me quedo un buen rato iluminada. Mi reflejo, un tanto espectral, se superpone sobre el paisaje nocturno que pasa como una flecha fuera del tren, sobre las rocas luminiscentes y verticales, sobre la oscuridad salpicada de estrellas. Y sobre las

iglesias, sobre los muchos castillos encaramados en las laderas, todos y cada uno joyas del arte y de la historia de los que ignoro hasta el nombre (excepto el de aquellos donde he organizado memorables actos mundanos), vuela mi cara.

De repente, la luz y el fragor de un túnel: estamos cruzando en línea recta los Prealpes para salir de val d'Adige.

Dentro de unos minutos estaremos en val Padana. *Aussi*. Estoy *acabando fuera*.

1962-1963

Paul Staggl era un hombre de negocios al que le gustaba tomar el pulso al mundo. Leía el *Dolomiten*, pero también el *Süddeutsche Zeitung* y el *Corriere della Sera*. Cuando hablaban de su tierra, la mayoría de las veces lo hacían con términos como *cuestión surtirolesa*, *atentados* o *bombas*, y eso no le gustaba un pelo. No era positivo que los italianos oyeran hablar tanto del Alto Adigio por esa razón, la peor posible. Por si tuviera pocas preocupaciones, el invierno no prometía nada bueno: a finales de diciembre aún había caído poca nieve. Justo ahora que inauguraban el nuevo teleférico, las pistas estaban llenas de piedras y de tristes claros marrones. Paul llevaba un tiempo planteándose la posibilidad de acondicionar las pistas para no depender de las precipitaciones atmosféricas. Había oído hablar de investigaciones suizas sobre la creación de nieve artificial, pero se trataba de técnicas aún en ciernes y con resultados decepcionantes. Sin embargo, lo único en lo que Paul confiaba más que en la técnica era en sí mismo. Todavía era una cuestión futurista y experimental, pero por ahí, estaba convencido, pasaba el futuro.

Paul también lo sabía todo de la chica con la que estaba liado el *Trottel*[48] de su hijo. Los operarios del teleférico lo habían puesto al tanto y para él la cosa estaba clara: el padre de Gerda era el último hombre del valle con el que Paul querría estar emparentado. No porque Hermann fuera un *Rückkehrer*, un

vecino de Shanghái, ni porque su pésimo carácter lo hubiera convertido, con menos de sesenta años, en uno de esos personajes que abundan en las pequeñas ciudades de provincia: Hermann, el arisco taciturno, al que no verás sonreír ni aunque le pagues. Una vez, un bromista de la *Stammtisch* de la taberna le ofreció, a modo de apuesta, una cantidad nada desdeñable de dinero si era capaz de levantar mínimamente las comisuras de los labios, pero nadie supo si Hermann se había ofendido o no: reaccionó con la misma expresión hosca y asqueada del mundo de siempre. No, la auténtica culpa de Huber era una sola: haber sido su compañero de colegio en la época en que los terrenos de la ladera abrupta que daba al norte aún no eran sinónimo de pistas de esquí, turistas, funiculares y riqueza, sino de la más absoluta miseria.

Paul decidió que la formación profesional de su hijo ya se había demorado bastante. Y lo mandó en una larga gira educativa por Engadina, Carintia, Baviera e incluso Colorado: era urgente que estudiara los modelos de gestión de los circuitos de esquí más famosos del mundo. Gerda nunca supo qué opinaba Hannes de eso. Cuando lo llamó desde el hotel para informarlo de su embarazo, él ya se había ido. La amable voz del padre le sugirió que llamara dentro de al menos seis meses.

Gerda pasó unos días en estado de *shock*. No puede decirse que estuviera distraída en el trabajo: limpiaba, cortaba, rebanaba, golpeaba, rallaba, amasaba, mezclaba, montaba, trituraba… Como siempre. No trabajaba con menos meticulosidad que de costumbre. No se le quemaban las salsas, no se le pasaba la pasta, no cortaba en juliana las verduras que tenía que cortar *en brunoise*, ni viceversa. Como siempre, al final de la jornada dejaba su puesto de trabajo en orden y limpio, cosa que no podía decirse de sus colegas varones. Se convenció de que, ignorándolo, lo que le había ocurrido pasaría sin dejar rastro, como cuando no haces caso a la quemazón de una salpicadura de aceite y a lo sumo te queda una pequeña cicatriz. Seguir creyéndolo, sin embargo, le requería un

esfuerzo extra de concentración y tuvo que eliminar todas las actividades mentales superfluas: dirigir la palabra a los otros pinches, saludar o responder a las peticiones no esenciales.

No obstante, a pesar de la intensidad o, mejor dicho, de la firmeza de esa convicción, sus senos ya abultados se hinchaban y se endurecían cada día más bajo el delantal. Como si el embarazo no fuera uno solo, en el vientre aún plano, sino dos, uno dentro de cada pecho.

Más de una vez al día, especialmente por las mañanas, tenía que ir corriendo a vomitar en el baño del personal. Volvía a la cocina con las ojeras azuladas, los labios pálidos y las mejillas aún mojadas por el agua helada que se había echado en la cara y, con la mirada perdida, retomaba el trabajo. Su silencio inhibía a lavaplatos, cocineros y camareros de hacer cualquier comentario o lanzar cualquier mirada indiscreta. Tanta autodisciplina y determinación para negar la realidad no hicieron que Hannes la llamara para declararle su amor y decirle que pronto se casaría con ella. Tampoco disiparon su embarazo. Gerda lo entendió: cultivar la certeza de que pasaría ya no era suficiente.

Una noche, al final del turno, cuando hasta el lavaplatos Elmar se había ido a la cama y los huéspedes del gran hotel se tomaban la última copa en la terraza que miraba a las montañas, Gerda salió de la cocina desierta y fue a la despensa de las hortalizas. Había cajas de espárragos de Rovigo, achicoria de Treviso y lechuga capuchina de los campesinos locales, alineadas metódicamente para que su contenido no se dañara. Gerda estiró la mano hacia un manojo de hojas verdes en el rincón de las hierbas aromáticas. No era cebollino, ni salvia, ni tampoco mejorana. Cogió un manojo entero y luego otro, hasta regresar a la cocina con los brazos cargados. Los apoyó en la tabla de cortar y empezó a comérselos hoja a hoja. Los labios se le pusieron verdes, y los dientes, pastosos por las hojitas, pero ella siguió arrancándolas de las ramas finas y metiéndoselas en la boca, rumiando como una de las vacas de las que cuidaba

en aquellos lejanos veranos felices. Pronto tuvo toda la boca manchada y se la limpió con el mismo gesto de la muñeca con que su padre, Hermann, se limpiaba la leche de los labios cuando era niño. Pero su bigote no era de color marfil, sino verde, como las hojas que, ramita a ramita, puñado a puñado, masticaba y engullía.

Elmar entró otra vez en la cocina. Había vuelto para robar, como de costumbre, una gotita de brandy, de marsala o de otro de los licores que había en el estante de las especias y los condimentos. La miró, primero con culpa y luego con perplejidad, con su cara, demasiado alargada, como una berenjena entre dos orejas de soplillo.

–*Wos tuaschn*?[49]

–Salsa verde –respondió Gerda con los labios, claro, verdes. No bajó la mirada a pesar de la absurdidad de la mentira y al final, como siempre, acabó bajándola Elmar.

Aquella noche, tumbada en su catre de la buhardilla que compartía con el resto de las trabajadoras del hotel, Gerda se llevó las manos a la barriga, aquejada de atroces dolores. Tuvo fiebre, diarrea, vómitos y al final un par de contracciones uterinas que le dieron gran esperanza. Pero nada más.

El perejil no había hecho efecto, y Gerda lo intentó con las escaleras de pino cembro. Llevaban a la buhardilla donde dormía, la única parte no reformada del hotel, la única que no había cambiado desde la época en que éste aún era el extremo meridional del Impero austrohúngaro y los burgueses de Viena venían aquí a pasar el invierno.

Para no amortiguar los golpes, Gerda se sentaba con las piernas estiradas. Luego se impulsaba con los codos y se tiraba por las escaleras. Se estrellaba con cada peldaño, quince golpes secos. Golpes en la pelvis, que no venían mal, pero también en las costillas y en los hombros, que eran inútiles. Al llegar abajo, durante unos segundos la claridad y la oscuridad se cambiaban de sitio:

la luz que se colaba por la ventana estrecha se tornaba negra y viscosa como la pez, mientras que las sombras se iluminaban con un resplandor sobrenatural. Luego, tambaleándose, volvía a subir.

Eran quince peldaños cortos y empinados, de madera de pino cembro agrisada por el tiempo, desgastados por siglos de uso. Las crestas y los huecos de las vetas estaban en relieve, y los nudos formaban espirales oscuras y oblongas, como galaxias en miniatura. Pero Gerda no admiraba la perfección de aquella madera antigua: subía de nuevo la escalera, se sentaba y se tiraba otra vez.

Se dejó caer por las escaleras dos, cinco, diez veces. Veinte. Perdió la cuenta. Con cada golpe de coxis, la madera de cembro emitía un sonido pleno, armonioso, como un instrumento: la escalera era un xilófono y ella una baqueta. Al cabo de un rato, le pareció que podría seguir haciéndolo para siempre: pasarse la vida tirándose por aquellas escaleras y subiendo otra vez, cada vez más amoratada, tocando ese ritmo de madera, lleno de furia y de intención, sordo, sin preocupaciones, sencillo, casi amistoso. A los pies de la escalera, tirada en el suelo como una muñeca descoyuntada, Gerda entrecerró los ojos. Las sombras parecían latir, fosforescentes; la luz ya casi no existía. Subió por enésima vez las escaleras, a tientas.

Eva, un pequeño grumo, notaba los golpes atenuados: allá afuera, las cosas tenían límites que podían chocar entre sí, golpearse violentamente, herirse. Pero eso no podía pasarle a ella. Aquellos golpes no eran más que pequeñas olas en el inconmensurable océano que la rodeaba.

Al final, Gerda se quedó tumbada, casi inconsciente, a los pies de la escalera. Levantó los ojos. Al otro lado de la estrecha ventana de la buhardilla, las nubes pasaban, altas, incesantes, implacables, sobre las montañas. Se quedó un buen rato mirándolas sin verlas. Las tenebrosas sombras de los cirros acariciaban a contrapelo las laderas boscosas y la hierba de los pastos alpinos; rascaban las

rocas desnudas de los despeñaderos y de las cimas, y le pareció sentir el crujido de aquella caricia desmesurada. Se quedó así un buen rato, con el cuerpo dolorido y el cerebro apagado. Luego, lentamente, se levantó. Enfiló el largo pasillo y, apoyándose en la pared, se dirigió hacia los dormitorios del personal.

Había fallado.

Los ojos de Eva sólo eran dos bulbos oscuros, enormes en comparación con el resto del cuerpo. No tenían párpados, ni pestañas, ni siquiera podían cerrarse aún. Pero Eva siguió durmiendo el sueño de los fetos, que son al mismo tiempo criatura y creador; el sueño de un dios que sueña con el comienzo del tiempo: su propio tiempo.

KILÓMETRO 230-295

A un cuarto de hora andando de mi precioso apartamento de tonos elegantes, alejándose de la ciudad medieval y subiendo por un sendero corto, se llega a un extenso terreno cultivado con maíz y patatas. En el centro de los campos hay una capilla. Vistas desde aquí, las laderas de nuestro valle se abren y el cielo se torna muy amplio. La gente viene a sentarse en el banco situado en la pared exterior de la pequeña iglesia para disfrutar de la puesta de sol y de las vistas de los glaciares.

Siendo yo niña, mi madre me traía aquí cuando venía a verme. No me atrevía a decirle que habría preferido pasar el valioso tiempo que tenía con ella yendo al estanque que había al otro lado de los campos para echar mendrugos a los gansos de picos duros y voraces; o metiéndonos entre las zarzas del sendero para coger frambuesas hasta tener la cara y los dedos rojos, y si acaso llevarnos unas cuantas a casa en un tarrito de cristal. No verbalizaba mis deseos; la seguía con mis cortas piernecitas acelerando el paso, cogida de su mano. Me bastaba con notar su distraído apretón para saber que no estaba pensando en mí, pero al menos tenía su mano alrededor de mis dedos.

Hace unos pocos meses, a la vuelta de un fin de semana en París, caí en la cuenta de dónde se había pasado años llevándome. En innumerables ocasiones, también de adulta, me había sentado en aquel banco a mirar el cielo,

había entrado en aquella capilla y había levantado los ojos hacia el fresco que decora el pequeño ábside. María, con la mirada clavada en el vacío, se dispone a pisar a un pobre perrito que, erguido sobre las patas traseras, parece querer jugar con ella. Nunca me había fijado en el cartel que la Concejalía de Turismo había colocado unos años atrás en la puerta de la capilla. Hasta que aquel día, vaya usted a saber por qué, me dio por leerlo. Comprendí que mi madre debía de conocer la historia de aquella capilla, como conoce desde niña la historia de la santa barbuda de la pequeña iglesia que hay entre las granjas donde crecí.

La capilla fue un encargo de un noble local que de joven había llevado una vida disoluta. Su castigo, tras un matrimonio con el que ratificaba su regreso a la moderación, fue el nacimiento de un hijo con cuerpo de perro (el cartel presenta como un hecho la causalidad directa entre la conducta viciosa precedente y el nacimiento del monstruo: «Así pues, tuvo un hijo…»). El hombre hizo un voto a la Virgen: construir una capilla en su honor si Ella le condecía la gracia de que su hijo muriera. Las oraciones del noble a la Virgen, según se deduce por el fresco donde aparece el pobre perrito que María se dispone a aplastar, fueron atendidas. No en vano, el texto en alto alemán que hay encima del altar dice: EN HONOR A DIOS Y CON PENSAMIENTO CRISTIANO SE MANDÓ CONSTRUIR ESTA CAPILLA EN 1682. A medida que iba leyendo, me decía: mi madre nunca lo habría hecho. Aunque hubiera tenido los medios para ofrecer el voto de construir toda una capilla, jamás habría rezado para que yo muriera.

Mi madre nunca me ha dicho que le destrocé la vida. Al contrario. Cuando yo era pequeña, ella se aferraba a mí como a una minúscula balsa, y yo estaba orgullosa, quería ponerla a salvo, alejarla de los golpes de mar de su vida. Pero no salvé a nadie. Ni a mí, ni a ella.

Cuando era una adulta joven, intenté huir de mi incapacidad para hacerla feliz. Recuerdo que el mismo día del funeral de Ulli decidí dejar atrás para

siempre nuestras luminosas montañas, el aire con olor a heno y los balcones floridos. De repente, toda aquella belleza me parecía una farsa feroz, incapaz de ocultar la mezquindad que lo había matado. Podía permitírmelo: tenía veinticinco años, ningún hijo (siempre me he cuidado muy mucho de quedarme embarazada), llevaba varios años trabajando y había ahorrado algo de dinero. La idea era irme a Australia y buscar trabajo allí. Lejos, lejos del Alto Adigio/*Südtirol*, de su obsesión consigo mismo; lejos, ¡rumbo a una nueva vida en las antípodas!

Cuando le comuniqué a mi madre mis intenciones, respondió: «Llevo toda la vida queriendo ver los canguros. Ahora por fin podré». No hubo manera de sacarle nada más.

Pero al final no me fui a vivir a Australia. Yo soy, a pesar de todo, una *Dableiber*.

Tumbada en el coche cama, mecida por la marcha del tren, el sueño profundo no llega, sólo jirones de sueños. La llanura padana, que pasa como una flecha al otro lado de la ventanilla, atraviesa el costado del vagón, la manta de Ferrocarriles del Estado y mi piel. Su monotonía, que no es menos absoluta por el hecho de ser invisible en la oscuridad, me posee, y también mi cerebro se vuelve plano y sin relieves. Pero no: cada vez que la conciencia está a punto de olvidarse de sí misma y disolverse por fin en el sueño, por la otra vía irrumpe el estruendo de un tren a toda velocidad. Un yo metálico, lineal, diurno, que me despierta de un respingo.

Después de uno de esos sobresaltos me apoyo en los codos, me incorporo en la cama y miro por la ventanilla. Estamos parados en una pequeña estación desierta. Un cartel azul con letras blancas dice POGGIO RUSCO, un nombre que sabe a campo, a tractores y a embutidos caseros sin polifosfatos. El tren se queda casi media hora parado, no sé por qué. Los conos de luz naranja

proyectados por las altas farolas parecen de gelatina: hasta tal punto saturan los humores de la tierra el denso aire padano.

Intento abrir la ventanilla. Está bloqueada. Si llamara al encargado del coche cama de esa manera tan íntima, casi conyugal, de un compartimento a otro, seguro que acudiría raudo, con los ojos hinchados de sueño. Intentaría con torpeza disimular la excitación provocada por mi inesperada llamada nocturna; desbloquearía con la llave inglesa el cierre del cristal, me observaría aspirar esa humedad grasa, que huele a estiércol y a campos recién arados, y me preguntaría: «¿Por qué no duerme la señora?». Y yo le respondería que, si ya tengo insomnio por lo general, cómo no iba a tenerlo hoy, cuando estoy atravesando Italia de una punta a otra para llegar al lecho de muerte de Vito.

Vito. Pero ¿por qué me ha llamado a mí y no a mi madre? Ella era su amor perdido, mientras que yo, la última vez que me vio, no era más que una niña.

«Siempre me he acordado de ti», me ha dicho por teléfono con esa voz cansada. ¿Qué quiere decir la palabra *siempre*?

Me tumbo otra vez en la litera. Como si ésa fuera la señal secreta que estaba esperando, el tren reanuda la marcha.

1963

Gerda perdió a su madre y a su padre en menos de una hora.

Había vuelto a casa tras más de tres meses de ausencia y la barriga ya empezaba a tirarle. Le había comunicado su estado a Johanna, que se llevó una mano al pecho, con el rostro desfigurado por un conato de vómito. De sus labios violáceos salió un chorro transparente que salpicó los zapatos de Gerda; luego se cayó de la silla.

Cuando Hermann regresó a casa, eso fue lo que vio: tendido en el suelo, el cuerpo de su mujer, que ya sólo era una cosa; a su lado, la barriga de Gerda, pulsante e hinchada de vida, y la maleta de su hija apoyada al lado de la *Stube*. Se quedó inmóvil unos segundos, en silencio, con las piernas un poco abiertas. Luego, con una curiosa eficacia, como si hubiera pasado la vida entrenando para realizar justo aquellos gestos, Hermann cogió la maleta de Gerda y, con un movimiento elegante del brazo, la arrojó por la puerta principal, que se había quedado abierta de par en par. La maleta subió muy alto, golpeó el poste de la luz que había delante de la casa y se abrió en el aire. La ropa de Gerda salió volando, colorida y agitada como aves migratorias. En silencio, Hermann y Gerda siguieron con la mirada su travesía oceánica. El continente en el que se posaron fue la explanada de tierra batida entre las casas de Shanghái. Y allí, desperdigadas en aquel extremo húmedo y oscuro de la periferia donde el sol

únicamente daba en verano, una vez más fue innegable su triste naturaleza inanimada.

Hermann no miró a la cara a su hija. Señaló con el dedo la explanada frente a la casa, ahora cubierta de prendas compradas en el mercado de los miércoles, de ropa interior limpia, pero usada desde hacía mucho tiempo, y de rebecas de punto.

–*Aussi* –le dijo.

Y Gerda salió.

Con un golpe que, sin ser fuerte, era definitivo, la puerta principal se cerró a su espalda. Gerda se inclinó para recoger la ropa desparramada, intentando meterla como buenamente pudo en la maleta de piel. Recogió su mejor vestido, un vestido camisero verde y blanco que había confeccionado ella misma usando un patrón. Se ceñía en la cintura y llevaba varios meses sin ponérselo. Lo sacudió con delicadeza antes de meterlo en la maleta.

En el interior de aquella casa en la que jamás volvería a entrar, Gerda oyó al que había sido su padre hasta hacía unos segundos dando golpes secos en las paredes, o quizá en el suelo, o en la mesa, pero sin emitir ni un lamento.

El edificio de la Obra Nacional para la Maternidad y la Infancia de Bolzano estaba casi en la periferia, cerca de las acerías en las que no habían contratado a Peter. Era un triunfo de los volúmenes racionales, sólidos, fascistísimos; incluso los setos del jardín tenían líneas minuciosas. El río Talvera discurría a poca distancia, pero no se veía por culpa de la alta tapia que separaba el jardín de la calle. Cuando Gerda entró, la monja guardiana cerró la verja de hierro con un gesto que no dejaba lugar a dudas: ahí no se entraba por elección propia, sino por necesidad. Luego la acompañó por los anchos pasillos hasta llegar a un enorme dormitorio desierto donde flotaba el olor a verduras hervidas y caldo de pollo: en el refectorio estaban sirviendo la comida.

Gerda, con la maleta cerrada de aquella manera –con el golpe, una de las hebillas se había roto–, había llegado dos semanas antes de salir de cuentas. Pero Eva, que desde el principio fue una hija que dio pocos problemas, aceleró la cosa: Gerda no había terminado de meter la ropa en el pequeño armario metálico cuando notó un zarpazo en las entrañas. Sorprendida, miró hacia las altas ventanas, como si buscara su causa en el jardín.

La monja guardiana que le estaba explicando las reglas y los horarios del centro se percató de inmediato. Pasaba siempre lo mismo con esas chiquillas: cuando llegaba la hora, parecían estupefactas, como si hasta ese momento no se lo acabaran de creer. Al segundo espasmo Gerda ya no miró afuera, sino al suelo, entre sus zapatos, y de los labios se le escapó un leve gemido.

–Ahora os quejáis, pero antes os gustaba –dijo la monja, pero sin acritud. No era un juicio moral: era un hecho objetivo, más bien, que había podido constatar en sus muchos años de experiencia. Algo que no sirve de nada negar, como de nada sirve intentar detener las labores del parto.

La matrona tenía los ojos del color del agua en un vaso de cristal espeso; de la cofia se le escapaba un mechón rubio sudado por el esfuerzo, como si fuera ella la que estaba dando a luz. En la bata, justo encima de su amplio pecho, lucía la insignia de la Estrella a la Bondad: se la habían otorgado unos meses antes por sus honorables servicios, en la Fiesta de la Madre y del Niño. En la ceremonia se habían entregado ciento cuarenta paquetes regalo a otras tantas madres solteras con sus hijos.

–¡Empuja! –le dijo.

Gerda no reaccionó, atenazada por un dolor que la ahogaba. La otra, la monja enfermera, chasqueó la lengua. Era morena y pequeña como una pepita de sandía, y llevaba un velo blanco y almidonado en forma de ala de cisne. Sólo en la nuca se entreveía la oscura raíz de su pelo. Con desprecio, le dijo a la matrona:

–Ésta ni entiende ni *empuja*.

Gerda esperó a que pasara la contracción; luego clavó los ojos en la monja y dijo:

–Yo *entiendio*.

La monja enfermera esbozó una mueca de incredulidad.

–*¡Entiendio…!* –repitió imitando el acento alemán de Gerda, antes de echarse a reír–. *¡Entiendio…!* –Sus huesudos hombros se agitaban con cada carcajada, no podía parar.

La matrona y Gerda se quedaron mirándola, inmóviles.

–*¡Entiendio…!* –seguía repitiendo la monja mientras salía de la habitación. Sus carcajadas resonaron por todo el pasillo hasta que salió por la puerta acristalada que cerraba aquella sección.

La matrona miró a Gerda. Se encogió de hombros y, entrecerrando los ojos, puso cara de paciencia con un punto de soberbia, como invitando a Gerda a hacer lo propio.

–No le hagas caso. Es una *terrona*, nada más –dijo la otra en dialecto.

Terrona. Gerda, joven *Daitsch* que había conocido a poquísimos italianos, no sabía absolutamente nada de las diferencias entre los propios *Walschen*, de lo mucho que preocupaba a los del norte que los confundieran con los del sur, y viceversa. Tomó una nota mental para aprender aquella nueva palabra. *Terrona*: persona idiota y maleducada que se ríe cuando no procede.

Pero ya llegaba otra contracción.

Era un dolor perfecto, de una belleza cegadora. Una galaxia de estrellas de tormento que laten, que descuartizan, que desgarran. En el centro estaban muy juntas y eran continuas, insoportables. En los delgados brazos en espiral, en cambio, estaban más espaciadas.

La galaxia giraba sobre sí misma, majestuosa e inexorable. Nada habría podido detenerla: ni los gritos de Gerda, ni su terror, ni el agotamiento. En los

escasos momentos de pausa, los largos tentáculos del dolor, extendiéndose, transportaban a Gerda hasta su extremo, y entonces ella se asomaba por un instante a la serenidad inmóvil, a un silencio infinito y vibrante que lo abarca todo, incluso a sí mismo.

Entonces Gerda respiraba.

Pero, muy pronto, el tentáculo de dolor volvía a contraerse con un bramido animal, atrayéndola hacia sí con violencia. Y Gerda se sumía otra vez en el incandescente núcleo de las contracciones.

Le parecía llevar ahí milenios, pero apenas habían transcurrido un par de horas. Sus anchas caderas estaban hechas así para facilitar el paso de una nueva vida. Y así, tras la última deslumbrante explosión entre sus piernas, nació Eva.

Tenía la piel clara. El labio superior recordaba a un molusco, anunciado que tendría la boca carnosa, como su madre. El cráneo sin pelo parecía un mapamundi: la trama de venitas púrpuras provocadas por el esfuerzo de nacer dibujaba los ríos, las cadenas montañosas y los continentes de un planeta nuevo. Los pocos pelos que tenía eran rubísimos, casi blancos. No rojizos, para enorme alivio de Gerda: aquella recién nacida aún desconocida sólo se parecía a ella.

Cuando la matrona se la devolvió, lavada y vestida con el monito con el emblema de la Obra, los senos de Gerda estaban monumentales y doloridos, estriados de venas verdosas, y la leche, que ya le había subido, le había empapado el camisón. Recibió la boca ávida de la recién nacida alrededor de sus oscuros pezones como una bendición. La cabeza de Eva empezó a subir y bajar en su pecho, como una pequeña bomba vigorosa y eficaz. La matrona con la Estrella a la Bondad se quedó mirándola con sus ojos transparentes y sentenció, en dialecto:

–Ésta no te va a dar por saco.

Como si se sintiera interpelada, Eva abrió los ojos y los clavó en los de su madre. Se diría que ella tenía más ganas de conocer a Gerda que al contrario.

La monja guardiana tenía razón: hasta aquel momento, no acababa de creerse que fuera a suceder. Ahora empezaba a ser consciente de que tenía una hija.

Era la primera cosa en todo el mundo que Gerda podía calificar de suya.

Muchas chicas se quedaban en el centro hasta bien pasados los tres meses reglamentarios. Muchas no tenían adónde ir. Las monjas de la casa les encargaban trabajillos en las cocinas, en la guardería o limpiando. Si tenían suerte, les encontraban algún trabajo a destajo para los artesanos de los alrededores –bordados, labores de punto o costura–, lo que les permitía ser autónomas y buscarse una habitación de alquiler. Pero a menudo pasaban meses, o años, antes de que pudieran hacerlo. Cuando, con ayuda de las monjas, conseguían encontrar empleo y regresaban al mundo, se paraban en la verja y se giraban por última vez con una mezcla de añoranza y alivio. Eso las que se llevaban a los hijos. En cambio, las que salían de allí solas, cuyos hijos se quedaban en el ala de los huérfanos, bien separada de la de las puérperas, se iban lo antes posible: en cuanto eran capaces de andar sin ayuda después del parto, cruzaban la verja de hierro. Cuando la monja guardiana la cerraba, ninguna de ellas miraba atrás.

Durante unos días, la vecina de cama de Gerda, en el dormitorio con grandes ventanas arqueadas que compartía con otras siete madres solteras, fue una mujer obesa. La llamaban Anni. Su edad era imposible de determinar; de noche roncaba y de día siempre estaba con la punta del índice en la comisura del labio, incluso mientras comía. Gerda se enteró de que Anni ya había pasado por allí cinco veces. Nunca sabía quién era el padre de la criatura que estaba a punto de parir. Algunas monjas hasta dudaban de que Anni entendiera la relación entre los hijos que le salían con sorprendente facilidad de entre esos

muslos enormes y las cosas que le hacían los hombres en los sótanos de las tabernas, encaramados a su gigante cuerpo entre latas de cerveza y cubos de serrín. Todas y cada una de las veces observaba con perplejidad al recién nacido cubierto de sangre y meconio que había salido de su cuerpo; y luego se lo entregaba a la matrona o a una de las enfermeras. Cuando asistía a mujeres como Anni, a la matrona se le pasaban por la cabeza algunas ideas sobre el aborto y los métodos anticonceptivos que, de haber llegado a oídos de las autoridades de la Obra Nacional para la Maternidad y la Infancia, le habrían valido la revocación de la Estrella a la Bondad. Por eso se las guardaba para sí.

Gerda observaba a Anni como habría observado a una nativa de la selva amazónica vestida únicamente con abalorios y plumas, a quien las fuentes autorizadas catalogarían como su pariente lejana: con desconcierto, incredulidad y recelo, pero también con la irrefrenable curiosidad de descubrir posibles rasgos en común con ella. No encontró ninguno. Principalmente no compartía su costumbre de dar a los hijos en adopción: a Gerda esa posibilidad ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Por lo demás, nadie habría sabido decir si Anni sentía un ápice de remordimiento o tristeza. Cada vez que iba al centro, se quedaba poquísimo tiempo: a la mañana siguiente de haber dado a luz, su cama ya estaba vacía.

Los días se sucedían idénticos, marcados por el ritmo de las tomas y del pesaje, de las comidas y del sueño. La tapia que al entrar le había recordado a Gerda a una cárcel, ahora empezaba a parecerle una protección contra aquel mundo que, a juzgar por cómo le habían ido las cosas hasta entonces, no prometía acogerla con los brazos abiertos cuando saliera de allí.

De aquel mundo sólo le llegaban ecos fragmentarios. Después de cenar, Gerda se sentaba con Eva en brazos en la salita de la televisión. Las patas de las incómodas sillas de hierro habían dejado un sinfín de circulitos perfectos en el linóleo verdoso, en el que se reflejaban las imágenes en blanco y negro

del televisor apoyado en una cómoda. Cada noche veía las noticias del telediario, aunque no tuviera particular interés.

LOS CIENTÍFICOS COINCIDEN EN QUE LAS ALGAS SERÁN LA COMIDA DEL FUTURO, INAGOTABLE Y NUTRITIVA, PARA TODA LA HUMANIDAD.

LA DESAPARICIÓN DE UN PELO DE LA BARBA DEL PROFETA MAHOMA CONSERVADO EN EL SANTUARIO HAZRATBAL, EN SRINAGAR, PROVOCA TUMULTOS Y MUERTOS EN TODA LA INDIA.

EN LA ONU SE DEBATE LA PROPUESTA DE ESTABLECER CON CARÁCTER UNIVERSAL QUE LOS AÑOS COMIENCEN EN DOMINGO Y TERMINEN EN SÁBADO. SE ESPERA EL SÍ DEL PAPA.

También se anunció el regreso de Mina a la televisión. La cantante llevaba más de un año vetada por haber tenido un hijo con su amante, un hombre casado: el locutor consiguió dar la noticia sin pronunciar ni una vez las palabras *vetada*, *amante* y *casado*.

Aquella noche, las madres solteras abarrotaron la salita de la televisión. El programa se llamaba *La feria de los sueños* y Mina cantaba «È l'uomo per me». Tenía la nariz, los ojos y la boca de una reina egipcia, y los gestos de sus brazos y de sus caderas descartaban de plano cualquier arrepentimiento por la inmoralidad cometida. A muchas chicas casi se les saltan las lágrimas por la inesperada esperanza que les daba aquella voz descarada y a la vez dulcísima, que no le pedía perdón a nadie.

–A lo mejor algún día no estará tan mal visto tener hijos sin casarse –le dijo en voz baja a Gerda una joven morena de su edad que nunca iba muy limpia y cuya mirada reflejaba una especie de sed de algo. Aún no había aprendido a sostener en brazos a su hijo, arrugado y de piel oscura, que se pasaba el día llorando.

–Estará mal visto siempre –le respondió Gerda sin mirarla.

Mina seguía cantando, con una cara más radiante que la pedrería de su escotado vestido.

La monja guardiana aún no se había atrevido a confesarle a su padre espiritual el asunto de las pinzas. No había sido un hurto propiamente dicho. Su dueña, una rubia de bote con una ropa interior a todas luces nueva, había salido del centro hacía más de un mes y había dejado a un huérfano más al que buscar familia con esfuerzo. Haber encontrado aquellas pinzas de acero cromado al fondo del armario vacío no podía considerarse un pecado, ni tampoco, casi seguro, no habérselas entregado de inmediato a la madre superiora. La cuestión era que, desde que habían acabado –¡a Dios gracias!– los inútiles dolores menstruales que la habían afligido más de treinta años, en la barbilla de la monja guardiana crecían pelos sueltos, duros como el alambre de espino. Cuando nadie la veía, los buscaba furtivamente y, agarrándolos con firmeza entre el pulgar y el índice, como con una tenaza, se los arrancaba. Las pinzas habían sido una bendición.

Pero ahora la monja guardiana temía el momento en el que encontrara la fuerza de confesar aquel pecado de vanidad no tanto por la vergüenza y la contrición que la esperaban, sino porque le ordenarían entregarlas, de una vez por todas, a la madre superiora. Y entonces tendría que prescindir de aquel tirón limpio y exacto, mucho más agradable y elegante que el gesto rabioso de los dedos desnudos.

Así pues, se disponía a arrancarse con las pinzas un mechón de pelos muy tenaces –diciéndose que era la última vez, aunque sin creérselo demasiado, porque llevaba varios días con aquel propósito, pero sin cumplirlo– cuando en la portería, su reino, sonó el timbre de la verja.

Servir en aquel centro era, probablemente, la obra de caridad que menos haría a una monja lamentar el voto de castidad. La tristeza, la consternación y el miedo de las chiquillas que encontraban allí un breve refugio no tenían nada de envidiable. «Ahora os quejáis, pero antes os gustaba», le había dijo la monja guardiana a Gerda cuando empezaron las contracciones, y podía parecer una

expresión fruto de una celosa acritud. Sin embargo, en aquella frase –que no tenía nada de original, pero que ella dispensaba a casi todas las parturientas como un destilado objetivo de su experiencia–, había, sobre todo, una pregunta implícita: dado que el antes les había gustado tanto como para hacerlas ignorar las graves consecuencias que sufrían ahora, ¿cómo era lo que les había gustado tanto de aquel antes?

La monja guardiana llevaba más de cuatro lustros observando a las jóvenes solas y deprimidas que abarrotaban aquellos dormitorios, aferradas a sus hijos como a salvavidas después de ver hundirse su vida ante sus propios ojos. De vez en cuando se presentaban en la verja de hierro, preguntando por las madres solteras alojadas allí, los mismos hombres que no se habían casado con ellas: chicos con un ataque de remordimientos, o maridos de otras mujeres que en el fondo le tenían cariño a la madre de su bastardo. Eran todos tan manifiestamente inútiles para el drama que vivían las mujeres a las que habían dejado embarazadas que la monja guardiana era incapaz de emitir un juicio demasiado severo sobre aquellos padres fallidos. Le parecían niños, mimados e incapaces de comprender la dureza del destino que esperaba a sus amantes. Ellos le insistían para que entregara bisutería de tres al cuarto a unas chicas a las que lo que había que hacer era vigilarlas para que no se suicidaran; proponían escapadas románticas a puérperas con mastitis porque acababan de dar a su hijo en adopción para llevarlas a hoteluchos perdidos, aprovechando que sus mujeres se habían marchado oportunamente de la ciudad. Y éstos no eran los peores: al menos habían dado señales de vida. Echaban un vistazo a través de la verja con expresión cohibida, se ponían el traje de los domingos. La monja guardiana sabía que habrían dado lo que fuera para obtener de ella una palabra o una mirada que declarara inevitable, comprensible y, en resumidas cuentas, acertada su decisión de no reconocer a aquellos niños y no casarse con sus madres. A cuantos más de aquellos hombres veía, menos se

explicaba qué era aquello tan atractivo que tenían como para arrastrar a aquellas chiquillas hacia tamaña catástrofe. Para ella era todo un misterio, y su encuentro con Hannes Staggl no arrojó más luz sobre la cuestión.

Cuando descorrió el pesado cerrojo de hierro forjado, delante de la verja del centro había un Mercedes 190 color crema. En los guardabarros cromados, la monja guardiana vio una enorme ave blanca: su propio reflejo. Al levantar la mirada, vio a Hannes. Estaba detrás del coche, en el centro de la calle desierta, mirando hacia las ventanas al otro lado de la alta tapia. Las monjas no eran tan incautas como para alojar en las habitaciones que daban a la calle a las muchachas, que en tal caso se habrían pasado el día mirando para ver si llegaba el milagro que las salvaría. Las ventanas por las que Hannes intentaba entrever a la chica a la que había dejado embarazada eran las de las oficinas del personal.

De aquel joven la sorprendió el color de su pelo, casi naranja; la piel, transparente, y las manos, pecosas. Hannes preguntó por Gerda Huber y por el hijo que había tenido, y la monja guardiana soltó, para su propia sorpresa, un suspiro de alivio: había visto nacer a demasiados bastardos condenados a llevar para siempre la cara de los padres que los habían abandonado. La hija de Gerda, por suerte para ella, era clavadita a la madre.

–Es una niña. Está sana. La madre también está bien.

Él abrió y cerró varias veces los párpados, de piel opalescente: la palabra *madre* le había impactado con la fuerza de la realidad.

–¿Cómo se llama?

–Eva.

El chico miró el Mercedes un instante.

–Es un nombre bonito.

–Sí. Es bonito.

Hannes volvió a alzar los ojos hacia las ventanas del edificio. Los guiñó un poco. ¿Para intentar ver algo tras el reflejo del cielo en los cristales?, ¿para ganar tiempo?, ¿para acostumbrarse a aquel bonito nombre?

Ya está, pensó la monja guardiana, ahora llega la pregunta. No lleva un paquete en la mano ni flores, pero tiene un coche de rico, y, cuando una chica acaba aquí por culpa de un tipo con dinero, no hay que hacerse ilusiones.

–¿Puedo verla? A la niña.

La monja guardiana inclinó la barbilla hacia la garganta y lo miró de abajo arriba.

–Sí, si le da su apellido.

Él bajó la mirada hacia sus zapatos, de buena factura. Se quedó así un buen rato. Los iris castaños de la monja guardiana habían perdido nitidez con la edad y en la córnea se difuminaban como un halo grisáceo, pero las pupilas seguían siendo negras y rotundas. Su mirada no era severa, sino objetiva, paciente, resignada; no expresaba condena, pero tampoco la tan ansiada absolución. La mujer lo sabía: él se marcharía de allí sin decir palabra, con la cabeza gacha para evitar mirar hacia las ventanas tras las cuales, según creía, estaba la hija a la que se negaba a reconocer, cuando en realidad estaban la monja administrativa repasando las facturas de los proveedores y la cocinera decidiendo el menú de la cena.

Mientras el Mercedes desaparecía, girando en un cruce, la monja guardiana se preguntó por enésima vez cómo sería aquel placer por el que todo aquello merecía la pena. Era completamente incapaz de imaginárselo.

En cambio, a Gerda sí la informaron de la otra visita que recibió.

Cuando la monja guardiana descorrió el cerrojo y se encontró con herr Neumann, se fijó en sus párpados, hinchados; en la inmensa barriga que presionaba los botones de la chaqueta de paño y, sobre todo, en su edad. La alivió saber que aquella joven dura y rubia, de pocas palabras, pero de gran

ayuda en la cocina, cuyos andares eran motivo de deleite para todos, incluso para ella, no se había dejado embarazar por aquel hombre. Luego herr Neumann le explicó que sólo quería una cosa de Gerda: que regresara a su puesto de trabajo. Nadie la ofendería por lo que le había ocurrido: le daba su palabra. Entonces, la monja guardiana se sintió mal por haber juzgado por las apariencias a aquel hombre generoso. ¡Como si los pelos de su barbilla dijeran algo de ella! Se flageló mentalmente conminándose a informar de su superficial arrogancia al padre confesor.

Cuando Gerda salió del edificio, a herr Neumann se le cortó la respiración, y los botones de la chaqueta de paño estuvieron a punto de saltar por culpa de la presión extra. Jamás en su vida había visto a una mujer más hermosa. Era lo mismo que se dijo cuando Gerda entró por primera vez en su cocina con el delantal de lavaplatos, pero desde entonces no había vuelto a repetírselo, para que no fuera insoportable trabajar a su lado. Herr Neumann estaba no infelizmente casado desde hacía casi treinta años, tenía hijos adultos que ya lo habían hecho abuelo y, además, había prometido proteger a Gerda de las ofensas. Así pues, se limitó a decir:

–*Gerda gibs lai oane*. –Gerda sólo hay una.

Ella hizo la maleta y montó en un Fiat 1300 verde pistacho con el techo blanco, por el que herr Neumann ya había pagado más de la mitad de los plazos. Al marcharse para siempre de la Obra Nacional para la Maternidad y la Infancia, Gerda se llevó dos cosas: una hija de cinco semanas que nunca lloraba y un notable progreso en el dominio del italiano. Y se dejó otra allí: la certeza de que existe el amor absoluto y de que estaba destinada a conocerlo.

Mientras el Fiat 1300 desaparecía tras girar en un cruce, las monjas, la matrona con la Estrella a la Bondad, la enfermera *terrona* y el resto del personal estaban en la acera para despedirla, felices de que al menos Gerda tuviera un sitio adonde ir.

Al día siguiente, la monja guardiana tuvo su conversación semanal con su padre espiritual. Confesó todos sus pecados. Luego, con una mezcla de alivio y pena, fue a entregar las pinzas a la madre superiora.

KILÓMETRO 295-715

Un año después de la masacre de Bolonia de 1980, el verano en que acabé bachillerato, iba de camino a las islas Tremiti con un compañero de instituto. Él no me gustaba, pero yo a él sí, y había convencido a sus padres, ricos comerciantes de Bolzano, de que me pagaran también a mí el viaje y el *camping*. Hasta entonces, sólo había visto el mar en Cesenatico, frente a los edificios rectangulares de las colonias de verano inauguradas por el fascismo: la única agencia de viajes que mi madre podía permitirse era Cáritas. Para mí, las vacaciones en la playa eran sinónimo del olor rancio a salsa de tomate, del hedor de una plétora de niños poco lavados y apiñados en un solo dormitorio, de la arena que los chicos mayores tiraban a los ojos de los más pequeños y de las tropelías de los educadores con mala sangre por culpa del cansancio.

Aún no habían llegado los Eurostar con reserva obligatoria, y nuestro vagón parecía lleno de desplazados de guerra. Los veraneantes de agosto que se dirigían a las playas desbordaban los compartimentos como prendas de ropa en un armario abarrotado cuyas puertas no se cierran; se sentaban en los asientos plegables de los pasillos con otra persona en su regazo, en el suelo, en los escalones frente a las puertas cerradas o en los baños (en especial, quienes viajaban sin billete, que no eran pocos). El chico dispuesto a pagar y yo, como otros muchos viajeros, cargábamos con mochilas pesadas y mal diseñadas, de

tejido áspero y grueso, con un armazón de aluminio que en teoría distribuía el peso por la espalda, pero que sólo se te clavaba en las costillas. Olíamos a pies, a mariguana, a chicle de fresa y, sobre todo, a tabaco: siempre teníamos un cigarrillo en la mano; aún se podía. Cuando llegamos a Bolonia, nuestro tren se detuvo en el andén uno y vi, justo a la altura de mi ventanilla, el boquete en la pared, resaltado por el cristal, que aún hoy conmemora el lugar de la explosión, y el reloj detenido a la hora exacta: las diez y veinticinco.

Yo había crecido en el Alto Adigio de las bombas y de los atentados, y ya era lo bastante adulta para haberme hecho una idea clara de la muerte del tío Peter. Sin embargo, a pesar de ser hija de una tierra de terroristas y controles de carretera, era y soy incapaz de concebir la magnitud de la masacre de Bolonia. Ochenta y cinco muertos, cientos de heridos: aquella matanza formaba parte de otra escala de terror. Cuando el tren reanudó la marcha, intenté hablarlo con mi compañero. Él no respondió, eludió la cuestión y cambió de tema en cuando pudo, con lo que tuve que guardarme para mí aquel sentimiento de consternación confusa. Añadí su manifiesta insensibilidad por los demás a los otros motivos, ya numerosos, que lo hacían indigno de mi amor: que me hubiera pagado el viaje me parecía del todo irrelevante a la hora de valorar la cuestión.

Me pasé las vacaciones dejando que otros ligaran conmigo delante de sus narices. Alrededor de las hogueras en la playa, por las noches, me dejaba toquetear por otros chicos con saco de dormir, o por algún joven isleño, y luego buscaba sus ojos. Siempre los encontraba: una mirada confusa, excitada, oscuramente culpable. No se quejó ni una vez. Lo pagó todo, hasta el último día. Al cabo de muchos años, cuando le había perdido la pista hacía tiempo, me enteré a través de unos conocidos en común que entre los muertos de Bolonia había una pariente suya de val Passiria. Me dijeron que la quería mucho, que había llorado en su funeral.

Ahora, en mitad de esta noche de tren, pasamos por la estación de Bolonia. Estamos parados en el andén cuatro y por mi ventanilla no se ve el boquete en la pared.

Bajo las marquesinas, iluminadas por una luz exhausta, no hay un alma. El altavoz anuncia las escasas salidas y llegadas como una voz en el desierto: un profeta invisible con un marcado acento emiliano. Su lugar de retiro no es una montaña mística, sino los bancos de mármol, las máquinas distribuidoras de refrescos y los andenes. La exigua comunidad de sus discípulos la formamos el napolitano encargado del coche cama, yo y el maquinista, cuya presencia percibo dese hace unas horas en las frenadas y en los acelerones del tren.

El profeta nos lanza sus máximas:

–El tren Intercity nocturno 780 *Flecha Salentina*, procedente de Bari y con destino Milán Central, saldrá del andén…

–El tren 1940 *del Sol*, procedente de Villa San Giovanni y con destino Turín Porta Nuova…

El tren reanuda la marcha mientras la voz sigue predicando en vano.

Dejamos atrás la anticuada luz de la estación y nos sumergimos de nuevo en el campo negro, en la gran oscuridad de la noche natural, ni hostil ni aliada, sencillamente distinta a nosotros.

Igual que cuando hacía compañía a Ulli mientras se pasaba la noche recorriendo las pistas de esquí con *Marlene*, su pisanieves, más cómoda y personalizada que un tráiler: las fundas de cebra de los asientos; la calefacción, a máxima potencia, lo que te permitía ir en camiseta, y el equipo de música retumbando al ritmo de Queen o de los Clash, con decenas de luces led (una novedad en aquellos años ochenta). Fuera, el vibrante cielo invernal y el viento de los dos mil metros, mientras nosotros seguíamos subiendo y bajando por las pistas hasta que la nieve quedara perfecta, como terciopelo blanco, para los esquiadores que la Fábrica escupiría a la mañana siguiente.

Fue en una de aquellas noches cuando Ulli me dijo que ya no tenía miedo de ser un *Schwul*.[50] Usó esa palabra: ni *gay* ni *homosexuell*, sino el término que utilizaban los jubilados sabelotodo en las *Stammtisch* de las tabernas; el que Ulli había oído murmurar al cruzarse con sus coetáneos, con los hijos de los vecinos, con su hermano menor, Sigi, con todo el mundo, desde que a los once años se negaba a jugar al fútbol o al hockey sobre hielo y sólo quería estar conmigo.

Un mes antes, Ulli había estado en Londres. Allí, su homosexualidad no le confería ninguna originalidad; de hecho, lo habían tratado como a una persona casi banal. Eso le gustó.

Y fue en una de aquellas noches cuando le confesé lo de mi matrimonio relámpago, celebrado y poco después anulado en Reno, con Lesley (¿o era Wesley?). Fingí no acordarme siquiera de cómo se llamaba aquella especie de marido de dos semanas. Ulli no se lo tragó, como es natural, y se echó a reír. Pero luego guardó silencio y me miró con aquella expresión de ternura triste tan propia de él.

–A saber qué diría Vito.

Yo sorbí con la nariz. Ahí estaba otra vez aquella sintonía entre los dos, siempre sorprendente y a la vez casi previsible: yo también estaba pensando en Vito en aquel momento. Y, sin embargo, hacía años que nadie lo mencionaba, ni Ulli ni yo. Y mucho menos mi madre, claro. ¿Qué diría de mí y de mi matrimonio relámpago aquel *carabiniere* del sur, siempre fiel al deber? No estaba segura de querer saberlo.

Para evitar que la pisanieves volcara por culpa de la pendiente, en el morro llevaba enganchado un cable unido a un cabestrante en la estación de la parte alta de la montaña. La luz de los faros lo hacía brillar como un collar de piedras preciosas. Me quedé observándolo en silencio mientras se tensaba.

Empecé a contarle a Ulli que el verano anterior había coincidido con su hermano Sigi en la barra de un local en las *Altstadtfest*. Junto al hedor a cerveza y a *Currywurst*,[51] de la boca le salió esta frase: «Si algún día leo en la sección de sucesos que has acabado malamente por culpa de un hombre, me sabrá mal, pero no me sorprenderá».

Ulli había seguido conduciendo a *Marlene* en silencio, con los ojos clavados en el cono de luz de los faros que iluminaban la nieve. Estaba acostumbrado a las palabras brutas y obscenas de Sigi cuando iba borracho. Cuántas veces me había pedido Ulli que lo ayudara a explicarse en qué momento, y por qué, su hermanito con los ojos color genciana, al que durante tantos años le había atado los cordones, se había vuelto… así. De repente, Ulli abrió los ojos de par en par y se giró hacia mí. A la tenue luz de la cabina, su mirada brillaba por la indignación.

–¡Quiere follarte! ¡También Sigi quiere follarte!

–¿De qué te sorprendes?

–Yo no quiero follarte.

–Tú no cuentas. Tú eres *Schwul*.

Ulli detuvo la pisanieves, bajó de un salto y cerró la puerta al salir. Temí haberlo ofendido, aunque el primero que había usado la palabra había sido él. Pero no. Estaba recogiendo algo que había visto en la nieve. Iluminado como una estrella de *rock* en medio del majestuoso escenario de la montaña, Ulli levantó el brazo para enseñarme lo que había encontrado: un curioso animal rosa con dos cabezas, sin cuerpo y con una cola larga y fina. Hasta que no regresó a la cabina, acompañado del gélido frío de la noche, no supe lo que era: un sujetador de encaje.

Pasamos el resto de la noche, mientras subíamos y bajábamos por la inmensidad de la montaña en nuestro microcosmos con calefacción, preguntándonos cómo habría acabado allí. En aquel riguroso diciembre que

había congelado el torrente que atravesaba nuestra pequeña ciudad, ¿quién y, sobre todo, por qué había sentido el impulso de quitarse como una cebolla las complicadas capas de la ropa de esquí para deshacerse del sujetador? Y, encima, en aquella empinada pista negra en la que entrenan los campeones de eslalon.

Pasamos toda la noche dándole vueltas sin conseguir encontrar una explicación.

Cuando conocí a Carlo, por primera vez en mi vida decidí que a él sí le sería fiel. Él no podía enterarse bajo ningún concepto, claro, pero para mí fue un auténtico alivio, y lo sigue siendo al cabo de once años. Eso, nadie me lo negará, fue un avance.

Ahora estamos entre Bolonia y Florencia. La oscuridad al otro lado de la ventanilla ya no ofrece el gran alcance del cielo nocturno, sino que es negra, angosta y ruidosa: entramos y salimos de los túneles que atraviesan los Apeninos como yo entro y salgo de mis pensamientos.

¿Qué habría dicho Vito de mí? Si hubiera estado, habría dicho…

Pero no estaba.

¿Pensó alguna vez en mí? En mi madre sí, seguro. ¿Por qué no la ha llamado a ella?

Vito me ha llamado a mí. Y soy yo la que ahora acude a él.

Carlo no sabe nada de Vito. Nunca le he hablado de él.

Caer en la cuenta de ese detalle es como uno de los diques que Ulli y yo construíamos de pequeños: detiene el flujo de mis pensamientos como nosotros deteníamos, aunque fuera por poco tiempo, los torrentes.

Lanzábamos al agua las piedras más grandes que encontrábamos, que salpicaban con golpes sordos, casi de tambor: pórfido color morcilla, granito gris verdoso, dolomía pálida con vetas color salmón, esquistos resplandecientes como ojos de gato. Los brazos nos dolían por el esfuerzo, y

las manos, tras horas en remojo, se tornaban rugosas y blancuzcas como esas criaturas abisales ciegas. Cuando lográbamos bloquear el curso del agua, empezaba a fluir de manera extraña: abría surcos entre los filamentos esmeraldinos del musgo en la orilla, formaba aguazales imprevistos en la hierba o empezaba a girar en remolinos frente a algunas piedras estriadas que hasta aquel momento no habíamos considerado parte del torrente, sino del sotobosque. Sin embargo, daba igual lo alta que fuera la barrera de piedras que construíamos o la cantidad de musgo y corteza con la que, a modo de cemento, cubríamos todas las grietas: al final, el agua siempre encontraba su camino.

En efecto, a Carlo nunca le he hablado de Vito.

Ese *nunca* es como una enorme losa lanzada al flujo de mis pensamientos. Por un instante se detienen. Y, cuando vuelven a fluir, su naturaleza ha cambiado, se han convertido en algo a medio camino entre el sueño y la vigilia, en algo distinto, de la misma manera en que el agua secreta de un aguazal es distinta a la del torrente, veloz y cantarina.

En esta especie de sueño, me veo de niña. Estoy a punto de dormirme en el estudio de alquiler en el que vivía con mi madre en temporada baja. Hay un Eurostar parado junto a la cama que ella y yo compartimos. Algunos pasajeros me miran por la ventanilla. Tienen esa mirada de quien ha pasado ya mucho tiempo observando el paisaje: una mirada neutra, pero marcada por las imágenes que llevan horas pasando por delante de sus ojos. También los hay que no levantan la vista del periódico que están leyendo. Ahora me doy cuenta: son todos hombres. Y reparo en que, tumbada a mi lado, está mi madre, Gerda de joven. Tiene el codo clavado en el colchón y la cabeza apoyada en la mano; uno de sus pechos, lleno y pesado, asoma por un lado del camisón. Es hermosa como yo nunca lo seré. El jefe de tren suena el silbato, el convoy se pone en marcha y atraviesa nuestra habitación como si fuera una estación. Un

hombre gira el cuello parar seguir viendo la cama por la ventanilla mientras pueda. Ella se lleva un dedo a la boca y, dirigiéndose al tren, murmura en tono sinuoso:

–Eva está dormida…

–¡Que no! –se entromete la voz, alegre y musical, de Vito–. Mi *sisiduzza* aún está despierta. Aparece a mi lado, con esos ojos que ríen y transmiten amor. Yo, para conciliar el sueño con más facilidad, le agarro la mano. Pero el Eurostar pasa junto a la cabecera de mi cama y me despierta del todo con su fragoroso traqueteo…

Un insistente estruendo metálico me espabila. La escalerilla que el napolitano encargado del coche cama me enseñó a usar como antirrobo está golpeando la manivela, al lado de mi cabeza.

–¡Dentro de veinte minutos llegamos a Roma! –dice una voz masculina desde el pasillo.

No recuerdo nada de la estación de Florencia: me habré dormido en los Apeninos. Tengo los ojos hinchados y las manos torpes, propias de los despertares bruscos. Después de un buen rato trasteando, con gran alboroto metálico, consigo liberarme del cautiverio de la escalerilla antirrobo. Antes de abrir del todo la puerta, percibo el aroma del café. El encargado me ofrece una tacita de plástico con expresión afligida.

–Ya se ha enfriado. No se preocupe la señora, que se lo hago otra vez…

–No, hombre, no se moleste… –respondo, y la cojo.

También me da un sobrecito de azúcar y la pequeña espátula de plástico blanco que hace las veces de cucharilla.

–Gracias…

Me bebo el café de un trago y me limpio el labio con la muñeca. «El mismo gesto que tu madre», me dijo una vez Ulli, y yo me prometí que a partir de entonces me limpiaría sólo con los dedos, como todo el mundo, pero siempre

me acuerdo tarde. Me quedo mirando al napolitano con la mano aún delante de la boca, como si llevara un velo islámico.

Él también me mira, serio. Tiene la frente un poco baja, pero la boca ondulada por los mares del sur. También me fijo en su cuello, que asoma con decisión de la camisa azul con el logo de Ferrocarriles del Estado; en sus hombros anchos, como a mí me gustan, y en sus manos hábiles, de hombre que sabe de motores, de pequeñas reparaciones domésticas, de cuerpos de mujer. Soy bastante más alta que él. Ninguno de los dos ha apartado aún la mirada. Los ojos parecen nublársele como por una tristeza repentina. ¿O es el deseo? Mi respiración se torna más profunda; también la suya.

Entonces me digo: yo no llevo once años siéndole fiel a Carlo, sino a su mujer. ¿Y por qué no traicionarla con un encargado solícito que no se ha aprovechado de la situación, dispuesto a hacerme otro café si se enfría?

–Gracias… –le digo devolviéndole la taza vacía. Él la coge, procurando no rozarme los dedos. Hago ademán de regresar al compartimento.

–Voy a arreglarme.

–No le hace a usted falta. –Y esboza una sonrisa con esa bonita boca de pescador de perlas.

–Gracias –digo por tercera vez, antes de cerrar la puerta.

El tren ya avanza en paralelo al desvío de la autopista que hay tras el peaje de Fiano Romano. Pronto pasaremos la circunvalación y entraremos en Roma.

Cuando llegamos a Roma Tiburtina son las seis y media de la mañana, pero ha amanecido hace poco: ya estamos con horario de verano, el sol sale más tarde. Una mujer de mediana edad observa nuestro tren, que se detiene en el andén. Lleva dos pinceladas de sombra de ojos plateada bajo las cejas depiladas, un abrigo color vino, un vestido de tubo negro demasiado corto para su edad y zapatos de piel dorada. Parece volver de una noche que no ha estado a la altura de sus expectativas. Detrás de ella, una losa en una pared conmemora el paso

de los trenes blindados cargados con los judíos romanos apresados en el 43. Para mandarlos a Auschwitz, los nazis los obligaron a remontar Italia por las mismas vías que yo acabo de recorrer.

El encargado del coche cama me ayuda con la maleta. Baja del estribo dando un salto ágil que revela su juventud, pero me ofrece la mano con un gesto adulto y franco.

–Me llamo Nino.

–Yo Eva –respondo estrechándosela.

–Un nombre casi tan bonito como la señora…

Me alejo contenta, tirando de mi maleta: nada como un cumplido para dar brío a los pasos de una mujer. Mi madre lo sabe por experiencia.

1963-1964

El acuerdo entre frau Mayer y herr Neumann estaba claro. Si tanto quería contar de nuevo en su cocina con aquella pinche que se había metido en un lío, o cuyo lío, mejor dicho, ya tenía dos meses, las mejillas rechonchas y rosadas, y los ojos transparentes de su madre, ella no iba a impedírselo. Durante años, el chef había llenado el estómago de sus queridos huéspedes con especialidades tirolesas que, sin ser fantasiosas, siempre ejecutaba a la perfección, contribuyendo así a que volvieran año tras año. Y ahora ella no iba a negarle aquel favor.

Frau Mayer era una mujer que rondaba los cincuenta años y de la que podría decirse (y en su día se dijo) que tenía la *clásica belleza aria*: alta y esbelta, piernas de gimnasta, pechos no exuberantes, pero ensalzados por el corpiño escotado del *Dirndl*, y una gruesa trenza rubia alrededor de la cabeza, de la que nunca nadie había visto escaparse un pelo. Hablaba un italiano notable, casi refinado, pues en tiempos había sido alumna del sistema de educación fascista. Sin embargo, cuando hablaba en *Hochdeutsch*[52] con los turistas era cuando se manifestaba todo su amor por las buenas formas: en boca de frau Mayer, los pronombres personales *Sie*[53] e *Ihnen*[54] con que se dirigía a ellos iban claramente en mayúscula.

En frau Mayer todo estaba controlado, a excepción de su mirada, verde azulada. Sus tremendos y preciosos ojos invitaban a imaginar que, en vez de pasar la vida dispensando sonrisas comedidas a los huéspedes, también habría podido vivir de excesos y delirios. No era imposible imaginársela como una seductora hechicera de *Kabarett* que lleva a los hombres al borde del suicidio, como una guerrera bárbara con sangre de dragón en su puñal o como una poetisa profética en contacto con los infiernos.

Y puede que fuera precisamente aquel talento para lo absoluto que se intuía en su mirada lo que llevó a frau Mayer a renunciar a una familia para consagrarse al bienestar de sus huéspedes como si éste fuera el culto a un único dios. A pesar de la extensa plantilla en el comedor, en la cocina y en planta, no se le escapaba ni un detalle de la gestión del hotel.

El correcto ahuecado de las almohadas de plumón de oca en las habitaciones, con camas de abedul; el suministro de sacos de serrín para el suelo de la cocina; los centros de mesa con flores secas y briznas de heno que embellecían el comedor; la reparación de las calderas: todo necesitaba su visto bueno. Aun la elección de las piezas que la orquestina tocaba en la terraza en las tibias noches de verano dependía de su gusto, basado en un criterio sencillo: ¡siempre, siempre optar por canciones de amor tristes! Los huéspedes solitarios y melancólicos se sentirán comprendidos y en sintonía con el ambiente; los que estén felizmente acompañados experimentarán una generosa empatía con el gran abanico de las emociones humanas; todos consumirán más bebidas.

El único detalle que a veces se escapaba de su control era la muerte. Casi todos sus huéspedes estaban allí por el balneario de la pequeña ciudad, cuyas aguas eran famosas por su influencia benéfica en una amplia gama de enfermedades. Así pues, muchos eran de edad avanzada, y eso, por desgracia, tenía una consecuencia: de vez en cuando morían. Y, demostrando muy poca

consideración por frau Mayer, a veces lo hacían justo en las habitaciones de su hotel.

Frau Mayer no pensaba en sí misma, sino en sus huéspedes (en los que seguían vivos, se entiende). Para ellos, presenciar el traslado del cuerpo de un coetáneo justo cuando iban en busca de un alivio para sus propios achaques no sería plato de buen gusto. Por eso frau Mayer había acordado un servicio especial con una funeraria local: los cadáveres no se trasladaban en ataúdes tradicionales, sino en armarios de una sola puerta, de bonita madera de nogal antiguo, por lo que toda la operación parecía más una mudanza que un funeral. Y el único huésped cuyas vacaciones se veían perturbadas era, que en paz descanse, el que no podría regresar al hotel.

La familia Mayer era dueña del hotel desde que los nobles de la Felix Austria venían a tomar las aguas a este puesto de avanzada meridional en el imperio donde el sol brilla dos terceras partes del año. El káiser en persona, que había bajado al Tirol para comprobar sus posiciones durante la Gran Guerra, había pasado allí una noche. La propia frau Mayer conserva el vago recuerdo de una mano imperial apoyándose, espléndida y enguantada, en sus rizos rubios. ¿Era un recuerdo auténtico o una historia de cuando tenía tres años repetida infinitas veces? Ella prefería vivir con la incertidumbre.

El hotel iba a ser para el primogénito, mientras que Irmgard, la tercera de seis hijos y única mujer, renunciaría a toda pretensión sobre el patrimonio paterno al casarse. Sin embargo, la Historia no trató con demasiada consideración los proyectos de la familia Mayer.

Julius, su hermano mayor, murió en Montenegro en el primer año de la segunda carnicería mundial.

A Karl, el segundo, lo capturaron cerca de El Alamein y pasó el resto de la guerra en un campo de prisioneros de Texas. A pesar de no haber mostrado nunca simpatía por los nazis, no quiso renegar del juramento de fidelidad al

Estado Mayor de la Wehrmacht, condición que los estadounidenses exigían a los oficiales alemanes para liberarlos. Regresó al hogar tres años después del final de la guerra, gravemente enfermo. Sus conciudadanos lo marginaron por ser un antiguo nazi; en particular aquellos que habían vestido de verdad el uniforme pardo de las SS. Se apagó al poco tiempo por un «debilitamiento generalizado», como escribió el médico de familia en el certificado de defunción.

Anton, el cuarto hijo, que en los años treinta se fue en busca de fortuna a Brasil, la encontró en una *fazenda* de café: una mujer mulata, muchas amantes de etnias variadas y una docena de hijos. No tenía la menor intención de retornar para dirigir el hotel de la familia.

Stefan, el quinto hijo, murió con tres años en la epidemia de fiebre española del 19.

Y a Josef, el último, un francotirador ruso lo mató de un tiro en la cabeza en Kalitvá, en un meandro del Don al suroeste de Stalingrado, en el 43.

Para ayudar a unos padres quebrados por el dolor quedó solo ella, la pequeña Irmgard. La profesión de fe al dios de la hostelería, que marcó toda la vida de frau Mayer, era, en definitiva, fruto de una dinastía accidentada.

El único trabajador que osaba eludir el control total de frau Mayer era herr Neumann. Él era el que confeccionaba cada día el menú, el que hacía los pedidos de materias primas y el que pagaba a los proveedores. Y él se encargaba de gestionar el personal de la cocina. Dicha excepción la acordaron entre ambos en el momento de su contratación, a los pocos años de que acabara la guerra.

–*Chef* quiere decir «jefe»: no hace falta hablar francés para saberlo. Usted dígame cuánto puedo gastar, que yo me encargo de que los platos lleguen al comedor. Si los huéspedes no están satisfechos, me despide. Pero no puede

decirme cómo tengo que hacer las cosas: no trabajo en una cocina en la que no mande yo. Lo toma o lo deja.

Frau Mayer lo tomó y no se había arrepentido ni una vez en casi veinte años.

Ahora que herr Neumann le pedía que volviera a contratar a Gerda, no tenía razones para oponerse. Sí, ella también veía que la chica era preciosa, y la sospecha de que eso pudiera influir en la obstinación de herr Neumann la escamaba un poco, pero ahuyentó ese pensamiento, porque el chef jamás había tolerado en su cocina a quien no trabajara duro, y Gerda, hasta que su barriga empezó a chocar con las encimeras, no había sido una excepción. Además, los pinches a los que no había que explicárselo siempre todo no es que abundaran, precisamente, y eso también había que tenerlo en cuenta. Sin embargo, sus condiciones fueron claras: no quería ni oír ni ver a la criatura en el trabajo. Por supuesto, la posibilidad de que molestara a los huéspedes en el comedor ni siquiera hacía falta mencionarla. No había lugar a hipótesis inadmisibles.

El día en que regresó a la cocina, Gerda cogió de la despensa una caja de manzanas vacía, de madera compacta y sin astillas. La forró con cojines y toallas, la dejó en un rincón donde no molestaba y ahí metió a Eva. Acto seguido empezó a trabajar al lado de herr Neumann como si nunca se hubiera ido.

Ni siquiera ahora que Gerda se había metido en el lío que, por antonomasia, caracterizaba a una *Matratze*, es decir, quedarse embarazada sin que se casaran con ella, nadie, ni los lavaplatos, ni los pinches, ni los cocineros, ni los camareros, le faltó al respeto. Quizá era Eva, en su caja de manzanas en un rincón de la cocina, la que lo hacía imposible. Su presencia desplazaba la atención de la actividad habitual objeto de bromas vulgares a lo que dicha actividad puede generar: bebés rosados, rollizos e irresistibles. Nadie hacía

ningún comentario, ni siquiera cuando, varias veces al día, Gerda se soltaba el delantal y, sin quitárselo, lo giraba, se desabotonaba la blusa y le daba el pecho a Eva. Todos miraban, claro. Miraban los camareros que pasaban por la cocina gritando: «*Spinatspatzlan, neu!*». Miraban los cocineros mientras freían, removían, cataban. Miraba Elmar mientras vaciaba en el cubo de basura las sobras de los platos. Aquella redondez pálida veteada de azul, con el pezón oscuro y reluciente por la leche, que aparecía y desaparecía en la pequeña boca, era el centro de todas las miradas de la cocina. Se hacía un silencio repentino en el que sólo se oían los chupones y los vigorosos chasquidos de la succión, y todos contemplaban mudos aquella conmovedora parte de Gerda con la que siempre habían fantaseado y que, sin embargo, ahora, mientras cumplía con su función primordial, truncaba cualquier palabra.

Pero también había momentos difíciles. Entonces, la amargura tenía un sabor concreto, el del ritmo incesante de las tareas y las acciones cotidianas, como cuando la amarga achicoria, oculta entre los demás ingredientes de una ensalada, irrumpe de repente en la boca.

Por las noches, antes de dormir, Gerda le daba el pecho a Eva por última vez en la cama del dormitorio que compartía en la buhardilla con las otras trabajadoras. La pequeña mamaba con diligencia hasta que las dos se sumían en un sueño profundo: la hija, acurrucada en el brazo de la madre; ambas envueltas en el olor a leche y a pañal. La primera noche tras su regreso al hotel, Eva se despertó a las pocas horas y se puso a buscar el pecho. Los dedos de Gerda, aturdidos por el sueño, tardaron unos segundos en desabotonar el camisón de noche. Al principio, Eva emitió unos gemiditos afanosos, pero luego el vagido se hizo cada vez más molesto. De las camas de las compañeras de dormitorio llegaban quejas, resoplidos e imprecaciones masculladas que no cesaron hasta que Eva encontró el pezón y se calmó.

A la noche siguiente, Gerda le ofreció el pecho enseguida, para evitar las quejas, pero tras la toma Eva se puso a llorar. Gerda se levantó de la cama con la criatura y empezó a pasearla de un lado a otro del dormitorio, dándole golpecitos en la espalda con la palma de la mano, como le había enseñado la Estrella a la Bondad. Una vez más, varias voces pastosas de sueño pidieron silencio. Gerda no pudo acostarse hasta que un buen eructo que olía a leche cuajada puso fin al llanto de Eva.

La situación se repitió varias noches, siempre en las horas más oscuras, ésas que preceden al amanecer, cuando al despertarnos tenemos que luchar contra nuestros fantasmas para conciliar de nuevo el sueño y no siempre lo conseguimos. Al cabo de una semana, sus compañeras de dormitorio le explicaron a Gerda, no con malas palabras, pero sí con claridad, las cosas: si quería seguir durmiendo allí con su hija, no podía perturbar su sueño.

Gerda las entendía. Conocía igual de bien que ellas el cansancio al final de una jornada de trabajo, los brazos y las piernas de piedra, las articulaciones ardiendo, el cerebro hecho papilla: el sueño es lo único que hace soportable, al menos en parte, la idea de volver a empezar a la mañana siguiente. Las suyas eran quejas justas: no puedes pasarte el día corriendo del comedor a la cocina con los brazos cargados de platos; haciendo decenas de habitaciones y dejándolas como nuevas, aunque las hayan usado unos vándalos; o fregando los suelos de cuatro pisos de hotel y del edificio anexo, sin haber dormido lo suficiente. Tampoco podías remover el caldo, usar la cortafiambres y trabajar en general en una cocina asfixiante, dicho sea de paso, pero la criatura era suya, no de sus compañeras. Y el problema, por tanto, también. Llegaron a un acuerdo: Gerda podía quedarse en la habitación hasta la toma de antes del amanecer. Luego tenía que salir.

Durante semanas, Gerda pasó las últimas horas de la noche dándose paseítos por el pasillo con su hija pegada al cuello. El cansancio y el sueño las

separaba del resto del mundo como los muros de una cárcel: era incapaz de imaginar cómo podría salir de allí. A veces se dormía en los mismos peldaños por los que, unos meses antes, se había tirado precisamente para no verse obligada a tener en brazos a un hijo sin padre. Pero ahora Eva estaba ahí, con su cabecita cubierta de pelusa rubia descansando en su hombro con una confianza total. Gerda no se había sentido tan sola en la vida.

De día, a veces daba una cabezada involuntaria mientras estaba de pie junto a la encimera, o entre paso y paso cuando bajaba por ingredientes a la despensa. Una vez, se adormiló dentro de la cámara frigorífica de las carnes. Se había puesto el grueso abrigo de lana virgen y, vencida por el sueño, se había acurrucado en el suelo, entre los cuartos de buey y los medios cabritos cubiertos de escarcha. Si herr Neumann no hubiera bajado justo después de ella a coger un pavo para un asado, habría muerto por congelación.

Aquel día, Nina, la camarera de Egna, le ofreció a Gerda quedarse con la niña durante la *Zimmerstunde*.

–No te vendrá mal dormir un par de horas –le dijo quitándole a Eva de los brazos.

Gerda la miró a los ojos, desencantados y muy juntos. Sintió que la gratitud le invadía el cuerpo, como el viento antes de una tempestad, y rompió a llorar. No se calmó hasta llegar a su cama. Pero el sueño ya estaba al acecho y la atrapó de repente, como se captura a un prisionero.

Desde que una granada le había destrozado una pierna en el frente ruso, Silvius Magnago no había vuelto a dormir bien. El dolor físico en el miembro fantasma era su compañero secreto desde hacía más de veinte años. Sólo a él podía revelarle su auténtica naturaleza: su fuerza, su rabia, su tenacidad y su desesperación; el resentimiento por las personas sanas, que no saben qué es vivir con el sufrimiento en sus carnes; pero también la capacidad de concentrarse en lo esencial. Sin embargo, desde que Magnago había recibido

aquellos trozos de rugoso papel higiénico sacados a escondidas de la cárcel de Bolzano, lo de la pierna no era nada en comparación con otro dolor: el de no haber hecho nada por quienes habían depositado en él su última esperanza.

Las prendas de ropa que las mujeres de los arrestados por la *Feuernacht* habían recibido un tiempo después de los arrestos estaban manchadas de sangre, vómito y excrementos. Pero, en el fondo, los *Bumser* del BAS eran hombres sencillos. A pesar de todo, confiaban en que, si se llegara a conocer el trato inhumano que estaban recibiendo en la cárcel de Bolzano, el mundo se volcaría para salvarlos. Habían hecho de todo para transmitir al exterior de la cárcel la información sobre las torturas que sufrían. Les interceptaron alguna que otra nota, y castigaron a su emisor, pero otros consiguieron eludir la censura. El destinatario evidente de su petición de ayuda era él, Silvius Magnago, la voz política más autorizada del Tirol del Sur.

Magnago había recibido aquellos humildes trozos de papel a finales de 1961. Y él, que de dolor físico sabía mucho, había sentido como propio el espasmo de las agujetas en los brazos levantados durante horas, la laceración de los tejidos desgarrados por los puñetazos y el crujido siniestro de los huesos fracturados, los conatos de incrédulo horror al verse obligado a comerse sus propios excrementos, los pulmones que estallan mientras a uno le sujetaban la cabeza debajo del agua, el delirio de la falta de sueño.

Había leído aquellas notas casi sin respirar. Había llorado, en el silencio de su despacho, revestido de *boiserie* de madera clara y que daba a la calle señorial de Bolzano. Le habían vuelto a la memoria episodios presenciados en la guerra, como joven *Gebirgsjägerleutnant*,[55] imágenes que había esperado no volver a recordar. Había mirado por la ventana, hacia su querido calicanto, ahora desnudo: sus flores amarillas, que anunciaban la primavera con su aroma a vainilla, aún no habían brotado. Ni siquiera en ellas podía buscar consuelo.

El Südtiroler Volkspartei, el partido que dirigía, no podía permitirse que los asociaran, ni remotamente, con los *Bumser:* el proceso de adquisición de una auténtica autonomía para el Tirol del Sur todavía era demasiado frágil. Había que tener en cuenta los tiempos bíblicos de la política, el baile de las conversaciones, de las promesas y de las amenazas por parte de un Estado que llevaba tanto tiempo negando el problema que éste se había podrido, y que empezaba a ser consciente de la necesidad de un proyecto para aquella provincia ahora que se había convertido en un polvorín.

Magnago había empezado a tejer una fina y delicadísima tela de negociaciones y compromisos para obtener la autonomía provincial («*Los von Trient!*»), lo único que podía sacar del punto muerto al Alto Adigio y evitar el escenario más atroz: la guerra étnica. Sabía perfectamente que el marcado acento alemán con que hablaba un italiano, por lo demás impecable, reafirmaba *a priori*, en sus interlocutores de Roma, un odio fundamental y enquistado contra ellos. Sabía cuánta diplomacia, paciencia y sordera deliberada ante las bromitas hacía falta para explicar siquiera el punto de partida de la negociación: los surtiroleses no odiaban a los italianos, sino la colonización que habían sufrido por parte del Estado italiano. Sabía que no podía correr el riesgo de que lo asimilaran con quienes habían recurrido a las bombas, aunque sólo fuera para atentar contra las infraestructuras.

Sin embargo, había otro motivo de angustia, no relacionado con consideraciones de oportunidad política, sino existencial, en aquellos trozos de papel escritos, literalmente, con la sangre de hombres torturados. En su *Alma Mater* de Bolonia, donde se había licenciado en Derecho, Magnago había llegado a la convicción de que únicamente el diálogo, la búsqueda del compromiso y la confrontación dura, pero honesta, de ideas, por muy alejadas que estuvieran, eran superiores a cualquier forma de violencia, ¡a cualquiera! Quien renuncia a la argumentación verbal y recurre a acciones destructivas

contra objetos o personas, por muy acertadas que sean sus razones, se pone en el bando equivocado: éste era el único credo político de Silvius Magnago. Él nunca se había dejado cautivar por ninguna de las ideologías de aquel siglo de hierro y fuego en que le había tocado vivir. Había alcanzado la mayoría de edad poco antes del inicio de la carnicería mundial y había visto de sobra hasta dónde se llega cuando la política deja paso a la violencia: un planeta en llamas. Sentía, en su propia carne amputada y en el dolor que irradiaba de ella en todo momento, el deber de preservar los cuerpos, siempre y por encima de todo. No sólo los cuerpos de la gente de su *Heimatland*, de quienes le habían otorgado el mandato de representarlos, sino también los cuerpos de sus opositores, de los indolentes políticos de Roma e incluso de aquellos administradores que, desde sus posiciones de minúsculo y obtuso poder, dificultaban la vida de su gente. Su deber era ése: separar, siempre, la lucha política de la destrucción física, aunque solamente fueran torres de alta tensión.

Dobló con cuidado los papeles y los metió en un sobre que guardó en un lugar que sólo él conocía. Luego se tuvo noticia de las torturas en la cárcel de Bolzano, pero no fue Silvius Magnago quien las denunció.

En los dos años que habían transcurrido desde entonces, dos hombres del BAS habían muerto en la cárcel por las palizas o por sus consecuencias. Otros muchos habían sufrido lesiones permanentes. Las torturas grabaron en sus cuerpos la indeleble señal del sufrimiento, como había hecho la guerra en el del *Gebirgsjägerleutnant* Magnago. Se celebró un juicio contra los *carabinieri* culpables de maltrato en el que sus abogados aseguraron que los detenidos se habían autoinfligido las heridas –a pesar de que estaban documentadas por decenas de certificados médicos que constaban en autos– con el único fin de desacreditar a Italia. Se aceptó esta tesis y se absolvió a los imputados, que, tras la lectura del veredicto, abandonaron la sala en libertad y entre los gritos de

júbilo de sus parientes. Todos ellos recibieron un elogio oficial por parte del comandante del Cuerpo, el general De Lorenzo. Sus víctimas, los detenidos a los que habían convertido en seres quebrados y lagrimosos, regresaron a la cárcel esposados.

Silvius Magnago nunca reveló cuánto le costó la decisión de no atender a la desesperada petición de ayuda de los *Bumser*. Ni si su martirio poblaba de pesadillas el sueño, ya escaso de por sí, de sus noches.

Los cuerpos. Preservar los cuerpos. Con ellos no había podido.

En otoño de 1963, una muchacha vestida de blanco, con un ramo de flores en brazos, sonreía en los carteles que tapizaban las calles de Milán. Una versión mediterránea de Gerda: pechos abultados, labios carnosos y pómulos altos, pero de piel morena. Así había decidido renovar su imagen la Democracia Cristiana, y para ello había recurrido a Ernest Dichter, el gurú estadounidense de la investigación de las motivaciones en publicidad, famoso por su campaña para las uvas pasas californianas. Él había acuñado el eslogan que destacaba bajo la hermosa muchacha:

¡LA DEMOCRACIA CRISTIANA TIENE 20 AÑOS!

De Domodossola a Siracusa, de Udine a Bari, en los carteles pegados por toda la península italiana, unas manos anónimas apostillaban con rotulador:

¡YA ES HORA DE FOLLÁRNOSLA!

Eso no lo había previsto el señor Dichter.

La incitación a hacer con la Democracia Cristiana veinteañera lo que todos los hombres latinos desearían hacer con sus coetáneas de carne y hueso surtió efecto en muchos votantes: en las elecciones del 63, el Partido Comunista Italiano obtuvo, por primera vez en su historia, más de una cuarta parte de los

sufragios. La hegemonía absoluta de la Democracia Cristiana se había hecho añicos.

Encabezado por Aldo Moro, se constituyó el primer Gobierno de centroizquierda de la Italia republicana. Unos días después del final del recuento de las papeletas, alguien envió una enorme caja de uvas pasas a la sede de la Democracia Cristiana, en piazza del Gesù.

Nadie se rio. Era una catástrofe para el equilibrio alcanzado en Yalta. Los servicios secretos de las dos orillas del Atlántico coincidieron en la necesidad de recurrir a un juego distinto al que habían jugado hasta entonces. Glaudio, la estructura paramilitar secreta constituida por la CIA en Italia en los años cincuenta para contrarrestar el avance de la izquierda, volvía a ser útil. Así fue como se ideó el llamado Plan Solo, con tres objetivos: golpe de Estado militar con derrocamiento del Gobierno recién formado; institución de un Gobierno de *seguridad pública* dirigido por los parlamentarios de derechas y los militares, y asesinato del primer ministro Aldo Moro.

El Plan Solo nunca se ejecutó, y sólo el último de los tres objetivos se consiguió, aunque fuera con una operación tardía –tras quince años– y a manos de terceros. Pero el nuevo juego secreto, mucho más sucio y violento que antes, había empezado. Italia estaba a punto de conocer una etapa sangrienta.

El 9 de diciembre de 1963, a los cuatro días de la formación del Gobierno Moro, comenzó en el Palacio de Justicia de Milán el mayor juicio político desde el final de la guerra: el juicio contra los autores de los atentados de la *Feuernacht*. Los acusados eran noventa y uno, veintitrés declarados en rebeldía.

Hasta entonces, los italianos no sabían nada del Alto Adigio. Casi todos ignoraban que en un extremo del territorio nacional se hablaba alemán. Únicamente a través de la narración que hicieron los periódicos del juicio de

Milán empezaron a conocer la existencia y el carácter de aquella provincia fronteriza.

Aproximadamente un mes después del inicio del juicio oral, una fría mañana de enero, la sala del tribunal abrió la sesión ante un público más colorido de lo habitual. Las filas de sillas que había detrás de las mujeres y los parientes de los imputados estaban ocupadas por decenas de hombres con *Lederhosen*, chaleco rojo, chaqueta de lana cocida y sombrero de fieltro con plumas: eran los *Schützen*.

Entre ellos, formando parte de una guarnición casi completa de cazadores como él, estaba Peter Huber. Al igual que las mujeres de los imputados, que compartían los gastos y las penurias del viaje en el *Tränenbus*, el autobús de las lágrimas, los *Schützen* también habían alquilado un autobús para ir en grupo al Palacio de Justicia de Milán. Sólo más podían asistir a unas pocas sesiones, unos cuantos días a lo sumo, porque todos tenían familias y trabajos que los esperaban. Pero para ellos era importante mostrar a los *héroes del BAS* el apoyo que Silvius Magnago siempre les había negado.

Sin embargo, los autores de los atentados de la Noche de los Fuegos defraudaron una vez más las expectativas de quienes querían ver en ellos a personajes excepcionales: o héroes o asesinos. Su cabecilla moral era el dueño de un modesto ultramarinos de Frangarto, cerca de Bolzano. Sepp Kerschbaumer tenía el cuerpo marcado por las torturas. Era un hombre diminuto, con la cara enjuta, un ridículo corte de pelo estilo años veinte y la mirada triste de quien se encuentra más cómodo en el mundo de los ideales que en el del comercio, aunque sea ahí donde tenga que ganarse el pan: durante años, había obligado a su mujer a ir detrás de los deudores pobres, a los que él, que rezaba el padrenuestro varias veces al día, siempre acababa perdonando las deudas. Su inteligente fervor ideal y la determinación con que expuso las razones humanas de las acciones del BAS, por encima de las

históricas, le valió el respeto sincero del jurado de Milán. Kerschbaumer explicaba conceptos simples, comprensibles para todo el mundo. Habló de la humillación de ir a una oficina pública y no entenderte con los funcionarios; de ser incapaz de rellenar los formularios en italiano; de los médicos de los hospitales que pretendían que los pacientes, por muy enfermos o heridos que estuvieran, se expresaran en un idioma desconocido para ellos; de la ausencia de perspectivas de futuro para un surtirolés germanohablante que buscara trabajo fuera de su granja. El público italiano de la abarrotada sala del tribunal escuchaba la sosegada elocuencia de Kerschbaumer y no le parecía infundada.

Durante el juicio oral, otro imputado, para demostrar las tropelías sufridas por los surtiroleses, declaró:

–Mi suegra lleva más de seis años sin cobrar la pensión.

Se oyeron risas en la sala, murmullos de aprobación. Y gritos del público, marcados por una innegable simpatía:

–¡Mi madre tampoco!

–¡Y yo igual!

Pasó un buen rato hasta que se hizo el silencio.

Así, gracias a las sesiones en el tribunal de Milán, no sólo los italianos descubrieron el Alto Adigio, sino que también los meticulosos mecánicos, campesinos y pequeños artesanos del BAS, y los surtiroleses en general, empezaron a conocer la Italia que había más allá del estrecho de Salorno, esa alargada bota de la que su *Heimat*, lo quisieran o no, ya formaba parte. Ellos también comenzaron a ser conscientes de que, en Lecce, Roma, Novara e incluso Milán, el Estado italiano trataba a sus ciudadanos con negligencia, y que la lentitud y la tortuosidad de la Administración Pública no eran una forma de discriminación étnica. En resumidas cuentas: la paquidérmica ineficacia de la Administración italiana no era nada personal contra los surtiroleses o, al menos, no sólo contra ellos.

Peter observaba los rostros del público en la atestada sala. Aquéllos no eran los italianos que había visto llegar a la estación de Bolzano casi diez años antes. No tenían la cara demacrada de quien huye de la miseria; los ojos muy abiertos por el hambre, la esperanza y el miedo; las uñas sucias tras meter por última vez las cabras en el redil de piedra la noche antes de poner rumbo a las fábricas del norte. Aquéllos eran italianos que podían calificar de *hogar* la ciudad en la que vivían. Eran hermosas chicas milanesas con peinados altos estilo colmena, jóvenes con gafas de montura gruesa negra, inclinados sobre sus blocs; amas de casa con los tobillos hinchados, pero la mirada despierta, acostumbradas a comparar a diario los precios en el mercado y a echar unas risas con las amigas; obreros de la industria metalmecánica que se habían plantado en el tribunal al salir del turno de noche para verles la cara a aquellos campesinos cabezas cuadradas que habían demostrado tanta capacidad organizativa e insurreccional, y que a lo mejor hasta podían enseñarle algo al movimiento obrero.

Junto a aquellos ciudadanos de la Italia del *boom* económico estaba sentada la compañía de *Schützen*, con sus uniformes decimonónicos. Peter llevaba un sombrero con pluma de urogallo, un chaleco de franjas trenzadas, como el que llevó Andreas Hofer cuando rechazó al ejército napoleónico, zapatos de charol con la hebilla de plata y calcetines de algodón blanco. Y quizá fue precisamente por culpa de su extemporáneo uniforme por lo que el juicio de Milán tuvo en él un efecto distinto –contrario, de hecho– que en la mayoría de surtiroleses. Peter se convenció de que las acciones de protesta contra las torres de alta tensión cometidas por los *Bumser* en el banquillo de los acusados ya no eran suficientes. Había que apuntar más alto.

Cuando regresó a casa tras unos días en Milán en los que, por enésima vez, no se había molestado en informar sobre su paradero, ya no encontró a su mujer: Leni había vuelto a casa de sus padres. Estaba embarazada de dos

meses de su segundo hijo, pero ya no quería vivir en aquella casa de ausencias y silencios.

Eva crecía. Cada semana que pasaba, dormía un poco más sin interrupción. Al cabo de un tiempo, Gerda dejó de dormirse de pie: su hija ya no lloraba por las noches. Desde su caja de manzanas observaba, con los ojos abiertos de par en par, la salsa roja que echaban en las cazuelas, las nubes de vapor que se elevaban de las ollas destapadas, las largas y saltarinas piernas de Hubert, que con una mano escurría los *Schlutzkrapfen* y con la otra tostaba la salvia en mantequilla. Los ojos de Eva, transparentes y almendrados, como los de Gerda, no tenían su expresión altiva, sino que pedían y ofrecían simpatía. A Gerda las miradas de los demás nunca le habían dicho nada sobre sí misma, mientras que a Eva parecían decírselo todo.

Le daban trocitos de zanahoria, tiras de hinojo o escamas de grana. Se reían al ver la compunción con que los lamía, los chupaba y los mordisqueaba con las encías, o la expresión de experta mientras valoraba su consistencia, o su carita ceñuda cuando la lengua descubría que la medialuna amarilla que le habían puesto en la mano era una rodaja de limón. Como padres orgullosos de su criatura, los trabajadores de la cocina se buscaban con la mirada para disfrutar juntos de las irresistibles gestas de la niña. Durante los meses en que Eva ocupó plácidamente la caja de manzanas apenas hubo gritos e insultos entre los cocineros y los camareros.

Gerda había recuperado la sonrisa. Sus carnosos labios se estiraban y tras ellos asomaban sus dientes, blancos, jovencísimos a pesar de todo, especialmente cuando miraba a su hija. Y entonces todos los hombres a su alrededor, los cocineros, los camareros y el lavaplatos Elmar, sentían que algo se removía en su interior. En cuanto a herr Neumann, cada vez que Gerda se reía, se secaba la frente con el delantal para ocultar su expresión.

Gerda había cambiado: ahora se daba cuenta de las miradas de los hombres. Y ya no fingía que la situación le desgradaba.

Pasaron los meses. A Eva se le fue quedando pequeña la caja de manzanas y Elmar ayudó a Gerda a construir una especie de jaula con varias cajas unidas con clavos. La colocaron debajo de la encimera de los postres, lejos de las salpicaduras de aceite hirviendo, los cuchillos de carne y las botellas de detergente. De vez en cuando, al caerle harina o azúcar en el pelo, la emblanquecía con unas simpáticas canas. *Die letze*, la pequeñita, era una *braves Schneckile*, un inocente caracolillo que lo ponía todo de su parte para no molestar. Se quedaba en su sitio y miraba aquí y allá con ojos titubeantes, como preguntando: «Voy bien, ¿verdad?». Nadie le negaba las sonrisas que pedía con la mirada, pero también estaba claro que no podría quedarse ahí para siempre.

–¿Qué vas a hacer cuando eche a andar? –le preguntó una noche Nina, en el dormitorio de la buhardilla.

Tras un día encerrada bajo la encimera de los postres, Eva estaba nadando por el suelo de madera, impulsándose con brazos y piernas, con el trasero hinchado por el pañal e izado como una bandera. Había llegado a una de las camas del fondo del dormitorio y, agarrándose con sus rollizas manos a la cabecera de hierro, había conseguido ponerse de pie. Con un gorgoteo triunfante, buscó la mirada de su madre para compartir con ella aquella victoria. No la encontró: Gerda tenía la cabeza gacha y los ojos clavados en el suelo. No sabía qué responder a la pregunta de Nina.

Todos temían que llegara el día de la expulsión de Eva de la cocina, pero nadie se sorprendió cuando ocurrió. Un día, los cocineros, los lavaplatos y los pinches estaban en la salita oscura junto a la despensa tomando el almuerzo preparado por herr Neumann, mientras que Gerda se había quedado en la

cocina calentando el biberón. Cuando se acercó a la encimera de los postres, vio que una de las tablas de la jaula se había soltado: Eva no estaba. Gerda, con el biberón caliente en la mano, buscó a toda prisa por la cocina. En la encimera de las carnes había varios cuchillos enormes y afilados a pocos milímetros del borde de la encimera, listos para caer como una guillotina. Los tiradores de metal del horno estaban incandescentes, justo a la altura de las manos de un niño. En el cubo lleno de agua sucia, al lado de la pila, podía ahogarse un chiquillo más grande que Eva. Gerda no encontró a su hija hecha rodajas, ni con quemaduras, ni ahogada, pero su alivio inicial fue dejando paso a un pánico aún mayor: no había ni rastro de su hija. Salió de la cocina.

En más de dos años de trabajo en el hotel, Gerda había cruzado una sola vez la puerta batiente que separaba el reino de herr Neumann del comedor. La mañana de su primer día, antes de que los huéspedes bajaran a desayunar, frau Mayer le enseñó los ventanales, arqueados y con vistas a las montañas; las mesas, con los centros florales y los manteles de lino; las lámparas de techo, de cristal de Murano, y se lo advirtió: aquélla era la primera y la última vez que pisaría el comedor.

Gerda se quedó en el umbral. Los primeros huéspedes estaban acomodándose en sus mesas. Eran parejas, hombres solos y ancianos. Los hombres movían con sobria caballerosidad las sillas de las señoras, que tomaban asiento admirando el panorama con expresión indulgente, como si les perteneciera. El contraste entre aquellos gestos serenos y la angustia que le oprimía el pecho aturdió a Gerda. Ninguna de aquellas personas estaba buscando a una hija que había tenido con un hombre que no había querido saber nada de ella, una hija que ya era demasiado mayor para estar en una jaula hecha con cajas de fruta y a la que ella ya no sabía dónde meter porque su trabajo en la cocina era lo único que le quedaba en el mundo y, si también lo perdía, acabaría en la calle, como todas las chicas a las que ningún herr

Neumann había ido a buscar a pesar de todo y que salían por la verja abierta por la monja del bigote con un hijo en un brazo y la más absoluta desesperación en el otro.

Entonces la vio.

Eva estaba gateando eficazmente hacia un objetivo concreto: las piernas de un hombre de mediana edad sentado solo en una mesa junto a los ventanales. Su rechoncha carita mostraba una sonrisa complacida que le declaraba al mundo: es inevitable que os parezca preciosa porque, en efecto, lo soy.

Gerda atravesó a la carrera el comedor y recogió del suelo a su hija cual cucharón en la sopa. A Eva, que había visto frustrado su proyecto, no le hizo gracia. Empezó a berrear, estirando los brazos hacia el señor de la mesa, que miraba fijamente a Gerda, sorprendido, que no molesto, con las cejas levantadas.

No era el único. Todos los hombres del comedor la estaban mirando: un pecho turgente por la última leche le asomaba del delantal; varios mechones rubios se le escapaban de la cofia de pinche; tenía las mejillas rosadas por el nerviosismo, la boca parecía hecha para delicias inexpresables, sus gráciles piernas destacaban bajo el borde de la falda de trabajo, demasiado corta, y la niña rosada que tenía en brazos la hacía parecer aún más joven y femenina. Las mujeres tampoco podían evitar mirarla, aunque intentaban concentrarse en las manchas de grasa del delantal, en el serrín pegado a los zuecos y en el sudor que resplandecía entre su nariz y el labio superior. Sin embargo, nada podía obviar una realidad: en aquel comedor acababa de entrar una mujer mucho más hermosa que cualquiera de ellas.

–*sie haben unser Abkommen gebrochen.*

Frau Mayer había aparecido a su lado como una diosa germánica evocada por un sortilegio. Su sosegada voz revelaba más decepción que enfado. El *sie*

con que se había dirigido a ella, eso sí, tenía la inicial claramente en minúscula: «usted ha roto nuestro acuerdo».

Dos días. Era lo máximo que había conseguido herr Neumann. Dos días de permiso para buscar un sitio donde dejar a Eva. Si Gerda no lo encontraba, se vería obligado a despedirla.

El autobús que llevaba de la capital de provincia a su pequeña ciudad natal era lento, y Gerda tuvo mucho tiempo para pensar. ¿Con quién podía dejar a su hija? Tras el funeral de Johanna, que se había celebrado cuando Gerda estaba embarazada, su hermana Annemarie le escribió una carta con caligrafía escolar. Le decía que la consideraba responsable de la muerte de su madre, manifestaba con distintos adjetivos la opinión que tenía de ella y concluía expresando su deseo de no volver a verla. La petición final no fue difícil de cumplir: Gerda y Annemarie, desde que ésta se había mudado a Voralberg, sólo habían coincidido dos veces, en la boda de Peter y en el bautizo de Ulli.

Después de tres horas de viaje, cuando el autobús se detuvo con un resoplido en la estación de su ciudad, Gerda aún no tenía ni idea de qué hacer. Comenzó a caminar con Eva en brazos, aturdida, sin rumbo, así que sus pies siguieron el camino más conocido. Al cabo de media hora se encontró a un par de kilómetros del centro de la ciudad, junto a un grupo de casas en la ladera sombría del castillo medieval: había llegado a Shanghái.

La casa, revocada con una mezcla de enlucido y piedra, estaba en el oscuro y húmedo rincón de siempre. Con la puerta cerrada.

No salía humo de la chimenea. Aún era de día, pero era imposible ver si dentro había alguien a través de los sucios cristales de las ventanas. Gerda se quedó inmóvil en la explanada donde, en la época remota en que Eva aún no había nacido, su padre lanzó la maleta por los aires. Miró el poste de la luz contra el que se había estrellado y entonces se le ocurrió adónde podía ir.

Se puso a caminar a paso ligero. Además de a Eva, Gerda no llevaba más que un pequeño capazo con varios peleles limpios y pañales. Apretó aún más el paso. En menos de media hora llegó a su destino, con la respiración un poco entrecortada por la pendiente.

Corría el final del verano, y los escarpados prados que habían roto la espalda de generaciones de Huber estaban listos para la segunda y última siega del año. A lo lejos se veía a los hombres de la casa trabajando con la hoz. Las vacas aún no habían regresado de los pastos alpinos, y en el establo sólo estaban las madres de los terneros recién nacidos. El aire olía a heno, humo, estiércol y pan recién horneado. En el dintel de la puerta, un poco borrosas y escritas con tiza, se leían las letras G, M y B, separadas por un 19 y un 64. El día de Nochevieja, unos niños vestidos de reyes magos –Melchor, Gaspar y Baltasar– habían deseado buena suerte y salud en 1964 a cambio de unas monedas. Gerda llamó a la puerta. El tío Hans, el hermano mayor de Hermann, único heredero de la granja cerrada, había muerto un par de años antes. Le abrió la joven esposa de Michl, el mayor de los primos con los que Gerda había pasado los veranos en la montaña cuando era niña.

Gerda le enseñó a Eva. Le explicó la situación.

La chica, poco mayor que ella, la miraba sin pestañear. Ni su marido, Michl, ni su cuñado, Simon (que ahora vivía en Suiza), hablaban habitualmente de su prima, pero, cuando lo hacían, el brillo de sus ojos incomodaba a la mujer. Gerda no se había presentado en el entierro de su madre, y luego se supo que estaba embarazada: aunque no la conocía, la joven esposa no sentía simpatía por ella.

Del campo llegó, empapado de sudor por el trabajo, el hermano menor de su marido, aquel Sebastian al que todos llamaban Wastl y al que Gerda y sus hermanos mayores hacían carantoñas en el heno como a un muñeco. Se había convertido en un apuesto mozo de catorce años, alto y fuerte, con la nariz

recta, el pelo rubio tirando a castaño cortado a cepillo y alegría en la mirada. Abrazó con entusiasmo a su prima. Cuando estuvo al tanto de todo, le dijo a su cuñada:

–Pues nos quedamos nosotros a esta *Letze*.

La joven lo miró con cara seria.

–Claro, como si fueras a cuidarla tú.

Entonces llegó Michl. Al ver a Gerda abrió los ojos de par en par, y, cuando los brazos empezaban a hacer lo propio, vio por el rabillo del ojo a su mujer y una vergüenza repentina lo bloqueó. El abrazo frustrado se quedó flotando en el aire, pesado y cargado de significado, mientras la joven observaba a su marido con recelo. Wastl le explicó la situación de Eva a su hermano mayor, la mujer apretó los labios y empezaron a discutir. Gerda veía las bocas, pero ya no seguía las palabras, como si hubieran empezado a hablar en un idioma extranjero. Al cabo de un rato, la mujer de Michl dijo que tenía mucha faena, que la cena estaba en el fuego e iba a quemarse, y entró en la casa. Michl invitó a Gerda a pasar, pero ella declinó la oferta. Él la miró con ojos culpables y tristes, antes de seguir a su mujer.

Wastl también entró en la casa, pero regresó enseguida con un vaso de leche para la niña, así como un poco de pan, jamón ahumado, además de queso, para Gerda. Se quedó con ellas mientras Eva se bebía la leche dando sorbitos pensativos, con sus ojos azules clavados en las gallinas que picoteaban el suelo entre la casa y el henil. Gerda le dio las gracias y metió la comida en el capazo. Wastl abrazó de nuevo a su prima, tan hermosa y a la vez tan desdichada; acarició la suave mejilla de aquella niña que no lloraba nunca, entró a cenar y cerró la puerta.

Aunque el camino de vuelta era cuesta abajo, Gerda tardó más tiempo en regresar a la ciudad del que había empleado para subir. Las piernas le pesaban, y no por el cansancio. El sol ya estaba bajo, dentro de poco desaparecería tras

las cimas de los montes que ribeteaban el valle. Cuando llegó al centro, las tiendas estaban cerradas y las calles desiertas. Era la hora en que la tierra ya está oscura pero el cielo sigue iluminado, las madres han llamado a los hijos que jugaban en la calle, la cena está preparada y quien no tiene casa siente la nostalgia con mayor intensidad.

Gerda se dirigió al convento de las ursulinas. Al llegar al portón junto a la escalinata, tiró del alambre de hierro unido a una campana. Al poco apareció una monjita anciana. La invitó a pasar sin hacerle demasiadas preguntas: si a la hora del crepúsculo llama a la puerta una chica sola con un bebé en brazos, no son necesarias.

Las monjas le dieron una taza de caldo y luego le hicieron su oferta: se quedarían a la niña, la educarían en su colegio y, cuando creciera, le enseñarían un oficio. Ella podría ir a visitarla y hasta sacarla de paseo de vez en cuando. Pero Gerda insistió: a lo mejor no se había explicado bien; no había dado a su hija en adopción cuando nació y no tenía la menor intención de hacerlo ahora. En temporada baja, cuando no trabajara, se buscaría un estudio de alquiler: esos dos meses al año podía y quería pasarlos con Eva. Imposible, respondieron las monjas. O la dejaba allí o no. No había otra solución.

Le dejaron un catre en una habitación detrás de la cocina. Gerda se tumbó, con los ojos abiertos y clavados en el techo alto, de piedra. En menos de veinticuatro horas tenía que regresar al hotel, y sin Eva, o perdería el trabajo. Sin embargo, el sueño de sus veinte años fue mayor que la preocupación: se acurrucó de lado, acogió a Eva en el hueco entre el pecho y los brazos, entrelazó los pies, metiendo el pulgar derecho entre el índice y el pulgar izquierdo, y se durmió. Gerda salió del convento antes del amanecer. Eva dormitaba en sus brazos, con la cabeza bamboleándose.

Leni le abrió en bata, con el pequeño Sigi en brazos. Ulli estaba a su lado, con una mano apoyada en la pierna de su madre, como si quisiera cerciorarse de que al menos ese progenitor no se esfumaría de repente, al contrario de lo que siempre hacía el otro. Alzó hacia Eva sus ojos marrones de pestañas larguísimas y la miró con atención, pero sin hostilidad.

Leni lo sentía por Gerda, expulsada de la lúgubre casa de la que ella, en cambio, había huido. Sin embargo, no tenía nada claro que a su cuñada le hubiera ido mejor viviendo allí sola con aquel padre de corazón oscuro. En cuanto a ella, estaba insegura, vivía amargada. Llevaba tres meses sin ver a su marido: no sabía dónde estaba ni qué hacía. Por ahí se decían cosas feas y raras, pero ella no se lo creía: la gente, ya se sabe, dice disparates. El jefe de la compañía de *Schützen* de Peter la había visitado para decirle que los sacrificios por la *Heimat*, por duros que fueran, siempre merecían la pena. A Leni esas palabras no le gustaron un pelo, pero no supo qué responder. Antes, cuando Peter se pasaba semanas desaparecido, le dejaba al menos algo de dinero, pero ya no.

Hacía unos meses, una gran empresa inglesa había abierto una fábrica de componentes mecánicos en la periferia de la pequeña ciudad: el mayor complejo industrial extranjero que se había visto en el Alto Adigio. Necesitaban una fuerza de trabajo de casi medio millar de obreros, una inmensidad con respecto a la población local. Además, los italianos que vivían en la ciudad eran muy pocos, y todos funcionarios, por lo que los contratados serían, por fin, los surtiroleses. Leni compartió la euforia que había recorrido el valle. Así acabarían los tiempos duros para su familia; además, ¿no era eso, ser obrero, lo que Peter había querido desde niño? Sin embargo, cuando le enseñó la octavilla con la dirección y los horarios para las entrevistas de trabajo, su marido ni siquiera se dignó mirarla. Se marchó aquel mismo día y ella no había vuelto a verlo desde entonces.

Así las cosas, ahora, le explicó a Gerda, ella y sus dos hijos dependían de sus padres, como si no fuera una mujer casada, sino una madre soltera.

Se interrumpió. Abochornada, miró a Gerda, que guiñó los ojos y se encogió de hombros, como diciendo: no pasa nada.

Se encontraban, aunque mucho más abajo, en la misma ladera de la montaña donde estaban tanto la vieja granja de los Huber, por la que Gerda había pasado el día anterior, como el hotel de cuatro estrellas de Paul Staggl. A poca distancia de allí había otra granja, unida a la de los padres de Leni por un corto sendero de tierra. En el umbral, bajo el arco de madera que llevaba de la casa al henil, había una niña de nueve años. No se había movido desde que Gerda había llegado con Eva en brazos y no dejaba de mirarla.

El autobús de Bolzano salía en menos de dos horas. Si Gerda quería estar en el hotel aquella tarde, como le había prometido a herr Neumann, no podía perderlo. Gerda se despidió de Leni con calma, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, y se encaminó hacia la granja de los vecinos.

La niña de la puerta llevaba un vestidito descolorido que le quedaba largo: sin duda había pasado por más de una hermana mayor; sus piernas, sin calcetines, asomaban como ramillas pálidas de unas botas de goma negras, y dos trenzas finas y mal hechas enmarcaban su afilado rostro, de cejas casi blancas. Gerda le preguntó quién había en casa. La niña negó con la cabeza. Estaban todos segando heno; ella se había quedado sola vigilando a sus hermanitos y preparando la sopa de cebada. Dijo que se llamaba Ruthi y que tenía nueve años. Le pidió permiso para coger a la niña, y Gerda se la entregó. Eva pasó plácidamente de unos brazos a otros, con una sonrisa interrogativa.

Ruthi empezó a hacerle carantoñas y ruiditos que divirtieron a Eva, y luego la dejó en el suelo. Sujetándola como las madres cuidadosas, de los antebrazos, que no de las muñecas, la ayudó a dar un par de pasos. Eva se giró para mirarla

con satisfacción. Ruthi esbozó una sonrisa alentadora confirmándole que admiraba su pericia.

Gerda observaba los brazos de su hija agarrados por aquellas manos de niña, pero ya tan expertas. Levantó la mirada hacia el prado que había detrás de la granja: a lo lejos, los campesinos, puntitos oscuros en medio del verde, segaban el heno. Luego miró a los ojos a Ruthi.

Gerda ya iba en el autobús que la llevaría de vuelta al hotel cuando los abuelos, los padres y los hermanos mayores de Ruthi descubrieron que una niña de menos de un año se había sumado a su numerosa familia. Llamaron a Leni, de la granja de al lado, que les explicó quién era la joven rubia que había dejado a Eva como a una muñeca. El padre quería coser a correazos a Ruthi, pero el abuelo se lo impidió.

Sepp Schwingshackl aún no había cumplido sesenta años, pero sus manos revelaban un ligero temblor; no oía muy bien, y una cicatriz blancuzca y rugosa le cortaba las cejas: eran las consecuencias de la brutal paliza que Hermann Huber le había propinado treinta años antes. Sin embargo, poseía la mirada limpia de quien no tiene nada que esconder y una sonrisa dulce, de viejo que sabe tratar con niños. Eva, en brazos de Ruthi, miraba ansiosa de un lado a otro, pero no lloraba, como si al menos tuviera eso claro: quienquiera que fuesen aquellos desconocidos, no podía dar por descontado que cuidarían de ella. Sepp la cogió con cuidado de los brazos de su nieta y la colocó en su regazo.

–Dios nos la ha traído y nos la quedamos –dijo.

No había sido Dios, sino la hija, *Nutte* como ella sola, de un hombre malo, pensó su hijo, pero se lo guardó para sí.

No había sido Dios, sino una chica como mi hermana Eloise, pero más guapa, pensó Ruthi, pero se lo guardó para sí.

Era Dios, es decir, Ella, pero ¿dónde está?, pensó Eva, pero, como no sabía hablar, se lo guardo para sí. De haber podido, habría dicho: «No voy a dormir hasta que ella regrese».

Sin embargo, el cansancio y el desconcierto empezaron a cerrarle los ojos. Su blando cuerpecito se relajó sobre el duro cuerpo de Sepp, que olía a madera, jabón y sudor. Eva se durmió.

Así empezó la que durante años sería la vida de Eva: en casa de los Schwingshackl diez meses al año y en un estudio de alquiler con su madre los dos meses de temporada baja.

Mientras, Gerda lloraba en el autobús. Lloró todo el trayecto por el largo valle del que su pequeña ciudad era la ciudad principal, lloró al coger la carretera nacional, lloró al llegar a Bolzano. Allí cambió de autobús, llorando, y llorando hizo a pie el camino de la estación de autobuses al hotel. Sin embargo, al entrar en el dormitorio que compartía con las otras trabajadoras, alguien había encendido la radio. Y, de repente, Gerda tomó conciencia de varias cosas.

Ya no tenía una niña de la que cuidar todo el día.

Ya no tenía una reputación que proteger.

Aún no había cumplido veinte años.

Sintió unas ganas repentinas de mover las caderas y los brazos al ritmo del *swing* y de mirar directamente a la cara, como Mina, a quien tuviera algo que objetar.

KILÓMETRO 715

De la estación de Tiburtina a Termini, donde me espera el Roma-Reggio Calabria de las siete y cuarto, cuento con ir en metro. No llevo mucho equipaje: será sencillo.

Error: sería sencillo si tuviera billete, pero no lo tengo. Ni siquiera tengo una triste moneda de un euro y, aunque la tuviera, todas las máquinas expendedoras están averiadas. Que a las seis y treinta y ocho de la mañana del Domingo de Pascua hubiera un taquillero de servicio sólo podría esperarlo un niño, un loco o un alemán. Y yo, por muy germánica que sea mi etnia, soy de una provincia que forma parte de Italia desde hace demasiado tiempo como para albergar tal esperanza.

Vuelvo a subir del metro a la planta principal y busco un quiosco. El primero que veo está abierto, pero se le han acabado los billetes; el segundo está cerrado porque, como decía, son las seis y (ya) cuarenta y tres de la mañana de Pascua; el tercero está a un kilómetro o por ahí, como me informa una ucraniana somnolienta desde la barra de un bar.

Qué se le va a hacer, cogeré un taxi. Salgo de la estación mientras el cielo de Roma empieza a teñirse de mil colores y me paro a observarlo. Sutiles borrones de color naranja, gris, verde ácido y rosa se expanden sobre un fondo turquesa. Colores delicados y oníricos que una no esperaría ver en esta zona de

la ciudad, de una fealdad cruel, donde la carretera se eleva y pasa rozando las ventanas de los comedores y de las cocinas de un tercer piso. Sin embargo, la magnificencia del cielo de Roma, sobre esa monotonía gris y desconchada, me impacta incluso a mí, acostumbrada a las puestas de sol de la montaña. Luego bajo la mirada y me pongo en marcha.

Junto al poste con el letrero «Taxi», cuya única finalidad es que la plebe se haga ilusiones, una docena de pasajeros salidos de los coches cama, despeinados y atontados, se lanzan miradas hostiles porque, a pesar de la noche de sueño irregular, a nadie le cuesta calcular el tiempo de espera previsto: con una relación de doce pasajeros por cero taxis, no será poco.

Bienvenidos a Roma.

Cuando por fin llego a Termini, el tren de Calabria ya debe de ir por Latina. El próximo es a las once y pico: casi cuatro horas de espera.

Ya está entrada la mañana y la estación se va animando como si fuera un día laborable. Por todas partes hay pantallas planas que reproducen vídeos publicitarios, siempre los mismos, en bucle. Una mujer de edad indeterminada, con mechones finos y grises como colas de ratón pegadas a la cabeza, me para con una sonrisa amistosa. Me pregunta dónde hay un supermercado. No se lo sé decir y me disculpo. Ella me da las gracias como si acabara de salvarle la vida. Voy a un cajero, compro el periódico y la veo de nuevo. Ahora está inclinada delante de un niño en carricoche, haciendo aparecer y desaparecer una moneda delante de sus ojos, aunque el truco no le sale muy bien. El niño y su joven madre, los dos de pelo negro y lacio, y rasgos andinos, no le siguen el juego, pero tampoco la echan: la miran en silencio, pacientemente, esperando a que pare. Cuando acaba su número, la mujer se despide y se va, con la sonrisa satisfecha de quien sabe que tiene un sitio en el mundo. La madre y el hijo no se dignan siquiera a mirarla.

Me siento en un bar. Café, cruasán, zumo para las vitaminas, que mantienen la piel joven, y periódico. Me lo leo de cabo a rabo, incluso la página de Roma, las cartas con quejas por los baches de las calles, las denuncias sobre los aparcamientos abusivos y los anuncios inmobiliarios. Decido dar un paseo por el gran centro comercial en que se ha convertido la estación de Termini. Aunque estamos en Domingo de Pascua, hay muchas tiendas abiertas, sobre todo de lencería, que abundan: se diría que hay una en cada esquina. Mato el tiempo deambulando. Estoy de viaje para volver a ver a un hombre cuya ausencia marcó mi vida y la de mi madre; no estoy aquí de compras. Luego oigo a alguien cantar.

En la planta más baja del centro comercial, delante de la enésima tienda de ropa interior para hombre y mujer, hay una puerta inmensa que recuerda a la de una cochera. Está abierta, y se ve una puerta interior de cristal, que a su vez da a una especie de garaje alargado y estrecho sin ventanas, iluminado por la burda luz de un neón. Al fondo, una mesa cubierta por un mantel blanco con un enorme crucifijo de bronce. Hay un grupo de gente cantando a coro, siguiendo a un hombre vestido de blanco. No es un almacén ni un garaje. Es una iglesia.

De niña me gustaba ir a la iglesia.

Recuerdo las misas de Navidad en la *Pfarrkirche*.[56] Mi madre no estaba: las fiestas coincidían de pleno con la temporada hotelera. En mi infancia siempre pasé las Navidades con Sepp y Maria. Fueron ellos quienes me explicaron que Jesús fue una persona muy buena, la mejor persona que haya existido jamás, dispuesto a marcharse de un sitio estupendo y lejano para venir aquí, entre nosotros, y enseñarnos a querernos. Un mensaje que me convencía, máxime en boca de aquella especie de abuelos adoptivos que, en verdad, parecían querer a todo el mundo.

A la misa que celebraba el nacimiento de aquella persona tan amable acudía la inmensa familia Schwingshackl al completo: trece hijos, innumerables yernos y nueras, así como una plétora de nietecitos, a los que se sumaba un apéndice para el que no había una denominación concreta: yo. También iban los Huber, los primos de mi madre. El tío Wastl tocaba el clarinete en la *Musikkapelle*.[57] Así vestido, con el chaleco de raso de los conciertos solemnes, me parecía más hermoso que los ángeles trompetistas situados encima del pesebre. Cuando llegaba el momento de su solo, no sé cómo, a pesar de tener el clarinete en la boca y las mejillas hinchadas, siempre se las apañaba para dedicarme una sonrisa en exclusiva. La misa de Navidad era preciosa.

Luego estaba el asunto del papá de Jesús. No me quedaba del todo claro si su auténtico padre era el Espíritu Santo, el Ángel o Dios. En todo caso, era José el que cogía al Niño en brazos cuando la Virgen estaba cansada, el que le contaba cuentos antes de dormir y el que lo protegía de la furia de Herodes. Cuando Vito llegó a nuestra vida, estando entre mi madre y él me sentía como la hermanita secreta del Niño Jesús.

La Semana Santa era una fiesta que costaba más comprender, con la cruz y toda esa sangre; luego, los tres días de muerte y oscuridad, y, por último, la resurrección: muy complicado para una niña. Principalmente no entendía por qué Jesús, resucitado, no quería que quienes lo habían llorado, sin duda contentos de verlo otra vez vivo, lo abrazaran. Aunque me parecía una actitud grosera, impropia de una persona tan buena y amable, jamás osé pedir explicaciones. Pero me gustaban las campanas que anunciaban el triunfo de la vida sobre la muerte: hasta yo entendía que eso era algo bueno.

La última vez que recité el padrenuestro fue el día de mi confirmación. Vito acababa de dejarnos y mi madre había vuelto a ir a la iglesia: ya no convivía *more uxorio*, es decir, ya no vivía en pecado. En honor a mi sacramento, se había puesto su prenda más elegante, una de las muchas que le había regalado Vito,

un vestido camisero azul oscuro con las solapas blancas. Había tenido que ceñírselo a la cintura con unos imperdibles: llevaba varias semanas sin apenas probar bocado. En la cabeza, un pañuelo para ocultar las calvas que aún le quedaban tras la enfermedad y dos ojeras azuladas. Había dejado de llorar, pero a mí sus dos ojos secos me resultaban aún más aterradores que cuando estaban rojos e hinchados. Habría hecho cualquier cosa para terminar con su dolor, pero no era capaz.

El párroco sonreía en la puerta de la iglesia, felicitándola por haberle puesto fin a aquella vida. Desde entonces, nunca más recé a aquel Dios despiadado que sólo volvía a admitir a Gerda Huber en su casa a condición de verla quebrada.

Me he sentado en uno de los bancos de madera abrillantada de la iglesia-garaje. Estamos en Roma, ciudad de las mil iglesias y de las cien basílicas, cada cual un tesoro de arte, historia y belleza. Ésta tiene que ser la más fea de todas. Frente al altar hay un sacerdote delgado, entrado en años. Su cara recuerda a la de una hormiga: ancha por arriba y estrecha por abajo, con unos ojos, ya grandes de por sí, agigantados por unas gruesas gafas para hipermetropía. Tiene manos de dedos larguísimos y lleva unos enormes zapatos con suela de goma que chirrían con cada paso. Está en plena homilía, hablando con gran pasión. Su auditorio lo componen muchas mujeres –filipinas, sudamericanas, polacas–, ancianos solitarios, sin techo, algún que otro viajero con la maleta apoyada en la pared y vendedores ambulantes africanos. También veo a la anciana de antes, la que tenía el pelo como colas de ratón. Seremos unos cuarenta, a lo sumo, pero ocupamos casi todos los asientos.

–Cristo ha resucitado de verdad –dice el sacerdote, enfatizando cada palabra con esas manos casi excesivamente elegantes. Camina de una punta a otra del pasillo entre los bancos; las suelas de sus zapatos emiten un chirrido a cada paso: criiic, criiic. Está comentando el pasaje del Evangelio donde encuentran

el sepulcro vacío. Explica con detalle cómo estaba envuelto el cadáver, de qué material y lo largas que eran las vendas. Gesticula, chirría (criiic), agita las manos.

Se preocupa de que su auditorio lo siga.

–¿Entendéis? –pregunta a los fieles, mirándolos a la cara.

Ellos asienten, y entonces él sigue chirriando, mirándolos uno a uno a los ojos, cerrando de cuando en cuando los suyos para concentrarse mejor. Habla de Juan.

–Vio y creyó (criiic, criiic). ¡¿Entendéis qué significa eso?!

Que él se cree de verdad todo lo que dice es más que evidente. Este sacerdote con extraña cabeza de insecto transmite el espesor de la fe, potente y sin oropeles, de quien se ha manchado las manos con la caridad verdadera. En efecto, esta desvaída capilla en la planta subterránea de la estación de Termini me parece justo eso: una iglesia misionera en el corazón de Roma, dedicada a los últimos de la ciudad.

Acaba la homilía hablando de La Pira, «el mejor alcalde que hemos tenido en Italia». Miro a mi alrededor: ¿acaso hay alguien de entre estos trabajadores inmigrantes, ancianos con pensión mínima, turistas estadounidenses de paso y cuidadoras rumanas que sepa quién es La Pira? ¿Quizá la anciana que deambula por la estación aburriendo a niños desconocidos con sus jueguecitos insulsos? ¿O ese mantero senegalés con un enorme fardo al lado del banco y un perfil de *griot*, inmóvil y concentrado? Yo también tengo que hacer un esfuerzo para rescatar de la memoria algún vago recuerdo: ¿un democristiano florentino de los años cincuenta? Pues bien, el sacerdote-hormiga no considera que ninguno de ellos, de nosotros, esté por debajo de tamaño personaje y, entrecerrando los ojos como muestra de respeto, con esas manos de dedos alargados abiertas a la altura de los hombros, nos habla de una sesión en el salón de plenos del Palazzo della Signoria, hace muchas décadas:

–Durante un feroz debate entre comunistas y democristianos, en el que ambas partes acabaron atacándolo entre gritos, La Pira cerró los ojos y se quedó largo rato en silencio, para obligarlos a todos a hacer lo propio… Y guardaron silencio, a la espera de sus palabras.

El sacerdote hace una pausa y mira a los ojos de su auditorio. Todos contienen el aliento: cuidadoras, vendedores de deuvedés piratas, mendigos que llevan meses sin lavarse, todos esperan intrigados: en aquellos años remotos de la Guerra Fría, en medio de las diatribas entre católicos y estalinistas, el alcalde de una ciudad que muchos de ellos jamás pisarían, ¿qué?, ¿qué es lo que dijo? El sacerdote cambia el peso de una pierna a otra (criiic), baja la voz y empieza a hablar en presente:

–La Pira sigue en silencio con los ojos cerrados. Hasta que, por fin, aún sin abrirlos, dice con voz sosegada: «¿Qué más da todo esto, si Cristo ha resucitado?».

El sacerdote-hormiga levanta los ojos, anchísimos al otro lado de las gafas, nos mira y nos repite, nos anuncia, con una sonrisa de dicha:

–¡Sí! ¡Cristo ha resucitado de verdad!

Y, para mi gran sorpresa, por un instante yo también siento dicha.

Cuando llega el momento del padrenuestro, miro a mi alrededor. Todos los fieles se dan la mano con expresión recogida. Y entonces me sorprendo murmurando, pasados quién sabe cuántos años, las primeras palabras de la oración más filial que existe:

–*Vater unser im Himmel, geheiligt werde dein Name. Dein Reich*…

Me quedo bloqueada, no sé por qué. Tras un instante de titubeo, vuelvo a empezar. Pero, esta vez, en el idioma de Vito:

–Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad…

No se trata de que haya descubierto que soy creyente otra vez. No he recuperado de repente una fe que no echo en falta gracias a un cura inspirado y humano. Lo que pasa es que me sale natural unirme a las personas que me rodean en esta horrenda capilla. Todos ellos también me parecen, como yo, hijos de *Nomen Nescio*.

Tras la misa, me detengo frente al tablón de anuncios que hay en la puerta de la iglesia. Veo las típicas revistas misioneras, hojas de órdenes religiosas, el programa de un viaje a Lourdes, los horarios de las misas y de las ceremonias suplementarias por el Domingo y el Lunes de Pascua, y una hojita cuadriculada con un texto escrito a mano: «El martes de Pascua el capellán F. S. dará la bendición en las tiendas de Termini».

Puedo imaginarme al cura-hormiga entrando con sus chirriantes zapatos en las tiendas de lencería, pasando entre los maniquíes con tetas, entre los culos con picardías y tangas que dejan poco a la imaginación. Él no se inmutará, bendecirá a todo el mundo con su amplia sonrisa, esparcirá con sus alargados dedos el agua bendita sobre los sujetadores *push-up* con transparencias y mirará con humilde benevolencia, a través de sus gruesas gafas, a las dependientas ultramaquilladas con la cabeza píamente inclinada.

Va siendo hora de coger el tren. Compro agua y un poco de fruta, pero no bocadillos, porque ¿cómo no va a haber vagón restaurante en un tren que hace setecientos kilómetros? En uno de los sofás de falsa piel negra desperdigados por la estación veo a una chica gitana de unos dieciocho años con una falda variopinta: tiene un bebé en brazos, una niña de unos dos años a un lado y, al otro, un niño mocoso poco mayor. Todos están mirando absortos, ajenos al trasiego a su alrededor, una de las pantallas planas con publicidad en bucle. Se los ve relajados y cómodos, como una familia que ve la tele en el sofá de su casa. Cuando cojo las escaleras mecánicas para llegar al andén, los pierdo de vista.

1964

La situación era la siguiente:

Imaginemos el henil de una antigua granja a finales de verano. La cosecha ha sido buena, no ha llovido ni mucho ni poco y el heno llega hasta el techo. La trampilla por la que el campesino lo bajará al establo y a los comederos es de madera vieja; también el suelo, las paredes, las vigas que sujetan el techo y las tejas: todo es de abeto antiguo. En el suelo hay una vela encendida: crepita, humea, va consumiendo su mecha. El viento sopla a través de las hendiduras de las paredes, entre tabla y tabla, agitando la llamita. Una ráfaga más fuerte de la cuenta y la vela se volcará sobre la paja.

En aquel verano de 1964 todo el mundo se apuntó a avivar el fuego del Alto Adigio.

Habían empezado los miembros del BAS huidos de la justicia, que se habían desentendido de los métodos, demasiado suaves, de los otros *Bumser*: ya bastaba de atentados a torres de alta tensión; para liberar la *Heimat Südtirol* eran necesarias acciones de guerrilla armada. Y, si había derramamiento de sangre, qué se le iba a hacer.

Luego llegaron los neonazis austríacos. Los supuestos intelectuales del NDP, el resucitado partido nazi, pangermanistas nostálgicos de la *Deutschland*

über Alles. Los neofascistas italianos. Las hermandades universitarias austríacas de extrema derecha. El KGB, que desde la residencia diplomática soviética de Viena se había puesto en contacto con los terroristas más extremistas. Los agentes de los servicios secretos italianos, estadounidenses, austríacos, alemanes e incluso algún belga, algo que no tendría que extrañar: cualquier agente provocador flamenco con un mínimo de dignidad profesional habría querido emigrar al turbulento Alto Adigio de los años sesenta, mucho más prometedor que Flandes en lo que a oportunidades de hacer carrera se refería. Hasta llegó De Lorenzo –el general comandante del Cuerpo de los *Carabinieri*, amén de jefe de los servicios secretos del SIFAR hasta poco antes, y hombre de confianza de la CIA en la creación de Gladio– con sus agentes.

Acudieron todos a aquella región con prados que olían a heno recién cortado, con las cimas rosadas de los Dolomitas, con pedregales teñidos por los rododendros de julio, con glaciares fronterizos resplandecientes y con teleféricos abarrotados de esquiadores embriagados de cuerpo atlético, para participar en el ensayo general de eso que aún no tenía nombre pero que luego se conocería, como si fuera un juego de mesa, como *estrategia de la tensión*. Los jugadores eran extremistas sanguinarios y sinceros, agentes provocadores que aspiraban a elevar el nivel del conflicto y una represión de Estado casi tan dura como la de los veinte años fascistas.

Sólo había que encender el fuego.

Peter, de todo eso, sólo tenía una idea muy vaga. Aunque sí había participado en reuniones secretas en cabañas alpinas al otro lado de la frontera, donde había conocido a personas muy distintas a las que trataba habitualmente: estudiantes con gafas de cristal grueso, por ejemplo, que recitaban pasajes de *Los bandidos* con acento vienés, como si Schiller la hubiera escrito pensando en ellos, y que aspiraban profundamente el punzante aire de la noche alpina como quien vive un momento heroico y quiere grabárselo en la memoria. Un joven

profesor ayudante universitario de Innsbruck, con labios carnosos y dedos rechonchos, elocuente a pesar de su jadeante respiración de obeso, convencido de no haber nacido demasiado tarde para vivir el sueño del Reich milenario. Un químico bávaro que había enseñado a Peter a preparar una bomba, y cuyas manos pasaban del explosivo plástico a los detonadores con la precisión y la ligereza de las mariposas que revolotean sobre las flores del campo. Ninguno de ellos mencionaba jamás que Peter, para conseguir un certificado en una oficina pública de su tierra, tenía que explicarse en un idioma que le era ajeno, ni que le había sido imposible encontrar trabajo de obrero por ser de la etnia equivocada. Sus temas de conversación eran muy distintos: lucha de liberación nacional, suelo sagrado, *Bedrohtes Grenzlanddeutschtum*,[58] *Volks-und Kulturgemeinschaft*[59] y expansión del pueblo germánico por su legítimo *Lebensraum*.[60]

Peter lo ignoraba absolutamente todo de ellos, pero no hacía preguntas. No sabía que ya habían introducido sus explosivos en Italia con planes secretos con nombre de fotonovela: operación Sofia Loren, una serie de explosiones en los cines de Bolzano frecuentados por los militares destacados en la zona (proyecto abortado antes de su ejecución); operación Pánico, contra el transporte público en algunas grandes ciudades italianas (muchos heridos en un tranvía de Roma y el coche de uno de los terroristas estallado por error); operación Terror en los Trenes, una bomba de gran potencia en la estación de Verona (una veintena de heridos y, por fin, después de mucho buscarlo, el primer muerto).

Lo único que les interesaba de Peter era que había pateado las rutas transfronterizas, con la escopeta en bandolera, desde que era un *Bub*.[61] Que reconocía, mejor que las arrugas en la cara de su madre, el rastro de las gamuzas, los ciervos y los íbices que atravesaban la injusta frontera entre Austria e Italia, tenues líneas de tierra compacta entre los pinos de montaña y

los pedregales. Y que, por lo tanto, podía mostrárselas a quien transportaba cartuchos de dinamita escondidos debajo de la camisa, a quien tenía que evitar un puesto de guardia para pillar a los militares italianos por sorpresa, a quien huía después de un atentado. Por último, a aquellos hombres tan instruidos que sabían muchas más cosas que él lo que les interesaba era que a Peter no le horrorizaba la idea de matar (y no sólo animales de caza).

¿Qué convierte a un hombre en un asesino? ¿En qué momento la rabia por una injusticia histórica se funde en su interior con otro resentimiento, más antiguo, privado y vergonzoso, porque no lo ha compartido con nadie, y lo incita a echar mano de un detonador? ¿Cuándo su deseo de alcanzar lo que considera un Bien general se convierte en indiferencia por el Mal específico cometido en nombre de dicho Bien? ¿Qué lo hace capaz de quebrantar la prohibición soberana que como una muralla separa en dos al género humano entre quien ha matado, aunque sólo sea una vez, y quien no? ¿Qué es más necesario para ese hombre, tener una convicción férrea y absoluta o un espíritu gélido, silencioso e inmóvil, como un lago en invierno, por el que la piedad ya no fluye, salvo en lo más hondo y formando remolinos oscuros e invisibles que apenas si mueven los guijarros más pequeños del fondo, pero jamás la placa helada de la superficie? Peter nunca se lo explicó a nadie, y mucho menos a sí mismo.

El hermano de Gerda, con unos ojos tan oscuros que no reflejaban la luz, había visto a su hijo Sigi en contadas ocasiones, y sólo durante unas horas. A diferencia de lo que había hecho con Ulli, Peter no disparó a ninguna diana con el nombre Sigfried escrito en letras góticas: no estuvo presente en el bautizo de su segundo hijo.

Leni había dejado de esperar a su marido hacía mucho tiempo. Sus padres la habían acogido en la granja familiar, no muy lejos de la ciudad, con sus dos hijos. Las pocas veces que Peter se dejaba caer, en visitas fugaces y en su

mayoría nocturnas, a menudo separadas por semanas de ausencia, nadie hacía preguntas; no sólo porque, de todas formas, no iban a obtener respuesta, sino, sobre todo, para no tener que preguntarse a sí mismos qué opinaban de la situación. Oficialmente, Leni aún era la mujer de Peter, pero la verdadera familia de su marido, no le cabía la menor duda, ya no eran ella, Ulli y el recién nacido, Sigi, sino un puñado de desconocidos con los que no compartía la cama ni el calor de la *Stube*, sino armas, explosivos, minas antipersona, mechas y detonadores, planes de huida, documentos falsos, cruces de frontera por senderos de contrabandistas y elusiones de puestos de control.

El 27 de agosto de 1964, la *Musikkapelle* de un pueblo vecino celebró un concierto extraordinario en la cima del monte en el que Staggl y los demás miembros del Consorcio Turístico estaban construyendo, a un ritmo vertiginoso, un flamante circuito de esquí. El espectáculo se había organizado para contradecir a quien ya había empezado a llamarlo la Fábrica: un monte echado a perder por el acero de los teleféricos, intransitable para los auténticos amantes de la naturaleza. Staggl quería demostrar a sus conciudadanos y a los huéspedes de la temporada de verano que, a pesar de los telesillas, los telesquís, los puntos de avituallamiento, los postes de los teleféricos (que pronto ocuparían tres laderas), los restaurantes con un innovador autoservicio copiado de los comedores militares y el hotel de tres estrellas construido a más de dos mil metros; a pesar de todo eso, allá arriba, en la cima, aún reinaba la naturaleza. Para demostrar que la belleza de la *Heimat*, con aquellas vistas de trescientos sesenta grados que iban desde los glaciares fronterizos hasta los lejanos Dolomitas, prevalecía sobre todo lo demás. Los turistas de la ciudad, en el fondo, no sólo viajaban hasta allí para esquiar, una actividad ya irrenunciable para la burguesía del *boom* económico, sino también para recrearse la vista con tanto esplendor majestuoso.

Y nada mejor para enfatizar aquella idea que un concierto celebrado en la mismísima cumbre por unos músicos ataviados con el traje de sus antepasados. El programa preveía la primera interpretación a escala mundial de una composición del director de la *Musikkapelle* titulada *An meinen Berg*, a mi montaña.

Aquel día, el funicular del simulacro de Gerda y Hannes hizo una caja excelente: tanto los turistas como los vecinos de la pequeña ciudad montaron en masa. Leni, acompañada por sus padres, llevó a los niños. El pequeño Sigi, embriagado por el tenue aire de los dos mil metros, no se despertó ni siquiera cuando el cochecito, en su ascenso marcha atrás, tropezaba con las piedras ocultas por la hierba alta. Ulli, con aquella frentecilla abombada como un corzo y sus ojos de pestañas negras y larguísimas abiertos de par en par, con aquel semblante de ansiosa expectación que tantas veces adoptaría durante su corta vida, aferraba la mano de su abuela materna.

El público acabó de ocupar las sillas plegables colocadas en el prado y se hizo el silencio, únicamente roto por los inteligentes reclamos de las cornejas. El director levantó la batuta dorada con la que marcaba el tempo de la marcha en los desfiles: y uno, y dos, y… Un estruendo.

En la carretera provincial que pasaba por la falda de la montaña, un par de kilómetros al este y mil doscientos metros más abajo, un todoterreno de los *carabinieri* había saltado por los aires al pisar una mina antitanque. No hubo muertos, pero sí cuatro heridos, todos graves.

A principios de septiembre, en un valle secundario, un *carabiniere* murió de un escopetazo en la cabeza que atravesó una de las ventanas de su cuartel. Aunque la muerte se atribuyó a los terroristas, al parecer se trataba de un ajuste de cuentas.

En la noche entre el 6 y el 7 de septiembre, en una cabaña alpina aislada, un infiltrado de los servicios secretos ajustició a Luis Amplatz –que entonces

dormía–, uno de los dos *Schützen* del BAS huidos de la justicia que habían decidido abrazar la lucha armada. Su funeral tuvo más repercusión y participación que unas exequias de Estado: también los surtiroleses que no compartían la lucha armada consideraron la muerte de Amplatz una ejecución del régimen.

Al cabo de unos días, cerca de la pequeña ciudad de los Huber y los Staggl, otro todoterreno militar saltó por los aires, esta vez con una bomba por control remoto. Los *carabinieri* heridos fueron seis, cuatro de ellos graves. Uno perdió un ojo; otro, una pierna.

Las vacas en el establo olfatean, inquietas, el olor acre de la vela. Dentro de poco la llama llegará al heno. A estas alturas cuesta imaginar quién, y cómo, podría salvar el henil.

Una vez al mes, un chico llevaba al hotel de frau Mayer todos los ingredientes necesarios para la elaboración de los postres: harina, azúcar, piñones, uvas pasas, fruta confitada, peladillas de colores, bolitas plateadas y cacao en polvo. Era de Trento y su apellido acababa en *nin*, como el apodo de un niño, pero todos lo llamaban Zuckerbub: el chico del azúcar, o de azúcar. Esta segunda interpretación se debía a las miradas, más dulces que su mercancía, que lanzaba a todas las mujeres sin excepción. Hasta frau Mayer, cuando desde cocina la avisaban de que había llegado, se miraba en la pared de espejo que había detrás de la barra.

La dueña del hotel no se entrometía en el gobierno de herr Neumann y dejaba que fuera él quien supervisara la descarga de los sacos de la furgoneta. Sin embargo, cuando llegaba el Zuckerbub siempre encontraba la excusa para pasar por el patio de servicio que había detrás de la cocina: pedía aclaraciones sobre una antigua factura, saludaba al jefe del chico –antiguo compañero de clase– o daba instrucciones a un trabajador todoterreno sobre cómo colocar unos barriles: lo que fuera con tal de exponerse, aunque sólo fueran unos

segundos, a aquellos ojos que envolvían como la seda su figura femenina. Los días en que el Zuckerbub realizaba sus entregas, frau Mayer se pasaba el resto de la jornada en un estado de vaga expectación, de confiada melancolía, sumida en el borroso recuerdo de una sensación de tormento que no sabría definir.

Y, si bien las sensaciones de frau Mayer eran en extremo imprecisas y enrarecidas, el muchacho fue extremadamente claro y determinado con Gerda: le dijo que iría a recogerla en su primera tarde libre y la llevaría a bailar.

A pesar de toda su experiencia de hombre italiano con sonrisa de miel, ni siquiera el Zuckerbub estaba acostumbrado a entrar en un local con una mujer que dilataba las pupilas de todos los presentes: de los hombres, por el deseo, y de las mujeres, por la rivalidad.

También para Gerda era la primera vez que le proponían salir así: con Hannes nunca había estado en un sitio público. Sus encuentros siempre habían sido solitarios: no sólo el de aquel día suspendidos en el funicular –conviene aclararlo–, sino también el resto. Hannes conducía su Mercedes con ella al lado hasta las curvas más cerradas de los pasos de montaña, y allí, en prados solitarios y ventosos, hacían el amor. En una ocasión la llevó a Cadore, a un hotel parecido al que le daba trabajo diez meses al año, aunque más pequeño. Gerda pudo evitarse el bochorno con el personal, gente idéntica a ella, con la que compartía a diario esfuerzo y sudor, porque no salieron de la habitación en dos días. Hasta les dejaban la comida en la puerta.

Gerda había vivido la reclusión de su amor como la prueba de su naturaleza absoluta. Jamás se le habría pasado por la cabeza que a Hannes lo moviera la vergüenza o unas intenciones que callaba. El caso es que Gerda nunca había estado con un hombre en público.

Se acercaron a la gramola.

–¿Qué canción te gusta? –le preguntó el Zuckerbub.

–Mina.

Él metió una moneda y ella escogió un 45 rpm: «È l'uomo per me». Luego el chico le rodeó la cintura con el brazo y la acercó a su cuerpo. Gerda pensó en los ojos egipcios de la cantante, en las mil alusiones de su mirada, y sonrió: ahora también ella, Gerda Huber, hija de Hermann y de Johanna, bailaba.

Pasaron la noche haciendo el amor entre los sacos de azúcar y harina de la furgoneta. En el pelo rubio de Gerda se quedaron enredadas varias bolitas plateadas, láminas de chocolate y bastoncitos de caramelo coloridos. Cuando regresó al hotel, se sentía, gracias a la mano alegre y experta del Zuckerbub, cremosa, esponjosa y ligera como una tarta de carnaval.

Transcurridas unas horas, frau Mayer se presentó en la cocina con los labios apretados. Herr Neumann se preguntó si algún comensal habría puesto una reclamación, pero la mujer, con un gesto seco como el pan duro, señaló a Gerda, que estaba en la encimera de las ensaladas, cortando rábanos con forma de corona para la guarnición. Todo el personal de la cocina pensó lo mismo: estaba celosa. Con una cortesía cortante, frau Mayer dijo:

–*Zwei Soldaten fragen nach Ihnen*.[62]

Gerda levantó la mirada hacia su chef. Herr Neumann hundió la barbilla en su grasiento cuello en señal de consentimiento. A los veinte minutos, Gerda estaba en el cuartel que había al final de la avenida.

Delante de ella, al otro lado del escritorio, había dos militares. Uno sentado, que le pareció de rango superior, aunque no sabía nada de galones, divisas y condecoraciones, y otro de pie, que la miraba con la boca entreabierta, como si no tuviera claro si verla como una ciudadana, como una mujer hermosa o como una sospechosa. Habló el que estaba sentado.

–¿Peter Huber es su hermano?

–Sí.

–¿Qué sabe usted de su actividad?

–¿Qué actividad?

–¿Desde cuándo no lo ha visto?

–Desde que murió mi madre.

–¿Cuánto hace de eso?

–Un año y medio.

–¿Están muy unidos?

Ella parpadeó.

–Es mi hermano.

–Su hermano está acusado de atentar contra los representantes y las infraestructuras del Estado italiano.

–¿Qué quiere decir?

El oficial aspiró entre los dientes, indignado.

–Ah, es verdad. Aquí ni siquiera saben ustedes lo que significa «Estado italiano».

–No… infa…

El que estaba de pie apartó por primera vez la mirada de Gerda y, con más docilidad de la que correspondía, le dijo al superior:

–Es *infraestructuras* la palabra que no…

La irritada mirada del otro lo hizo enmudecer. El soldado bajó los ojos, que luego regresaron a Gerda, y volvió a sumirse en un silencio asombrado. En el tono con que el oficial se dirigió a Gerda había barrotes, esposas y condenas duras, pero justas:

–Quiere decir puentes, señorita. Carreteras. Torres de alta tensión… Y, sobre todo, vidas de militares atacados mientras cumplen con su servicio.

No tardaron mucho en darse cuenta de que Gerda no sabía nada de su hermano. La retuvieron un poco más de lo necesario, pero por pura praxis, no por un ensañamiento particular. A Gerda no le importaba lo más mínimo: si podía disfrutar de unas horas de inesperado descanso, no sería ella quien

protestara. Sin embargo, estaba preocupada: ¿qué hacía Peter?, ¿en qué se había convertido?, ¿por qué aquellos soldados le preguntaban por él? Recordó con tristeza la cara de Leni, con su expresión desconcertada; pensó en sus dos criaturas, y luego pensó en Eva y sintió los brazos vacíos. Había dejado a su hija con la abultada familia Schwingshackl como quien deja un canto rodado en lo alto de un *Mandl*, un hombrecillo hecho con piedras que marca un sendero, un sendero del que no hay que extraviarse bajo ningún concepto, so pena de vagar a ciegas bajo la tormenta entre pinos y pedregales: su vida.

El soldado de menor rango la acompañó a la salida del cuartel. Dio un paso más para cruzar el umbral que separaba la acera y el edificio, de volúmenes fascistas, y, entonces, libre de rémoras arquitectónicas, se lo preguntó: ¿podría verla de nuevo?

Ya la había arrestado una vez, le respondió Gerda, así que nada le impedía hacerlo de nuevo.

El joven soldado soltó una risa boba, pero a ella le dio igual: ni que tuviera que casarse con él, darle un hijo o intercambiar votos de amor eterno. Lo único que tenía que hacer con aquel joven, en su próximo turno libre, era mover las caderas al son de la enérgica y aterciopelada voz de Mina.

Era una mezcla de moho, descomposición, alcohol rancio y orina. Predominaba sobre la fragancia a heno recién cortado que flotaba sobre los prados que rodeaban la ciudad, enrarecía la brisa de aquella clara noche de septiembre y penetraba viscosamente en las fosas nasales como un tentáculo envenenado. Aquel olor fue lo que recibió a los cuatro *carabinieri* que poco antes del amanecer llamaron a la puerta de aquella casa de Shanghái. El sueño de sus habitantes no debía de ser muy profundo: el sargento Scanu, el de mayor rango, ya había levantado el brazo para llamar otra vez cuando la desconchada puerta giró sobre sus goznes. El aire que emanó del interior de la casa le provocó un terror arcaico, como una maldición.

También el cabo y los dos *carabinieri* rasos que lo acompañaban procedían del sur o de las islas, y los cuatro eran casi media cabeza más bajos que el hombre que les abrió. Sólo la gorra de plato compensaba un poco la diferencia. Unos llevaban meses destacados en el Alto Adigio; otros, años, pero todos sentían una enorme nostalgia de su hogar. Sin embargo, había algo que no podía negarse de la gente de la zona: los altoatesinos eran gente meticulosa, limpia, que daba al orden un extraordinario valor. Gente que no te preguntaba «¿Todo bien?», sino «*Alles in Ordnung*?».[63] Así pues, nunca habían visto una casa como aquélla.

La *Stube* que daba a la puerta principal estaba abarrotada de pilas de troncos, ropa mugrienta y piezas de motor desmontado. Encima de la cocina de leña había ollas y platos incrustados de suciedad antigua que, mezclándose con las migajas y las sobras de comida, formaba una papilla hedionda. Vieron varios cubos, más o menos llenos de agua sucia, desperdigados por el suelo, junto con decenas de botellas vacías. Hasta hacía un año y medio aquélla era una casa habitada, por muy húmeda y oscura que fuera, pero ahora se había convertido en un vertedero, en un almacén de trapero, en un contenedor de basura. El hombre que les había abierto llevaba una camiseta de tirantes amarillenta, unos pantalones viejos llenos de costras y la barba descuidada.

Lo interrogaron allí mismo. Buscaban a su hijo. Él dijo que llevaba mucho tiempo sin verlo. ¿Sabía dónde estaba? No. ¿Dónde vivía? No tenía ni idea; su nuera también se había marchado. El sargento sugirió que no lo creía y lo amenazó con graves consecuencias por esas mentiras. El hombre se quedó en silencio. Los dos *carabinieri* empezaron a registrar la casa. Por lo general, cuando la policía registra una casa, el dueño, si puede, sigue a los agentes para asegurarse de que no estropeen las cosas y de que las dejen de nuevo en su sitio; abre con diligencia candados o cerraduras para evitar que los rompan, o al menos para agilizar el trámite. Aquel hombre no. Estaba inmóvil en el

centro de la sala, iluminada por una bombilla solitaria; en silencio, como si el trasiego de aquellos militares no fuera con él. No preguntó por qué buscaban a su hijo, pero no porque lo supiera ya, sino porque en el interior de aquel viejo –que en realidad no tenía ni sesenta años– ya no quedaban preguntas.

Scanu miraba la cara de Hermann Huber y le recordaba a un cementerio.

Las redadas, los rastreos y las incursiones militares en las casas de civiles no se realizan cuando el sol ha salido, cuando la gente se ha lavado la cara y ya siente en el estómago el calorcito del café con leche, cuando los humores con que el cuerpo se expresa en la pagana intimidad del sueño ya se han disipado con el agua, el jabón y la ropa de trabajo. Las redadas tampoco se hacen cuando la sopa está hirviendo en el fuego, cuando la cebolla, translúcida ya, emite su acogedor aroma en la sartén de hierro, a la que pronto añadirán también las patatas y las semillas de comino, ni cuando el pan ya está en la tabla, listo para cortar. Si los campesinos están en el campo, y con ellos sus mujeres, cuando las nubes negras y bajas de finales de verano amenazan el heno recién cortado y se necesitan los brazos de todo el mundo para llevarlo sano y salvo al henil en cuanto resuena el primer trueno, entonces no, tampoco ése es el momento indicado para una redada. Y mucho menos cuando la tierra ya está negra, pero el cielo aún opalescente, y en la *Stube* los bebés se han dormido en brazos de sus hermanas mayores, las mujeres zurcen los calcetines agujereados y los hombres hablan del tramo de carretera desprendido durante la última tormenta. Como toda actividad humana, también las redadas, los rastreos y las incursiones tienen una hora idónea e ideal que, desde que el mundo es mundo, es una sola: la más oscura antes del amanecer.

Cuando los animales nocturnos ya han regresado a sus guaridas, con un grumo semivivo de pelo o plumas en la boca, y los diurnos aún no han salido; cuando los seres humanos han dejado de correr y volar con el cuerpo eternamente ágil de los sueños, pero aún no son conscientes del cuerpo

terrestre y de sus achaques; cuando las corrientes entre valle y montaña se equilibran, y el calor y el frío dejan por unos minutos de agitarse y mezclarse como acostumbran, y el aire está inmóvil, ahí es: ese breve intervalo de tiempo oscuro, silencioso e inmóvil en el que no ocurre nada, ésa es la hora en la que cabe esperar que lleguen los soldados con sus camionetas y sus botas; con esos gritos secos que no pretenden hacerse entender, sino aterrorizar; con el poder primario que el hombre con un arma en la mano posee sobre el hombre inerme.

Y, sin embargo, al grupo de granjas encaramadas en las laderas del valle y agrupadas alrededor de la pequeña iglesia los militares llegaron a plena luz del día, poco antes de las doce. Fue una operación conjunta, con soldados alpinos, *carabinieri* y policía. Eran casi un millar y llegaron con camionetas, vehículos blindados y hasta un tanque. Su llegada, en definitiva, no pasó inadvertida. Desde detrás de una gavilla dispararon varios escopetazos. ¿Fue Peter quien apretó el gatillo? En tal caso, ¿estaban con él también los demás responsables de las bombas antitanque que unos días antes habían herido a media docena de soldados? ¿Eran terroristas los hombres parapetados detrás del montón de heno? ¿Y cuántos? ¿Uno solo? ¿Más de uno? Nunca se supo. Desde un escondite improvisado, habían disparado como niños que juegan a los vaqueros, pero las armas eran reales y un soldado cayó herido. Quienesquiera que fuesen, huyeron por las escarpadas laderas siguiendo los senderos de los cazadores y, más arriba, de los íbices, y, desvaneciéndose en territorio austríaco, como después de cada atentado, dejaron a los habitantes del grupo de granjas solos, sufriendo las represalias y la frustración de los soldados italianos. De pronto, el tañido de las campanas impregnó el terso aire de septiembre, como dando la señal de alarma.

Era Lukas, el viejo sacristán de pelo ralo y casi siempre despeinado, con brazos cortos, pero musculosos, tras décadas tirando de la soga de las

campanas. Que la aldea estuviera rodeada de militares armados no le había parecido motivo suficiente para faltar a su obligación: dar las doce campanadas del mediodía. Pero los soldados no conocían a Lukas ni su celo: convencidos de que era una señal a los terroristas para que atacaran desde las montañas, se lanzaron al asalto del grupo de granjas como si fueran una fortaleza que expugnar.

Abrieron a patadas las puertas; ladraron órdenes como si la guerra no hubiera acabado y los italianos y los nazis aún fueran aliados; disparando a las frenéticas gallinas que correteaban entre sus botas, las convirtieron en inmóviles amasijos de sangre y plumas sucias. Obligaron a todo el mundo a salir de las casas: hombres, mujeres, viejos y niños. Un soldado irrumpió en la *Stube* donde estaba hilando una vieja sorda, encerrada en el silencio privado que la envolvía desde hacía décadas. Era un muchacho de Niscemi, provincia de Caltanissetta, con dos meses escasos de mili a la espalda. Tenía dieciocho años y, en las manos, un fusil de asalto que apenas si sabía disparar. Cuando vio a aquella anciana inmóvil entre los gritos y los disparos tuvo la certeza de que escondía algo. Le disparó a la cara. La bala pasó rozándola y se incrustó en la pared, revestida de pino cembro, justo al lado de la trenza gris que rodeaba su cabeza: un nuevo nudo en aquella madera antigua. Entonces, la mujer levantó la cabeza.

Otros dos soldados irrumpieron en casa de los padres de Leni. Al verlos, Ulli cruzó corriendo la cocina y hundió la cara entre las piernas de su madre: a lo mejor, ocultando a la vista aquella pesadilla incomprensible lograba hacerla desaparecer. Leni giró la sartén en la que se disponía a derretir la mantequilla y, colocándola como un escudo, la puso delante de la cabeza de su hijo. Uno de los dos soldados se quedó en la puerta; el otro se acercó a la camita que había en un rincón y apuntó con su fusil automático a la cabeza del pequeño Sigi,

que seguía dormido, mientras le gritaba a Leni que le dijera dónde estaba su marido o disparaba.

Leni no sabía dónde estaba Peter. No sabía adónde iba, qué hacía, ni por qué. Nunca lo había sabido ni se lo había preguntado. Ni siquiera estaba segura de que el hombre furtivo que había entrado y salido de su cama en plena madrugada, unas horas antes, fuera el mismo al que, en tiempos ya remotos, había jurado fidelidad ante Dios. Llevaba meses sin ver la cara de su marido a la luz del sol. Lo único que sabía era que la cabeza de uno de sus hijos estaba pegada a sus muslos, protegida por una sartén, y que la del otro, tierna, que olía a sueño, estaba en el punto de mira de un fusil en el otro extremo de la cocina. Las cabezas de sus hijos le parecieron más distantes entre sí que dos continentes y entre ellas se extendía, como un océano, su impotencia de madre.

Leni y el soldado se quedaron mirándose en silencio, como si buscaran una respuesta que ambos desconocían. Al cabo de unos segundos, el soldado (veinte años, nacido en Bucchianico, provincia de Chieti; nivel de formación: educación primaria) frunció el ceño y guiñó los ojos, como si se le hubiera metido algo, pero no pudiera quitárselo porque tenía las manos ocupadas. Y bajó el arma.

Agruparon y esposaron a todos los hombres y a varias mujeres antes de conducirlos hasta el torrente que pasaba por detrás de las casas. Entre ellos estaban también Sepp Schwingshackl y sus hijos mayores. En el momento de la irrupción, su mujer, Maria, estaba delante del henil con Eva en brazos. Apenas tuvo tiempo de dejarla en el suelo antes de que le pusieran las esposas y se la llevaran. Eva se quedó sentada entre las flores de manzanilla, con las manos apoyadas en el suelo y los dedos muy abiertos. Las suelas claveteadas de las botas no le pisaron los dedos y los cañones incandescentes de los fusiles automáticos no le quemaron la cara, pero no queda claro el porqué. Ruthi –

como si salvar a Eva se hubiera convertido en su destino– se acercó corriendo. Se la apoyó en la cadera izquierda, como hacen las madres para tener la mano derecha libre, y se quedó allí, inmovilizada por la incertidumbre y el miedo, entre las plumas de gallina y el trasiego de los soldados.

Había uno (natural de Accettura, provincia de Matera, de dieciocho años; nivel de formación: tercero de primaria), con las mejillas y la frente llenas de granos, y el labio superior apenas sombreado por una pelusilla aterciopelada, que había empezado a disparar hacia las vigas cruzadas que sostenían el techo del henil. Con cada detonación, Eva abría mucho los ojos. Seguía con la mirada los casquillos, que saltaban y caían al suelo como insectos desquiciados; observaba la nubecita de humo que envolvía el cañón como el vapor de una olla enfriándose. «¡Tuf!», exclamaba el BM59, y los ojos de Eva se convertían en dos botones azules. «¡Tuf!», y Eva contenía la respiración. «¡Tutuf!»

A los hombres los tuvieron horas y horas de pie a orillas del torrente. Los soldados dispararon a las paredes de las casas, lanzaron granadas a los heniles, robaron jamón ahumado, queso, pan y cerveza. Cuatro soldados alpinos que ya iban borrachos agarraron de los brazos a Eloise, la hermana mayor de Ruthi, y la llevaron a rastras detrás de un estercolero. Ya la habían tirado al suelo cuando el teniente coronel les ordenó que la dejaran en paz. Entre lágrimas, la chica intentó echar a correr hacia su casa, pero la obligaron a sumarse al grupo de personas esposadas junto al torrente. Cuando el sol empezó a ponerse seguían todos allí, de pie, apoyándose los unos en los otros para no desmayarse.

Al teniente coronel de los *carabinieri* no le gustaba la situación que veía: aquélla no era la lucha contra el terrorismo que tenía en mente.

Ahora estaba en un pueblecito que la luz dorada de septiembre convertía en una postal casi idílica, dirigiendo una operación tácticamente desastrosa, como reconocería cualquier alumno de primero de la academia miliar. Insensata,

mejor dicho, tanto por las órdenes como por los medios con los que contaban: alguien tendría que explicarle de qué servía, en una caza a terroristas que se escaqueaban por los senderos de los contrabandistas, que subían y bajaban por las laderas entre Austria e Italia, un tanque M47, aquel exasperante montón de orugas y hierro que, si al cabo de una hora siempre se paraba, aun en llano, imaginémonos ahí.

Tampoco había podido elegir a los hombres que ahora tenía que dirigir. De hecho, aquellas tropas parecían escogidas con una voluntad expresa de ineficacia: chiquillos recién reclutados que sólo sabrían quemarse los dedos con el cañón de los BM59, gente a la que les habían puesto en la mano una MAB sin el menor entrenamiento… Lo único que quedaba por hacer era cerrar los ojos y no pensar en el problemón en que podían meterse con aquellas metralletas en la mano.

Sin embargo, los que más preocupaban al teniente coronel eran algunos suboficiales, gente con un sospechoso discurso que hacía gala de una excesiva competencia histórica, por no decir nostalgia, por los veinte años fascistas. Unos meses antes, cuando aún estaba en Roma, el comandante general del Cuerpo de los *Carabinieri*, De Lorenzo en persona, le había dado al teniente coronel una orden desconcertante: tenía que sondear la disponibilidad de sus hombres para disparar incluso a civiles, e introducir en unas listas especiales los nombres de quienes se declaraban dispuestos a hacerlo. El teniente coronel no podía negarse a obedecer, pero, siguiendo la mejor tradición militar de la resistencia pasiva a las órdenes insensatas, lo había ido dejando y había ganado tiempo a la espera de acontecimientos. Hasta que lo mandaron a dirigir a aquel batallón motorizado en el Alto Adigio y nadie volvió a sacar el tema de aquellas listas de *voluntariosos*, como los definió De Lorenzo. Pero, ahora, al ver a su alrededor a aquellos suboficiales que no movían un dedo para frenar a los hombres que saqueaban, se emborrachaban y disparaban al tuntún, el teniente

coronel se preguntaba si habrían encargado a otras personas la perversa selección.

El teniente coronel, por ejemplo, había recibido la orden explícita de excluir de la operación al sargento Scanu, un leal suboficial al que tenía en alta estima. Como si no se apreciara la humanidad que, a pesar de la jerga oficial, se intuía en el informe que había elaborado Scanu sobre las condiciones en que vivía Hermann Huber, padre del fugitivo Peter Huber. El teniente coronel comenzaba a preguntarse si había alguien dedicado a apartar de las tareas operativas a quienquiera que pudiese tender puentes de comprensión entre las Fuerzas Armadas destacadas en el Alto Adigio y sus habitantes. Alguien al otro lado de un escritorio, en Bolzano o aun en Roma, más interesado en avivar el fuego de aquella tierra ya en llamas que en moderar el tono y apaciguar la violencia. Alguien que deseaba que la situación se agravara. No era una certeza, sólo una sensación que no podría confesar a nadie, y mucho menos argumentar. Pero, si de estrategia se trataba, ¿cuál podía ser el motivo? ¿A quién le convenía incitar a la violencia en vez de aplacarla? El teniente coronel era del todo incapaz de entenderlo; sólo intuía que eran muchas, demasiadas, las cosas que se le escapaban. Y a él, que aún recordaba el nudo en la garganta del momento solemne en que juró fidelidad a la República y a la Constitución, aquella sensación no le gustaba. En absoluto.

Fue entonces cuando, en el cielo, color lapislázuli por la alta presión casi otoñal, apareció el helicóptero.

El zumbido de sus hélices agitó las copas de los abetos, la hierba y las solapas de las chaquetas, hasta que el aparato se posó en el prado. De él bajó un coronel de los soldados alpinos. Hablaba rápido, a borbotones, sin mirar al teniente coronel a los ojos.

–¿A cuántas personas has detenido? –le preguntó.

–A quince.

–Muy bien. Llévalos a una tapia y fusílalos.

El teniente coronel se quedó mirando al oficial. El fragor del helicóptero le había taponado los oídos, seguro que lo había entendido mal.

–¿Cómo?

–Que los lleves a una tapia –respondió el coronel con voz silbante–. A todos.

El teniente coronel se quedó paralizado. Habló lentamente, en tono amable.

–Yo estoy aquí para notificar delitos y realizar arrestos. No soy un asesino.

El coronel empezó a gritar.

–Tienes que fusilarlos, ¿lo entiendes? Y luego quemas el pueblo, ¡lo arrasas!

El teniente coronel se dio cuenta de que tenía hambre. O, mejor dicho, el estómago se le contrajo con un espasmo y eso le recordó que llevaba muchas horas sin comer. Sintió estallar en su interior una rabia de hombre hambriento y se puso también a gritar.

–¡Tú estás loco!

–¡Es una orden!

–¡Una orden disparatada!

–¡Te denuncio por insubordinación si no obedeces!

–¡Nosotros no somos unos nazis!

Varios hombres de todos los rangos, tanto alpinos como *carabinieri*, se habían acercado. Ni siquiera los más veteranos habían visto en su vida a dos oficiales gritándose así delante de las tropas. A más de uno se le desencajó la mandíbula, y muchos se quedaron con la boca abierta y perdieron la noción de sí mismos. El teniente coronel agarró al coronel del brazo, tiró de él hasta el helicóptero y lo subió de un empujón, como si fuera una mochila o una caja de municiones.

–Llévatelo –le dijo al piloto, y más que una orden era una súplica.

El piloto capitán había presenciado la escena en silencio, sin bajar del aparato. A él no se le había abierto la boca; de hecho, tenía tan apretados los labios que sólo se le veía una línea violácea en la cara. Arrancó el motor evitando cruzar la mirada con el teniente coronel, como quienes están unidos por un bochorno compartido. El rotor comenzó a agitar el aire; todos los soldados se llevaron una mano a la cabeza para que no se les volara el gorro y alguno empezó a acordarse de cerrar la boca.

El helicóptero alzó el vuelo, metálico y zoomorfo como una fantasía bélica medieval. El teniente coronel lo observó alejarse, menguar, hasta desaparecer en un cielo que empezaba a estriarse de rosa. Se sintió invadido por una cálida ola de gratitud hacia aquel piloto capitán que ahora se arriesgaba como mínimo a recibir un castigo, y del que no sabía ni el nombre. Tampoco reconocería su cara: ya se le había olvidado.

Las consecuencias de la operación militar que tuvo lugar en aquel dorado día de septiembre de 1964 fueron muchas y muy diversas.

No se arrestó a ningún terrorista en la operación. Se puso en libertad a todos los hombres detenidos al cabo de unos días, una vez descartada su relación con los recientes atentados con dinamita. El único hombre al que trasladaron –a Venecia, donde pasó casi tres meses en la cárcel, hasta diciembre–, fue a un anciano que, al ser duro de oído, no podía comunicarse con los interrogadores.

Sigi quedó marcado para siempre por el cañón de aquel fusil que apuntaron a su cabeza de recién nacido: de mayor, se convirtió en un nostálgico de Andreas Hofer, rabioso y exaltado, y se alistó en los *Schützen*. Al menos ésta era la versión de Ulli, cada vez que intentaba explicarse por qué su hermano se había vuelto un hombre obtuso, homófobo y racista. Sin embargo, era una explicación que omitía el hecho de que, si hubo algún trauma aquel día, fue sólo para Ulli y para su madre: Sigi no se despertó en ningún momento.

Una noche, el *carabiniere* temporal de Niscemi, tras cumplir el servicio militar obligatorio, revivió en sueños el momento en que había disparado a la anciana sorda. Pero esta vez, después de apretar el gatillo, la cara de la vieja se desintegraba en una explosión de fuego, sangre y horror. A la mañana siguiente, lo primero que hizo el chico fue ir a la iglesia de Santa Maria Odigitria, donde se postró con fervor a los pies de la Virgen, que le había concedido el más valioso de los dones: una pésima puntería.

Los periódicos italianos no informaron de la redada; únicamente lo hicieron los locales, de lengua alemana, a los que, por tanto, se acusó de propaganda contra el Estado. Un miembro de la Diputación Provincial comenzó a recoger testimonios de los habitantes de la aldea para presentarlos en un informe en apoyo de una pregunta parlamentaria del Südtiroler Volkspartei. Estaba trabajando en el documento cuando, transcurridas un par de semanas desde los hechos, murió en circunstancias poco claras mientras hacía escalada. Llegó a decirse que alguien había saboteado la cuerda. La cuestión es que la pregunta parlamentaria, en el pleno de la Cámara de los Diputados del 25 de septiembre de 1964, se hizo sin la documentación, que el hombre no había tenido tiempo de recopilar. Así pues, el diputado Almirante no tuvo dificultades para tildar de propaganda *pro-Austria* toda conjetura sobre los abusos cometidos por las Fuerzas Armadas italianas. Así solía referirse, en sus intervenciones oficiales, a los surtiroleses de lengua alemana, como propagandistas pro-Austria.

De regreso a la base, el teniente coronel llamó de inmediato al comandante general del Cuerpo, el general De Lorenzo. Lo informó de la disparatada orden que había recibido y de su obvia negativa a cumplirla.

–Sí, ya me han informado de que no ha querido luchar –respondió el general.

Al teniente coronel se le erizaron los pelos de los antebrazos, como si estuviera en presencia de un fenómeno incomprensible y oscuro.

Aquella misma noche recibió un despacho urgente que lo relevaba de su misión en Alto Adigio y le ordenaba presentarse en un plazo de veinticuatro horas en calidad de vicecomandante en la Legión de Udine. Como es costumbre con cada cambio de destino, sus superiores redactaron su informe de calificación, una evaluación fundamental para ascender en el escalafón. Desde que se había consagrado a la vida militar, siempre había obtenido la calificación máxima, «excelente», pero ahora le asignaron un apurado «en la media». Algo que marcó su carrera para siempre.

KILÓMETRO 715-850

El Roma-Reggio Calabria de las once y veintiocho sale en hora. Para mi alivio, no es uno de esos Eurostar estilo autobús turístico, con más de cien personas vociferantes, comientes y, sobre todo, telefoneantes obligadas a compartir un mismo espacio durante horas. Éste es un viejo y entrañable tren de larga distancia con compartimentos de seis plazas, de ésos en los que, si no tienes a nadie delante, estiras el asiento y te puedes tumbar, y si además corres las cortinas no te molesta nadie. ¿Por qué no siguen fabricándolos todos así?

Mis compañeras de compartimento son dos veinteañeras estadounidenses, una con sobrepeso y otra con falta de peso, ambas en vaqueros y camiseta, con aspecto descuidado, el pelo no todo lo limpio que podría estar y unas mochilas gigantescas, como manda la tradición de los viajes Interrail. La mochila de la chica entrada en carnes está particularmente sucia, repleta de frases escritas a boli y emblemas cosidos de ciudades y países. Pero algo no cuadra: las fechas van de 1993 a 1999, cuando esta chica, a lo más, iría a primaria. ¿Le habrá pasado un hermano mayor la heroica mochila con la que vagabundeó durante su año sabático? Ella no ha osado lavarla, pero le ha añadido un toque personal: un osito de peluche rosa que, colgado bocabajo de la cremallera, se balancea como un ahorcado, macabro.

En cambio, la línea de los hombros de la otra chica traza ángulos agudos y enfermizos; sus piernas parecen bastoncillos envueltos en los vaqueros. Pero, a pesar de su delgadez, tiene unas tetas enormes. Parecen dos globos pegados a un palo, y quizá lo sean (me refiero a lo de *pegados*).

La chica gruesa levanta las mochilas para colocarlas en el portaequipajes, ocupando todo el espacio entre los asientos con su desbordante trasero. Jadea, resopla, se pone de puntillas, levanta los brazos todo lo que puede, mientras por sus axilas se extienden dos oscuros rodales de sudor; la camiseta se le sale de los pantalones, de cintura baja, y deja a la vista sus enormes caderas llenas de estrías. Nada de eso impele a la delgada a levantarse y echarle una mano. Se limita a observarla con indiferencia, esperando pacientemente a descubrir si lo conseguirá o no. Me levanto para ayudar, pero la chica gorda me lo impide interponiéndose entre la mochila que está levantando (la de la otra) y yo. Vuelvo a sentarme, un tanto molesta por su negativa, pero enseguida caigo en lo que ha pasado: no ha reconocido mi gesto amable. No debe de estar acostumbrada.

Desde que salimos de Termini atravesamos un paisaje extraordinario que en cualquier otro lugar del mundo merecería un viaje exprofeso: la campiña con las ruinas de los acueductos romanos. Pero estamos en Italia y nadie se fija en estos monumentales vestigios de eficacia, elegancia y duración. Ni siquiera mis compañeras de compartimento, ¡aunque su labor como turistas debería consistir en contemplar el panorama! Ambas están sumergidas en la lectura de sendos libros de bolsillo, con sus iPod en los oídos. Me gustaría decir: «¡Rápido! ¡Mirad por la ventana! ¡Que no se os escapen! ¡Estos acueductos son una de las maravillas del mundo!». Pero ellas, como si nada. De hecho, es aún más grave: cuando levantan la mirada de una vez es justo cuando estamos pasando al lado de un desguace de coches, banal degradación de la periferia urbana. Una retoma la lectura de inmediato; la otra baja la mirada exactamente

un segundo antes (¡una exactitud imposible de repetir!) de que el caos de Roma vuelva a dejar paso a la campiña, con sus fragmentos de acueducto recortándose, estilizados y arcanos, contra el cielo. A su alrededor hay ovejas echadas en la hierba: somnolientas, inmóviles, extenuadas por la Semana Santa. Deben de ser las madres de los corderos lechales que los romanos se zamparán hoy para comer. A lo mejor echan de menos a sus hijos, pero no saben expresarlo. Parece la acuarela de un viajero del *Grand Tour*, titulada *Bajo las antiguas ruinas, ovejas tristes*.

–Hallo! Hallo!

Del compartimento de al lado llega una voz masculina de inconfundible acento indio. Tras una breve pausa, una femenina. Suena pastosa, con un timbre de carne y de tierra pisada con pies descalzos –aunque seguro que, en Italia, esta india lleva zapatos–. ¿Y el sari? A saber. He ahí otra ventaja de los vagones con compartimentos separados: a partir de la voz de tus vecinos puedes fantasear con su aspecto. Los conceptos expresados por la mujer no son muy distintos:

–Hallo! Hallo, hallo! Ok, ok.

También hay un bebé que emite vagidos quedos, pero enseguida lo acallan. ¿Con un pecho, con un biberón, con un adulto que lo entretiene haciéndole carantoñas?

A la derecha del tren se despliega el Agro Pontino, llano como sólo los terrenos robados a las marismas saben serlo. Una extensión de parcelas cultivadas en cuyos bordes hay altas pilas de cajas de plástico: una pila de cajas azules, en el campo de al lado una de cajas amarillas, o rojas, o verdes. Parecen piezas de Lego que un niño aburrido ha separado por colores. Aguardan al próximo día laborable para que alguien las llene de hortalizas. Aquí la tierra es de color morcilla: dan ganas de hundir las manos y olerla; basta con verla de lejos para saber que es fertilísima, nada que ver con el mantillo grisáceo de mi

valle, donde sólo crecen patatas, y gracias. En la distancia, una elegante línea de pinos marítimos y, más allá, apenas un resplandor que se funde con la luz del cielo: la primera visión del mar.

A la izquierda del tren, en cambio, discurre otro mundo, una especie de peldaño natural formado por colinas áridas, yermas, cubiertas de escasa maquia mediterránea y pobladas únicamente por cabras. Las tapias, bajas y construidas en seco, separan exiguos espacios para olivos esmirriados; aquí y allá, ruinas de casas erigidas con las mismas piedras que las tapias, que a la vez son las que componen la colina: piedras sobre piedras, para contener piedras. Así de dura es esta tierra, así de extremo es su contraste con la fértil llanura a la que se asoma. De vez en cuando, la cadena de colinas cársticas se abre y, a su espalda, aparecen altas montañas, aún más oscuras y desiertas, envueltas en nubes, sin rastro alguno de asentamiento humano. Aún estamos casi a las puertas de Roma, pero se diría que escudriñamos el interior de la áspera barriga de Italia, tierra de lobos y bandoleros.

Luego el tren entra en un túnel, oscuro, larguísimo, y ya no se ve nada.

Wesley, el único hombre que ha tenido la suerte de que lo llame *marido*, aunque sólo fueran dos semanas, siempre dijo que se fijó en mí, la primera vez que me vio, por la forma en que contemplaba el paisaje. Puede ser. Dicho esto, cabe añadir que aquel día estaba en una playa de Sri Lanka rodeada de una docena de mujeres en sari y que, además, era la única rubia, la única con los ojos azules y la única que medía casi metro ochenta. Y la única en bikini, para más señas. Tenía veintidós años y eran las primeras vacaciones exóticas que me regalaba con los frutos de mi trabajo.

Pero Wesley tenía razón: yo me fijo en los paisajes.

Unas horas después de conocernos, cenamos juntos. Era una de aquellas noches tropicales que parecen hechas aposta para que dos occidentales acaben pronto en la cama: el bogavante al curry, servido por una mujer agraciada y

envuelta en seda; los ancestrales gritos de un pavo real a lo lejos; las negras olas del océano Índico, iluminadas por el plancton fosforescente; el intercambio de recuerdos de la infancia. Le hablé a Wesley de cuando Ulli y yo íbamos a chillarles a las rocas de un desprendimiento que unos años antes se había comido parte de una ladera del monte bajo el que vivíamos. Nos plantábamos con las piernas bien abiertas en el borde del nuevo barranco, donde el aluvión había arrancado un trozo de prado, como quien da un mordisco a una berlinesa, y le gritábamos a la montaña de rocas a nuestros pies. Las rocas respondían con unas voces parecidas a las nuestras, que no idénticas, como si la montaña usara nuestras palabras para expresar otra cosa. Pero ¿qué? Wesley me miró con la expresión de un buscador de oro en cuyo cedazo aparece, por fin, una pepita.

–¡Tú! ¡Un espíritu romántico! –exclamó.

Era *associate professor* de literatura inglesa en la Universidad de Indiana y hablaba como los poetas ingleses sobre los que escribía volúmenes con títulos como *Divine Manure: The Myth of Gea as Nostalgia in The Self-conscious Narrative of Modern Intellect*[64] (que haya quien dedica ensayos al *estiércol divino* es una de las muchas cosas que antes de conocer a Wesley ignoraba de plano).

El espíritu romántico, según me explicó Wesley, está convencido de que los paisajes tienen algo que decirle; de que siempre están a punto de revelar algo que los seres humanos que los habitan no saben, han olvidado o consideran irrelevante; de que la geografía, en realidad, es un libro escrito en una lengua que desconocemos, pero cuyo significado, algún día, quizá nos será revelado.

Call the world, if you please, the Vale of Soul-making. *Then you will find out the use of the world*[65]

KEATS

Aparté la mirada del bogavante y observé las olas. Quién sabe qué habría dicho Keats de aquel plancton fosforescente: parecía poético y artificial, como las

estrellitas que brillan en la oscuridad de la habitación de un niño.

Lo que en realidad Ulli y yo gritábamos al paisaje, para obtener su revelación animista, eran en su mayoría insultos a nuestros enemigos:

–*Di Greti hot dreckige Untohosn!*

–*Do Sigi isch an Orschloch!*

–*Do Pato Christian figgt mit di Kia, und mit di Hennen aa!*

Y las rocas nos confirmaban que nuestra furia y nuestro desprecio eran cosa justa y necesaria:

–¡Greti tiene las bragas sucias! (*Untohosn… hosn… hosn…).*

–¡Sigi es un ojete! (*Orschloch… schloch… loch…).*

–¡El padre Christian se folla a las vacas (*mit di Kia… Kia…)* y también a las gallinas! (*Hennen aa!).*

Pero eso a Wesley no se lo conté.

Aquella noche Wesley vino a mi bungaló en la playa y se quedó tres días. En el sexo no era romántico como sus poetas. Tenía un cuerpo canónico de anglosajón blanco y protestante que hace deporte desde la guardería: estilizado, tonificado, cubierto de pelusa rubia, sin un gramo de grasa a pesar de sus cuarenta años pasados. Con una eficacia de atleta nos concedía, tanto a mí como a sí mismo, orgasmos rigurosamente equivalentes. Si tomaba yo la iniciativa de darle placer, apreciaba el gesto, pero acto seguido me lo devolvía, como si para él fuera fundamental equilibrar las cuentas entre el debe y el haber. Una sexualidad de contable, en definitiva, pero a los veintidós años una no se fija en las minucias. Al menos, yo no.

La mañana del tercer día fui a darme un baño solitario en el océano mientras Wesley seguía durmiendo. Cuando regresé al bungaló lo desperté cubriéndolo con mi cuerpo aún mojado.

–Yo sé, Eva, por qué duermes tan poco –me dijo–. No quieres perderte los secretos que el arcángel Miguel le confiesa a Adán.

–¿Eh?

–Milton, *El paraíso perdido*, libro undécimo.

Debí de mirarlo con la expresión de un buscador de oro en cuyo cedazo aparece, por fin, un cubo de Rubik. Me acarició los muslos, aún húmedos y salados, con la paciencia del profesor que cada santo día tiene que dar clase a estudiantes ignorantes en bikini (alguien tiene que hacerlo, por lo demás).

–En el penúltimo libro de su obra maestra, Milton hace hablar al arcángel Miguel con Adán, a quien le muestra el futuro: Caín y Abel, la destrucción del templo de Salomón, el Gran Kan, el zar de Rusia, Moctezuma…

–¿Qué tiene que ver Adán con Moctezuma?

–Nada. El arcángel Miguel le está revelando a Adán la historia futura del hombre. Por eso le da un somnífero a Eva: ella no debe escucharlo, es mujer. Así pues, mientras Adán conoce los secretos del porvenir, Eva está dormida.

Me metió la mano en el bikini.

–Tú también eres mujer… –empezó a mover los dedos–, pero te quedas despierta para escucharlo.

Un calor húmedo empezaba a subirme entre las piernas.

–Conocer el futuro no me interesa –le dije–. Es un deseo de hombres.

–Y, sin embargo, parece que no quieres perderte sus secretos. Por eso te niegas a dormir.

Había algo en las palabras de Wesley que sonaba a cierto, aunque no sabía qué. Pero, entretanto, sus dedos habían encontrado mi centro, y ya no pude pensar.

Nos casamos a los pocos días en Reno, Nevada. Yo había cambiado el vuelo Colombo-Frankfurt por uno a Los Ángeles. A mi madre le escribí un telegrama: «*I gea heiratn*», voy a casarme.

La *Marriage License Office* de Reno se compromete con sus clientes a emitir permisos de matrimonio en un máximo de diez minutos. A nosotros nos lo

expidieron en ocho. Un empleado con la cara picada y la nariz aguileña de nativo americano nos pidió nombre, apellido, estado civil, lugar de residencia de la madre (no del padre, para mi alivio) y cincuenta dólares en efectivo: la *Marriage License Office* debe de ser el único sitio en Estados Unidos donde no aceptan tarjeta de crédito.

Luego fuimos a la oficina del *Commissioner for Marriages*, a medio kilómetro de distancia. Era una sala con moqueta rosa y naranja. De pie, delante de un escritorio de madera maciza, había una anciana de color con unas piernas monumentales enfundadas en unas medias para varices. Ella fue la que nos casó. Nuestro testigo fue el chico de la limpieza, un mexicano de mi edad. Tenía el labio superior como la voluta barroca de una iglesia colonial y ojos de niña. Acababa de recibir la *green card* a través de un sorteo, por lo que la felicidad con la que estampó su firma al pie del certificado de matrimonio fue muy sincera.

Al salir de allí, Wesley me propuso celebrar nuestra primera noche de la luna de miel con Joan y Elliot, una pareja de amigos suyos que vivía a orillas del lago Tahoe. Ahora que era un hombre casado, me dijo con alegría, por fin podría liarse con Joan, pues su marido podía quedarse conmigo.

La contabilidad, las cosas como son, era exacta.

Me acordé del texto de la contraportada del libro sobre el estiércol divino:

> Antes de ser profesor titular en la Universidad de Indiana, Wesley Munro fue zapatero, miembro de bandas juveniles, *boy scout*, lavaplatos, *caddie*, sepulturero, encerador de ataúdes, panadero de hamburguesas, obrero metalmecánico, auxiliar hidráulico, conejillo de Indias voluntario en ensayos clínicos, auxiliar de laboratorio dedicado a la limpieza de los dientes de los hámsteres, organista en una iglesia bautista, dialoguista de telenovela, profesor de clases particulares para adolescentes acomodados, traductor y camionero.
>
> Colecciona sellos.

Entonces caí en la cuenta de que ese «colecciona sellos» habría tenido que ponerme alerta.

Para –le dije, y salí del coche.

Nuestro matrimonio duró dos semanas por el mero hecho de que pasaron dos semanas hasta que volvimos a coincidir, esta vez en la oficina del *Commissioner for Divorce*. Era idéntica a la otra, pero con la moqueta gris y verde, colores sin duda más adecuados que el rosa y el naranja para un matrimonio fracasado. Las dos semanas entre la boda y el divorcio las pasé en compañía del chico de la limpieza, amén de testigo, mexicano, que compartió conmigo su felicidad por la *green card*. De Wesley no sé nada. Firmamos sin rencor el certificado que separaba para siempre nuestros destinos, salimos de esa sala verde y gris deslumbrados por la desnuda luz del desierto y no nos vimos nunca más.

Han pasado más de veinte años de aquella breve y única cata del estado mitológico de mujer casada. Pero ahora, cuando tengo que renovar el carné de identidad, en la línea de estado civil puedo poner *divorciada*, y no *soltera*, como le ha tocado hacer, toda su vida, a mi madre.

–A saber qué diría Vito –comentó Ulli cuando le conté lo de mi matrimonio relámpago.

Una pregunta imposible, claro, que nunca tuvo respuesta. Pero ahora me surge otra: ¿qué dirá Vito cuando me vea? Seguro que me pregunta si estoy casada, si tengo hijos. ¿Le hablaré de Wesley? No creo, pero no por pudor, sino porque no tendremos tiempo que perder en asuntos irrelevantes. ¿Y de Carlo, de cuya mujer e hijos él no me habla y por los que yo no pregunto? Si Vito fuera mi verdadero padre, ¿se lo confesaría? Si Vito fuera mi verdadero padre, ¿mi vida sería así?

Siento un nudo en la garganta. Mejor será que vuelva a estudiar el paisaje por la ventanilla.

Después de Monte San Biagio, las cimas de las montañas a la izquierda del tren son como cúspides triangulares, formas geométricas casi puras, sin una sola construcción humana. Por el lado del mar, en cambio, continúa la extensión de invernaderos de la llanura. De nuevo, las ventanillas a izquierda y derecha parecen dar a dos mundos opuestos, lejanísimos entre sí.

La chica estadounidense delgada, con la cintura más estrecha que un muslo de la otra, le ofrece una galleta a su compañera. Lo hace con gesto de domador: se la pone delante, pero a cierta distancia, negándosela, pretendiendo obediencia. La expresión de la chica gorda revela que haría cualquier cosa con tal de conseguir esa galleta; la de la delgada, que eso lo sabe de sobra. Al cabo de unos segundos, con una sonrisa de poder, se la concede. La otra la coge a toda prisa, apartando de inmediato la mirada de quien es a la vez artífice y testigo de su humillación, y, masticando, retoma su libro. El título está escrito en letras doradas en relieve, ilegibles; sólo consigo distinguir el subtítulo: *A True Story*. Me imagino una atormentada historia vital, con su correspondiente infancia difícil, los abusos sufridos y la edificante redención final.

Ahí está por fin, después de otro túnel, el mar. Cercano, infinito, luminoso, solar y, en especial, tras la angostura de esos montes escabrosos, abierto. Bajo el tibio sol de abril, está animado por los windsurfistas, las líneas regulares de los cultivos de telinas y la gente que celebra el Domingo de Pascua con su primer día en la playa. La estación de Formia, un poco elevada sobre la pequeña ciudad, ofrece un panorama del golfo tan amplio que ensancha la respiración. Pero ni siquiera ahora, cuando por la ventanilla entra la dichosa luz del Mediterráneo; ahora que las pitas, las buganvillas, el plumbago, los limoneros, los jazmines y los falsos jazmines, los hibiscos, las glicinias y las adelfas nos abofetean con su vitalidad multicolor; ahora que el mar brilla como papel decorativo y el regalo que envuelve es Italia; ni siquiera ahora las dos

chicas levantan los ojos de sus *bestsellers*. Cuánto esplendor y cuán desperdiciado por su mirada. Siento la misma decepción que una orgullosa anfitriona cuyos huéspedes, despistados, no reparan en la belleza de su casa.

¿Anfitriona?

De repente, un silogismo sencillo:

el Alto Adigio es mi *Heimat*,

el Alto Adigio está en Italia,

luego Italia es mi…

¿Cómo se dice *Heimat* en italiano? Es una palabra que no tiene nada que ver con Italia, que sabe demasiado a pan con comino, al calorcito de la *Stube* cuando hace frío, a *Adventskalender*.[66] *Patria* tampoco vale, porque sabe a monumentos de granito, a fronteras trazadas por cancilleres distraídos, a chiquillos mal equipados enviados al matadero por generales ancianos. ¿Y *país*? Eso es:

Italia es mi país.

Nunca me lo había dicho, aunque quizá no sea casualidad que lo haga ahora, justo hoy, cuando estoy recorriendo toda esta Italia larguísima, espléndida, desfigurada, cubierta de flores, monumentos y construcciones abusivas, para ver al único hombre que me ha hecho sentirme en casa. Que no fue mi padre, pero casi.

Vito.

1965-1967

La pregunta era siempre la misma.

–*Fo wem isch de Letze?* –¿de quién es esta niña?

Podía ser en la boda del hijo de una tía abuela. O en el bautizo de un nieto, con el *Pate*[67] y la *Patin* más elegantes que nadie, porque era su día. O en la confirmación colectiva de los primos primeros, segundos y terceros de la misma quinta, que cumplían doce años y que aquella mañana en la iglesia habían picado de la hostia que les ofrecía el cura, uno detrás de otro, como polluelos en fila. El desenlace era siempre una multitud de gente con sus mejores galas –si bien las mujeres iban en *Dirndl*, los hombres lucían chaqueta y corbata, para no parecer anticuados–, más de un centenar de personas de todas las edades reunidas en la explanada entre el henil y la casa de los Schwingshackl en la fiesta que seguía a la ceremonia religiosa. Todos estaban unidos a la mayoría de los presentes por lazos de parentesco, consanguinidad más o menos estrecha: todos eran nietos, sobrinos, tíos, abuelos, padrinos, hermanos, hijos, primos, bisnietos, cuñados, yernos, suegras y nueras de alguien; las relaciones entre ellos tejían, como hilos invisibles, una amplísima manta de pertenencia, quizá raída si dos hermanos evitaban hablarse o por culpa de la manifiesta antipatía entre una suegra y su nuera, una manta que, en todo caso, los tapaba a todos y no excluía a nadie. A nadie, excepto a Eva.

Como una minúscula boya desconcertada, Eva flotaba en aquel mar de gente donde era la única sin parientes, aunque Sepp y su mujer siempre la trataron como si fuera hija suya. Los trece embarazos habían redondeado los contornos del cuerpo de Maria hasta privarlo de una forma concreta. Por más que el color de sus ojos también hubiera perdido nitidez, éstos seguían siendo intensos y luminosos como los brillantes del broche con forma de pavo real que se prendía en el *Dirndl* los días de fiesta. Llevaba el pelo trenzado alrededor de la cabeza como frau Mayer, pero, si bien la trenza de la dueña del hotel era producto de la meticulosidad y la perfección, la de Maria parecía un fenómeno natural, ineludible y necesario como una espiga de cebada, un árbol o una patata. Sus manos eran tan ásperas que, cuando agarraban los mullidos y rechonchos dedos de Eva, casi le arañaban, pero también le transmitían un sosiego que mitigaba (casi) toda su ansiedad. No está claro cómo se las apañaba Maria, con trece hijos vivos y docenas de sobrinos y nietos, para sacar tiempo y pasear de la mano con una niña que ni siquiera *era suya*. Pero su religión le había enseñado que no hay límites en la cantidad de amor que se puede ofrecer al prójimo, y ella, como Sepp, era muy creyente.

Sin embargo, tarde o temprano, siempre había un pariente lejano llegado de un valle secundario, o una tía abuela medio sorda, o la madre de una joven esposa recién entrada en la familia, que preguntaba de quién era la niña.

–*Fo wem isch de Letze?*

Maria, Sepp, Eloise y Ruthi habían intentado explicarlo.

–Es de los Huber, pero no de los de la granja de al lado, sino de los de Shanghái. La hija, Gerda, se metió en un lío y…

Pero los curiosos no preguntaban por la historia de Eva, con sus desagradables apéndices de madre soltera, tío terrorista y abuelo que te hiela la sangre al mirarlo a los ojos. Sólo preguntaban dónde estaba la puntada que zurciría la tranquilizadora trama de pertenencia común. Las personas

magnánimas, como Sepp o Maria, la gente que sabe tolerar las hebras sueltas y las hilachas, escasean. Así pues, fue otra la respuesta que acabó cristalizando en el uso común:

–*Fo wem isch de Letze?*

–*Fo niamandn.*

¿De quién es la niña?

De nadie.

Hasta los trece años, cuando se marchó a un internado de Bolzano para acabar secundaria, Eva vivió con Maria, Sepp, Ruthi y toda la familia Schwingshackl durante los diez meses de la temporada hotelera de verano e invierno. En noviembre y justo después de Semana Santa, desde la escarpada ladera en la que se encaramaba la granja, Eva empezaba a escudriñar los coches que pasaban por la carretera provincial que discurría junto al río igual que diligentes hormigas. La felicidad, como aprendió desde muy pequeña, llegaba en un autobús azul con las letras amarillas. Pronto supo distinguirlo de los demás vehículos en circulación: coches, camiones, tractores, autobuses turísticos y furgonetas. Cuando el autobús de Bolzano asomaba por la curva al fondo del valle, el corazón le daba un respingo como si fuera un grillo enjaulado. Empezaba a seguirlo con la mirada mientras tomaba el desvío, ascendía por las curvas cerradas, desaparecía unos segundos entre los abetos, reaparecía y se detenía, con un resoplido, en la explanada de la pequeña iglesia.

Entonces Eva soltaba la mano de Maria, dejaba los juegos con Ulli, o los brazos de Ruthi –se habría dejado incluso a sí misma para correr más rápido–, y no tropezaba para no perder inútilmente tiempo en levantarse. Sin embargo, durante días su carrera era en vano: las puertas del autobús se abrían como una promesa, pero sólo bajaban personas inservibles, que no eran su madre. Hasta que, todos los años, en otoño y en primavera, justo cuando en el pecho de Eva empezaba a crecer una cavidad de desolación, un gris que apagaba todos los

pensamientos, en los peldaños aparecían dos piernas largas, un rostro de una belleza siempre fascinante, por más que fuera conocida, dos brazos fuertes que la levantaban y la estrechaban contra su pecho, y el olor, el olor, el olor mamífero de la felicidad. Gerda había vuelto.

Todos los turistas que se alojaban en la pequeña ciudad mientras Gerda trabajaba en el hotel de frau Mayer regresaban a casa en temporada baja. Cuando ella retornaba para estar con Eva, había habitaciones de alquiler para dar y regalar, así que no le costaba encontrar una. Gerda ya ganaba bastante dinero como para encargarse de sus gastos y de los de su hija sin tener que pedir nada a nadie. Esto no quería decir que el salario de Gerda y de los demás empleados fuera justo, pero nadie protestaba: todo el mundo conocía la historia de la Sindicalista, como aún la llamaban.

Nina le había hablado de aquella camarera italiana a la que habían echado un par de años antes de la llegada de Gerda. Era una chica mucho más formada que ellos: había acabado dos años de instituto. Estaba en tercero de contabilidad cuando a su padre, que se deslomaba haciendo horas extra en la acería para dar a su hija un diploma, pasaporte hacia una vida mejor, le cayó un gancho de cien kilos en el cráneo. Con una madre viuda y tres hermanos pequeños, tuvo que dejar los estudios. Tras dos años trabajando en el hotel de frau Mayer se dio cuenta de que en su informe de vida laboral sólo habían pagado las cotizaciones de un mes por temporada, en lugar de cinco. Se quejó. Pero es que, además, se atrevió a plantear otra reivindicación. El día de descanso semanal empezaba a las tres de la tarde y acababa a las once del día siguiente: esas cuatro horas de descanso no disfrutado deberían estar retribuidas, a ella y a todo el personal.

Frau Mayer la despidió en el acto. Y se encargó de contar el episodio a los posibles futuros empleadores de la muchacha. A pesar de la necesidad de

personal debida al auge del turismo, la Sindicalista, como la llamaba todo el mundo, no volvió a encontrar trabajo en el sector hotelero.

Los ojos, demasiado juntos, de Nina se mostraron impasibles cuando le contó a Gerda la historia. No hizo ningún comentario sobre el comportamiento de frau Mayer ni sobre el de la chica. Dejó que Gerda se formara su opinión.

Y se la formó. Comprobó su informe de vida laboral y descubrió que había vivido los últimos años de su vida en unas eternas y despreocupadas vacaciones: sólo habían registrado un puñado de días trabajados al año. Y comprendió que frau Mayer sabía viajar en el tiempo, del presente al futuro, para robarle la pensión a la Gerda anciana.

«¡Ladrona!», le entraron ganas de gritar.

Pero Gerda tenía dos cosas, ni una más: una hija y un trabajo.

Y Gerda ya conocía de sobra el terror de haberlo perdido todo.

Así pues, Gerda no dijo nada.

A herr Neumann las piernas le dolían cada día más, y cada vez con más frecuencia el chef tenía que salir de la cocina para orinar: la diabetes avanzaba. Un día de primavera estaba trabajando en su estación, esforzándose por ignorar el latido sordo de la mala circulación en los gemelos, abriendo, destripando y cortando un cabrito con dedos expertos, la única parte de su cuerpo aún alargada. El cabrito iba perdiendo cualquier parecido con un animal, adquiriendo el de materia bíblica. Cuando herr Neumann terminó, tenía a su derecha, bien ordenadita, la carne muerta que muy pronto, merced al misterio de la digestión, se convertiría otra vez en carne viva, pero de ser humano; a su izquierda, las entrañas, caóticas y carentes de toda función.

Desde la encimera de las ensaladas, Gerda lo observaba con atención, como siempre. Se acercó al jefe de cocina y le señaló el hígado, rojo oscuro como una flor carnívora. La pequeña protuberancia con forma de corazón, que

colgaba del hígado como una campanilla, lo hacía parecer un ser independiente del resto del cabrito. En vez de tirarlo, le preguntó con timidez si podía intentar usarlo ella.

Por un instante, herr Neumann se olvidó del molesto latido en el interior de sus piernas. Llevaba tiempo esperando aquel momento: siempre había estado convencido de que, tarde o temprano, Gerda le pediría permiso para experimentar, inventar, probar. Procurando disimular su satisfacción, asintió. Gerda cortó el hígado en tiras finísimas, las pasó vuelta y vuelta por la plancha incandescente, las sazonó con tomillo, mejorana, chalota, ajo y limón, las echó en un cuenco lleno de verdolaga y, por último, añadió unas gotas de vinagre balsámico. Con la expresión contenida de la niña que enseña un dibujo del que está orgullosa, le ofreció su creación. Herr Neumann metió en el plato tres dedos desnudos en forma de pinza y, bajo la atenta mirada de Gerda, se llevó a la boca la ensalada con higadillos.

Era equilibrada, sabrosa, grata al paladar. Como Gerda: sencilla y muy bien hecha.

Hubert, desde su encimera, la de los primeros y las guarniciones, había observado la escena con cierta condescendencia. Le ofreció a Gerda un puñado de cebollino picado.

–*A bissl Schnittla aa*…[68]

Herr Neumann negó categóricamente con la cabeza. La creación de Gerda tenía todo lo que necesita un plato conseguido: cualquier añadidura sería excesiva.

Hubert pivotó irritado sobre sus piernas, largas y enjutas, y, sin mediar palabra, retomó sus primeros platos. Acababa de pasar una olla de *Schlutzkrapfen* por mantequilla dorada. Cogió un puñado del menospreciado cebollino y lo echó en la sartén como quien lanza una injuria.

Una mañana, al despertarse, las piernas de herr Neumann se quedaron tan inertes como unas chuletas mal hechas. El médico, convocado de urgencia por frau Mayer, le suministró insulina y anticoagulantes, y dictó sentencia: la cocina tendría que prescindir de su chef unos días.

Menos de un metro separaba la encimera de los primeros platos y la de las carnes, pero el reino de herr Neumann siempre había sido inaccesible para Hubert, y para cualquiera, dicho sea de paso. Hubert se ofreció como sustituto. Y añadió «temporal», pero estaba claro que consideraba que por fin había llegado su ocasión. Se equivocaba.

Herr Neumann tenía una mujer y tres hijos que vivían en un decoroso apartamento con geranios en las ventanas al final de val Venosta. Como el último de los lavaplatos, como Gerda, como todo el personal del hotel, herr Neumann sólo regresaba con su familia durante el cierre de temporada baja. En los meses de trabajo, ocupaba una de las dos habitaciones individuales a disposición del personal: únicamente el *maître*, además de él, disfrutaba del privilegio de no compartir con los demás el agotamiento al final de la jornada, los olores corporales, los sonidos inconscientes y reveladores del sueño. Hasta la visita del médico, en la habitación de herr Neumann no había entrado nadie más. Ahora estaba Gerda.

Desde que aquella mujer hermosa, hermosísima, demasiado hermosa para él, había llegado con dieciséis años a su cocina, había una cosa por encima de todas que quería hacer con ella y ahora podía ver cumplido su deseo: iniciarla en los secretos de la carne.

Elmar la ayudó a subir hasta la habitación abuhardillada un cuarto de buey de treinta y cinco kilos, resoplando y parando a tomar aire en las empinadas escaleras de madera en las que Gerda había intentado no ser madre. Los dos llevaban los abrigos de lana con los que se entraba en la cámara frigorífica, que ahora los protegía de las manchas de sangre y grasa. Gerda había dispuesto el

escritorio de herr Neumann para que hiciera las veces de encimera, arrastrándolo desde la pequeña ventana con vistas a las montañas hasta la cama en la que el chef estaba confinado. Había cogido todos sus cuchillos de la encimera de las carnes: el trinchante, el deshuesador, el fileteador, el hacha de carnicero, el tenedor de trinchar, la chaira y los distintos cuchillos forjados con formas específicas e inconfundibles para trabajar en asados, jamones, embutidos y carne de caza. Gerda no acababa de creerse que pudiera tocar aquellas formas impecables y funcionales: cogerlas, usarlas y aun limpiarlas era un privilegio exclusivo del jefe de cocina. Su frío resplandor de acero enfatizaba aún más la mustia corporeidad de esa habitación de enfermo.

Herr Neumann no sentía vergüenza ni humillación por el olor a cerrado, por la pequeñez de su ventana, por la modestia de su cuarto a pesar de su estatus de jefe. Tenía el corazón en un puño; tenía las piernas entumecidas, o al menos ya no las sentía: Gerda estaba ahí, sentada a su lado en la cama de madera, y él guiaba su mano, mostrándole cómo se deshuesaba, se trinchaba y se hurgaba en la carne.

El enorme cuarto de buey, le explicó, era como un bloque de mármol en manos de un gran escultor: lo único que necesitaba era que alguien revelara sus verdaderas formas. El largo cilindro consistente del solomillo, el triángulo de la contra, la pirámide deforme del codillo, con ese hueso que asomaba incómodamente, pero sabrosísimo…

Querrippe, Entrecôte, Steak, Lende, Kugel, dickes Bugstück, Zungenstück, Hüfte, Hals, Zwerchfell, Schulter, Schulterspitze, Dünnung, Schenkel. Los nombres de los cortes de carne en alemán eran precisos y para nada ambiguos, como todo en esa lengua de filósofos y mecánicos. Sin embargo, los trabajadores vénetos, calabreses y sicilianos, que ya abundaban en el matadero de Bolzano que suministraba el género a herr Neuman, también le habían enseñado los nombres, más imaginativos, del sur: no sólo *entrecot*, *solomillo*, *contra*, *paletilla* o

chuleta, sino también *paloma*, *sombrero del cura, campanilla, pescado, lagarto, lechuguino, emperador, manita*…

El corte lo es todo, le explicaba herr Neumann. Ninguna cocción exacta, ningún aroma añadido, ningún relleno, marinado, dorado o saladura puede salvar un trozo de carne mal cortado. La sartén, la fuente o la cacerola donde se cocinará es como la cama donde se consuma el matrimonio entre la carne y su cocinero; pero la casa, donde la pareja vive con más o menos dicha, es la tabla donde él le da forma. Si está mal cortada, aprisa y corriendo, con desidia, la carne será como una mujer maltratada durante el día: por mucho que luego, por la noche, el marido intente halagarla en el lecho conyugal, ella se mostrará seca, inerte, abatida. En cambio, cuando se la trata como es debido –herr Neumann miraba a Gerda, sus labios, la curva de los senos, que presionaban el delantal salpicado de sangre, la redondez de su trasero, que se hundía en el colchón y que casi, casi, le rozaba la pierna deforme–, la carne es como una amante satisfecha: se libera, se torna maleable y tierna, ofrece sus jugos.

Pero eso, posiblemente, herr Neumann ni siquiera llegó a concebirlo.

Cuando el chef regresó a su cocina, a Gerda la ascendieron a pinche en la encimera de las carnes. Además, cuando él tuviera que ausentarse en sus cada vez más frecuentes citas médica, ella lo sustituiría. Hubert, que nunca había destacado por su locuacidad, dejó de hablar del todo. Gerda no le dio la menor importancia: sabía desde niña lo denso que podía llegar a ser el silencio entre dos personas. Así pues, Gerda fue quien cocinó los *Wiener Schnitzel*, que ya se habían convertido en su especialidad, para los extraordinarios huéspedes que aquel domingo de 1965 se sentaron en las mesas de frau Mayer.

La dueña del hotel había entrado a toda prisa en la cocina, con sus ojos turquesas abiertos de par en par como una vidente desquiciada, con la respiración entrecortada por el orgullo y la emoción, para comunicar a herr Neumann que al día siguiente cocinaría para el *Obmann* del Südtiroler

Volkspartei y para sus invitados, los representantes del Gobierno italiano. Entre representantes políticos locales y nacionales, asistentes y subsecretarios, los comensales serían más de cincuenta.

A frau Mayer la política italiana no le interesaba lo más mínimo. No tanto porque fuera enrevesada e incomprensible para los no iniciados, sino porque, para ella, como para casi todos los surtiroleses de lengua alemana, el único político digno de mención en el país del que era ciudadana era una figura delgada apoyada en un bastón, con la cara enjuta y el pelo tieso: Silvius Magnago. Los habitantes del resto de la Bota estaban empezando a acostumbrarse a sus representantes políticos como a esos parientes a los que, para bien o para mal, la suerte nos ata. Frau Mayer, en cambio, no podría ni reconocerlos. En definitiva, no conocía a los invitados de Magnago ni sentía curiosidad alguna por ellos. Sólo cuando un oscuro maestro de ceremonias se apresuró a decírselo, la dueña del hotel supo que en su comedor se sentaría el presidente del Consejo de Ministros en persona (amén de ministro de Exteriores en funciones), que iba de camino a una cabaña alpina en la frontera entre el Alto Adigio y Austria, donde se reuniría con el ministro de Exteriores austríaco, Bruno Kreisky. Con todo, aquello le pareció un privilegio menos extraordinario que poder dar de comer a su *Obmann*.

A herr Neumann le pidieron un menú degustación que mostrara la tradición gastronómica altoatesina a los huéspedes llegados de la capital. El jefe de cocina se tomó la petición en serio.

Como entrante, propuso jamón ahumado de primerísima calidad y *Kaminwurz*,[69] acompañados de *Schüttelbrot* de val Venosta y salsa de rábano y manzanas; queso de cabra a las finas hierbas para untar en *Breatl*,[70] así como pequeños *Tirtlan* de chucrut, espinacas y patatas. De estos últimos, que sirvieron muy calientes y crujientes por la fritura, los asistentes romanos pidieron ración doble.

Sin embargo, aquellos mismos miembros del sotobosque político se preguntaron si la idea de repetir había sido prudente cuando, en platos adornados como cuadros de Paul Klee, llegaron el surtido de *Knödel* (de hígado, de jamón ahumado, de queso y de espinacas), los *Spatzlan,* los *Schlutzkrapfen*, servidos sobre rebanadas de *Graukäse* y anillos de cebolla roja, además de la sopa de vino.

Siguieron las *pièces de résistance*, definición apropiada, habida cuenta de que muchos comensales empezaban a sentirse en una línea de frente, donde unos jugos gástricos ya extenuados oponían heroica y desesperada resistencia al inexorable avance de batallones de comida: codillo al horno, costillas de cordero con costra de hierbas, *Greastl* aromatizado al laurel, espaldilla de ciervo servida sobre lombarda y, por último, acompañados de salsa de arándanos, los *Wiener Schnitzel* de Gerda.

Como guarnición, para aligerar: espárragos en salsa bolzanina, ensalada de berro tierno y *Kohlrabi*,[71] chucrut al enebro y *Rösti*[72] de patatas de val Pusteria. Al llegar a los postres, los miembros del equipo de Gobierno, que habían querido probarlo todo por amor a la novedad, fueron presa del desaliento: la capacidad de su estómago había superado todo límite natural, pero seguían llegando platos repletos de delicias, a saber: un surtido de tartas (de zanahoria, de trigo sarraceno, de frutas del bosque, de nueces), *Linzertorte*, *Buchteln*,[73] buñuelos de manzana con crema de vainilla y, para terminar, rebanadas calentitas del indefectible *Strudel* con crema de vainilla.

Los *Wiener Schnitzel* de Gerda, además de hacer las delicias de los miembros de las dos delegaciones (su secreto era que, antes de rebozar, empanar y freír en abundante manteca de cerdo los filetes de ternera, los había marinado media hora en zumo de limón aromatizado con mejorana), provocaron un debate de carácter histórico a dos mesas de distancia de la mesa de honor. En ella compartían mantel varios miembros de rango intermedio del Gobierno, de

la Democracia Cristiana de Bolzano y del Südtiroler Volkspartei. Los surtiroleses habían sorprendido a sus interlocutores con su italiano, quizá rígido, pero correcto. En cambio, ninguno de los delegados gubernamentales nombrados para intentar resolver la cuestión altoatesina había considerado necesario aprender una sola palabra de alemán. Así pues, el diálogo se desarrolló en italiano, más o menos así:

–En realidad, los escalopes empanados, como todo lo bueno que existe en el norte, los austríacos se los copiaron a Italia.

–No tuvimos que copiar nada: nosotros también hemos empanado la carne desde siempre. Como en los *Wiener Backhendl*,[74] que, no en vano, también se llaman *poulet frit à la viennoise*.

–¡Pero si todo el mundo sabe que fue Radetzky quien los llevó a Viena! A los milaneses los cosió a cañonazos en los Cinco Días, pero sus escalopes le gustaban de lo lindo.

–¡Eso es una leyenda! Tanto en Viena como aquí, en el Tirol, llevábamos siglos comiéndonoslos así.

–Escalope a la milanesa, *viner snizzel*, ¿qué más os da? Si, de todas formas, ¡ya sois italianos!

(Ninguna respuesta. Ruido de mandíbulas, carraspeos incómodos.)

El que menos comió fue el *Obmann* Magnago, sentado a la mesa de honor; pero también su invitado, el presidente del Consejo de Ministros, se alimentó con moderación. He aquí un hombre singular, se decía Magnago observándolo juguetear con la comida de manera enervante antes de llevársela a la boca: cerrado, introvertido, nunca miraba a los ojos de su interlocutor y, cuando se reía, parecía hacerlo bajo tortura. Escuchaba con párpados pesados y semicerrados, como si su espíritu estuviera muy lejos de allí. Hablaba flojísimo y con la lentitud exasperante de una persona somnolienta; era de gestos y movimientos blandos, como quien de niño tropezaba corriendo, se pillaba los

dedos con los cajones o se olvidaba de atarse los cordones. Todo en él lo hacía parecer inerme, débil, en las antípodas de lo que se conoce como un hombre de acción; más bien, pensó el latinista Magnago, era un *cunctator*. Sin embargo, el *Obmann* había comprobado, en más de un encuentro personal, que detrás de aquel rostro inexpresivo trabajaba una inteligencia política de lo más refinada. A diferencia de demasiados altos representantes del Estado italiano, el hombre sentado a su lado era un intelectual, además de jurista de reconocido prestigio. Ante todo era un hombre de cuya boca jamás, ni siquiera por cansancio o distracción, saldría una frase hecha.

Magnago sabía muy bien que el áspero acento alemán con el que hablaba la lengua de Dante –a la perfección, por lo demás–, así como el hecho de que en la guerra hubiera servido en la Wehrmacht, hacía que sus interlocutores lo vincularan de inmediato con el nazismo. Sabía lo inútil que era intentar explicar que no todos los oficiales alemanes habían sido nazis, que lo habían alistado en el ejército alemán porque los habitantes de su tierra habían tenido que optar entre… No, imposible: no podía soltar un resumen de la compleja historia del Tirol del Sur en cada conversación.

Así pues, la palabra *nazi* quedaba implícita, potente como un acto fallido entre él y casi todas las personas con las que debatía en el transatlántico del parlamento italiano, y era consciente de eso. De cuando en cuando, la etiqueta se tornaba explícita, sobre todo por parte de algunos representantes de la derecha, que eran, si acaso, quienes habrían tenido que explicar dónde estaban el 8 de septiembre; los mismos que no se avergonzaban de definir a los surtiroleses de etnia alemana como proaustriacos, el nombre de los traidores durante la Unificación. Como si la italianización del Alto Adigio desde la época fascista en adelante hubiera sido, en definitiva, la quinta guerra de independencia; como si también allí los italianos hubieran sido los oprimidos y los austríacos los invasores, y no al revés. Magnago había estudiado y vivido en

Bolonia, donde conservaba muy buenos amigos de sus años universitarios; pero precisamente porque los conocía bien sabía que, si das a los italianos la posibilidad de identificarse como víctimas o como agresores, siempre escogerán la primera opción, aunque eso vaya contra la verdad histórica. El *victimismo*, un concepto que no tiene equivalente léxico en la lengua de Goethe y que, no en vano, Magnago usaba en italiano también cuando hablaba en alemán.

Por suerte, el pensamiento del hombre con el que compartía mantel no era perezoso, como sí lo era el de muchos de sus conciudadanos. Eso no quiere decir, ni muchísimo menos, que fuera el único político italiano inteligente. Estaba Andreotti, por ejemplo, pero a Magnago le parecía que su sutileza y su complejidad a veces bordeaban el abismo. Estaba la agudeza intelectual de Fanfani, corroída, eso sí, por la envidiosa maldad que tienen algunas personas de baja estatura: Magnago sabía que su altura de norteño provocaba en el democristiano una aversión incurable que, intuía, no traería nada bueno en las negociaciones con él. No, se dijo el *Obmann*, la inteligencia de este hombre, que había dejado que el camarero le sirviera el vino con una indolencia distraída, pero que luego había murmurado un quedo *gracias*, era tan aguda como las de Andreotti y Fanfani, pero mucho más humana. Cuando, tras años de antesalas en los palacios de la Roma barroca –años de conversaciones superficiales de pocos minutos y rápidos apretones de mano para beneficio exclusivo de los fotógrafos–, se reunió con él por primera vez para plantear al Gobierno la necesidad de una solución negociada en el Alto Adigio, Magnago le preguntó:

–¿Cuánto tiempo puede darme?

Y él respondió:

–Todo el que haga falta.

Aquella comida interminable no sólo celebraba el inicio de las auténticas conversaciones sobre el futuro del Alto Adigio, pensó Magnago limpiándose la boca con una servilleta de lino, escogida por frau Mayer en persona en un laboratorio de textil artístico de val Venosta. También era motivo de celebración que su interlocutor fuera precisamente aquel hombre: Aldo Moro.

Al final de la comida, herr Neumann, Gerda, Hubert, Elmar y todos los trabajadores de la cocina se lavaron las manos, se recolocaron los gorros de tela blanca y, ante los ojos, locos de orgullo, de frau Mayer, se colocaron en fila para saludar a los ilustres huéspedes.

Gerda no cruzó la mirada con la de Aldo Moro y a duras penas oyó su saludo. Ni siquiera habría sabido decir si la mano del hombre había llegado a rozar la suya. Cuando Silvius Magnago le estrechó la mano, en cambio, reconoció a aquel hombre delgadísimo al que había visto de niña marcando el rumbo a la multitud de Sigmundskron como un capitán en su barco. Ahora ni siquiera tenía diez años más, pero ya parecía un viejo. Sin embargo, se dijo Gerda, desde aquel momento la vida la había cambiado más a ella que al *Obmann*. Y al pensar eso sintió un orgullo afilado como el acero de los cuchillos de herr Neumann.

La pacificación política del Alto Adigio que empezaba a perfilarse no era una buena noticia para todos: hubo quien se empeñó en frustrarla.

Los periódicos se convirtieron en boletines de guerra:

23 DE MAYO DE 1966: ATAQUE A LA ESTACIÓN DE LA GUARDIA DE FINANZAS EN EL PASO DE VIZZE. MUERE EL AGENTE BRUNO BOLOGNESI.

24 DE JULIO DE 1966: ATAQUE NOCTURNO CON METRALLETAS A TRES EMPLEADOS DE ADUANAS EN SAN MARTINO IN VAL DI CASIES. MUEREN LOS AGENTES DE LA GUARDIA DE FINANZAS SALVATORE GABITTA Y GIUSEPPE D'IGNOTI. UN TERCERO, COSIMO GUZZO, ESTÁ GRAVEMENTE HERIDO.

3 DE AGOSTO DE 1966: ATENTADO CON DINAMITA EN EL PALACIO DE JUSTICIA DE BOLZANO.

20 DE AGOSTO DE 1966: ATENTADO CON DINAMITA EN LA OFICINA DE ITALIA EN VIENA.

VERANO DE 1966: ENVIADOS AL ALTO ADIGIO MILES DE MILITARES RECLUTADOS Y DE CARRERA, ADEMÁS DE VARIAS UNIDADES ESPECIALES ANTITERRORISMO. LOS CONTROLES DE CARRETERA, LOS REGISTROS Y LAS DETENCIONES ESTÁN A LA ORDEN DEL DÍA.

SEPTIEMBRE DE 1966: ASESINADO EN UN CONTROL DE CARRETERA EL JOVEN DE DIECIOCHO AÑOS PETER WIELAND, DE VALDAORA: NO PARÓ CUANDO LE DIERON EL ALTO. SU FUNERAL SE CONVIERTE EN UNA MANIFESTACIÓN MASIVA DE HOMBRES, MUJERES Y NIÑOS.

Llovía, llovía, llovía. El cielo del año 1966 parecía no agotar nunca sus reservas de agua, como si las hubiera acumulado durante lustros o décadas con el único objetivo de descargarla toda a la vez sobre los seres humanos. Florencia había quedado sepultada por el barro; la orografía de toda Italia se desmoronaba valle abajo. También el río que atravesaba la ciudad de Gerda se había desbordado y había anegado las casas de limo y detritos, además de devorar a mordiscos las carreteras, derribar puentes y matar a varias personas. La inundación también afectó a una fábrica de chocolatinas y *Magenzucker*,[75] unos bombones digestivos especiados y rojos como rubíes. Los socorristas se pasaron días sacando a paladas barro que olía a canela, clavo y cacao amargo.

Después llegó la nieve. Cayó en abundancia sobre la pequeña ciudad, y luego volvió a caer, y no paró, siguió nevando, y en el aire flotaban copos hexagonales del tamaño de las mariposas. Aún estaban a principios de diciembre, había comenzado el Adviento y los niños empezaban a sospechar que no pararía jamás, que nevaría para siempre, hasta el fin de los tiempos, y el mundo se convertiría en una inmensa bola de nieve. Pero, entonces, ¿quién la tiraría?

Un silencio amortiguado había ocupado el espacio entre los sonidos: el punzante timbre de las mujeres descontentas se había suavizado, el llanto de

los recién nacidos parecía un reclamo casi melodioso, los insultos que los borrachos se gritaban a la salida de las *Kneipen*[76] habían adquirido una tenue elegancia. Incluso el traqueteo de las camionetas militares por la carretera nacional, con las gruesas cadenas que cubrían las ruedas, se había vuelto vago, suave, casi evocador. Aun así, la noche del 2 de diciembre quedó rasgada por un sonido concreto, purísimo: el estruendo de una explosión.

Nadie había creído nunca en el reciclaje del monumento al Alpino como nuevo símbolo de la reconciliación entre el Tirol del Sur y las Fuerzas Armadas italianas. Y muchísimo menos ahora, claro, con las ubicuas columnas de vehículos militares, los cuarteles en estado de alerta máxima, los controles de carretera, las detenciones y los registros.

Los paramilitares neonazis del otro lado de la frontera, expertos en explosivos, habían completado un buen adiestramiento: esta vez, las cargas se colocaron con pericia. Del pobre y horrendo *Wastl*, de tosco granito, infeliz embajador de la humanidad italiana y de sus humildes alpinos, no quedó ni un fragmento.

Los tiempos habían cambiado desde la última vez que había sufrido un atentado: ya nadie tomaba aquellas acciones por chiquilladas. Al terrorista del nuevo y sanguinario BAS que reivindicó el atentado lo condenaron a diecisiete años y lo definieron como «enemigo de Estado número uno». Sin embargo, el veredicto se pronunció en rebeldía porque estaba huido de la justicia.

La del fugitivo era la vida que Peter había buscado desde que, de niño, recorría los bosques y los pedregales, con su espíritu desnudado por la soledad como una nuez sin cáscara. Era lo que siempre había querido, estar expuesto a lo no humano: la i griega perfecta de las huellas de liebre en la nieve de marzo; las parpadeantes marmotas bajo el sol de junio, demacradas e inseguras tras el largo ayuno, las mismas que en septiembre, tras un verano de comilonas, con

el culo hinchado como un bebé con pañal, lanzan silbidos y hacen piruetas de payaso; las agujas que, doradas por la luz de octubre, llueven de los alerces con el primer viento del norte, heraldo del invierno; las pupilas horizontales de un íbice sorprendido a pocos metros, esa mirada ajena y sin reproche alguno, ni siquiera hacia la bala que dentro de unos segundos lo matará. Y, ahora, además de todo eso, Peter tenía una misión: la *Heimat* lo había llamado y él había respondido. Y esa respuesta valía para cualquier otra pregunta.

El equipo, el estilo de vida y el transcurso de los días no se diferenciaban en nada a cuando era cazador. Botas hasta los tobillos, calcetas hasta la rodilla, prismáticos al cuello, gorra con visera, mochila, cuerda y fusil. Desde hacía unas semanas, él y sus compañeros llamaban *casa* a una cavidad en la roca de una ladera, de un granito verdoso veteado de negro por la humedad, cuya entrada cubrían con follaje. Era cómoda. Se habían hecho unos bancos y una especie de mesa baja con varias ramas cortadas y atadas. Los clavos en las paredes hacían las veces de armario, y el arroyo que corría a poca distancia era su baño, su ducha y su lavabo. Una mujer de confianza, que entendía y compartía su misión, no como la tonta de Leni, subía de vez en cuando desde el valle. Tomaba senderos tortuosos para que no la siguieran y les llevaba ollas ennegrecidas llenas de comida, sacos con productos agrícolas, botellas y cigarrillos. Pero era arriesgado, así que se las apañaban solos en buena medida, cruzando la frontera, donde no había peligro e incluso podían entrar en las tiendas.

Hacía un tiempo, el químico bávaro de dedos vibrantes como mariposas había vuelto a la gruta, jadeando por el esfuerzo de arrastrar hasta allí arriba aquellos muslos de bebé gigantesco. Los había reabastecido de materia prima, que, eso sí, no era comida, ni *grappa*, ni cigarrillos. También les había llevado lo que insuflaría vida y haría apasionante a aquel material inerte: alambre de hierro, mechas y detonadores. Les dio las últimas explicaciones, pero no se

quedó allí mucho tiempo: aquella vida de explorador no le gustaba un ápice. ¡Él era un hombre civilizado! ¡Un ciudadano, un intelectual! Algún día, pensaba, en *Südtirol* por fin estallaría la guerra, y entonces aquellos montañeses que apestaban como cabras y se escondían en cuevas como en la Edad de Piedra se darían cuenta de que sólo ellos, los pangermanistas del otro lado de la frontera, podían guiarlos. Hasta entonces, que siguieran dando el callo.

Y ahora Peter, escondido en el terraplén que había al lado de la carretera provincial, en una noche de luna menguante, trasteaba con los cartuchos de dinamita y las mechas sin ningún temor. Los rostros de sus futuras víctimas, los *carabinieri* reclutados que al cabo de unas horas pasarían por allí, no se los imaginaba siquiera. Si tenía que pensar en sus *objetivos* –aunque no lo hacía casi nunca–, veía uniformes, galones, metralletas y, a lo más, frases en una lengua con demasiadas vocales que le daban el alto.

Trabajaba con dedos hábiles aun en la oscuridad. Sus opacos ojos nunca habían necesitado mucha luz, y aquella luna con forma de hoz, frente a la que pasaban las nubes como figuras de una linterna mágica, daba más que suficiente. Los tréboles aplastados por sus botas emitían un olor acidulado y fresco.

Cogió uno y se lo llevó a la boca. En su interior estalló un sabor acre y punzante que hizo a Peter sentir una felicidad que no había conocido hasta entonces. Estaba más feliz que aquella vez en que, habiéndolo rodeado los *carabinieri*, él había conseguido escapar. Más que cuando entró en el cálido cuerpo de Leni en su noche de bodas. Más que cuando mató a su primera gamuza. Más que cuando su madre lo amamantaba y –a los veinte años, Johanna aún podía hacerlo– le sonreía. Más que cuando aún no había nacido y el mundo era Uno.

El júbilo que sintió Peter fue cegador, luminoso, total. Puede, quién sabe, que incluso eterno.

Cuando su primo de dieciséis años, Sebastian, al que todos llamaban Wastl, se reía, parecía un pájaro carpintero haciéndose el nudo en un tronco: «¡T-t-t, t-t-t, t-t-t!». Para Eva, aquél era el sonido más alegre del mundo: cada vez que lo oía, la recorría de arriba abajo una carcajada cuyo motivo era irrelevante. Eso también se lo había enseñado aquel tío segundo ya casi adulto: que, si se quiere, siempre se encuentra un motivo para reír y reír y seguir riendo.

En el prado que había entre la granja de los Huber y la de los padres de Leni, Wastl estaba imitando a un pariente lejano demasiado amante de los *Schnaps*. «*Madoja, oschpele, hardimitz'n*»,[77] mascullaba tambaleándose con dignidad de borracho, a punto de tropezarse al cruzar las piernas. Justo cuando parecía condenado a darse un trompazo contra el suelo, aguantaba de pie; luego arqueaba la espalda hacia atrás y estaba a punto de caer de culo…

Eva tenía la boca abierta, los ojos brillantes, la respiración entrecortada y la barriga dolorida. Las carcajadas eran ya era incontrolables. A su lado estaba Ulli, el otro primo, un año mayor que ella, que se reía al ver a Wastl, pero también a Eva, tirada en el suelo como una muñeca descoyuntada, incapaz de dejar de troncharse, no sólo por la imitación del borracho, sino también por la flojera de piernas que le impedía levantarse y porque Wastl y Ulli estaban a su vez desternillados al verla, y, en definitiva, porque, cuando las ganas de reír no se han agotado, no hay nada que hacer: hay que agotar toda la risa, hasta el último espasmo del plexo solar, hasta el último cosquilleo en la garganta.

Cuando Leni apareció en la explanada del henil aún reían a carcajada limpia, pero en cuanto le vieron la cara se callaron de golpe, los tres.

Leni se acercó a Wastl y le dijo algo. Eva, que apenas tenía cuatro años, no entendió mucho. Sólo sabía que tenía algo que ver con el *Tata* de Ulli, el que no estaba. Ahora, a juzgar por las confusas palabras de Leni, seguiría sin estar, pero de una forma diferente. Por primera vez en su vida, Eva constató una

realidad: son muchas las formas en que un padre puede no estar, pero hay una peor que el resto.

Gerda se sentó delante del mismo oficial que hacía un tiempo la había convocado para pedirle información sobre Peter. Pero ahora fue él quien se la dio: su hermano había saltado por los aires mientras preparaba un atentado. Ya no tenía un tono indignado, sino endurecido por la incomodidad. ¿Cómo se da el pésame a la hermana de un hombre cuya muerte ha evitado la que estaba preparando para cinco de sus compañeros? A Gerda le pareció sentir en el pecho la explosión que había destrozado a su hermano. Se le detuvo el corazón, la respiración, el crecimiento de las uñas y del pelo.

También el soldado que había al lado del escritorio era el mismo que la otra vez. Se inclinó hacia ella con una diligencia torpe y le preguntó si lo había entendido. Gerda entrecerró los ojos, y el hombre interpretó correctamente el gesto como un sí. Le ofreció un vaso de agua y ella echó la cabeza hacia un lado: «No».

El oficial la tranquilizó: no debía preocuparse, la mujer del fallecido ya había identificado el cuerpo. Gerda habría querido levantarse, pero ya no sabía dónde tenía las piernas ni las manos, y eso que al entrar las llevaba. Cuando las encontró, se puso de pie sin pronunciar palabra y salió de la sala apoyándose en la pared.

El soldado la siguió a toda prisa y, en la misma acerca en que la otra vez la había invitado a bailar, le dijo:

–La acompaño en el sentimiento.

Ella lo miró, como si buscara algo.

–Usted una vez conmigo… un *Ausflug*… ¿Cómo se dice?

El soldado sabía alguna palabra de alemán, pero de ésa no se acordaba. Lo lamentó.

Gerda se alejó, rígida y erguida como la garita del cuartel. Eso era lo único que sabía: si no agachaba la cabeza ni encorvaba la espalda, si trazaba con sus pasos una línea nítida y sin borrones, lograría llegar al hotel de frau Mayer.

Sólo cuando la chica estaba a punto de desaparecer, doblando la esquina de la manzana, el soldado se acordó.

Excursión.

Ausflug significa «excursión» en italiano.

A Peter no lo enterraron en el cementerio principal de la ciudad, sino en el del minúsculo y abigarrado barrio alrededor del campanario bulboso que había en la ladera norte de la montaña.

Los vivos habían sido generosos con los muertos: en aquella escarpada tierra vertical habían situado el pequeño camposanto, rodeado por una tapia baja encalada, en un valiosísimo terreno en llano que se extendía, como un alma diminuta, hacia la imponente inmensidad de los glaciares. Desde hacía siglos aquél era el lugar de descanso eterno de los Huber. También a los hijos no primogénitos, a los que la dura pero necesaria ley de la granja indivisible expulsaba para que buscaran fortuna en otra parte, se los acogía de nuevo en la tierra de sus padres al morir. Un cementerio no es un abrupto campo de heno que si se repartiera en la herencia llevaría a todos a la ruina en pocas generaciones; en un camposanto se cultivan el recuerdo y la identidad, mieses hechizadas que no disminuyen nunca, aunque se compartan. Allí descansaban los padres de Hermann desde que la fiebre española se los llevara la misma noche. Allí descansaba Johanna, y a su lado ya estaba preparado el hueco para su marido. Allí enterraron a Peter.

La época de los funerales populares de los *Bumser* había quedado atrás. En el cortejo fúnebre del manso e idealista Sepp Kerschbaumer, muerto en la cárcel poco después de que acabara el juicio de Milán, participaron decenas de miles de surtiroleses. En cambio, a esos nuevos terroristas, que ya no sólo atentaban

contra los monumentos fascistas o las torres de alta tensión, sino contra personas, por mucho que llevaran uniforme, casi nadie los entendía. Mataban, herían y, escapando al otro lado de la frontera, dejaban que los soldados hicieran la vida cada vez más difícil a los familiares que se quedaban en la granja, justo como había pasado allí hacía poco más de dos años, cuando la redada.

De aquel día aún se hablaba con terror, incredulidad y alivio: ¿de verdad había sucedido ahí, donde el último acontecimiento digno de mención había sido el paso de un prisionero ruso huido durante la Gran Guerra? ¡Por no hablar del helicóptero! Apareció en el cielo como la antítesis de un fulgurante *deus ex machina* encarnación del Mal al que, sin embargo –como todo el mundo sabía, porque se habían recitado infinidad de veces cada una de las frases del diálogo entre los dos oficiales–, derrotó a un Héroe inverosímil, el oficial al mando de la redada, la misma persona que hasta aquel momento había encarnado el papel del Malo. Así pues, a nadie le extrañó que a Peter, cuya evasión de la justicia había sido el desencadenante de lo sucedido, lo enterraran allí. Que volvieran a buscarlo los soldados, si querían: ahora lo encontrarían sin necesidad de armar todo aquel *Schweinerei*.[78]

Ahora las campanas, cuyos tañidos de mediodía los soldados que entonces llegaban en sus camionetas interpretaron como una señal de alarma, doblaban a muerto. Lukas, el sacristán, algo más viejo, con el pelo de los antebrazos musculosos un poco más gris, tiraba de la gruesa soga que colgaba del campanario. Aquel lúgubre tañido parecía descender, lastrado por su propio peso, hacia la pequeña ciudad; hacia la carretera provincial de la que, de vez en cuando, llegaba el bramido solitario de un motor; hacia el río, que resplandecía al fondo del valle bajo la luz de julio.

En el homenaje a Peter, además de los parientes más cercanos, sólo había un pequeño batallón de *Schützen*, los camaradas con los que se había montado

en el autobús de las lágrimas para presenciar el juicio de Milán. Ellos no lo habían acompañado en su decisión más extrema, no se habían echado al monte ni habían urdido atentados, pero habían proseguido con sus desfiles por la redención de la *Heimat* el día de *Herz-Jesu*, aniversario de la heroica resistencia contra Napoleón. Una vez, mientras Maria pelaba patatas en su *Stube*, se preguntó con voz queda qué tendría que ver el corazón de Nuestro Señor con toda aquella ostentación de armas, aquellas marchas y aquellas órdenes gritadas, aún peor que en el frente. Sepp añadió que, por lo que él sabía, Napoleón llevaba siglo y medio sin molestar a nadie y que incluso aquel demonio en la tierra tenía derecho a descansar en paz.

Eran cada vez más las personas que pensaban eso de los *Schützen*. Pero ellos, con sus *Lederhosen*, sus chalecos a franjas verdes y rojas, sus calcetines de encaje blanco y sus zapatos con la hebilla de plata, parecían congelados en el tiempo en que Napoleón sembraba la guerra por Europa. Habrían querido disparar varias salvas en honor a Peter, como mandaba la tradición en memoria de un héroe, pero, en aquellos años de atentados y controles de carretera, las autoridades habían negado a los *Schützen*, últimos simpatizantes de los terroristas, el privilegio de usar armas, incluidos aquellos ridículos trabucos, cuyas balas seguían trayectorias tan inciertas y azarosas que había que dar las gracias si no se disparaban ellos mismos a la cara. Así pues, nada de trabucazos, sólo una corona de flores con una cinta de tela con letras góticas: *Im Schoß der Heimaterde*, en el seno de la tierra patria.

Leni miraba fijamente el ataúd. Era la única de los presentes que había visto lo que contenía. Ver con sus propios ojos la materia orgánica que había sido su marido (lo identificó por una cicatriz en un trozo de tobillo) no le dejó un poso de dolor, ni de asco, ni de rabia, sino una suerte de perplejidad cósmica. Ulli y Sigi estaban colgados de sus brazos como pequeños frutos verdes, con una pregunta en esas caritas que reflejaban la incertidumbre: ¿tras aquella

tormenta incomprensible seguirían colgados de la rama o, tarde o temprano, caerían al suelo?

Hermann estaba bastante presentable: se había bañado, se había afeitado e incluso llevaba limpio el traje de los domingos, apenas apolillado aquí y allá. Las últimas manos que lo habían enjabonado, enjuagado, tendido, planchado y guardado en el cajón con bolsas de arroz para evitar la humedad habían sido las de Johanna, a cuyo funeral Hermann fue con la ropa de trabajo: dejó el camión cargado de leña en la puerta del camposanto. Sin embargo, mientras bajaban a la tumba rectangular el féretro de su hijo, la desnudez de su dolor era casi obscena. Sus ojos parecían genitales en una imagen pornográfica: crudos e impersonales, pura carne viva.

Al autobús procedente de Bolzano se le había pinchado una rueda por el camino y Gerda llegó media hora tarde. También había tenido que pasar por casa de los Schwingshackl para coger a Eva. Ahora, intentando seguir el ritmo de las largas zancadas de su madre, agarrando su mano, ya callosa, con la suya, rechoncha de niña, Eva estaba extasiada por aquella visita inesperada, pero también inquieta. La confundía la cara hermosa, pero tensa, de su madre, que no le había sonreído ni una vez; la confundía la expresión con que la gente le estrechaba la mano y, sobre todo, la confundía la explicación que le habían dado: Gerda había venido para dar el último adiós al tío Peter. Eva no guardaba recuerdos del tío Peter. Pero, principalmente, ¿qué era eso del *último adiós*? ¿Y si luego te encontrabas de nuevo con la persona de la que te habías despedido? Eva había pedido explicaciones a Ulli, pero él tampoco supo responderle. Así pues, fueron juntos a hablar con el primo Wastl, que por una vez les aclaró las cosas:

–Si después de dar el *último adiós* a alguien te lo vuelves a encontrar y te dice *Grüß Gott*,[79] tienes que darle la espalda y hacer como que no lo has oído. Al *último adiós*, como dice la propia expresión, está prohibidísimo añadir nada más.

En el fondo no era tan difícil, añadió Wastl: sólo había que prestar un poco de atención. Aún podías hablar con esa persona, e incluso preguntarle cómo estaba, pero cuidándote muy mucho de decirle «*griasti*», o «*servus*», o «*pfiati*»[80] o (¡esta había que evitarla por todos los medios!) «*fwiederschaugn*».[81] En especial eso: «hasta la vista» no podías volver a decírselo de ninguna de las maneras.

Cuando llegaron al camposanto el féretro ya estaba en la tumba. Gerda se quedó a un lado, viendo al sepulturero lanzar paladas de tierra sobre la caja, de pino cembro. Un *Schütze* de la edad de Peter, de unos treinta años, se le acercó.

–Tu hermano era un héroe –le dijo en voz baja. Aunque no a ella, sino a la línea que formaban sus pechos, que asomaban de la blusa blanca bajo el vestido de luto sin mangas. Luego le sonrió como si ya estuviera todo claro entre ellos, y Gerda no bajó la mirada.

Eva, en cambio, estaba preocupada. Habían llegado tarde y el tío Peter al que tenían que dar el último adiós ya se había ido sin que ella pudiera verle la cara. ¿Cómo iba a reconocerlo si se lo encontraba? ¿Cómo podía asegurarse de no volver a despedirse de él, de no decirle incautamente «hasta la vista»?

Luego, mientras salían del cementerio, Gerda le dijo a Eva:

–Ése es tu *Opa*.[82]

Acababan de dejar en la tumba de Johanna un ramo de flores dentro de un jarrón de peltre en el que había grabado un corazón alrededor de las letras JHS. Cuando se alejaron, un hombre alto y enjuto que vestía un traje comido por las polillas que le quedaba suelto, se acercó a la lápida.

Gerda lo había dicho sin darse la vuelta siquiera: era evidente que el parentesco entre su hija y *ése* la traía sin cuidado. Eva se quedó mirando al hombre. Lo vio sacar las flores que Gerda y ella habían puesto en el jarrón y tirarlas al sendero entre las tumbas, esa tierra de nadie que separa a unos muertos de otros. El hombre levantó la mirada y la cruzó con la suya. La niña siguió andando con la cara girada para verlo, sin soltar la mano de su madre,

que se dirigía a la verja de hierro, y se tropezó con una lápida de mármol negro.

Así fue como Eva aprendió lo que es un *Opa:* un hombre viejo y delgado que, si te mira a los ojos, te pone triste por estar viva.

La dueña del pequeño estudio en la planta baja donde Gerda vivía cuando no trabajaba le dejó pasar allí la noche con su niña. Aunque estaban en plena temporada de verano, aquel año de bombas y atentados los turistas escaseaban, y abundaban las habitaciones de alquiler vacías. Eva estaba en la cama, junto al cuerpo de su madre en camisón, que reclamaba como cuando era una lactante. Sabía perfectamente que a los cuatro años era ya muy mayor para obtener su pecho, pero aquella noche improvisada Gerda se mostraba más paciente que de costumbre. Y Eva quería aprovecharse de la situación.

Llamaron a la puerta. Las cosas desagradables que no tienen razón de ser hay que ignorarlas, así que Eva siguió acurrucada bajo las axilas de su madre, inspirando. Pero Gerda se apoyó en los codos, aguzando el oído. Llamaron otra vez, y se oyó también una voz de hombre: «*Gerda? Bische do?*».[83]

Estirándose su camisón de muselina hasta las rodillas, Gerda fue a abrir. Era el *Schütze* que en el cementerio había dicho que Peter era un héroe. Ya no llevaba el uniforme de los secuaces de Andreas Hofer, sino la ropa habitual de campesino. Tenía los ojos brillantes de quien ha bebido, pero poco; lo justo para envalentonarse.

–¿Eva está dormida? –preguntó, poniendo una mano en el hombro desnudo de Gerda.

Ella se giró hacia Eva, que desde la cama miraba fijamente al intruso con una antipatía muda, y le quitó la mano del hombro.

–No –respondió cerrándole la puerta en la cara.

Aquélla fue otra cosa que Eva aprendió aquel día: no dormir es la salvación.

KILÓMETRO 850-903

Me imagino a dos viajeros. Vienen de lejos, quizá de otro continente. Como los indios del compartimento de al lado, que hablan por el móvil sin cesar, o las chicas estadounidenses. Uno de ellos mira la Italia que pasa por la ventanilla de su derecha; el otro, la de su izquierda.

Son dos mundos. A la derecha del tren, el promontorio de Gaeta asoma de las aguas del Mediterráneo como una cabeza de cetáceo mitológica. Descendiendo hacia el destello del mar hay olivares y cultivos de cítricos, campos amarillos, fucsia y rojos. Colores de abundancia, generosos, de buena vida. A la izquierda, en cambio, hacia el interior, se suceden las montañas ásperas y duras, amenazantes. Aunque son mucho más bajas, intimidan casi como nuestros glaciares. Incluso los climas son distintos. En la llanura y en el mar resplandece la joven luz de la primavera; las cumbres del interior están envueltas en nubes densas y cargadas, que parecen creadas por las propias montañas.

–Qué país más resplandeciente, fértil y alegre –dice el primer viajero.

–Qué desolado, duro, hostil… –dice el segundo.

Cuando los dos cuenten lo que han visto, nadie creerá que han recorrido el mismo tramo de Italia.

En el trayecto, de cuatro o cinco horas a lo sumo, entre el paso del Brennero y Bolonia casi siempre hay vagón restaurante. Sin duda también lo habrá en el Roma-Reggio Calabria.

Pues no.

–Había, pero lo quitaron –me explica el empleado de Ferrocarriles cuando, anunciado por el traqueteo del carrito de servicio, asoma por la puerta del compartimiento. Lleva agua, bebidas gaseosas, galletas saladas y bollería industrial. El motivo por el que lo único comestible en este tren sea comida basura lo estudié en el colegio y tiene un nombre importante, de peso: *cuestión meridional*.

Las chicas estadounidenses compran dos bolsas de patatas fritas.

–¿Usted qué quiere, señorita?

–Eso –digo, señalando una caja de galletas de chocolate.

–Dos con diez. ¿Lleva suelto, señora?

Los cuento en la palma de la mano y se los doy, hasta el último céntimo.

–Gracias, señorita.

Señorita, señora, señorita. Estoy acostumbrada: la edad que me echan los desconocidos oscila como un funicular en medio de una tormenta. Yo me limito a sonreír, como si los dos tratamientos fueran correctos.

Este empleado es un chico guapo, meridional hasta rayar en lo excesivo: sonrisa franca, cejas juntas, cadera estrecha de bailarín. La estrategia de Trenitalia está clara: que se quite el vagón restaurante, si es menester, pero que el personal siga agradando a la vista. Una pena que sus movimientos lo delaten: es, sin lugar a duda, homosexual. Qué desperdicio, me digo.

Habla por ti, replica Ulli. Como si lo tuviera sentado al lado en este tren que vuela hacia el sur.

Cuando era niña me preguntaba: ¿por qué Ulli no me mete mano? Todos los de mi edad lo hacían, lo habían intentado o esperaban encontrar el valor para

hacerlo. Él no. Nunca. ¿Porque nos habíamos criado juntos? ¿Porque era mi primo? ¡Qué va! Meterle mano a las primas adolescentes era un rito de paso, casi una obligación social, me atrevería a decir. No era por eso. Pero, entonces, ¿por qué? No tenía ni idea.

La pubertad de Ulli parecía no acabar nunca. Cuando empezó a cambiarle la voz, los chicos ya llevaban un tiempo mirándome al escote más que a los ojos. Los de su edad ya disfrazaban de vulgar desparpajo su desesperada necesidad de sexo, pero a él aún no le había salido ni un pelo en el cuerpo. Hasta que un día, con casi veinte años, Ulli me dijo que había estado con una mujer. Cumpliendo con una tradición consolidada, de su iniciación sexual se había encargado una turista llegada de Alemania.

–¿Guapa? –le pregunté.

–Experta –respondió, y supe que no tenía nada que temer.

Habló del tema como una tarea cumplida, como una meta alcanzada. Nada raro: todos los chicos jóvenes hablaban así de su pérdida de la virginidad. Pero, para ellos, encontrar a una chica que llegaba *hasta el final* y encaramarse a ella, precarios y farragosos, al menos una primera vez, era sólo el pasaporte para poder volver a hacerlo, una y otra vez. Ulli, en cambio, parecía un alpinista de regreso al valle después de escalar el Everest: ahora que había hecho cima podía no pisarlo de nuevo.

Cuando me confesó su primera relación con un hombre, todo fue muy distinto: tenía las pupilas dilatadas por la magnitud del hallazgo, por el pavor y el entusiasmo.

–Éste soy yo –me dijo como si hubiera encontrado su nombre tras mucho buscarlo. De aquella chica del norte de Europa, la primera y la última para él, no volvió a hablar.

No fue sino al cabo de muchos años, cuando, después de haber oído (en boca de hombres, nunca de las mujeres, ni siquiera de las más mojigatas) frases

como «Para los de tu calaña tendría que regresar Hitler»; después de que su madre le hubiera asegurado que por supuesto que seguía queriéndolo y que sólo tenía que ir al médico porque hoy día ya no hay enfermedad que no se curara y seguro que para la suya también había una medicina; después de haber estado en Berlín y en Londres, donde se había sentido un hombre entre otros muchos, ¡viva!, un hombre banal en su homosexualidad; después de haberle dejado yo muchas veces mi cama para que él y sus amantes no deambularan por los bosques como gatos en celo; después de que pasara todo aquello, me confesó que, para poder penetrar el cuerpo esbelto y rubio de aquella chica, había tenido que cerrar los ojos e imaginarse que era un hombre.

Estábamos, como siempre, en la calentita cabina de *Marlene*. Había nevado poco, y aún no habían llegado los cañones para blanquear las pistas de esquí en los inviernos más tibios. Cada noche, Ulli luchaba contra las manchas marrones que se extendían como melanomas por la piel de la montaña, cargando nieve, distribuyéndola, moviéndola desde los bordes al centro de las pistas. Siempre me lo había contado todo, o eso creía yo. Me había hablado de los baños de las estaciones, de la mili en Véneto («No a todos los soldados les van las chicas, ¿sabes? Y, los oficiales, menos»), de los encuentros en los parques de la ciudad, de los cuerpos sin cara, de los genitales casi sin cuerpo. Sin embargo, de pura vergüenza, llevaba años sin confesar lo mucho que había tenido que fantasear en secreto para poder poseer a aquella única mujer. Yo no me lo explicaba. Le pedí que me dijera por qué.

Ulli estaba maniobrando con la enorme pala que había en el morro de *Marlene*. Lo veía de perfil; en sus córneas se reflejaba la nieve iluminada por los faros.

–Tú no te imaginas a cuántas mujeres les pasa cada noche. Yo sí: conozco a sus maridos.

Con la palanca que había al lado del volante bloqueó la pala cargada de nieve, que se quedó a media altura. Se giró hacia mí. Aún tenía aquella mirada de corzo de cuando era niño, con unas pestañas demasiado largas para un adulto.

–Eva, ninguna mujer se merece esa mentira.

Y me hizo una caricia en la cara. Brevísima, liviana, protectora.

Una pregunta: si un hombre que ama a los hombres pudiera amar a una mujer, ¿esa mujer se sentiría por fin querida?

Una pregunta inútil. Ulli está muerto, nunca lo sabré.

La llanura se ha ensanchado, ahora hay más espacio entre el mar y las montañas, y los extremos se han mitigado un poco: la tierra de la llanura es menos rojiza, desvergonzada y fértil; los montes del fondo son menos repelentes, menos yermos. Atravesamos una estación diminuta cuyo cartel azul pasa a toda prisa por la ventanilla; lo leo al vuelo antes de que desaparezca: MINTURNO SCAURI.

Luego, con gran rechinar de frenos, el tren se detiene justo delante de una enorme nave industrial que se alza en medio del campo como una nave espacial. Un cartel con letras gigantescas: MANULI FILM. Justo delante de mi ventanilla, una valla publicitaria ilustra sus actividades. El tren aún no reanuda la marcha y me da tiempo a leerla.

PRODUCTOS: agua mineral, otros, bebidas gaseosas, cacao, café, infusiones, té, azúcar, carne y derivados, detergentes, industria del tabaco, industria gráfica/editorial, pasta fresca, pasta seca, arroz, platos preparados, productos de panadería, productos dulces, productos pesqueros, productos hortofrutícolas, productos congelados, perfumería, salsas, condimentos, aromas, sal y refrescos.

EMBALAJES: *bag in box*, botellas de plástico, envases *flow pack*, bolsas de almohadilla, etiquetas (sleeve, decorativas, precintos), películas plásticas laminadas y coextruidas, películas plásticas monomaterial, película termorretráctil, material para envolver, cintas adhesivas.

Una lista completa, qué duda cabe. Una pena que la nave de Manuli Film esté vacía, que las malas hierbas asomen del cemento resquebrajado del suelo y que nunca llegaran a instalar las ventanas. Hay un perro blancuzco tumbado en la explanada de tierra batida donde se erige la valla publicitaria.

Cuando el tren reanuda la marcha con un chirrido, él sigue a lo suyo, disfrutando del sol.

Poco después de Sessa Aurunca las chicas estadounidenses, sin dejar de mordisquear sus patatas fritas, suspenden la lectura y miran por la ventanilla en el momento más oportuno: entramos en un túnel. Así, se manifiesta ante sus ojos una de las bellezas más famosas y prestigiosas de Italia, ésa por la que todo el mundo nos envidia: la zigzagueante franja blanca del interior oscuro de los túneles.

1967-1968

La vieja tenía unos sesenta años, pero al cabo de diez o veinte no iba a ser muy distinta. Debajo del pañuelo, atado a la barbilla, las mejillas estaban marcadas por una maraña violácea de capilares. Estaba encorvada, con un hombro más bajo que el otro, y tenía las manos apoyadas en el pomo del bastón, que sujetaba con firmeza delante de los pies. Llevaba la falda larga, como su abuela: el siglo XX, que ya había cumplido dos tercios de vida, le había arrebatado muchas cosas, pero le había dejado tela más que suficiente para faldas. Encima, un *Bauernschurz* color genciana, y en los pies, unas pantuflas de lana cocida gris con la suela de cuero.

Delante de ella estaban los cuatro féretros cubiertos por telas blancas, cirios altos y flores. Los soldados alpinos de la guardia de honor eran hombres jóvenes como los que, hasta el día anterior, yacían allí dentro. Tenían los brazos cruzados detrás de la espalda, en posición de descanso vigilante, y esa mirada triste y ecuánime de cuando ya ha ocurrido todo y lo que vendrá aún no ha empezado.

Pocas horas antes, el presidente del Consejo de Ministros, Aldo Moro, había dado el último adiós a las cuatro víctimas de los terroristas. Se había quedado un buen rato en la capilla ardiente, con las manos cruzadas delante del cuerpo, los hombros bajos y la vergüenza de la pena en el rostro. A su lado, el

monóculo en el ojo derecho del general De Lorenzo capturaba los flashes de los fotoperiodistas.

Una carga de explosivo había derribado una torre de alta tensión en Cima Vallona, Porzescharte en alemán, en la frontera entre el Tirol oriental y la provincia de Belluno. Era una trampa: varias minas antipersona esperaban a los militares italianos. Los soldados Armando Piva, Francesco Gentile, Mario Di Lecce y Olivo Dordi, de camino a la torre caída, saltaron por los aires con su camioneta.

Además de los políticos y los generales, miles de personas visitaron la capilla ardiente. Surtiroleses de lengua alemana, italianos del Alto Adigio, de Comelico y de Cadore, militares y turistas. La comprensión por los motivos de los terroristas ya se había agotado. Nada, por la experiencia de la gente de San Candido, donde estaban expuestos los féretros, daba sentido a aquella violencia. Un campesino joven, pero de piel ya tostada por el sol, con su delantal azul y su camisa blanca, se detuvo unos segundos con la cabeza inclinada delante de los féretros. Luego fue el turno de la vieja.

Ella no conocía los nombres de los cuatro alpinos. A lo mejor hasta se los habían dicho, pero eran nombres italianos, difíciles de recordar. Le daba igual: los nombres son lo de menos. Acarició los ataúdes uno por uno. Estaban cerrados: una mina antipersona no trata bien el cuerpo de quien la pisa.

Más de un cuarto de siglo antes, la guerra se había llevado a los cuatro hijos varones de la mujer. Tenían más o menos la edad de los soldados alpinos metidos en aquellos cuatro féretros, año arriba, año abajo. Ella no había podido despedirse de sus hijos; para llorarlos sólo tuvo las cartas de notificación enviadas por el comando de la brigada. Sus nombres, esos sí, seguían grabados en mármol en la entrada del cementerio, junto con los de los otros caídos. Pero los nombres no sirven de nada: un nombre no siega el heno,

no repara las tejas, no regala la felicidad de un nietecito. Los nombres son verdaderamente lo de menos.

Esos cuatro jóvenes estaban muertos, como sus hijos, ¿qué más daba que no se llamaran Sepp, Gert, Manfred y Hans, sino Francesco, Mario, Olivo y Armando? El topónimo del sitio donde habían caído tampoco importaba mucho: Porzescharte, Cima Vallona, ¿y qué? Habían muerto ellos, murieron sus hijos, y por los muertos lo único que se puede hacer es rezar.

La vieja sacó un rosario del bolsillo del delantal y empezó a hacerlo.

Silvius Magnago abrió los codos, inclinó la cabeza hacia delante y apoyó la frente en las manos cruzadas, sobre el escritorio. Los hombros de su chaqueta, siempre demasiado anchos para sus enjutas formas, se le levantaron como alas detrás de la nuca. Sus gafas, de montura gruesa, negra estaban delante de él, al lado de la pluma, y sus muletas estaban apoyadas en la *boiserie* que revestía la pared. Se quedó así, con el busto doblado, la frente apoyada en el escritorio y los ojos cerrados. Estaba cansado.

En junio, en Porzescharte, o Cima Vallona, como la llamaban los italianos, cuatro militares habían muerto en un atentado odioso. En julio, los neofascistas se habían manifestado en Bolzano por «la italianidad del Alto Adigio». En septiembre, en la estación de Trento, una mochila bomba estalló en las manos de los agentes de policía Filippo Foti y Edoardo Martini, y los mató en el acto. Aquél sería el último atentado mortal del terrorismo surtirolés, pero Magnago no podía saberlo. En el telediario habían retransmitido una declaración suya grabada desde ese mismo escritorio: «Los últimos atentados con explosivos han causado una gran conmoción en la población del Alto Adigio, sin distinción de lengua. Los problemas sólo pueden resolverse con las herramientas de la democracia. Nos negamos a creer que puedan resolverse con la violencia».

La había pronunciado en su impecable italiano, pero el acento alemán había resultado más duro de lo habitual. El presentador del telediario de la RAI se había referido a él como Silvius Magnago, líder del Südtiroler Volkspartei y antiguo oficial de la Wehrmacht.

Desde los años de la guerra no se sentía tan cansado.

Además, a eso había que añadir el nuevo y tenso clima que se creaba en el coche cama. Ahora, cuando viajaban con él a Roma, los diputados y los senadores del Südtiroler Volkspartei –que, no obstante, aún lideraba– ya no entraban en su compartimento para beberse la última copita antes de dormir: le daban las buenas noches en tono gélido y se metían en sus literas. Magnago sabía que a sus espaldas lo tachaban de *vendido a los italianos*; que consideraban que su labor para tejer alianzas entre el Gobierno italiano, las autoridades austríacas y los representantes de los italianos altoatesinos era un mercadeo propio de politicuchos; que entre murmullos hablaban de liquidación de la *Heimat*, de exceso de *Realpolitik*; que bisbiseaban como el peor de los insultos la palabra *Kompromiss*.[84]

Sin embargo, también sabía que la única alternativa al *Kompromiss* son los héroes, y que el *Südtirol* ya los había tenido de sobra, desde Andreas Hofer hasta Sepp Kerschbaumer. Es probable que incluso aquellos infames terroristas que seguían matando se consideraran héroes. Magnago era consciente de que era el único que podía obtener del Gobierno italiano las garantías de tutela lingüística y administrativa que su gente llevaba medio siglo esperando, precisamente porque él nunca había tenido ni un gramo de madera de héroe.

Por fin levantó su cara enjuta. Delante de él, en el escritorio de nogal, había una pila de folios: el primer borrador del Estatuto de Autonomía de la futura provincia autónoma de Bolzano. Todavía harían falta agotadoras idas y venidas a Roma, negociaciones extenuantes y *Kompromiss* para que adoptara su forma

definitiva: ciento treinta y siete artículos, veinticinco subartículos y treinta y una notas aclaratorias. Aún quedaba mucho por hacer.

Silvius Magnago se frotó los ojos, se puso las gafas y cogió el primer folio.

Cuando estaban juntas, Gerda dormía con Eva en la cama de matrimonio del pequeño estudio que alquilaban en una planta baja. Eva se le encaramaba, y el cuerpo de su madre era a la vez el bote salvavidas y el océano en el que se perdía. Gerda la dejaba hacer.

Eva había empezado a ser consciente de que no tenía un padre, como sí lo tenía el resto de los niños. No era la única: tampoco Ulli y Sigi, por ejemplo, tenían padre. Ellos ya no lo tenían; ella, en cambio, nunca lo había tenido. No estaba segura de entender la diferencia, pero era evidente que la había.

Otra cosa que Eva nunca había tenido eran zapatos nuevos. Siempre había heredado los zapatos viejos de Ruthi o de sus hermanas, hasta los de Ulli, aunque fueran de chico. Pero a Gerda ya la habían ascendido a cocinera, su sueldo había aumentado y decidió comprarle un par. Ahora, sentada en el taburete de la zapatería que había en los soportales de la ciudad, Eva no acababa de creerse que pudiera haber tanta belleza al final de sus gemelos. Eran zapatos robustos, con la suela de goma crepé, pero a ella le parecían tan espléndidos como si fueran de charol negro.

Cuando salieron de la tienda, Eva caminaba con los ojos clavados en el suelo para no perderse el espectáculo de aquellos zapatos nuevos que seguían todos y cada uno de sus pasos.

–Aquél es tu padre.

Eva era reacia a apartar la mirada de sus pies, pero la frase que había pronunciado su madre no era de las que se oyen todos los días. Por ejemplo, a ella, que ya tenía cinco años, aún no se la había dicho nadie.

–Aquel del traje oscuro.

Eva levantó la mirada. En la calzada y en la acera había más de un hombre con traje oscuro.

–¿Cuál? –preguntó.

–El que nos está mirando.

Muchos hombres estaban mirando a Gerda, pero no porque fueran el padre de su hija.

–*Giamo*[85] –dijo Gerda con repentina impaciencia.

La agarró de la mano y la obligó a seguir sus largas zancadas.

En los hombres que pasaban por su lado, Eva siguió buscando un parecido, una señal concreta, un rasgo inequívoco de pertenencia. Pero no lo encontró: al ver a Gerda y a aquella niña, a Hannes Staggl se le puso la cara del color de los geranios del balcón bajo el que estaba pasando y le faltó tiempo para alejarse. La chica agarrada de su brazo, menuda y elegante, con un abrigo que habría podido llevar Audrey Hepburn, le preguntó:

–¿Quién era esa mujer?

–¿Cuál?

–La que iba con una niña.

Y Hannes le respondió a su prometida:

–Yo no he visto a ninguna niña.

3.45 horas

A las 3.25 de la mañana, durante la patrulla de inspección de los puestos de guardia, he llegado al puesto 6 noroeste, asignado, según la tabl…

El bolígrafo ya no escribía. La tinta debía de haberse espesado. Se lo metió debajo de la ropa, en la axila, como un termómetro. Tardaría unos minutos en calentarse lo suficiente para que pudiera volver a escribir. Movía los dedos con esfuerzo, a pesar de los guantes de lana.

El cabo primero no había querido echar más leña a la estufa. La que había apilada en la pared de aquella vieja cabaña de la Guardia de Finanzas era poca, pero, sobre todo, al entrar y salir habría hecho ruido, y no quería robar ni uno de los quince minutos de sueño que les quedaban a sus compañeros antes del cambio de guardia. Pero vaya si hacía frío. Un frío que quien no lo ha conocido no puede imaginárselo. ¿Cómo le explicas a alguien de Reggio Calabria un frío así?

Había intentado describirlo la primera vez que volvió a casa de permiso (cuarenta y ocho horas de tren, entre ida y vuelta; setenta y dos de familia):

–Notas que los dedos, los pies y la nariz queman, pero no por el calor, sino por el frío gélido.

–¿Que queman? –repitió su madre, perpleja.

Era inútil. El invierno de allá arriba era como el mar: no puedes describírselo a quien no lo ha visto nunca. La noche anterior, el termómetro había caído hasta los veintitrés grados bajo cero, pero lo peor no eran las noches. Incluso en aquellos meses, a pesar de que el viento te abofeteaba la cara como una bota con clavos y la nostalgia de casa se intensificaba con la oscuridad, la noche no era mala, precisamente, con aquellas estrellas puras como piedras preciosas; con aquel silencio envolvente como la cúpula de una Iglesia Madre. Lo malo era el alba, que traía la promesa del sol y del calor, pero la traicionaba con aquella luz húmeda y gris que te engarrotaba los huesos aún más que antes. Lo malo era obligar a lavarse la cara a un *carabiniere* temporal de diecinueve años, al que la soledad lo había privado de la capacidad de pensar.

Él era suboficial: se había formado, estaba preparado. Pero aquellos chiquillos reclutados en Salemi, Sibari o Bisceglie, no, y eran incapaces de aguantar a más de dos mil metros sin bajar al valle durante meses.

Claro, a él también se le había hecho dura la llegada al Alto Adigio.

Se había apuntado voluntariamente al curso de alemán en la escuela de suboficiales. Le gustaba la idea de masticar otra lengua, y eso que hasta empezar primaria sólo había hablado en calabrés. No le había resultado demasiado difícil; no había hecho que el profesor se desesperara ni una sola vez, a diferencia de aquel compañero de Bari que a la pregunta «*Wie alt bist du*?»[86] siempre respondía: «¡Un metro sesenta y tres!». El Alto Adigio era el mejor lugar para servir a la patria en peligro, estaba convencido, y, tras completar los dos años de formación y jurar bandera, partió hacia allí con orgullo.

La primera decepción fue la llegada al cuartel, cerca de Merano. En la comandancia no estaban preparados para un envío tan masivo de militares: todo era provisional. El patio estaba repleto de malas hierbas; los dormitorios, mugrientos y con las paredes desconchadas. Cien hombres apiñados, con todos sus olores, en un espacio único: sólo una cortinilla los separaba a él y al resto de *carabinieri* de los alpinos. No había cocina, el rancho se preparaba en grandes hornillos de campaña que apestaban a gasoil, y tampoco había comedor, por lo que comían en el gélido patio, en las mismas escudillas con las que luego se lavaban.

¿La tropa? Menudo panorama. A aquellos jóvenes reclutas, *carabinieri* temporales y *carabinieri* rasos, los habían seleccionado, sí, pero a la inversa: hacer la mili en el Alto Adigio era un castigo. Muchos eran casi analfabetos, con un sentido de la disciplina y del orden escaso, siendo generosos. Más de una vez, a las seis de la mañana, cuando estaba de turno y era el encargado del toque de diana, el cabo primero había esquivado por los pelos un zapatazo en la cara. Eran los mismos que, tras un mes patrullando pasos de montaña y pedregales, cuando les preguntabas cómo se llamaba su pueblo natal se echaban a llorar como chiquillos.

Y, por si fuera poco, estaba el frío. ¿Qué sabrá un calabrés del frío? Un calabrés conoce el bochorno y el siroco, conoce la aridez, conoce el sol caníbal que te hinca los dientes en la cabeza y el viento que te vuelve loco o eufórico, o que te aturde; pero ese frío, no, un calabrés no lo conoce. Él lo había sentido por primera vez allí, en el patio del cuartel, arrodillado en el suelo y apoyando el trasero en los talones, como un mendigo que se come una sopa ya helada antes de dar la primera cucharada. Aquello no era nada en comparación con el frío gélido que sufriría patrullando los pasos fronterizos, pero eso él aún no lo sabía.

La única consolación de aquellos primeros meses en el Alto Adigio había sido la pasta a la guindilla que preparaban en un pequeño restaurante cerca de Ponte Druso regentado por meridionales, al que iba con sus compañeros. Y también, claro está, las *Fräulein*.

Él siempre se había imaginado a las alemanas como las gemelas Kessler cuando cantaban «La notte è piccola»: piernas infinitas, chaleco con pedrería, pelo rubio cardado. Las surtirolesas no eran tan elegantes y, aunque eran rubias, no llevaban tupé, sino una trenza alrededor de la cabeza, como si fuera una rueda de repuesto. Pero las piernas, sí, había que reconocerlo: las surtirolesas tenían mejores piernas que las calabresas.

–El baricentro de las mujeres de aquí –decía aquel loco del alférez Genovese– está alto.

El primer año lo había pasado patrullando la frontera, único *carabiniere* en pelotones de entre ochenta y cien soldados alpinos. Su misión era impedir la entrada de terroristas en suelo italiano. O, aún mejor, capturarlos, para que luego él, encargado de las tareas de policía, los entregara a la Justicia. Pateaban de arriba abajo los pasos de montaña, bajo las cumbres de la frontera entre Italia y Austria: el paso de Resia, la Vetta d'Italia, la val Passiria. La mochila pesaba más de cuarenta kilos: pistola, metralleta, saco de dormir, tienda de

campaña y lona impermeable, ración de combate, escudilla y hornillo, pala y pico. Todo a la espalda, porque el objetivo era precisamente llegar donde las camionetas no podían. Parecían tortugas con aquel petate a la espalda, pero a ninguna tortuga le han ordenado jamás que avance durante horas con la nieve por la cintura.

No regresaban al cuartel en semanas.

De día marchaban por la cresta; de noche excavaban en la nieve hoyos de un par de metros de ancho, echaban la lona impermeable, que hacía las veces de manta, la disimulaban con un poco de nieve y se metían a dormir. Dos horas de sueño, dos horas de guardia. En los puertos de montaña siempre soplaba un frío infernal; se había dado cuenta de que son como las ventanas abiertas a ambos lados de una casa: generan corriente. Por eso casi nunca montaban las tiendas: si durante la noche llegaba una tormenta, que sin duda los pillaría muertos de cansancio, ni siquiera se darían cuenta de que se los llevaba el viento.

Al cabo de una semana ya había quien empezaba a tener alucinaciones. Por el frío, por el sueño, por el cansancio. Los estreñidos eran los primeros en sufrirlas, ya que las toxinas que no expulsaban se mezclaban con las generadas por el cansancio e iban directas al cerebro. De vez en cuando alguno deliraba. Todos, tarde o temprano, llamaban a su mamá.

A veces el cabo primero se preguntaba qué sentido tenían aquellas operaciones. Cien soldados afanándose por subir una ladera nevada saltan más a la vista que una columna de blindados. Los terroristas, en cambio, se movían con agilidad, en parejas o grupos de tres a lo sumo; conocían todos los pedregales, las granjas y los rellanos de aquellas montañas de granito; pasaban de un lado a otro de los hitos fronterizos escabulléndose como gamuzas, sin dejar rastro.

Y, en efecto, no se habían topado con ninguno.

Pero, ya lo decía el lema del Cuerpo: «Acostumbrado a obedecer en silencio». Si se hubiera planteado discutir cada orden, no se habría hecho *carabiniere*.

Otra consolación era llegar a las granjas. Las había también en alta montaña, sobre todo en los valles secundarios de val Venosta, a los pies de los glaciares. Que los recibieran doce o trece niños era algo normal: eran campesinos pobres con mucha prole, pero nunca les había faltado de comer. Les bastaba con cincuenta mil liras para sacar comida caliente para toda la tropa. Las mujeres les servían y, en silencio pero sin hostilidad, los observaban comer. Al contrario de algunos camareros de los bares de la ciudad, que hacían como que no hablaban italiano; que, cuando pedía un café, le respondían «*Nichts verstehen*»[87] o «*Wiederholen Sie auf Deutsch*»,[88] pero entonces él decía, con una buena pronunciación, «*Geben Sie mir bitte einen Kaffee*»,[89] y entonces ellos, *deutsch* o no *deutsch*, se lo tenían que poner. En cambio, aquellos campesinos de montaña realmente no sabían italiano y, cuando él intentaba explicarse en alemán, no sonreían –tampoco vayamos a exagerar–, pero casi. Luego mandaban a sus hijos a la buhardilla y les dejaban sus abrigos a los oficiales y los suboficiales, que se dormían apoyados en las mesas de la *Stube*, calentitos. Él, sin embargo, se iba al henil con sus hombres, y no lo lamentaba: tumbados en el heno fragante, con el tibio aliento de las vacas que ascendía desde el establo, dormían como reyes.

Sin embargo, allí, en aquella cabaña de la Guardia de Finanzas abandonada, él no dormía por las noches. De día se tendía un par de horas en un catre y a veces podía echar otra siestecita antes de que oscureciera. Pero, de noche, nunca. Para no dormirse, escribía. Se había llevado muchos blocs de notas, sencillos, con las hojas a cuadros encoladas por arriba, como los que usan los periodistas en los cómics. También tenía bolígrafos, pero ahora sabía que eran mejores los lápices: las minas no se espesan con el frío, a diferencia de la tinta.

Tenía una letra ordenada, diligente, y también era exacto en lo que anotaba: si se había encasquillado un cargador, cuántas cajas de conservas habían consumido o si había visto un urogallo. Y los turnos de guardia, claro.

Escribía en una mesa coja, vigilaba el sueño de los compañeros que dormían y salía a cruzar dos palabras con los que estaban de guardia. Su oído, siempre fino, se había agudizado aún más. Captaba todos y cada uno de los sonidos de la noche: el crujido de los árboles, los reclamos de las rapaces nocturnas, el rocoso fragor de los pedregales, el chasquido de los glaciares. A veces le parecía percibir el zumbido de las constelaciones, que lanzaban su punzante luz hacia el negro cósmico. Entonces caía en la cuenta de lo cansado que estaba.

Tenía veinticuatro años, y el mayor de sus hombres, cuatro menos que él. Velaba su sueño como hace una madre con sus hijos enfermos. Y, de hecho, estaban un poco enfermos: por culpa del miedo, del aislamiento, del frío y de la nostalgia. Y, también, del silencio. Por culpa de aquella montaña inmóvil y desconocida que paría hijos sin rostro que salían de la nada, destrozaban los cuerpos de sus compañeros y desaparecían nuevamente en su seno.

Justo allí, unos meses antes, los terroristas habían matado a tres agentes de la Guardia de Finanzas. La frontera pasaba a menos de diez metros de allí, y ellos, con una especie de teleférico, habían deslizado una bomba desde el territorio austríaco hasta una de las ventanas de la cabaña. Los tres hombres saltaron por los aires mientras dormían; un cuarto se había quedado ciego.

Para la Guardia de Finanzas era demasiado peligroso estar allí, así que, desde hacía casi tres meses, al cabo primero le tocaba ocupar la cabaña de aquel pasto alpino, dirigiendo un pelotón de treinta hombres, aunque hombres, hombres… Costaba definir así a aquellos chiquillos asustados. Habían excavado una decena de agujeros en la nieve alrededor del perímetro del edificio, y los que estaban de guardia se metían ahí dejando al descubierto

únicamente los hombros y la cabeza, como la mano de un mortero. Por las noches ponía a un soldado en cada puesto de guardia; de día bastaban dos o tres. Rodeándolo todo habían instalado una barricada con rollos de concertina y, a medida que consumían los víveres, ataban a ella las latas vacías de salsa de tomate y de conservas: en cuanto se rozaba un punto cualquiera del alambre de espino, todo empezaba a resonar como un cencerro. Nadie podría acercarse a la cabaña sin armar un escándalo.

Unos metros al otro lado de la tierra de nadie había una vieja caseta de aduanas austríaca, mucho más pequeña que la italiana. El teleférico improvisado que había matado a los agentes había salido de ahí. Él siempre lo tenía vigilado, de día y de noche. ¿Había alguien dentro? ¿Volverían a salir para matarlos? A veces, aún más allá, veía a un par de hombres que, provistos de prismáticos, se pasaban horas escudriñando el horizonte. Nunca se acercaban lo suficiente como para que pudiera reconocerlos, pero, aunque costaba horrores resistir el impulso de ir a comprobarlo, las órdenes eran perentorias: no cruzar la frontera. Los terroristas ya tensaban bastante la relación entre Italia y Austria, ¡lo único que faltaba eran escaramuzas en la frontera!

Él era un militar, no se metía en política. En su día veía a los altoatesinos, a todos, como unos ingratos que traicionaban la unidad de la patria. Luego llegó a la región. En cuanto salió de las ciudades del valle, con sus fábricas llenas de obreros meridionales, y conoció a los campesinos, tuvo muy claro que la gente de allí no tenía nada de italiana. Pero los terroristas eran unos cobardes sanguinarios que ni siquiera daban la cara.

Después de las últimas masacres de compañeros, el ambiente en el cuartel estaba cargado. Se decía que un oficial de los soldados alpinos, uno que usaba bombas y granadas como pisapapeles y que detrás de su escritorio no tenía el retrato del presidente de la República, sino el del Duce, había dicho: «Ahora le toca a un surtirolés». El cabo primero no quería oír tales cosas ni de broma. Al

cabo de unos días, mataron a aquel muchacho de val Pusteria en un control de carretera. Los soldados que habían disparado eran jóvenes reclutas, tuvo que ser un trágico error, culpa de la tensión. Pero él, cuando se enteró, se acordó de las palabras del oficial y, por un momento, se le heló la sangre.

Ahora había recibido una orden: la tricolor debía ondear sobre los hitos fronterizos. Y, cada mañana, en la izada de bandera, cumplía orgulloso con su deber. Sin embargo, también tenía que obedecer otra orden, no menos taxativa que la anterior, aunque se la hubiera impuesto él mismo: devolver a cada uno de aquellos muchachos a sus familias.

Todas las noches había al menos una falsa alarma. «He oído una tos», decía uno de los hombres. O: «Había una linterna entre los árboles». Y enseguida los demás soldados de guardia confirmaban que sí, que ellos también habían notado un ruido sospechoso, que habían visto una luz, que habían oído unos pasos crujir en la nieve. Se excitaban los unos a los otros como palomas. O, cuando él disparaba con su Garand una bengala, en los ocho segundos que pasaban entre el disparo y el momento en que el pequeño cohete iluminado prendía, alguien empezaba a gritar, muerto de miedo: «¡Nos están atacando!». Y puede que hasta empezara a disparar a ciegas ráfagas con la *Maschinengewehr*. Por la mañana encontraban los alerces y los abetos talados como mondadientes: a la ametralladora 42-59 no se la conocía como *sierra de Hitler* porque sí. Era un milagro que aún no se hubieran herido entre ellos. Y menos mal que no tenía que rendir cuentas a sus superiores de las municiones gastadas.

En una ocasión en que la radio –por pura casualidad– funcionaba, suplicó que mandaran refuerzos: explicó al comando que los hombres estaban agotados; no aguantaban más y, sobre todo, eran demasiado pocos para los turnos de guardia. No podía seguir garantizando la responsabilidad del servicio ni la integridad de sus hombres. Hasta redactó un informe oficial: «Es

necesario sustituir a los militares que llevan más de un mes aquí –había escrito–. Yo, suboficial al mando, no puedo responder de quienes están en un estado físico y psicológico tan alterado». Acto seguido ató el sobre al cable que colgaba de la barriga del helicóptero que les lanzaba los víveres y la munición.

Pasó otro mes. Aún no habían llegado refuerzos ni sustitutos. Y el helicóptero también llevaba días sin pasar por culpa de los fuertes vientos. Habían acabado casi todas las conservas y sólo les quedaba un poco de harina. A los que tenían buena puntería les había dado permiso para ir de caza, y ya se habían comido más de una liebre. Pero el hambre empezaba a hacerse notar. Pasaban las noches apiñados alrededor de la radio, intentando distinguir en su chisporroteo el cálido rastro de la voz humana. Como mineros que avanzan por una galería fangosa y oscura en busca de rubíes.

Se sacó el bolígrafo de la axila. Emanaba mucho más calor del que sentía en su cuerpo. Releyó lo que había escrito hasta el momento y siguió escribiendo. La tinta volvía a fluir.

> 3.45 horas
> A las 3.25 de la mañana, durante la patrulla de inspección de los puestos de guardia, he llegado al puesto 6 noroeste, asignado, según la tabla con los turnos de guardia, al *carabiniere* temporal Salvatore Ciriello hasta las 4 de la mañana.
> Estaba vacío.

El cabo primero se detuvo. Tachó, corrigió.

> Estaba desguarnecido.
> De vuelta a la cabaña, me he dirigido al dormitorio, donde, a pesar de que aún faltaban treinta y cinco minutos para el final establecido de su turno de guardia, he encontrado al susodicho carabiniere temporal Salvatore Ciriello en su catre, durmiendo.

El cabo primero releyó lo que había escrito. Suspiró hondo. Levantó la mirada y se fijó en la pared, desconchada. Volvió a colocarse el bolígrafo en la axila: quería tomarse un tiempo para pensar sin preocuparse de que la tinta se congelara. Pero la reflexión no duró mucho. Siguió escribiendo en el bloc a vuelapluma, con urgencia renovada.

> Pero he tomado la íntima decisión de no informar de lo sucedido y de no imponer al responsable del episodio castigo alguno porque no es más que un niño que tiene sueño y que lleva un mes sin dormir lo suficiente y ahora encima el hambre y este viento helado que no puedes ni abrir los ojos no me extraña que acaben agotados y desquiciados así no se puede seguir los de abajo no se dan cuenta no tienen ni pajolera idea…

Se detuvo como un corredor: de golpe, con esa inercia que aún puede tirarlo al suelo.

No le enseñaría a nadie aquellas notas privadas, y muchísimo menos a un superior, pero el cabo primero, por precaución, empezó a ocultar con gruesos trazos de bolígrafo las palabras «Salvatore» y «Ciriello». El nombre del *carabiniere* temporal culpable de abandonar su turno de guardia desapareció en una mancha negra.

Nunca se sabe.

Lo que escribió a pie de página fue su nombre. Como si aquella página de su bloc a cuadros fuera un informe oficial, un documento de cuyo contenido asumía toda responsabilidad, como soldado y como suboficial.

Y firmó: *Cabo primero Vito Anania.*

KILÓMETRO 903-960

Los invernaderos de Villa Literno pasan a lo lejos: no se distinguen ni los tomates ni los esclavos inmigrantes, sin los cuales los primeros se pudrirían en sus ramas. Un largo túnel nos lleva hasta Bagnoli, una secuencia ininterrumpida de industrias en ruinas. Están rodeadas de bloques de viviendas que se caen a pedazos, con un enlucido desconchado de un color inconfundible al que nosotros siempre hemos dado un nombre exacto: *fascistagrau*.[90]

Es el color de los edificios que el fascismo construyó en el Alto Adigio para los trabajadores a los que envió en masa para italianizarlo: profesores, funcionarios, peones camineros y, sobre todo, trabajadores de Ferrocarriles. Es el color de una época y de una ideología, pero, para mí, también de un conjunto de olores. Cuando de niña pasaba por delante de las casas que había al lado de la estación, con las palabras «AÑO IX EF» escritas bajo la cornisa, por las ventanas salían aromas desconocidos en la cocina de los Schwingshackl: el acidulado de la salsa de tomate, el de la sopa con parmesano. Eran olores agradables, pero no convenía detenerse a disfrutar de ellos: yo no tenía nada que ver con las casas de los *Walschen*.

La relación entre los niños *Daitsch* y los italianos era muy sencilla: no existía. Ellos eran *Walschen*, ya digo; nosotros, *comesalchichas*, o *torres*, en honor a las de

alta tensión que a nuestros terroristas tanto les gustaba reventar. Había zonas, áreas de influencia, territorios. Al pasar por delante de las viviendas de los trabajadores de Ferrocarriles lo mejor era darse prisa, al igual que al pasar por las casas populares a espaldas de los cuarteles, que alojaban a las familias de los militares. Los niños que vivían en ellas me parecían inescrutables y feroces, aunque, bien pensado, ellos debían de tenernos casi más miedo a los alemanes: éramos muchos más. El caso es que yo nunca jugué con ellos. Jamás.

Luego, en el instituto de Bolzano donde hice la secundaria y el bachillerato, conviví codo con codo con otros antiguos niños de las viviendas color *fascistagrau*. Ahora que habían crecido, ya no tenían nada de inescrutable. Al contrario. Mientras que mis coetáneos alemanes lanzaban a las chicas frases toscas e hirientes como troncos, los italianos me acariciaban con ojos aterciopelados. No tuve duda de a quién prefería.

Ulli estaba de acuerdo conmigo; de hecho, estaba perdidamente de acuerdo. Cuando se fue a la mili, los suaves sentimientos de los muchachos italianos resultaron una revelación para él. Y la tristeza que creció en su interior, la que acabó llevándoselo, se debía también a eso: en nuestra tierra sólo conocía a hombres para los que el sexo era una necesidad corporal, algo que es de mala educación nombrar y que se consuma en el sitio más sucio de la casa. Ulli también lo había hecho así durante años porque no había encontrado otra cosa. Cuando se enamoró, fue de un chico del sur, y no por casualidad.

Una noche en que *Marlene* peinaba con sus orugas la nieve de las pistas, Ulli me dijo:

–Me he enamorado.

Se llamaba Costa, era griego, tenía las manos alargadas y los ojos negros, y trabajaba en un *pub* de Innsbruck. Cuando acabara la temporada de invierno, Costa y él se irían a vivir juntos. Ulli no podía dejar de pronunciar su nombre: Costa, Costa, Costa, Costa. También dijo:

–Yo soy suyo y él es mío.

Y luego:

–Cuando estamos juntos, entiendo para qué nací.

Y:

–Nuestro amor es más grande que nosotros.

Ulli había empezado a hablar como una caja de bombones.

Habría tenido que alegrarme mucho por él. Pero no. En absoluto. A Ulli le estaba pasando eso de lo que todo el mundo habla, canta y escribe. Lo único que, según dicen, hace que la vida merezca la pena vivirla; que da acceso al paraíso, al infierno y a todos los secretos auténticos, esos que hacen empalidecer cualquier otra cosa.

Aquella noche fue como si mi amigo, casi mi hermano, me hubiera revelado que era el hijo de incógnito de un emperador; que disponía de infinitas riquezas, palacios y siervos, y que, hasta entonces, siempre había comido pan y cebolla conmigo por pura curiosidad.

Así es como me sentí: pobre.

–Qué bonito. Me alegro por ti.

No podía esperar que Ulli me creyera, me conocía demasiado bien. De hecho, me miró de reojo, pero no respondió. Quizá valoraba el esfuerzo que me costó decirle, por primera y única vez, una mentira.

Fue un invierno de nieve copiosa, no sólo en nuestras montañas, sino también más al sur. El telediario mostraba imágenes de la plaza de San Pedro cubierta de blanco; las fuentes a ambos lados del obelisco parecían decoradas con encaje de hielo. Aquel año, las pistas de esquí eran fáciles de trabajar, los esquiadores estaban entusiasmados, y los hoteles, llenos. Fue, en definitiva, un año de abundancia. Pero no para mí.

Y ahora, cuando miro por la ventanilla, me siento como uno de esos dos viajeros que, sentados a cada lado del tren, ven paisajes distintos. Por su

ventanilla, Ulli vislumbró, al menos una vez, el vastísimo horizonte del amor. Como mi madre por la suya. Yo, en cambio, he estado casada, me he divorciado, he tenido hombres que iban detrás de mí esperando una señal; he deseado, he apreciado, he sentido cariño, hacia Carlo, por ejemplo. Pero recuerdo perfectamente a mi madre con Vito, o los ojos de Ulli cuando decía «¡Costa! ¡Costa!», y reconozco la diferencia.

Al parecer, yo me senté en la ventanilla que no era.

Conocí a Carlo en una preciosa villa a las afueras de Bolzano. Era la inauguración de un gran estudio privado de diseño, un acto que había organizado yo. La velada estaba tocando a su fin, todo había ido como la seda y los numerosos invitados se habían divertido. Por fin podía relajarme un poco. Quizá sea innecesario especificar que Carlo iba sin su mujer. De aquella primera conversación recuerdo que, en un momento dado, me dijo:

–La mayoría de los altoatesinos que hablan italiano creen que los surtiroleses de lengua alemana sois todos unos nazis.

Yo le respondí:

–La mayoría de los surtiroleses que hablan alemán creen que los altoatesinos de lengua italiana sois todos unos fascistas.

–Tendrían que aliarse y declarar la guerra al resto del mundo. Pero yo no soy fascista. ¿Tú eres nazi?

–No.

–Eso me parecía. Yo soy hijo de un trabajador de Ferrocarriles de Isernia y de una profesora de Salerno, pero nací y vivo en Bolzano, el único sitio del territorio nacional en que los italianos se sienten eso, italianos, y no sicilianos, napolitanos, vénetos o piamonteses. O incluso habitantes de Aci Trezza, algo completamente distinto, nada que ver, vamos, con los habitantes de Acireale, con los que no se les puede confundir bajo ningún concepto.

–Al menos –le dije–, a ti la gente que vive de Verona para abajo no te hace la famosa pregunta, al contrario que a mí.

–A ver si la adivino: «¿Puedo invitarte a cenar?»

–No. «¿Te sientes más italiana o más alemana?»

–¿De verdad te lo preguntan?

–Siempre. Todo el mundo.

–Tiene que ser un incordio. Por cierto, una pregunta: ¿Te sientes más italiana o más alemana?

–…

–Vale, pues te hago otra: ¿puedo invitarte a cenar?

Nápoles Campi Flegrei, luego Nápoles Mergellina. Hemos entrado en la barriga de Nápoles, en los intestinos de la ciudad. Estamos pasando por los túneles del metro.

Una tras otra, atravesamos sin detenernos las estaciones subterráneas de piazza Amedeo, Montesano y piazza Cavour. Pasan a toda prisa, separadas por túneles oscuros como boca de lobo, y aparecen como relámpagos imaginados por una persona con los ojos cerrados. Viajamos a toda velocidad por la vía central mientras que, en los bancos de los andenes laterales, la gente espera para ir al trabajo, al dentista o a ver a una amiga. En comparación con su cotidianidad, nuestro tren parece un petrolero navegando por un torrente, un tráiler por un carril bici. La sensación es la de penetrar con gran estruendo en la intimidad de la ciudad. ¡Casi como en mi sueño! Con los papeles cambiados, eso sí. Ahora soy yo el pasajero que observa por la ventanilla del tren las habitaciones de los demás.

Paramos en la estación de piazza Garibaldi. Hay luces de neón azuladas, azulejos de tanatorio y bancos desiertos. Da la impresión de que cualquiera que se bajara aquí podría desaparecer en la nada y no lo encontrarían nunca más.

–¡Zumo de naranja agua mineral coca cola pizzas bocadillos!

Tienen que haber subido al tren en medio del enrarecido silencio de esta estación con aspecto de Guerra Fría y ahora, para compensar, gritan sin piedad por sus propias cuerdas vocales. Cargan con enormes sacos de plástico y cubos azules de limpiacristales donde llevan las bebidas al fresco. Son jóvenes, ancianos, chiquillos; mujeres, ninguna. Un hombre de piel oscura con los brazos rechonchos como una gestante se asoma a nuestro compartimento. Las dos chicas estadounidenses lo miran aterrorizadas, como si el tipo fuera un asesino, y la bolsa repleta de bocadillos, un arma letal. Yo le digo que no con la cabeza y el hombre pasa de largo dejando en el pasillo una estela de gotas de agua caídas del cubo lleno.

Los vendedores ambulantes de comida y bebida cumplen con un servicio fundamental, qué duda cabe, en los trenes de larga distancia en que se han eliminado el vagón restaurante y el bar. Como estamos en Nápoles, tierra de compadreo entre política y negocios sucios, una se pregunta: ¿y si no fuera casualidad?

Otra vez el sol, por fin. Nápoles ha engullido el tren, ha jugueteado con él en la boca como con un hueso de oliva y lo ha escupido.

Veo los carteles azules de Nápoles Central, pero no la estación. Casi pegados a los andenes hay bloques de viviendas color piel humana, cúbicos, de líneas rectas, sin ninguna elegancia. Luego aparecen las grúas del puerto. Debajo, cientos, miles, decenas de miles de contenedores, casi todos con letras gigantescas donde se leen palabras como HANJIN o CHINA SHIPPING: al verlos, se diría que Italia sólo realiza intercambios comerciales con China.

Ahora sí, estamos a pocos metros del mar; casi parece que podrías tocarlo por la ventanilla. Desde que salimos de Roma no nos hemos acercado tanto. Espigones, olas que resplandecen al sol, pescadores con sedal y sombrero claro, pero también gente con abrigo. Cada cual interpreta la primavera a su

manera. En Torre del Greco hay un muro que parece un vertedero vertical: una montaña de bolsas de basura, entre otras cosas, se encarama por él. En el enlucido que asoma de la basura se leen tiernas declaraciones: «PERDONA, AMOR», «TE AMO, CARIÑO», «TENGO GANAS DE TI».

He ido al baño y he echado un vistazo al compartimento de los telefoneantes indios. Son cuatro hombres y dos mujeres, una de ellas con un niño acurrucado en el regazo. Están tumbados en los asientos, estirados, todos dormidos.

Ya estamos al sur del Vesubio, cuya caldera se ve con claridad. Mi madre tiene un sueño: visitar Pompeya y Herculano, y luego pasar unos días en la costa amalfitana. Tengo que traerla sí o sí, se lo prometí.

No sé por qué, pero me acuerdo de cuando le dije que iba a mudarme a Australia y ella me respondió que llevaba toda la vida queriendo ver los canguros y que por fin podría.

Un momento. La que iba a irse a Australia era yo, no ella.

Y ella y yo no somos lo mismo.

1968-1970

El primo Wastl se había ido a la mili. Después de años tocando el clarinete en la *Musikkapelle*, lo habían cogido en la banda de los soldados alpinos de Roma. La capital le gustó mucho, y las romanas muchísimo. Cuando a finales de junio volvió con su primer permiso, estaba de un humor excelente. Justo al día siguiente, a los pies de su tocayo alpino de granito, tuvo lugar la enésima ceremonia: habían vuelto a reconstruir el monumento, idéntico al anterior.

Eran tiempos extraños.

Un puñado de *Schützen* se había reunido para protestar contra la inauguración, pero lo insólito no era eso, pues la oposición de aquellos hombres disfrazados a los símbolos del Estado italiano era ya rutinaria. Lo raro, más bien, era el grupo de jóvenes concentrado bajo el *Wastl*, que, además de protestar contra el monumento, lo hacían también contra los *Schützen*.

No era fácil de entender, y mucho menos para Eva y Ulli, cuyo primo con uniforme de soldado los había llevado a ver la ceremonia.

Los estudiantes tenían el puño levantado y gritaban en las dos lenguas consignas «contra los nacionalismos de todo signo». Porque ésa era otra cosa que no se había visto hasta entonces: una manifestación de jóvenes italianos y alemanes juntos.

Eva nunca había oído la palabra *nacionalismo*. Miró de abajo arriba al Wastl de carne y hueso que la tenía agarrada de la mano. Le sabía mal que hubiera gente en contra de aquel monumento dedicado a él en persona. Su querido tío segundo era tan bueno que hasta en Roma querían oírlo tocar. En su opinión, se merecía una estatua, ¡y tanto!

En la trenza rubia de frau Mayer, recogida con forma de corona, aún no aparecía ninguna cana, aunque ya rondaba los sesenta. Cada mañana, la directora del hotel dedicaba casi media hora a un único objetivo: que su peinado fuera idéntico al de la madre de la madre de su madre. Era el resto del mundo el que se había vuelto loco.

Había pasado un año y ahora, en el otoño de 1969, las huelgas espontáneas en las acerías de Bolzano estaban cosechando un gran seguimiento, aunque los obreros no eran los únicos en levantar la voz: los trabajadores en general, de todos los sectores, se habían dado cuenta de que no estaban solos. Lo inaudito se había vuelto verosímil de repente: que los lavaplatos, los pinches y los cocineros de un gran hotel hicieran una huelga conjunta para conseguir una remuneración justa ya no era una hipótesis extravagante, sino una posibilidad concreta. Amenazante o ilusionante, según quién la contemplara.

Al personal de la cocina le bastó amenazar con la huelga. Corría finales de diciembre y el hotel estaba lleno. Frau Mayer capituló en pocas horas.

Desde entonces, las cotizaciones pagadas reflejaron los días de trabajo reales de todo el mundo, hasta del último lavaplatos. Y las cuatro horas de trabajo que se hurtaban al día de descanso empezaron a cobrarse. Las cotizaciones que frau Mayer no había pagado en los años precedentes, eso sí, no las recuperó nadie. Cuando a los sesenta años, tras casi cuarenta y cinco de trabajo, Gerda se jubiló, al regresar de la oficina de correos al final de cada mes, siempre calculaba la diferencia entre lo que llevaba en el bolso y lo que habría llevado si frau Mayer, muchos años antes, no le hubiera robado de su pensión. Y todos

los meses, tras apoyar en el tapete del televisor el sobre con la modesta cantidad, sacaba del aparador el juego de vasos de colores que Eva le había regalado una Navidad, se servía una copita de su querido *limoncello* y brindaba por aquella chica a la que nunca conoció: la única camarera que en tiempos aún amargos osó quejarse, a la que despidieron endosándole el apodo de Sindicalista como si fuera una deshonra.

Vito Anania llevaba ya casi tres años en el Alto Adigio, transcurridos en buena parte patrullando o vigilando la línea fronteriza en condiciones extremas. Con el ascenso a cabo mayor, sus superiores lo pusieron a trabajar *calentito*, como solía decirse: le encargaron el avituallamiento del cuartel principal de la llanura. Creían hacerle un favor, pero no fue así. Vito no tardó en descubrir que el recuerdo de los momentos pasados en la pura naturaleza, en comunión animal con sus hombres, le hacía sentir nostalgia. Pero era un *carabiniere*, y se aplicó para cumplir las órdenes lo mejor posible, como siempre había hecho.

El primer día que se presentó a los proveedores, pensó: al menos en las granjas de montaña te decían un «*Grüß Gott*»[91].

–¡Buenos días! –exclamó entrando con su franca sonrisa en la carnicería que llevaba años suministrando la carne al cuartel. El carnicero miró su mano tendida como si fuera un montón de entrañas y respondió:

–¿Cuánta carne?

Lo mismo ocurrió con el panadero y con los campesinos que vendían la leche y la mantequilla al cuartel. Ni siquiera el frutero, medio trentino, respondió a su saludo. Vito estaba acostumbrado al resentimiento contra los italianos, no digamos ya si eran militares. Pero luego comprobó los libros de contabilidad y se hizo una idea del panorama.

Desde hacía años, sus predecesores encargados del avituallamiento sisaban de los fondos para los suministros. Habían acumulado deudas con todo el mundo y no habían saldado ninguna. Aquellos comerciantes lo tenían claro:

los *Walschen* no eran honrados y se aprovechaban de su prepotencia militar para no pagar. Ni el carnicero, ni el panadero, ni los campesinos podían prescindir de los encargos del cuartel. Doscientos kilos de carne al día, trescientos kilos de pan: ¿quién puede renunciar a un cliente así? Pero podían no saludar.

Vito tomó una decisión: los convencería uno por uno de que no todos los italianos eran unos estafadores. Así también se sirve a la patria, se dijo.

Como llevaba meses economizando en los pedidos y había ahorrado un poco de dinero, empezó a saldar las deudas de sus predecesores. Calculaba que, para primavera, estaría en paz con todos.

Ahora los proveedores lo saludaban al verlo entrar.

Los vientos del cambio también soplaban al otro lado de las murallas de alambre de espino y habían entrado en los cuarteles.

La vida de los *carabinieri* destacados en el Alto Adigio siempre había sido dura, aunque no tuvieran que patrullar las crestas fronterizas y trabajaran *calentitos*. La jornada de descanso semanal era una quimera: se hablaba de ella, pero nadie la había visto. En el cuadrante con los turnos de servicio y los permisos, el comandante la incluía, pero sólo en honor a la burocracia: ese día se trabajaba como los demás. El que se quejaba corría el riesgo de que bajaran su valoración en el informe de calificación.

Sin embargo, desde hacía un par de meses, Vito Anania, ya ascendido a cabo mayor, disfrutaba como el resto de sus compañeros de un auténtico día de permiso a la semana. Aunque sólo fuera para recuperar un poco de sueño perdido, no venía mal: Vito llevaba años durmiendo demasiado poco. Los militares también consiguieron otros derechos y garantías contractuales. Quien se bregó para conseguirlos fue, sobre todo, Giorgio Almirante, secretario del Movimiento Social Italiano, y muchos soldados nunca lo olvidarían a la hora de votar.

Vito consideraba muy positivas esas novedades para la vida militar. Otras, en cambio, no lo eran en absoluto.

–Te lo llevo en cuanto acabe –oyó a un sargento decirle a un oficial un día, pasando por el pasillo.

Sabía que los dos hombres se conocían desde hacía mucho, pues habían ido juntos a la academia militar, pero tutear a un superior era algo inconcebible para Vito y siempre lo sería. Más que escándalo, o indignación, ese «te lo llevo» le hizo sentir una profunda vergüenza: por el oficial, por el sargento y por sí mismo.

Ahora que tenía menos trabajo, a veces el cabo mayor Anania se aburría. Él no era como el alférez Genovese, un napolitano que siempre iba en busca de *Fräulein* y de aventuras. Genovese era simpático, pero convenía no juntarse demasiado con él. Para la celebración del Día de la Unidad Nacional y de las Fuerzas Armadas, el 4 de noviembre, había organizado en el Hotel Marlinderhof una fiesta que bautizó «Sottufficial Party», como si aquello fuera Cinecittà. Había invitado también a los comandantes y a los oficiales, siempre y cuando se presentaran en *grata compañía*, definición que, Genovese dejó muy claro, no incluía a mujeres ni prometidas. Mujeres solteras, vamos. Y, si tenían el baricentro alto, miel sobre hojuelas.

Se presentaron más de cien militares con sus acompañantes. Vito también fue: el carnicero le había dado permiso a su hija para salir hasta medianoche. Se dijo que un hombre que ahorraba para pagar las deudas de otros era digno de confianza para devolver a una chica a su hora, y, en efecto, a las once y cincuenta y nueve su hija había cruzado el umbral de su casa. Vito se había ido a la cama, aunque justo cuando ellos se marcharon la fiesta empezaba a animarse. Pero no se arrepentía. Había observado a Genovese: como maestro de ceremonias, animaba a todo el mundo a beber *grappa* a voluntad, pero él no se había tomado ni una copa. Vito estaba convencido de que tenía un plan. Lo

conocía de sobra y prefería no estar presente cuando lo ejecutara. Que te contaran las bravuconadas de aquel alférez de pelo demasiado largo y botones abrochados de forma precaria era divertido; pero participar, no, no para él.

Así pues, Vito no estaba presente cuando Genovese, habiéndose asegurado de que los oficiales llevaban en el cuerpo suficiente alcohol para desinfectar una leprosería, empezó a dar vueltas por la fiesta no con una botella de *Schnaps* en la mano ni con una chica cogida de la muñeca, sino con una cámara de fotos con flash.

–¡Dale un besito al capitán! –le dijo a la grata compañía de un oficial. La chica se inclinó hacia la cara sudada de su acompañante y, cuando le rozó los labios, Genovese pulsó el botón del obturador como un gatillo. Clic.

–¡Dale un besito al teniente, al comandante, al coronel!

Las *Fräulein* posaban sus labios carmesí en las frentes y en las mejillas de los oficiales, y Genovese, clic, clic, sacaba fotos.

A la mañana siguiente, las imprimió.

No se las enseñó nunca a sus superiores. No hizo falta. Sólo tuvo que dar a conocer su existencia. En adelante, Genovese tuvo una vida de lo más llevadera en el cuartel.

En una de las fotografías aparecía Gerda. La habían retratado junto a un coronel de unos cuarenta años que estaba dándole un beso en la oreja. Ella se lo permitía, con esos pómulos altos que reflejaban la luz como la madera abrillantada. Quién sabe si Vito, de haber visto aquella fotografía, se habría enamorado ya de ella. Pero no la vio, ni él ni nadie. Tampoco la mujer del coronel. En efecto, Genovese no tuvo motivos para enseñársela: aquel superior siempre lo trató con deferencia y consideración.

Cuando herr Neumann se prejubiló por motivos de salud, estaba tranquilo: tenía una digna sustituta.

Gerda fumaba más que un hornillo de gasoil defectuoso y trabajaba con más energía que un hombre. Los lavaplatos harían cualquier cosa por ella; los pinches, un poco menos, pues no estaban acostumbrados a recibir órdenes de una antigua *Matratze* de veinticinco años. Pero ahí radicaba otro de los atractivos de aquellos tiempos extraños: por todas partes sucedían cosas nunca vistas. Tras pasar doce horas al día en la cocina, por las noches Gerda se iba a la sala de baile.

En las cartas a su hija, Gerda le hablaba de los «jovencitos guapos» que la llevaban a bailar. Ulli le había enseñado a Eva a leer y a escribir, y con lo espabilada que era la aceptaron en primero de primaria con cinco años. Por las noches, tumbada en la cama que compartía con Ruthi, Eva fantaseaba con la vida nocturna de su madre. Como cuando estaba sentada a oscuras en el salón parroquial, ante sus ojos pasaba una película acelerada de lo que, en su imaginación, Gerda hacía con sus acompañantes: comer kilos de helado, pasarse días enteros montando en atracciones de feria sin pagar y tirarse tartas a la cara.

Teixel, ist das wenig!

Eso fue lo segundo que pensó: caray, ¡qué poco!

Silvius Magnago llevaba diecisiete horas en el Kursaal de Merano: desde las diez de la mañana del día anterior, 22 de noviembre de 1969, estaba allí reunido el congreso extraordinario en pleno del Südtiroler Volkspartei. Honor a los delegados del partido: habían aguantado sin una queja en aquellas sillas de madera, propias de reformatorio, y, ahora, en plena madrugada, la concurrencia era aún mayor que por la tarde. Tenía frente a él a los partidarios del Paquete y a sus detractores, *Paketler* y *Anti-paketler*, que lo miraban. ¿Cuánto tiempo llevaba trabajando en su elaboración? A Magnago le parecía una eternidad. Sólo los recuerdos de la guerra le ayudaban a no pensar que era lo

único que había hecho en toda su vida. Fue precisamente ese el argumento extremo al que recurrió en su última intervención y declaración de voto.

–¿De verdad creen ustedes, señoras y señores delegados, que les recomendaría votar a favor de este acuerdo si no estuviera convencido, tras veinte años trabajando en él, de que no se puede obtener más que esto?

Y, por enésima vez, afirmó que, si los delegados no aprobaban el Paquete –el conjunto de medidas con que el Estado garantizaba una amplia autonomía a la provincia de Bolzano–, sería un desastre. Él dimitiría como *Obmann* del partido, pero el suyo sería el mejor destino. En cambio, los que ahora lo llamaban *vendido*, *Tolomei* o *excavador de la tumba de la Heimat* habrían tenido que retomar las negociaciones con los italianos, pero empezando de cero, y él sentiría la amarga satisfacción de verlos darse de bruces con la realidad de que, sin *Kompromiss*, no se va a ningún sitio. Tarde o temprano lo descubrirían. Sabía que no eran tontos ni tenían mala fe, pero entretanto se perderían años, décadas de trabajo. Con aquellos Gobiernos italianos que caían y que se levantaban como títeres, quién sabía cuándo habría otro dispuesto a asumir la responsabilidad de alcanzar un acuerdo definitivo. Y quién sabía cuándo encontrarían un interlocutor como Aldo Moro, que había colado en el artículo 14 la frase que consolidaba la defensa de las minorías lingüísticas como un interés nacional, pero sin que los suyos reparasen en ella porque, como le había explicado en persona, se la habrían tumbado.

Aquél era el día de la votación, la noche, mejor dicho, habida cuenta de que eran casi las tres de la mañana. Si el Südtiroler Volkspartei daba el visto bueno al Paquete, el Gobierno italiano lo llevaría al Parlamento, donde su aprobación estaba garantizada. Luego, los ministros de Exteriores de Italia y Austria estamparían sus firmas, que ratificarían la pacificación de su tierra.

En cambio, si el congreso del partido rechazaba el Paquete…

Vogel, friss oder stirb! ¡Pajarito, come o muere! Magnago no podía explicárselo con más claridad a los delegados.

Ahora estaba exhausto. Era mucho más resistente de lo que sugería su demacrado aspecto; de lo contrario, ya se habría derrumbado. Es lo que se dice siempre, ¿no? Que los delgados son duros. Y Magnago no lo desmentía. Cuantas más horas discurrían, cuanto más duraba el debate, más daba él la batalla. Sabía que había mucha indecisión entre sus filas: los italianos llevaban cincuenta años con *engañifas*, como las llamaban ellos, y a los delegados les aterrorizaba la idea de no hacer lo mejor para la *Heimat*. Tenía que conquistar sus votos uno por uno.

Sin embargo, casi no podía más. Y unos minutos antes había dicho:

–Ya basta, son las dos y media pasadas, vamos a votar.

Quienes estaban decididos ya habían metido su papeleta en la urna por la tarde. Los únicos que aún la tenían en la mano eran quienes habían querido escuchar a todos los oradores para formarse una opinión. Delegados de Schnals, Unteretsch, Gsies y Pfitschtal. De Sexten, Bruneck, Wolkenstein, Latsch, Kasern y Burgum. Y gente que, en la granja, a esas horas estaba despierta porque ya estaba ordeñando en el establo. De ellos dependía el resultado de la votación. Comed, parajitos, comed.

Uno por uno, metieron sus papeletas arrugadas en la urna.

De ahí las sacaron y las contaron.

Las apuntaron en el registro.

Y el presidente del Congreso leyó el resultado:

Votos totales: mil ciento cuatro.

Votos a favor de la resolución del señor Magnago: quinientos ochenta y tres.

Votos en contra de la resolución del señor Magnago: cuatrocientos noventa y dos.

Papeletas en blanco o nulas: diecinueve.

La resolución del señor Magnago queda aprobada con el 52,8 por ciento de los votos.

52,8 por ciento.

Teixel, ist das wenig! Caray, ¡qué poco! Eso fue lo segundo que pensó.

Pero lo primero fue: *Du hast es geschafft*. Lo has conseguido.

También Paul Staggl habría querido a una modelo en bikini, es decir, habría querido una foto con la modelo en bikini. O, mejor dicho, habría querido a la modelo en bikini, pero principalmente la foto. O viceversa.

Bueno, lo dicho.

Ay, ¡ojalá el Consorcio que presidía hubiera podido albergar la Copa del Mundo de esquí, como harían en val Gardena! Aquella foto publicitaria en la revista estadounidense *Time* había irritado mucho a sus socios, pero no a él. Paul Staggl había nacido pobre de solemnidad, en una granja sin sol: si hubiera desperdiciado tiempo y energías en envidiar la suerte de los demás, no estaría donde estaba. Su cabeza daba vueltas como la rueda de la estación inferior de un funicular: bien engrasada, con el único fin de subirlo a la montaña.

El caso es que observó con atención la foto de aquella hermosa moza que sólo llevaba braguitas, sostén, calcetas y botas de montaña; con un esquí apoyado en el suelo, delante de ella el otro, clavado en la nieve, y detrás, los Dolomitas nevados. Y no sólo porque hay cosas que siempre es grato mirar, sino porque, mientras la estudiaba, hizo numerosas reflexiones. La primera y más evidente era que su ciudad no estaba en el corazón de los Dolomitas. En los años treinta alguien había intentado diseñar postales con las agujas rosas de los «Montes Pálidos» recortándose tras la silueta del castillo medieval, una clamorosa falsificación geográfica que aún era posible en la prehistoria del turismo de montaña, pero que ahora nadie se planteaba siquiera. Los turistas contemporáneos veían la televisión y estaban informados: no podías embaucarlos así como así.

La cumbre de la montaña local, donde se erigían los postes del funicular construido hacía ya siete años por su Consorcio, tenía unas vistas majestuosas

de trescientos sesenta grados, sí, pero los Dolomitas quedaban muy lejos. Todo el mundo estaba enamorado de aquellas montañas color coral, y los dueños de los hoteles de los valles ladinos tenían todo el trabajo de promoción turística hecho gracias a su ubicación. No, allí no estaban los Dolomitas: era otra la forma de atraer en tropel a los esquiadores ingleses, holandeses, suecos y puede que hasta estadounidenses, nueva frontera del turismo ahora que alemanes e italianos estaban consolidados. Y él lo tenía muy claro. Había que convertir *su* montaña en una demarcación tan amplia y diversificada que ofreciera algo a todo el mundo. Staggl se quedó mirando la desnuda barriga de la chica y sus placenteras redondeces.

Los llamaban *circuitos*, ¿no? Pues bien, él tenía una visión: una red de instalaciones de elevación y de pistas que se ramificaran de forma radial en todas direcciones, tan amplia que un amante del esquí podría pasarse días enteros sin repetir ni una vez el mismo trazado. Las instalaciones contarían con la tecnología más moderna; el mantenimiento de las pistas estaría a la vanguardia, y el plan de inversiones sería constante y digno de una gran empresa. Todo eso permitiría a su criatura ser siempre el *estado del arte*, como decían sus colegas de Colorado.

Paul Staggl había pensado a lo grande toda su vida. No tenía la menor intención de parar sólo porque hubiera cumplido los sesenta. En el turismo de invierno se hallaba la riqueza. Para él, para su familia, para su valle, para el Alto Adigio y para todo el arco alpino. Estaba convencido: el futuro resplandecía como una pista nevada bajo los primeros rayos del sol. Además, Hannes, a las puertas de los treinta, se había decidido a casarse, y quién sabe si por fin le daría nietos. Por supuesto, los nacidos de las hijas también son una alegría, pero cuando los tiene el único hijo varón, ya se sabe, para el abuelo es algo especial.

En el turismo de invierno se hallaba la riqueza.

Paul Staggl ya no era el único en tenerlo claro. Además de Gerda, aquel año muchos campesinos compraron zapatos nuevos por primera vez a sus hijos. Pero a cambio ellos, en invierno y verano, tenían que dormir en el sótano o en el hueco de las escaleras. Sus habitaciones se habían convertido en oro: alquilarlas a los turistas en las pocas semanas de la temporada alta era más rentable que un año entero ordeñando vacas. Las bombas y los atentados habían quedado atrás, y cada vez había más turistas italianos.

Su relación con los surtiroleses no siempre era sencilla. Con frecuencia, interpretaban como una hostilidad seca la falta de zalamería de algunos anfitriones, acostumbrados a una sociabilidad de campesinos. Cuando llegaba una respuesta demasiado lenta en italiano o un menú sólo en alemán, los turistas italianos se quejaban: «¡Que estamos en Italia!».

Por su parte, algunos chóferes de autobús manifestaban toda su indignación por la injusta cesión del Tirol del Sur a Italia en 1919 dirigiendo gruñidos groseros al «¡Buenos días!» de los pasajeros.

Dicho esto, los italianos se equivocaban al creer que eran los únicos tratados con brusquedad por parte de algunos surtiroleses: en realidad, también se mofaban de los bávaros por borrachos, de los vieneses por soberbios y de los prusianos por prepotentes. Pero, en el fondo, lo único que importaba era que los turistas traían dinero, y el dinero no tiene ni lengua, ni frontera, ni historia.

Ni tampoco lleva trajes tradicionales. Muchos de los nuevos huéspedes italianos habían cogido la costumbre de ponerse y, sobre todo, poner a sus hijos los trajes típicos tiroleses. Baterías de madres e hijos de Roma, Vercelli y Florencia, luciendo *Dirndl* idénticos con delantales de flores, consiguieron un efecto de uniformidad que no se veía ni en la *Musikkapelle*. Del cuello de los niños milaneses colgaba, como un babero *Bauernschürze* en miniatura, el delantal azul de los campesinos que llevaba Hermann cuando lo agredió un funcionario fascista.

Al principio, los surtiroleses estaban perplejos ante aquella especie de mascarada (a excepción de los comerciantes que se enriquecían vendiendo *Trachtmode*),[92] pero luego se acostumbraron. Sin embargo, nadie pudo olvidar la visión de aquella familia de napolitanos –madre, padre y cuatro hijos escalonados de los dieciséis a los tres años– que, un día de agosto, recorrió la calle principal de la pequeña ciudad dando voces y llamándose los unos a los otros a grito pelado, con sus doce muslos, alimentados a base de timbales de arroz y pasteles de macarrones, desbordándose de los *Lederhosen*.

Ulli también acabó pernoctando en la buhardilla: la habitación que compartía con Sigi se alquilaba a los turistas en temporada alta. Con el dinero que sacaban, Leni les compró a sus padres una cocina nueva con la encimera de formica, como las que se veían en la tele. Y, ya que estaba, aprovechó para deshacerse de muchos muebles antiguos. Un hombre de Bolzano se ofreció a llevárselos y hasta le dio algo de dinero por ellos. Leni no podía explicarse qué le veía a aquel viejo armatoste que llevaba generaciones en su cocina ni al aparatoso armario pintado a mano que oscurecía la *Stube*. Bastaba con ver la fecha escrita bajo el friso central, 1773, para saber que estaba decrépito. Pero ella cogió el dinero del tipo de todas formas: no era culpa suya que algunas personas no supieran hacer negocios.

Entre los huéspedes italianos que regresaban cada año había una familia de Milán con tres niños. Le habían cogido cariño a la bonita vista de los glaciares que había desde la granja y a la hospitalidad que Leni y sus padres les ofrecían. Puede que sus anfitriones no fueran muy locuaces, con aquel caricaturesco italiano salpicado de «¡Por *fapor*!» y «¡*Puenos* días!», pero eran honrados, sinceros y, a su manera, incluso afectuosos. A juzgar por cómo los trataban, la familia milanesa jamás se habría imaginado que el marido de aquella joven viuda había saltado por los aires tratando de atentar contra los representantes del Estado italiano.

Su hija menor tenía la edad de Eva y un pelo crespo y moreno cuyos rizos le envolvían la cabeza como un halo eléctrico. Mostraba una desconcertante indiferencia por su condición de niña de ciudad y se había impuesto a Eva y a Ulli con tal naturalidad que no pudieron más que aceptarla. Ulli y Eva jamás se habrían zambullido en el heno con los chicos italianos de su edad que vivían en su pequeña ciudad ni se les habría pasado por la cabeza construir diques en el arroyo del bosque; con aquella niña de Milán, sí. Ya se sabe: hay que estar alerta con los vecinos, pero ante los habitantes de otras galaxias se puede mostrar curiosidad. A Eva y a Ulli les habría sorprendido mucho que la niña se hubiera definido como amiga suya: un amigo no desaparece once meses al año en un agujero negro. Pero aquella era una niña inteligente y, en efecto, nunca lo hizo.

El que había sido amigo de Eva, desde siempre, era Ulli.

O puede que él también fuera sólo un compañero de juegos hasta el día en que, en la plaza de la iglesia, después de la misa, un chico de su edad dijo que el padre de Ulli merecía estar muerto por ser un *Verbrecher*, un criminal, y que el de Eva estaba vivo, pero no la quería. A Ulli, como le sucedería en demasiadas ocasiones a lo largo de su vida, las palabras para defenderse se le quedaron enquistadas en la garganta, pudriéndose en su interior e infectándolo a él solo. Pero Eva metió los dedos índice y corazón de su mano derecha en los ojos del niño. Ulli y Eva se hicieron inseparables.

Sigi, en cambio, nunca fue amigo de Eva, y ella siempre lo vio como uno de esos asuntos desagradables de la vida que no se pueden eliminar ni resolver, sólo ignorar: una espina de madera demasiado profunda para sacarla; un diente que baila, pero no se cae; un padre siempre ausente. Y, si alguna vez Eva se había arriesgado a mostrar simpatía por Sigi, ese peligro quedó conjurado para siempre el día en que, a los cinco años, empezó a cazar trofeos.

Fueron Eva y Ulli, mientras Leni estaba en el establo, quienes lo encontraron sentado en el entablado de la *Stube*. A su alrededor, un cuchillo de cocina, clavos, un martillo, unos trozos de madera y los cuerpos decapitados de varios animales de trapo: un pato blanco y rosa, un osito marrón con un pañuelo rojo al cuello y un perro perdiguero con largas orejas negras. La cabeza cortada de cada peluche estaba clavada a una tabla.

Eva y Ulli contemplaron la escena en silencio: era tan inusitada que no les provocó reacción alguna. Tampoco Leni le pidió explicaciones a Sigi cuando, al llegar, vio a aquellos pobres animalillos de peluche convertidos en trofeos de caza. Se limitó a levantar la mirada hacia la pared revestida de madera de alerce. Allí, clavados en escudos de madera, estaban colgados los últimos vestigios que quedaban, además de sus dos hijos, del paso de su marido por la tierra: cabezas de ciervos, íbices y gamuzas, con los cuernos puntiagudos como el día en que Peter los mató.

De cuando en cuando, los *Schützen* iban a preguntarle a la viuda de su antiguo compañero si necesitaba ayuda.

–No, gracias –respondía Leni, cuya cara se relajaba por el alivio en cuanto se marchaban.

Ulli tampoco se quedaba mucho rato en la *Stube* cuando los veía llegar.

–Tu padre dio la vida por ti –le decían aquellos hombres, y a Ulli esas palabras le causaban una mezcla de hambre, náusea y preguntas sin respuesta. ¿Cómo iba él a poder corresponder un regalo tan desmesurado? ¿Y qué era exactamente eso tan provechoso que había obtenido a cambio?

A diferencia de su hermano, Sigi los seguía hasta el camino cuando se iban: los *Schützen* le encantaban. Y, muy pronto, antes incluso de entrar al colegio, empezaron a llevárselo a sus ejercicios. Aquel «Tu padre dio la vida por ti» también se lo decían a Sigi, y él, en sus entrañas, sentía que el vacío sin recuerdos que le había dejado su padre por fin se llenaba.

A Leni no le hacía ni pizca de gracia que su hijo se juntara con los *Schützen*, pero ¿qué podía hacer? Los Schwingshackl eran de la misma opinión. Los padres adoptivos de Eva sentían pena por Leni y por los niños, así como por el alma enferma de Hermann, que había perdido a su único hijo varón y había repudiado a su hija. Sin embargo, no consideraban que Peter fuera un héroe. Hay muchas formas de ser útil para los demás, y algunas exigen valor y sacrificio, pero Sepp y Maria jamás entenderían qué tenía de heroico hacer saltar por los aires a cualquier cristiano, quienquiera que fuese, o a uno mismo.

Luego llegó el Open Air, un nombre que sonaba a futuro con sólo pronunciarlo.

No era música. Era algo sólido que te envolvía; que no escuchabas con los oídos, sino con los pies, con el estómago y con el pelo. Te erizaba el vello de los brazos, te agarraba de las rodillas y te haría decir que sí a cualquier cosa. ¡Y qué ritmo! ¿Quién había oído un ritmo como aquel hasta entonces? El batería, esparciendo gotas de sudor por todas partes, agitaba su melena femenina como si fueran serpientes: era inconcebible que el instrumento con el que se dejaba llevar en un solo desquiciado fuera pariente del tambor redoblante de la *Musikkapelle*. Y, en efecto, no lo era. Nada era lo mismo. Tampoco era como antes el castillo, que desde la cima de la colina dominaba la ciudad donde ahora estaban Eva, Ulli, Ruthi y Wastl. Ni siquiera durante los asedios, en época medieval, sus antiguos bastiones se habían visto sacudidos hasta los cimientos por algo como aquello: un concierto de *rock*.

Nunca había habido tanta gente así, tirada en la hierba y debajo de los alerces que rodeaban sus antiguas murallas: chicas con las piernas desnudas y el pelo largo atado con tiras de cuero, chicos con camisetas de colores y pañuelos en la cabeza, parejas enredadas metiéndose mano por todas partes y besándose en la boca. Y, alrededor y por encima de todo, como un líquido denso en el que flotaban Eva, sus primos, los chicos en celo y el castillo, aquella música de

demonios santos. Eva no tenía ni suficientes ojos, ni oídos, ni piel para todo lo que ocurría a su alrededor.

Ruthi, en cambio, estaba triste. La niña que había acogido a Eva como si le regalaran una muñeca se había convertido en una muchacha de quince años. Seguía siendo rubísima y estaba un poco más delgada de la cuenta, pero bajo sus blancas pestañas había una mirada tan interesada por los demás que todo el mundo disfrutaba de su compañía. Incluido Wastl. Mucho. Y ella también había empezado a notar que estar con él no sólo le era grato, sino casi indispensable. Sin embargo, Wastl acababa de contarle que, ahora que había terminado la mili, ahorraría un poco de dinero con la vendimia en val de Adigio y luego se marcharía a Marruecos.

Marruecos. Era el nombre de un sitio muy lejano, pensó Eva. ¿Estaría cerca de América? Sí, hacía poco, en la nueva televisión que había en casa de Ulli, había oído hablar de su capital: Ciudad de Marruecos. ¿Cómo se llegaba? ¿Con el mismo autobús que se llevaba a su madre? A lo mejor Ciudad de Marruecos estaba en la misma dirección que la cocina donde trabajaba, pero un poco más allá.

Nada de autobús, les explicó Wastl. A Marruecos llegaría en autostop. Y no invitó a Ruthi a ir con él. La chica se esforzó por no llorar, pero el grupo que había en el escenario, con el inigualable nombre The We, no se lo ponía fácil: acababan de empezar a tocar una canción lenta y tristísima en la que la guitarra eléctrica gritaba de dolor como un animal herido.

Autostop.

Otra palabra con un sonido bonito y alegre. Eva no estaba segura de entender su significado, pero se dijo: de mayor yo también lo haré.

KILÓMETRO 960-1126

Volvemos a estar lejos del mar: entre nosotros se interpone el macizo montañoso de la península de Sorrento. De Angri en adelante, cada vez que el tren reduce la velocidad se percibe un olor horrible a goma quemada. Me imagino que serán los frenos.

Cuanto más al sur estamos, más avanzada está la estación: aquí los árboles frutales no tienen flores, sino hojas de un verde joven. En el centro de un enlace de la autopista se erige, incoherente, un cenador estilo liberty de hierro forjado y cristal, delicado como el templete de un jardín italiano. Un pequeño templo a la belleza en medio de la nada.

En la estación de Salerno todas las vías están blancas de desinfectante, o quizá sea cal. La sensación que transmite es que aquí se toman muy en serio neutralizar los efectos de los maleducados que van al baño con el tren parado. La colina que asoma por detrás de las marquesinas está cubierta de edificios enormes e idénticos, pero idénticos de verdad, idénticos en cada detalle, sin la más mínima variación.

Eso sí, qué vistas del mar tienen…

Las dos chicas estadounidenses se bajan del tren. Imagino que se dirigen a la costa amalfitana. Como antes, es la regordeta la que se encarga de las mochilas de ambas mientras la otra se queda sentada mirándola con expresión impasible

y taciturna. Esta vez, yo tampoco me levanto para echarle una mano, no sé por qué. La chica corpulenta resopla bajo el peso de su mochila con el osito rosa.

Dale la vuelta al pobre oso, me entran ganas de decirle, ¡no puedes ir por ahí con un peluche colgado bocabajo! Da repelús, no es una buena forma de presentarte; recuerda que estás de viaje, necesitas la benevolencia de los desconocidos… Pero no me atrevo.

O a lo mejor es que yo estoy demasiado sensible, desde el episodio de Sigi, con el tema de los «peluches usados como no se debe». En cualquier caso, las dos chicas ya han salido del compartimento sin despedirse siquiera. Hemos viajado juntas casi tres horas y no hemos cruzado ni una palabra.

«Pero, mujer, tírale la mochila a la cara a esa anoréxica maltratadora.»

Antes de que el tren reanude la marcha, frente a mí se sienta una pareja de unos sesenta años y una chica de veinticinco o treinta, con unos granitos en la piel que seguro detesta, unos bonitos ojos almendrados de gitana, camiseta y vaqueros. La señora, que parece su madre, se ha sentado justo enfrente de mí. Lleva agarrados el bolso, la chaqueta y una bolsa de plástico voluminosa, y no hace amago de ponerse más cómoda. No apoya nada, aunque tiene dos asientos libres a su lado.

Del compartimento de los vecinos indios llegan unos ronquidos fortísimos, expresivos como los «*Hallo, hallo!*» de hace un rato.

De Battipaglia en adelante vuelven los invernaderos, invernaderos y más invernaderos. Invernaderos violetas (lechuga rizada), verde intenso (lechuga capuchina) y rojos (tomates) que llegan hasta los pies de los bloques de viviendas. Hay un campo en barbecho cubierto de flores amarillas, fucsias, violetas y azules; al lado, un trigal de un verde resplandeciente. Cuántos colores hay en este país.

De ladrillo rojo bermejo, en cambio, son los elegantes arcos del puente en desuso de un antiguo ferrocarril. Tiene un ancho de vía estrechísimo, como si

por ahí pasara un tren de juguete. Quizá se remonte a la época de los Borbones, cuando Nápoles era una de las ciudades más modernas del mundo.

Atravesamos un par de valles sin casas y, después de pasar también por Vallo della Lucania, reaparecen los ladrillos del antiguo ferrocarril, otro puente de ese color hermoso y cálido que discurre con elegancia sobre un cañón. El trazado de balasto continúa hasta que se estrella… contra una casa. ¿Continuará en su interior? A saber. Quizá sea como en esas viviendas de Roma construidas alrededor de los acueductos: una estructura que hace dos mil años conducía el agua a la Urbe y que ahora hace de arquitrabe. No está nada mal, me digo, tener un salón por el que pasa uno de los ferrocarriles históricos del país.

Algunas cosas sólo ocurren en Italia.

Cada vez que el tren frena, sin excepción, el olor acre de la dioxina se te cuela por las narices.

–¡Qué peste! –dice la señora que tengo enfrente.

Aunque se subió al tren hace casi una hora, aún no se ha desprendido de nada: bolso, chaqueta y bolsa siguen bien apretados contra su pecho, como si fuéramos en un tren indio abarrotado y no en un vagón semivacío por ser Domingo de Pascua. De hecho, también lleva en la mano los billetes del tren, preparados para enseñárselos al revisor. Tras el clásico bailecito de señora/señorita, hemos empezado a charlar.

Son de Messina. El marido es un policía jubilado, como habría tenido que intuir por el bigote entrecano y la complexión de antiguo atleta. La hija es graduada en Filología Clásica y está haciendo un máster para dar clase. Está indignada.

–Admiten a gente con trastornos del comportamiento que no tendría que estar en contacto con chavales bajo ningún concepto. O a gente idiota que no ha estudiado en su vida, pero que está enchufada.

Me preguntan de dónde soy. Se lo digo.

La madre me escucha con atención desde detrás de su barrera de pertenencias. Los brazos deben de empezar a dolerle, y quizá por eso se ha puesto de puntillas: para sostenerlo mejor todo y evitar que se le caiga.

–Nosotros una vez estuvimos de vacaciones en Ortisei. Cuando los niños eran pequeños. Qué bonitos los Alpes de Siusi, ¿eh, Mario?

–Preciosos, sí. Un paraíso.

Marido y mujer se sonríen. Quizá recuerden un momento especial que vivieron en el Seiser Alm.

–¡Ustedes tienen autonomía regional, pero de verdad! No como nosotros en Sicilia, que somos autónomos del Estado italiano, pero súbditos de la mafia. Si estuviera empezando ahora, me trasladaría al norte para que mis hijos crecieran allí. Sin tanto enchufado.

La mujer me mira y, a traición, me dice:

–Perdone la pregunta, pero… ¿usted se siente más alemana o italiana?

¡Y ni siquiera ha dejado las cosas antes de preguntármelo!

Tomo aire. La respuesta, como es natural, la tengo bien ensayada.

–Mi pasaporte es italiano, mi lengua es el alemán, mi tierra es la parte sur del Tirol, cuyos otros territorios, el Tirol del Norte y el Tirol Oriental, están en Austria. Nosotros la llamamos *Südtirol*, pero en italiano se dice Alto Adigio, pues la diferencia siempre ha sido ésa: desde dónde se la mira, si desde arriba o desde abajo.

Mi respuesta la deja sin palabras. Mira al marido.

–Pero ¿en Ortisei no hablaban ladino? –le pregunta.

–Sí.

–Que, por cierto –intervengo–, es un ladino distinto del que se habla en val Badia.

–¡Qué sitio más complicado!

–Eso es verdad.

Hasta hace unos años, cuando alguien decía que era un altoatesino de lengua alemana lo tomaban por terrorista. O, como mínimo, te preguntaban: pero ¿por qué odiáis tanto a los italianos?

Luego las cosas cambiaron. En el suplemento semanal del periódico, hace unos meses, la portada estaba dedicada a las pulsiones étnicas separatistas en Europa. Se mencionaban:

Córcega
Eslovaquia
Escocia
Cataluña
País Vasco
Kosovo
Montenegro
Eslovenia
Croacia
Bosnia y
Padania.

¡Padania!

Ni rastro del Alto Adigio.

Una vez, acompañando a casa a Zhou, que había pasado a saludarme, pillé al señor Song en casa. Un acontecimiento singular, porque siempre está por ahí de viaje por sus negocios, que se extienden por todo el noreste de Italia. Me invitó a pasar y me enseñó su cajita de grillos de pelea, el único efecto personal que se había traído de China. Dentro había dos platitos en miniatura, uno para el agua y otro para la comida, con una elegante decoración esmaltada; la microscópica jaula nupcial, donde los luchadores de raza se aparean con las

grillas más fértiles; una balanza diminuta para pesar a los insectos y así organizar peleas equitativas por tonelaje y fuerza, además de una especie de pincel que tenía en la punta una sola crin y que se usaba, según me explicó Song, para azuzar a los grillos antes del combate y hacerlos más agresivos. En aquella especie de casa de muñecas minúscula, la ausencia del grillo, de un grillo cualquiera, sabía a exilio.

–¿Por qué no coge dos grillos de nuestros prados e intenta pelearlos? –le pregunté.

El señor Song me miró con ojos amables. Sin rastro de impaciencia, respondió:

–Sólo un grillo chino puede pelear al estilo chino.

Recuerdo que me pareció una frase cargada de sabiduría y me callé.

Pero ahora me pregunto: ¿será verdad?

En 1981, Ulli y yo nos encerramos en jaulas de hierro en un puente de Bolzano junto a otros muchos jóvenes. Protestábamos contra el censo étnico previsto por el nuevo Estatuto de Autonomía.

Fue siete años antes de su, digamos, accidente de trabajo. Ulli tenía casi veinte años, ya podía votar, y yo también estaba a punto de cumplir la mayoría de edad. Todos los residentes adultos del Alto Adigio tenían que declararse alemanes, ladinos o italianos. Quién se negara a rellenar la declaración no podría ni dar clases, ni solicitar cotizaciones estatales, ni trabajar en el sector público. Pero, sobre todo, uno no podía definirse como multiétnico. Era la tan ansiada *Sprachgruppenzugehörigkeitserklärung* del viejo Magnago. Precisamente él, hijo de una alemana y un italiano, había empezado a decir. «*Nicht Knödel mit Spaghetti mischen*», los *Knödel* y los espaguetis no se mezclan. Centros de enseñanza, bibliotecas, consejerías regionales y centros culturales: según esta visión, todo tenía que estar separado.

Mi madre decía estar convencida de que aquélla era la solución correcta.

–El matrimonio entre un italiano y una alemana no funcionaría jamás –aseguraba. Habían pasado ya ocho años desde que Vito se marchara.

Por lo demás, siempre fue verdadera devoción lo que mi madre tuvo por Magnago. Ella también estuvo de niña en Castel Firmiano y nunca se ha cansado de contar que estrechó la mano del Padre de la Autonomía en el hotel en el que trabajaba. A los jóvenes, en cambio, no nos caía tan simpático. Los Verdes/*Grüne* habían organizado la manifestación. Los dirigía Alexander Langer, un geniecillo visionario con dientes de conejo que soñaba con un espíritu más amplio y menos mezquino para nuestra *Heimat*, ya autónoma y cada vez más rica, no con un tacaño apartheid de montaña. Por eso lo odiaban muchos surtiroleses de bien, con Magnago a la cabeza. En cada una de las dos jaulas de hierro colocadas en el ponte Talvera había un cartel. En uno se leía DEUTSCHE; en el otro, ITALIANOS. A quienes pasaban por el puente se los invitaba a entrar en la que correspondía a su etnia. Una vez que estabas entre rejas, no podías comunicarte con los de la otra jaula. Exactamente lo mismo que los líderes del Südtiroler Volkspartei deseaban que ocurriera entre *Daitsche* y *Walsche*.

Hacía un agradable día de sol, y los cuerpos de los manifestantes apretujados en la jaula de los *Daitsche* olían a lana y sudor. Fue entonces cuando Ulli me dijo:

–Yo llevo viviendo en una jaula así desde que nací.

No podía girarme: estábamos demasiado apretados.

–¿En qué sentido? –le pregunté.

–Desde que la matrona le dijo a mi madre: es un niño.

Seguimos atravesando un campo atemporal: torrentes de aguas cristalinas, forsitias incendiadas por el sol, chumberas agrupadas como colonias de corales, olivos bajo cuyas copas podría cobijarse una familia al completo. Sentada al pie de un almendro en flor, una joven amamanta a su niño. Y, por

enésima vez, muchos metros por encima de nosotros, el arco de un puente del antiguo trazado con sus ladrillos bermejos. La antigua vía sólo se conserva ahí, en los tramos en que atraviesa el aire y no le roba tierra a nadie, o donde la han incorporado a una nueva construcción.

Quizá ocurra lo mismo con ese elemento al parecer tan fundamental para los seres humanos: su identidad. O permanece inmutable al margen de la historia, o se transforma o muere.

Túneles que se alternan con vistas del mar, y otra vez túneles, y más túneles. Después de Policastro, cuyas murallas medievales de piedra gris se asoman al mar, estamos a punto de salir de Campania.

1971

Velo blanco, hábito blanco, escapulario de canalé blanco: de no ser por su estatura de niña, Eva parecería una novicia.

Gerda, no.

Ella llevaba un vestido de *chiffon* estampado en color aguamarina, no tan corto como los que se ponía para salir a bailar, pero casi. Ese *casi* le había dado muchos quebraderos de cabeza. Había sopesado con detenimiento la cantidad de muslo que exponer con motivo de la primera comunión de su hija. No de más, para no ofender; no de menos, para que nadie creyera que pretendía camuflarse. Gerda quería que se supiera: no se avergonzaba de ser una mujer libre. No tenía que pedirle a nadie el dinero con el que comprar el pan y la leche para ella y para su hija, así que le correspondía a ella decidir quién se metía en su cama y quién no.

Sin embargo…

Gerda tuvo que concentrarse muchísimo para que nadie, especialmente ella misma, notara que, entre las madres de los niños comulgantes, sólo había una que no estaba casada. Así pues, se pasó toda la misa mirando hacia la cristalera que iluminaba los horrendos frescos decimonónicos, representaciones de la infeliz santa barbuda. Sólo la bajaba ocasionalmente y apenas miró un par de veces a los niños, entre los que estaba su hija, sentados en el banco delante del

altar a la espera del sacramento, las niñas vestidas de monja o de novia; los niños, como pequeños maestros de ceremonias, con chalecos de raso y camisas blancas, limpias pero con frecuencia raídas tras haber pasado por más de un hermano mayor. Y, sobre todo, Gerda no se giró ni una vez hacia el resto de los feligreses.

En cambio, el día de su primera comunión Eva lo recordó siempre por los esquís.

Al regresar a casa tras la ceremonia, los encontró apoyados en la puerta principal del estudio en el que vivía con Gerda en temporada baja. Eran más altos que ella, color amarillo limón. Pesaban muchísimo, pero Eva intentó levantarlos, vestida de monja en miniatura, y lo logró con gran esfuerzo. Lo que más la sorprendió fueron las fijaciones: pese a que aún no había metido el pie, aquel doble cierre de metal transmitía una sensación constrictiva, oprimente.

Gerda, al ver los esquís, se puso alerta. El estudio estaba en la planta baja de una casa nueva de varias alturas, con un apartamento para turistas en cada piso, pero ahora, en mayo, estaban todos desiertos. Se encontraba en la periferia de la pequeña ciudad, no muy lejos de la subida que conducía a la iglesia y a las granjas de Ulli, de Wastl y de Sepp y Maria. Delante del edificio había un campo de patatas que aquel año estaba en barbecho, atravesado por una carretera de gravilla blanca bordeada de lilas. Las flores blancas, rosas y violetas difundían su fragancia por el aire. Allí vio aparcado el Mercedes 190 color crema. Hannes estaba apoyado en el capó, con las piernas cruzadas y la mirada de quien lleva un rato con los ojos clavados en una sola cosa: Gerda.

Ella no bajó la mirada. Se limitó a corregir un poco su dirección, para evitar la cabeza del padre de su hija y volar serena sobre aquella figura, en la que no estaba reparando, hasta posarse, distante, en la línea de los glaciares del horizonte.

Eva supo de inmediato quién era.

Hannes se le acercó. Gerda se encendió un cigarrillo y empezó a fumar sujetándose el codo con una mano, con la mirada perdida en aquella distancia infinita.

–¿Te gustan? –preguntó el hombre de pelo naranja.

–Pesan mucho –respondió Eva.

–Porque son de buena calidad. Con éstos vas a esquiar como Gustav Thöni.

–Yo no sé esquiar.

Se produjo un silencio. La hija del hijo del rey del circuito invernal no se había puesto en la vida unos esquís. El hallazgo pareció descolocar a Hannes Staggl.

–Yo soy cocinera, no una señora. No puedo tirar el dinero.

Aunque la voz de Gerda procedía de su boca, a menos de un metro de Eva, parecía llegar de lugares remotos.

Hannes no se giró hacia la mujer, aún hermosa, a la que fecundara hacía no tantos años, y siguió con la mirada puesta en la monja blanca en miniatura.

–Si tu madre hubiera querido casarse conmigo, ahora no trabajaría en un hotel como una esclava. Tendría un hotel.

Gerda dio una calada y se quedó el humo en la boca durante unos segundos que a Eva se le hicieron eternos. Luego lo soltó en perfectos anillos azulados que se dirigieron hacia las lilas en flor como diminutas y valientes naves espaciales. Pero la épica travesía fracasó: se disolvieron todas en el espacio antes de aterrizar.

–Nadie me pidió que me casara con él cuando estaba embarazada.

Gerda aún no se había terminado el cigarrillo, pero lo tiró al suelo y lo apagó con el tacón. Cogió a Eva de la muñeca, entró con ella en la casa y cerró la puerta. Pero todo con delicadeza.

El regalo de Hannes resultó estar incompleto: no incluía las botas de esquí. Después de un intento inútil de encastrar en las fijaciones las botas de agua, Eva renunció.

Fue Sepp el que encontró una solución. Fabricó dos estrechos taburetes y clavó uno en cada esquí, que había cortado a medio metro de la punta y en los que también había incorporado una especie de manillar. Cuando llegó el invierno, Ulli y Eva se lanzaron cientos y miles de veces, cada uno con su *Böckl*,[93] por la larga cuesta que había detrás del henil: no se cansaban jamás. A Gustav Thöni también le habría encantado.

Al cabo de unos meses, Genovese invitó más de una vez a Gerda a ser *su grata compañía*. El militar se había fijado en ella en la Sottufficial Party, pero ya estaba ocupado con otras presencias femeninas, demasiadas incluso para él: imposible añadir una más. De hecho, la última que había tenido se despidió de él tirándole a la cara una bebida con hielo en el vestíbulo del Hotel Greif, en Bolzano. A Genovese aquello no le gustó un pelo: su reputación le importaba, y no poco. Sólo ahora, más de un año después, era libre para salir con Gerda.

A ella no le disgustaba pasar tiempo con aquel napolitano que le llegaba por los hombros y que no se callaba ni debajo del agua. En la sala de baile la diferencia de altura no era tan grave: en aquella época ya no hacía falta que la cintura de la mujer estuviera más baja que la del hombre. El baile del Tuca Tuca, que consistía en estirar las manos y palpar a tu pareja al ritmo de la música, se adaptaba muy bien al alférez Genovese: habría podido inventarlo él perfectamente, en vez de Raffaella Carrà. También en el sexo iba directo al grano; no se lo podría definir como un amante generoso, aunque eso no era una novedad para Gerda. Pero luego se mostraba relajado, amable. Le hablaba de su maravillosa ciudad, iluminada por la luna del golfo. Sus ojillos de pícaro excitado se azucaraban y le decía:

–Un día te llevaré.

Que ella se lo creyera no estaba previsto, pero valoraba que él se sintiera en la obligación de decirle aquella mentira. Y, sobre todo, le hacía reírse.

–*Si accussì bella ca si faciss' nu pireto m' 'o zucass'!* –le dijo un día mientras se vestía junto a la cama.

Ella, tumbada de costado, con el cuerpo desnudo, liso y pleno como una sobrecogedora ese, lo miró sin entender nada.

Por debajo de la camisa de Genovese asomaba su sexo colgante; las piernas, cortas y cubiertas de pelos rizados y negros, acababan en unos calcetines –uno tenía un tomate– que no se había quitado en ningún momento. Ensanchó los hombros, puso la espalda recta, alzó la barbilla y declamó, con un acento digno de un miembro de la Academia de la Lengua Italiana, la traducción:

–¡Eres tan guapa que, si se te escapara un pedo, me lo tragaría!

Ella le preguntó el significado de la palabra *pedo*. Él se lo explicó. Ella se echó a reír y no paró hasta bastante rato después de que él se hubiera marchado.

Aquél era el motivo por el que Genovese aún no había recibido una puñalada de un marido celoso, ni una paliza por parte de los muchos compañeros a los que les había birlado a las *Fräulein*, ni una degradación por unos superiores a los que siempre daba nuevos motivos para hacerlo: por muy vulgar, mentiroso, traidor y holgazán que fuera, transmitía alegría. Así pues, aquel día, sabiendo que Genovese pasaría a recogerla por la noche en su Fiat Quinientos, un coche más adaptado a sus piernas que a las de ella, Gerda canturreaba «Me gustas, ¡ah! Tuca Tuca…» y daba un pasito de *swing* con caderas y hombros mientras bajaba las escaleras de la despensa. Se echó a los hombros el abrigo de lana, entró en la cámara frigorífica y, sin dejar de cantar, descolgó del garfio el medio cordero con el que prepararía el *plat du jour*: chuletitas a las finas hierbas. «¡Megustasmegustasmegustasmegustasmegus!», y

en el gélido congelador el ritmo de la canción se hacía visible: cada acento era una nube de vaho que salía de la boca.

Sí, aquel día Gerda estaba de excelente humor.

Justo en aquel momento, en un pasillo del cuartel, Genovese estaba hablando con Vito. Aquella noche tenía una cita, le dijo, pero resultaba que había llegado también una novedad, una novedad llamada Waltraud, y renunciar a ella le fastidiaba.

–¿Quieres ir tú por mí? Gerda es una *froilèn* muy guapa. Ya verás como luego me das las gracias.

Vito no tenía ganas de bailar aquella noche. A la mañana siguiente tenía que salir de patrulla antes del amanecer, pero Genovese insistió: a una hermosa chica rubia no se la puede dejar sin acompañante; es un pecado mortal. El caso es que, no por sentimiento del deber, pero casi, Vito aceptó.

Cuando, más adelante, Gerda y Vito recordaron la primera vez que se habían visto y compararon sus primeras impresiones, supieron que habían sido muy distintas.

Cuando la vio, Vito pensó en huir. Y habría podido hacerlo: ella aún no sabía que era el sustituto del napolitano; de hecho, ni siquiera sabía que iba a presentarse otra persona. Es demasiado guapa para mí, pensó. No guapa como cualquier chica sana con un cuerpo bonito y una cara sin defectos. Guapa hasta doler, hasta hacerte sentir nostalgia aunque aún la tengas delante; guapa hasta querer abrazarla en todo momento y no permitir que nada ni nadie le haga daño.

En cambio, cuando Gerda vio a un *carabiniere* uniformado esperándola delante de la salida del personal, un mordisco le contrajo el estómago. ¿Qué novedad tremenda e inesperada estaba a punto de anunciarle aquel agente? ¿Tenía Peter algo que ver? No, Peter estaba muerto. ¿Eva, entonces?

Por lo pronto, Vito no había huido. Le explicó a la mujer que el alférez Genovese le enviaba sus más sentidas disculpas por la imposibilidad de acudir a la cita, pero que, si ella se conformaba con un sustituto para posibles veladas de entretenimiento, él se ponía respetuosamente a su disposición. Locuciones propias de informe oficial, pero una jungla en el pecho: al hablar, el corazón le latía en la caja torácica como un ave del paraíso recién capturada.

Fue entonces cuando Gerda pudo ver en Vito otros rasgos al margen del hasta entonces preponderante: que no era Genovese. Tenía el mismo físico que el napolitano: también era bajo, moreno y con esa nariz pronunciada de los antiguos pueblos marineros. Pero, en cuanto a carácter, bien podría llegar de otro continente: todo lo ruidoso y excesivo que era el otro lo tenía este de silencioso y solemne. Además, tenía los ojos puestos en los de Gerda, y no en las caderas, donde se le ajustaba el vestido, ni en los pechos.

Gerda no estaba muy decepcionada. Podría decirse que entraba dentro de su acuerdo tácito: que algún día Genovese desapareciera; de hecho, su relación había durado más de lo previsto. Echar a perder una velada no era propio de ella, así que aceptó a Vito como acompañante.

Los recuerdos de aquella primera noche tampoco coincidían. Vito aseguraba haberla llevado a cenar al pequeño restaurante que hay cerca de Ponte Druso; ella estaba convencida de que habían ido directamente a bailar. En realidad, Gerda no tenía muchas imágenes de las primeras horas juntos. No se acordaba de qué música tocó la orquestina ni de su primer baile. Es probable que él le pisara los pies, pero eso no era un recuerdo, sino una deducción: Vito nunca fue un bailarín consumado. Gerda no guardaba un recuerdo concreto de lo que había hecho o dicho el *carabiniere*. La sorprendieron mucho más las cosas que no hizo.

Las manos con que le agarraba la cintura en los bailes lentos no empezaron a ganar centímetros espalda abajo en dirección a las nalgas. No intentó tocarle

un pecho tras la tercera cerveza. Es más, ni siquiera hubo tercera cerveza: se limitó a una. Cuando la dejó en el hotel, Gerda se esperaba un beso, pero él se quedó con los brazos caídos, rígido como un plantón. No en vano, Vito había pasado toda la velada con el cuerpo de centinela: fue la única forma de lograr contenerse y no intentar hacer el amor con ella en el mismo suelo de la pista de baile.

Gerda entró en su habitación de la buhardilla y se desvistió, un poco decepcionada. Estaba claro que no le había gustado en absoluto al cabo mayor Anania.

Al día siguiente, Vito fue a buscar a Genovese. No era tarea fácil, porque el napolitano pasaba por su oficina con la misma frecuencia con que vamos a visitar a los parientes lejanos: sólo en ocasiones especiales y nunca mucho rato. Cuando lo encontró, le preguntó si le parecía mal que quedara de nuevo con la mujer a la que había llevado a bailar en su lugar.

–¡Qué va, hombre! –respondió Genovese–. Ya sabía yo que iba a chiflarte.

Lo miró fijamente. Había algo en la expresión de Vito que, por un insólito momento, le hizo guardar silencio. Genovese ya había visto muchas caras como aquélla, locas de amor, y tenía una idea muy clara: nunca eran buena noticia.

–¿Sabes que su hermano era terrorista?

–¿Era?

–El muy canelo se reventó él solito.

Vito se ensombreció. Genovese, mirándolo con esos ojillos puntiagudos como alfileres, le advirtió:

–Anania, tú no eres como yo. Tú eres un hombre serio. Ándate con ojo. Ésa es madre soltera, perfecta para darse un capricho y poco más. Que no se te olvide.

Pero Genovese lo sabía de sobra: hablarle así a un hombre enamorado era igual de innecesario que llevar rosas a un burdel. Quien tenía esa cara la conservaba. Ya se encargaría la vida de borrársela. Precisamente por eso, él dedicaba su existencia a evitarla por todos los medios.

La segunda vez que Vito quedó con Gerda, le dijo:

–Tienes los ojos bonitos y tristes.

Aquellos ojos bonitos se abrieron por la sorpresa. A Gerda los hombres siempre le habían dicho cosas como «Qué alegre eres, cuánta energía tienes, cómo sabes divertirte». Triste no se lo había dicho nunca nadie.

Gerda no lo había pensado hasta que Vito mencionó su tristeza. Sí, una parte de ella estaba triste desde hacía años, pero no se había dado cuenta. ¿Cómo podía saberlo él?

La primera noche que pasaron juntos, él no la penetró. Cuando estuvo ante el cuerpo desnudo de ella, se vio abrumado por la emoción y su sexo se quedó inerte. Con cualquier otra mujer se habría sentido empequeñecido por el episodio, pero con Gerda no. Tenía una inexplicable confianza en que todo iría como tenía que ir, en que no había prisa. Gerda se durmió y él se quedó abrazado a ella hasta el amanecer, incapaz de creerse la suerte que tenía.

La tercera vez que se vieron, le dijo:

–Tú cruzas los pulgares.

Estaban en un bar. Él apoyó los codos en la mesa, levantó las manos y, enseñándole las palmas, engarzó un pulgar con el otro.

–Así, cuando duermes de costado.

Gerda tuvo que pensarlo. Movió los pulgares dentro de sus zapatos para ayudar a su cuerpo a recordar y, en efecto, era cierto: cuando se acostaba de lado, siempre metía un pulgar entre el índice y el pulgar del otro pie. Eso también lo hacía desde siempre, aunque nunca había sido consciente. ¿Quién era aquel hombre que parecía conocerla desde que era una niña?

Aquella noche, Vito se zambulló en ella como un buzo, descubriendo tesoros de placer sumergidos. A Gerda nadie le había dicho que estaban todos ahí, en el fondo de su mar.

KILÓMETRO 1126-1191

Atravesamos la estación de Sapri. En el compartimento de al lado se produce la siguiente conversación:

PRIMER HOMBRE INDIO: ¿Sabri?.
SEGUNDO HOMBRE INDIO: Sapi.
TERCER HOMBRE INDIO (acentuando la erre): SapRi.
PRIMER HOMBRE INDIO (acentuando la i): ¿Saprí?.
TERCER HOMBRE INDIO (acentuando la a): Sápri.
MUJER INDIA: Sapri.
TODOS (con satisfacción): Sapri.

La mujer del policía jubilado que tengo enfrente sigue sujetando todas sus cosas: bolso, chaqueta, bolsa de plástico y billetes, que aferra con fuerza en la misma mano en la que ha apoyado la cabeza, dormitando. Cuando abre los ojos, el marido le dice, y ya era hora:

–¡Deja las cosas!

Ella parece sorprendida, como si, aun siendo una idea extravagante, pudiera tomarse en consideración. Me recuerda a esas mujeres que en las largas mesas de los *Grillfest*[94] se pasan todo el tiempo echando cervezas, sirviendo salchichas Frankfurt, cortando el pan y sonándoles los mocos a los niños: no descansan nunca, no se sientan nunca, no se comen ni un bocado tranquilas, disfrutando

de la compañía sin más. Y no porque sea siempre necesario, no porque sean insustituibles: sencillamente porque no contemplan pasar aunque sólo sea un instante sin hacer algo útil.

Por fin, la señora se desprende de todo lo que lleva encima, el marido lo coloca en el portaequipajes y yo respiro aliviada.

Salimos, entramos y volvemos a salir de los túneles. En el breve tramo entre cada túnel, los meandros de un torrente cristalino surcan un prado repleto de almendros en flor. Ningún ser humano; sólo un toro negro. Es una imagen de una fugacidad casi subliminal, pero de una presencia absoluta: la bestia, imponente, poderosa, oscura, entre los pétalos blancos que caen como copos a su alrededor.

Cuando nos adentramos de nuevo en la negrura del túnel, en la retina se me queda grabada una mancha luminiscente con forma de toro: su negativo.

Cuando Ulli llevó a Costa a conocer a su familia, Sigi dijo: no vengas a manchar la casa de nuestra madre con tu mierda si te gusta que te la metan por el culo hazlo en los baños públicos das asco y tu amigo aún más sois un par de *Schwuchtl* unos *Warme Brüder* unos *schwule Sauen*.[95]

No podía haber encontrado palabras más sucias. Debía de llevar meses y años dándoles vueltas en la boca, como veneno, para escupírselas todas a la vez.

Leni dijo: no pasa nada es una enfermedad puede curarse el cura me ha dicho que hay un médico en val Sarentina que sabe cómo se hace si quieres le damos la dirección a tu amigo también y seguro que va encantando porque nadie quiere estar enfermo e infeliz si hay una medicina.

Sigi dijo: la gente como vosotros se merece que les metan la cabeza en el váter. Y cogió a Costa, que era mucho más delgado que él, lo arrastró hasta el retrete y lo hizo.

Ulli dijo: déjalo. Y Sigi lo dejó, pero antes tiró de la cadena.

Costa dijo: déjame. Y no aceptó el abrazo de Ulli, que quería ayudarlo a levantarse, apoyó un puño en el suelo y se puso de pie solo y sin mirarlo a los ojos, con el pelo manchado de orina.

Leni dijo: no entiendo por qué discutís siempre por qué nunca podemos estar todos juntos en paz.

Ulli llevaba casi dos años con Costa. La primera vez que lo vi, pensé: ya está, Ulli ha encontrado a su verdadero hermano.

Sigi no sólo tenía el cerebro de un nazi, sino también los colores, como los míos: ojos azules, pelo rubio, piel rosa. Costa, en cambio, tenía la mirada parda y dócil, como Ulli y su madre, y su misma piel ambarina. Colores del Mediterráneo que dejó de herencia en nuestros valles algún legionario romano que pasaba por aquí, un mercenario hispánico a sueldo de los emperadores o un mercader del Levante rumbo a las capitales del norte. Ulli y Costa se parecían como suelen parecerse las parejas bien avenidas; al verlos uno al lado del otro no era difícil imaginárselos pasando toda la vida juntos.

Ulli llevaba meses queriendo presentárselo a su madre. En Innsbruck, donde convivían siete meses al año, no tenían que esconderse. Pero la situación cambiaba en la temporada de invierno, cuando Ulli trabajaba en las pistas de esquí y tenía que quedarse en nuestra pequeña ciudad. Costa había venido un par de veces, pero le resultaba sofocante. Demasiado limpia, demasiado perfectos los geranios en las ventanas, demasiados pocos los homosexuales que habían salido del armario: ninguno, para ser exactos. Ulli no había insistido, pero le dolía. Costa quería mudarse a Berlín, y a Ulli la ciudad le gustaba, ya había estado, pero era incapaz de imaginarse viviendo tan lejos de sus montañas. Hacía años que Leni había dejado de preguntarle por las chicas, pero ese acuerdo tácito ya no era suficiente para él. Desde hacía un tiempo tenía un sueño: contárselo a su madre y presentarle a Costa. Le

explicaría a Leni que era el amor de su vida y ella no sólo lo aceptaría, sino que hasta se alegraría por él. ¿Qué madre no desea que sus hijos conozcan el amor y sean correspondidos?

Pero a mí me parecía una pésima idea llevar a Costa a aquella granja. Conocía a Leni y, en especial, a Sigi. Tendría que habérselo dicho a Ulli, pero había un problema: me avergonzaba tanto de los celos que me causaba su felicidad que actué como actúan siempre los envidiosos cuando tienen una crítica acertada que hacer: callan por miedo a que los descubran. Así pues, escuché a Ulli en silencio, sin manifestarle mis dudas.

Por tanto, lo que habría tenido que decirle yo, se lo dijo Costa, la persona con la que quería compartir su vida, que le había ayudado a entender por qué había nacido. Pero lo hizo al mismo tiempo que le decía «Vete» y salía de su vida para siempre.

–No tendrías que haberme llevado.

Y el propio Ulli se lo repitió una y otra vez, tumbado en el sofá de mi casa, donde había buscado refugio.

–No tendría que haberlo llevado a casa.

Tuve que agacharme para distinguir las palabras. Lo había tapado con un edredón, pero no dejaba de temblar.

–No es culpa tuya –le dije.

A veces somos conscientes de lo inútil que es una frase que hemos pronunciado mientras nos está saliendo de la boca. Otras, nunca. Yo lo fui justo diez días después.

Es algo que no puedo evitar pensar: cuando dejé de hablar abiertamente con Ulli, empecé a matarlo yo también.

En la puerta de una tienda de alimentación en Belvedere Marittimo, hay una enorme mozzarella de cartón piedra colgada de un cordel. Me recuerda al oso

de la chica estadounidense. Ahora es la mujer del compartimento de al lado la que habla a grito pelado en hindi, con esas erres vibrantes y esas des mullidas como *chapatis*. Estos indios se estarán dejando un pastizal en el móvil, aunque seguro que no, porque tendrán una de esas tarifas con las que cuesta menos hablar con Nueva Delhi que con Roma.

«*Hallo, hallo!*», grita a un ritmo acuciante antes de estallar en una sonora carcajada. En general, de su compartimento sólo llegan sonidos de buen humor: los gorgoteos del niño, voces alegres, ronquidos satisfechos. De repente, la mujer empieza a hablar en un perfecto italiano: «¿Dónde estás? Dentro de una hora estamos ahí».

Se ríe otra vez y cuelga. Entonces suena de nuevo un móvil. En esta ocasión es el mío. Lo saco del bolso y miro la pantalla mientras suena: CARLO. Habrá encontrado la forma de escaparse unos minutos de la comida de Pascua con su familia. Lo dejo sonar. Noto los ojos de la señora de Messina mirándome intrigada mientras se pregunta, no me cabe duda, a quién no le estoy respondiendo. Y creo que intuye bien: un hombre. El móvil por fin deja de sonar y lo guardo en el bolso.

En Cetraro las vías pasan por al lado de un cruce y se pueden leer los carteles azules de la carretera nacional. El que indica la dirección de la que venimos nos informa de que Salerno está a doscientos veinte kilómetros. Otros apuntan a localidades del interior cuyos nombres saben a fortalezas defensivas, a pueblos a la fuga, a incursiones de saqueadores marinos: Castrovillari, Spezzano Albanese, Saracena.

En cambio, la flecha que señala al sur es una promesa:

REGGIO CALABRIA, 254.

1971-1972

En temporada media, cuando el hotel no estaba lleno, a veces Gerda le pedía a frau Mayer un par de días de permiso para ir a ver a Eva, que esperaba sus visitas como espera un devoto el milagro: con fe, pero sin certezas. Seguía el ascenso del autobús azul de Bolzano por las curvas cerradas hasta que llegaba a la plaza de la iglesia. Ulli no estaba con ella: el encuentro entre Eva y su madre no era cosa suya, eso ya lo sabía; era el único momento en que guardaba las distancias. Eva se plantaba delante de la puerta, obligando a los pasajeros a pasar por delante de ella como si fuera una minúscula guardia de honor: los miraba uno por uno mientras bajaban; los despreciaba porque no eran su madre. Cuando Gerda por fin aparecía como una visión en el peldaño más alto, en el pecho de Eva estallaban la felicidad y la angustia a la vez: ya sólo le quedaba esperar a la próxima e inevitable separación.

Aquel día, los frenos del autobús seguían resoplando, quejicosos, cuando bajó el último pasajero. Ninguno era Gerda. Eva miró al chófer, que se encogió de hombros, imponentes por todas las curvas de montaña que había dado con el volante del autobús. Lo sentía por ella, de verdad, pero tenía que cumplir con el horario, así que apretó un botón y la puerta se cerró. Eva vio su propio reflejo en el cristal antes de que le pasara por delante el costado azul del

autobús. Hasta que, delante de ella, con los glaciares de fondo, sólo quedó la plaza de la iglesia, donde maniobraba un Seiscientos color café con leche.

Eva parecía la misma niña rubia de un minuto antes, pero en realidad lo que quedaba de ella era un molde con sus facciones: dentro, el vacío. No sentía tristeza ni decepción; si acaso, una opaca sombra de alivio. Por fin podía dejar de preocuparse, ahora que se cumplía la amenaza que desde siempre había pendido sobre ella: su madre no regresaría nunca más. Por eso, cuando del Seiscientos bajó una mujer no reparó en ella. Ni prestó atención al hombre con uniforme negro que se le estaba acercando. Únicamente cuando la mujer la llamó por su nombre y el hombre se acuclilló para mirarla a los ojos, Eva empezó a tomar conciencia de que estaba ocurriendo algo extraño y estupendo.

Ninguno de los tipos que Gerda había conocido se había comportado como Vito.

Mientras Gerda cocinaba *Schlutzkrapfen*, Vito hizo con Eva el crucigrama en italiano. Ella nunca había hecho un crucigrama: ni en italiano, ni en alemán, ni en chino.

Mientras Gerda servía la comida, Vito le preguntó a Eva por el colegio, por sus asignaturas favoritas y por su compañera de pupitre.

Mientras Gerda fregaba los platos, Vito le recordó a Eva que tenía que lavarse los dientes.

Cuando Gerda se dispuso a llevar a Eva a la cama pequeña, Vito se quejó.

–No, mujer. Esta *sisiduzza* estaba aquí antes que yo.

Y Eva pudo quedarse en la cama de matrimonio, como cuando estaba sola con su madre.

Gerda se tumbó a un lado de su hija y Vito al otro. Los miraba a través de sus pestañas entrecerradas: dos figuritas trémulas y oscuras, como en el fondo de un vaso de zumo de grosella. Vito le leyó a Eva las gestas de Sandokán,

Yáñez y los Tigres de Malasia. Gerda nunca le había leído un libro antes de dormir, y mucho menos en italiano. Eva no entendía todas las palabras de aquella lengua formada por sonidos dulces y vocales, pero le daba igual. Se quedó escuchándolo muy quieta, con los ojos entrecerrados y el rubio vello de los antebrazos erizado por la caricia de su voz.

–¿Qué quiere decir *sisiduzza*? –le preguntó al final.

–Chispita –respondió Vito.

Y ella, acurrucada entre sus cuerpos arqueados como las valvas de una concha se sintió más radiante que la perla de Labuán.

Mecida por la voz de Vito, sus párpados pesaban cada vez más hasta que se cerraron del todo.

–Eva está dormida –dijo su madre.

Entonces, Vito la levantó y la dejó con cuidado en la cama pequeña.

El sueño de Eva era más profundo que cuando era una recién nacida.

Genovese le había prestado a Vito su cámara de fotos. Y aquellos dos días hicieron muchas.

Gerda delante de la iglesia con un vestido camisero azul oscuro.

Gerda en un banco de madera delante del henil.

Gerda y Eva en un prado cubierto de dientes de león.

Una la hizo Eva, que aprendió muy pronto a mirar por el visor y apretar el botón del obturador: Vito y Gerda sonriendo y mirándose a los ojos, ella con las rodillas un poco dobladas para no parecer más alta que él.

Otra la hizo un transeúnte al que Vito le dejó el aparato: Eva entre Gerda y Vito, con los glaciares de fondo, sonrientes como una familia de turistas.

Cuando Gerda se lo presentó a Maria, a Sepp y a toda su gran familia, al entrar en la *Stube*, Vito dijo: «*Griastenk!*».[96]

Desde hacía más de medio siglo, los soldados, los empleados, los funcionarios y los profesores se dirigían a los dos ancianos campesinos en italiano, pretendían que respondieran en italiano y se mofaban de su pésimo italiano. Un *carabiniere* que saludaba en dialecto surtirolés con acento calabrés era, francamente, una absoluta novedad. Vito les preguntó si aquella noche les apetecía probar las alcachofas que había traído de su pueblo, y Gerda los invitó a cenar a su estudio.

Cuando Eva cogió una, más que una verdura le pareció una flor: un capullo enorme y coriáceo en lo alto de un tallo peludo. Sólo había que verla para saber que procedía de una tierra de abundancia. En la inhóspita tierra vertical de las granjas jamás se habían visto verduras así. Vito cocinó las alcachofas con los aromas del sur. Sepp y Maria las probaron en silencio, concentrados, como si intentaran comprender su secreto. Cuando Vito les ofreció una segunda porción, ambos dijeron que sí.

Era la primera vez que Gerda recibía a alguien en su estudio. Auténticos invitados a los que ofrecer comida, con los que charlar mientras el pan partido se desmigaja en el mantel. Y ella, auténtica dueña de casa, con un hombre a su lado.

Antes de que llegaran los invitados, Vito había llevado al estudio una tabla. Quería apoyarla en la única mesa, para alargarla y que cupieran todos los comensales. Eva estaba dibujando y no respondió cuando Gerda le pidió que guardara los folios y los lápices.

–Eva, hazle caso a tu madre, venga –le había dicho Vito con un tono que, sin ser duro, no admitía réplicas.

Eva apartó la mirada del dibujo y la puso, con los ojos muy abiertos, en Vito.

¡Le estaba riñendo! Vito no era el maestro del colegio, ni el cura, ni Sepp (que, de todas formas, nunca le levantaba la voz a nadie), pero le estaba

riñendo. Eva se levantó y quitó los lapiceros de la mesa con la mirada gacha. No quería que vieran que había puesto cara de enfado, sí, pero sólo para disimular lo feliz que estaba.

Durante la cena, Sepp le habló a Vito de los dos años que pasó siendo prisionero de guerra. Las palizas de Hermann en la época de la Opción no habían logrado convencerlo para abandonar su granja, así que, como a todos los *Dableiber*, lo reclutó el Ejército italiano. Cuando los ingleses lo capturaron en el desierto africano, pidió que lo trasladaran al campo de los alemanes para, al menos, hablar en su idioma nativo con sus compañeros de cautiverio. Sin embargo, para los comandantes del campo, Sepp era un soldado procedente de la provincia de Bolzano, en Italia, y con los italianos tuvo que quedarse.

–¡Fue mi salvación! –le dijo a Vito.

Las patatas que daban de comer a los alemanes estaban podridas; el pan tenía gusanos y en la sopa echaban cartón. Las patatas y el pan de los italianos, en cambio, estaban casi bien, y en el caldo flotaban hojas de auténtica col. Los ingleses, añadió Sepp, conocían a los italianos: puede que fueran unos prisioneros dóciles, pero, ay, si les daban un rancho asqueroso, ¡corrían el riesgo de una insurrección!

Vito sirvió más alcachofas. De la cacerola destapada se liberó el aroma a ajo, menta e hinojo silvestre. Para Eva, ese olor era como la presencia de Vito: algo envolvente e intenso que nunca había probado, pero a lo que podría acostumbrarse enseguida.

Gerda regresó al hotel tras los dos días de permiso. Había algo en ella que ni siquiera el lavaplatos Elmar había visto hasta entonces. No era la alegría de cuando se preparaba para salir con Genovese, sino una felicidad sosegada, satisfecha.

El consumo de alcohol, que había esculpido en su cara de niño viejo una nariz enorme y violácea, había impedido que la carrera de Elmar progresara y

dejara atrás el lavado de las ollas. Pero no por ello sentía rencor por Gerda; muy al contrario, seguía repasándola con la mirada cada vez que tenía ocasión. No obstante, aquel día, al verla golpear los filetes en la tabla con una ternura nueva, la estudiaba con perplejidad. Al percatarse, ella levantó la mirada y le sonrió. Elmar sintió que le faltaba el aire. El amor de Gerda por Vito era tan abundante que quedaban sobras incluso para él, un pobre lavaplatos alcohólico.

KILÓMETRO 1191-1303

En Lamezia Terme los indios del compartimento de al lado, los telefoneantes empedernidos, pasan por delante de la puerta del nuestro para bajar del tren. La mujer de voz profunda viste vaqueros, calcetines blancos y unas sandalias de dedo cubiertas de perlitas; los hombres tienen barriga de bola de billar y piernas delgadas. Sobre el hombro de uno de ellos asoman dos enormes ojos negros resaltados con perfilador. Para saber que el niño no era italiano me habría bastado constatar que, en más de cinco horas, no ha llorado ni una vez. Le sonrío. Al principio él no me devuelve la sonrisa, pero luego me enseña sus dientecillos de tiburón bebé mientras la mirada se le ilumina como una chispa.

Una *sisiduzza*.

Ha venido a recogerlos una mujer italiana que los recibe con sonoras carcajadas. Los indios también parecen alegrarse de verla y descargan las maletas con una sonrisa. Son muchas, voluminosas, todas con una etiqueta adhesiva blanca que dice FCO. Deben de haber aterrizado en Fiumicino, llegados de la India y, a pesar del largo viaje, no han perdido el buen humor. Se encaminan con su amiga italiana hacia el paso subterráneo, y sus abundantes carcajadas continúan resonando mucho después de que haya dejado de verlos. En el vagón desierto se hace el silencio.

Miro a mis tres compañeros de compartimento. Nos hemos quedado solamente nosotros, ciudadanos italianos. Ahora que no hay turistas estadounidenses ni viajeros indios, este tren pascual está de lo más vacío.

No hace mucho que hemos reanudado la marcha cuando el policía jubilado de Messina exclama:

–¡Se ve Sicilia!

Hay un tono tierno en su voz. Salgo al pasillo y, en efecto, es cierto: la punta de Italia está cerca, y la silueta oscura de la isla se recorta contra el sol, ya a mitad de camino hacia el horizonte. Mirando hacia el norte, en cambio, la dorada costa da una curva tan pronunciada que se ve Calabria y, más arriba, Basilicata, así como un tramo de Campania. Casi parecería que puede verse todo el elegante arco de la bota desde Nápoles hasta Sicilia. En la montaña, la luz está hecha de aire y de viento, y el frío gélido cae de las alturas como un dardo puntiagudo; ésta, en cambio, es una luz líquida, densa, que no tiñe los elementos, pero combina sus humores.

Entre la costa en la que nos encontramos y la isla, el luminoso mar está surcado por una larga silueta oscura: un petrolero o quizá un enorme portacontenedores que descargará en Nápoles miles de mercancías chinas. Se desliza como una aparición. A bordo, sus marineros sufrirán el fragor ensordecedor de los motores, pero, visto desde aquí, lejano y silencioso, transmite la inevitabilidad majestuosa de las rutas intercontinentales.

Cuánto echo de menos a Ulli en momentos así.

La noche que murió, Costa se había marchado unos días antes; los tres primeros, Ulli los pasó en mi sofá, temblando. Yo le insistí en que se quedara en casa unos días más, pero había vuelto a trabajar hacía una semana. Me dije que conducir a *Marlene*, dirigir su potencia mecánica, le sentaría bien. Aquella noche yo no estaba con él. Llevo veinte años preguntándome por qué no lo acompañé a trabajar en las pistas. ¿Estaba con un hombre? ¿Me pidió él que

no fuera? Esta última posibilidad la excluyo, porque me habría mosqueado y no lo habría dejado solo. ¿Por qué no estaba con él? No tengo ni idea. Sólo recuerdo que cuando recibí la llamada estaba en la cama, y no acompañada.

Ulli no quería ir a vivir a Berlín, a Londres o a Viena, como todo el mundo le sugería. No quería ser el hijo *Schwul* del héroe que había dado la vida por él. No quería ser el obediente hijo de mamá que deja que le frían el cerebro con electroshocks mientras le enseñan pornografía, tratamiento que sin duda idearía el propio médico de val Sarentina, probablemente para ver él mismo, a placer, las imágenes de coitos homosexuales. No quería casarse con una mujer, tener hijos con ella cerrando los ojos e imaginándose que era un hombre, y luego hacerla creer que tenía un amante y en cambio ir a los baños de las estaciones. Sólo deseaba ser él mismo en el lugar donde había nacido y poder querer a quien quería.

Deseaba lo único que era imposible.

Subió con la pisanieves por la pista más empinada, la que usaban para los entrenamientos de la Copa del Mundo: un sesenta y ocho por ciento de pendiente ininterrumpida. Las orugas mordían la nieve y el cabestrante de seguridad le ayudaba a subir. Cuando llegó a la cima, desenganchó el cabestrante, orientó el morro de la pisanieves hacia el valle, pisó el acelerador y soltó el freno. Siempre me imaginé así a *Marlene*, la pisanieves que Ulli amaba como ama un camionero a su tráiler o un cowboy a su caballo: se desliza con elegancia pista abajo, coge impulso, una montaña de nieve la inclina, pero sus orugas, de excelente fabricación, la hacen conservar el equilibrio; desciende por la pista sin rozar la nieve, vuela y rebota como un niño esquiador, se estrella contra un árbol al borde de la pista y luego con otro, y otro, hasta que acaba cayendo por la ladera.

Marlene era roja, vigorosa y casi imparable, exactamente igual que la sangre que bombea el músculo que tenemos en el pecho. Arrambló con toda una

ladera antes de detenerse. Alerces, abetos rojos, pinos cembros, latifolios: los arrancó como un mondadientes.

Las esquelas del *Dolomiten* son un código que hay que saber interpretar, sobre todo en lo que atañe a las causas de la muerte del finado.

«Tras una larga y penosa enfermedad»: cáncer.

«En un trágico accidente vial», si la muerte se ha producido un viernes o un sábado: borracho al volante.

Cuando un joven muere de repente, la familia, para impedir que lo confundan con uno de los demasiados coetáneos de nuestra *Heimat* que se ahorcan cada año, deja muy claro el motivo de la muerte, que suele ser el del párrafo anterior.

Si no se indica la causa y no hay más que un adverbio («inesperadamente», «repentinamente») se trata, casi con toda seguridad, de un suicidio.

La esquela de Ulli decía: «En un accidente de trabajo».

1972

Incluso un tontaina se habría dado cuenta. Y Mariangela Mollica, Anania de casada, tonta no era. Además, una madre nota esas cosas.

Empezó a sospecharlo cuando, casi un año antes, Vito había regresado a casa de permiso y le había dicho que se quedaría un tiempo más por el norte, comiendo chucrut y bolas de pan. Ella no tardó en atar cabos. Si, tras cinco años de servicio con honores en aquella tierra en la otra punta de Italia sus superiores no lo mandaban de vuelta con su madre viuda, había solo un motivo: era él quien había pedido quedarse.

Así pues, imbécil no era, pero tampoco una quejica. No le había preguntado nada, no se había molestado; se limitó a decir «Ah, ¿sí?» y no volvió a sacar el tema.

A eso se sumó el pícnic en la playa del Lunes de Pascua, con sus vecinos y su hija Sabrina, que, sin ser guapa, tenía un cuerpo muy bien hecho, con todas las cosas en su sitio, y abundantes, dos bonitos ojos verdes luminosos y, encima, el diploma en contabilidad. Se veía a la lengua que Vito le interesaba, y la señora Anania y los padres de la chica se intercambiaron miradas como diciendo «Vamos a dejar un rato tranquilos a estos jóvenes, que no hay nada malo en que hablen y se conozcan sin nosotros de por medio». Pero no: cada vez que la pobre muchacha se acercaba a Vito, él se levantaba, cogía una jarra

que había que cambiar de sitio o un vaso que llenar… En definitiva, estaba claro que hacía de todo con tal de no quedarse a solas con ella. El caso es que eso no es normal en un jovencito que tiene el corazón libre. En cambio, si está ocupado…

Además, unos meses antes, la tía Giovanna, famosa por decir siempre lo que los demás, aun pensándolo, no se atrevían a decir –algo que le había valido un respeto universal, pero irritado–, le preguntó: «¿Y tú cuánto vas a casarte, a ver?». Vito no soltó esa risita borrica que sueltan los chicos que aún piensan únicamente en mujeres de cama fácil, que siempre hay tiempo para conocer a la que ocupará la suya el resto de la vida, porque tiempo, haberlo, haylo, pero a las parientes ancianas no se les habla así, pues entonces sueltan risitas avispadas, vanidosas, abochornadas. No, Vito se había mirado los zapatos y no había vuelto a levantar los ojos hasta casi media hora después. Y eso lo hace quien tiene un secreto, pero un secreto concreto, específico, con nombre y apellido.

A saber: Gherda Huber.

Si le había costado entender que el nombre se pronunciaba *Gherda* y no *Yerda*, no digamos ya el apellido. Pero ¿cómo puede una palabra empezar por hache y acabar con una consonante? Puede, puede, le dijo Vito, y de hecho hay una en italiano: «Hotel». Además, continuó su hijo, ni siquiera es de los apellidos más difíciles, ¡al contrario! Algunos no había forma de decirlos. Ni siquiera él, tras todos aquellos años allí, los pronunciaba bien, así que se los enumeró. La mujer no entendió ni una palabra, nunca mejor dicho, así que, para que su madre se riera un rato, él se los escribió un folio.

Schwingshackl. Niederwolfsgruber. Tschurtschenthaler.

Lejos de reírse, la mujer se horrorizó: ni una triste vocal, todo consonantes, y no consonantes normales y corrientes, sino kas y haches y uves dobles. ¿Se puede saber qué apellidos son ésos? Por si fuera poco, le recordaban más de la

cuenta a aquellos días del 43 en Reggio Calabria, cuando ella tenía a su hijo en la barriga y a su marido en una fosa común en Grecia, aunque aún no lo sabía, y los alemanes iban casa por casa llamando a las puertas y gritando «*shnel actun raus caput*»: fue un milagro que no abortara del miedo. Pero a Vito no se lo confesó, porque una vez le había dicho: «Mamá, que sean alemanes no quiere decir que sean todos nazis, que lo sepas». Y ella supo que era mejor dejar el tema. Por suerte, él no había tenido que oír nunca aquellas voces que parecían metralletas: cuando nació ya habían llegado los americanos.

En todo caso, desde que Vito se lo había explicado todo, andaba más tranquila.

En efecto, la verdad sea dicha, llegó un momento en que había empezado a temerse lo peor.

Si había conocido a una buena chica, ¿qué se le iba a hacer? No sería el primer ni el último militar que se casara con una mujer del sitio donde está destinado, pero ¿por qué esconder el asunto a todo el mundo más de un año?

Ella había empezado a preocuparse. ¿No sería que detrás de tanto mirarse la punta de los zapatos había un lío, un embrollo, una deshonra? Vito, su hijo, era un muchacho tranquilo que nunca había sido rebelde, ni siquiera de niño. Cuando, con seis años, lo mandaba por el pan, le daba más dinero del necesario a caso hecho para ver si traía las vueltas, pero él, más que a *carabiniere*, apuntaba a agente de la Guardia de Finanzas, de esos que cotejan los libros contables, ingresos y gastos, puntilloso como él solo: regresaba apretando en el puño las liras sueltas, las monedas de cinco, con el delfín, y las de diez, con la espiga y el arado. Nunca cometía un error, no se compraba ni un triste caramelo sin permiso, aunque a veces, ya se sabe, los palos más rectos son los que acaban en la hoguera.

Pero su hijo la había tranquilizado. Le había enseñado una foto.

Guapa era, de eso no cabía duda. Casi demasiado, pensó la madre, pero no se lo dijo. Si Vito miraba la foto de aquella mujer rubia con cara de embobado, qué no haría cuando la tuviera delante en carne y hueso. ¡Se la comería con la mirada! Bien es cierto que, además de casi demasiado guapa, también era casi demasiado alemana, pero qué remedio: una madre tiene que saber aceptar lo que hay. Siempre le habían repateado las suegras que hacen la vida imposible a las jóvenes esposas de sus hijos sólo porque no encajan a la perfección con su idea de cómo tendría que ser una nuera. Mariangela Mollica, Anania de casada, viuda de guerra con un hijo recién nacido, conocía las dificultades que la vida tiene reservadas a las mujeres y, mientras miraba la foto, se decía: si ésta es efectivamente la que mi Vito me trae a casa, yo le enseñaré a cocinar el pez espada y las berenjenas con almendras y nueces, la consolaré cuando sienta nostalgia de su pueblo y la trataré como a la hija que no tuve.

Pero su hilo de pensamiento se enredó y se quebró con una frase de Vito:

–Pero hay un problema.

En su interior sintió frío. Una angustia. Y una certeza: ya está, ahora me cuenta el embrollo, me habla del lío y de la deshonra. Apretó instintivamente la boca, además de los otros orificios, los inferiores, como hace quien no quiere que los problemas y el dolor entren en su vida y, sobre todo, en la de su adorado hijo. Pero también sabía que cuando las puertas del cuerpo se aprietan así es porque los problemas y el dolor ya se han abierto camino.

En cambio…

–Tiene una… Es mucho más alta que yo –le había dicho Vito.

El alivio la calentó como un buen caldo en una noche de invierno, de los pies a la cabeza. Sin embargo, puesto que era su madre, lo vio: algo, un pequeño detalle, se había quedado sin nombre ni apellido en el fondo de la mirada de su hijo. Pero no era tonta, y supo que, si Vito se lo estaba callando,

no era ella quien tendría que lidiar con lo que quiera que fuese el pequeño detalle. Se encargaría su hijo de eliminarlo, él solito. Así las cosas, le respondió:

–Ya ves tú, hombre… Tu padre no era mucho más alto que yo. Llévale un trocito de *'nduja* para que lo pruebe.

Al salir del colegio, Eva y Ulli pasaban las tardes en la cima del Himalaya. En el Nanga Parbat, para ser exactos. Habían bautizado así su refugio en lo alto del henil –el balcón de madera donde el arquitrabe se encontraba con las vigas inclinadas del techo– en honor a Reinhold Messner, el escalador que afrontaba los ocho miles a pulmón, sin botellas de oxígeno. Ellos también subían el Nanga Parbat sin medios artificiales y, en especial, sin Sigi: el hermanito de Ulli tenía prohibido el acceso a la cumbre. La única vez que había intentado unirse a ellos lo apodaron Yeti, pero a Sigi no le gustaba la idea de ser abominable, así que no regresó.

Eva había dejado de ignorar a su primo durante las visitas de Gerda. Ahora le daba permiso para unirse a ella, a su madre y a Vito. El cabo mayor Anania no sólo sentía afecto por Gerda y por Eva, sino también por todas las personas a las que ellas querían: Maria, Sepp, Wastl. Y Ulli, naturalmente. Para Eva, la presencia de su madre siempre había sido sinónimo de escasez: verla llegar implicaba temer perderla. Vito, en cambio, había traído la abundancia: tenía calidez de sobra para todo el mundo.

Lo que más le gustaba a Eva era oírlos hablar de ella, igualito que unos padres normales. Una vez, convencidos de que estaba dormida, hasta habían discutido.

Gerda decía que, cuando acabara el primer ciclo de secundaria, mandaría a Eva a la escuela de hostelería: gracias a todos los hoteles que estaban construyéndose, nunca pasaría hambre. Y, sobre todo, no empezaría a trabajar como había tenido que hacerlo ella, sin saber hacer nada más que dejar que la sosa cáustica le comiera los dedos y romperse la espalda con las ollas sucias.

No, Eva llegaría a su primer trabajo con diploma, título y competencia. Puede que no empezara de jefa de cocina, pero, al menos de pinche, sí.

–¡No! ¡Eva tiene que hacer bachillerato! –se rebeló Vito–. Y después, quién sabe, ir a la universidad. Es demasiado inteligente para no estudiar.

Gerda se puso hecha una fiera. ¡¿La universidad?! A la universidad van los hijos de los señores, de la gente que tiene dinero en el banco y santos en el paraíso. Ella no tenía más que sus dos manos, y bien orgullosa que estaba. Y si él creía que ser cocinera era un oficio de…

Se detuvo. Desde la cama, con los ojos cerrados, Eva había oído un silencio; luego, el sonido líquido de unos labios buscándose y la voz dulce de Vito susurrando «Tú para mí…», y, al final, sólo un murmullo indistinto. Aunque no podía ver la cara de su madre, Eva se la imaginaba, pues la había visto cuando Vito le decía frases que empezaban con un «tú». Estaba tan guapa que incluso a ella le costaba reconocerla.

Un día, en el colegio, la maestra se acercó al pupitre de Eva. En vez de prestar atención, estaba dibujando.

–¿Y éste quién es? –le preguntó señalando el folio.

Era el retrato de un hombre de ojos y pelo moreno, con una gorra de plato en la cabeza y unos pantalones negros con una franja roja. En la mano llevaba, como un ramo de flores, una enorme alcachofa verde y violeta.

–*Mein Tata* –dijo Eva. Mi papá.

El permiso había acabado.

Vito miró por la ventanilla, pero sólo se vio a sí mismo: el tren nocturno acababa de salir de Reggio y fuera, por el lado del mar, no había sino oscuridad.

Se lo había prometido a Gerda cuando se marchó: le hablaré a mi madre de vosotras. La cara de Gerda se había quedado petrificada como de dolor, pero

en realidad era alegría: nunca le habían presentado a una futura suegra.

La próxima vez que regrese de permiso, le hablaré de Eva.

Le enseñaría a su madre los cuadernos de Eva, lo bien que se le daba el colegio. Estoy deseando conocerla, le habría dicho su madre. Y habría añadido: le haré un montón de regalos, le enseñaré nuestras canciones.

Sin honor, despreciable, falso. Así se sentía Vito.

Iba en un vagón que llegaba hasta Alemania, el tren de los *Fremdarbeiter*, los emigrantes que retornaban después de pasar las fiestas en el pueblo. Ocupaban compartimentos enteros cargando con sus quesos *caciocavallo* en forma de pera, con sus tomates en aceite y con sus damajuanas de vino. Hablaban con Vito de la nostalgia, de lo duro que es vivir lejos de la tierra de uno. «Te falta un pedazo», le decían. Siempre lo envidiaban al verlo bajar a ese lado del paso del Brennero. No sabían que, en efecto, eso aún era Italia, pero de aquella manera.

El tren se puso en marcha y comenzó su largo ascenso por la península. En una punta, el lugar que Gerda llamaba *casa*; en la otra, la suya.

Vito llevaba ya un tiempo de vuelta cuando abrió la portezuela de la cocina de leña y vio la *'nduja*. Llevaba ahí varias semanas.

Era un detalle de su madre para Gerda: se la había dado para su novia. Pero ésta había sido incapaz de comérsela: demasiado picante, demasiado atrevida, demasiado distinta a los sabores que conocía. Y, cuando Vito se marchó, ella la había metido en el horno de la cocina de leña. Ahora estaba medio cubierta de ceniza, grisácea, pestilente.

Gerda se le acercó y le dio un abrazo.

–No pude comérmela.

–No pasa nada.

Pero acto seguido Vito se dirigió a la ventana, la que miraba a los glaciares, y le tembló el labio. Jamás había sentido tanta tristeza; ni siquiera él habría sabido decir por qué. Los ojos se le pusieron rojos.

Gerda lo miraba asustada. ¿Cómo se puede llorar por un embutido? Luego Vito se recompuso y le pasó una mano por la cintura.

–Perdona. Estoy un poco cansado.

La estrechó contra su cuerpo, cerró los ojos y buscó su piel. En aquel momento sólo quería una cosa: estar ciego, sordo y sin futuro.

Transcurrieron las semanas y los meses. Entre Vito y Gerda no había cambiado nada.

Siguieron visitando juntos a Eva, que el resto del tiempo vivía con Sepp y Maria, iba al colegio y pasaba todo su tiempo libre con Ulli. Gerda trabajaba en la cocina; Vito, en el cuartel. Hacían el amor cada vez que tenían ocasión. En cambio, dejaron de ir a bailar: se dieron cuenta de que a ninguno de los dos le interesaba de verdad.

Leni había construido, al lado de la granja de sus padres, un edificio nuevo con tres pequeños apartamentos para los turistas. No le había resultado fácil obtener todas las licencias, pero al final lo consiguió. Sus hijos iban bien en el colegio, sus ancianos padres disfrutaban de una salud decente y no se consideraba una mujer infeliz.

Wastl se había mudado a Múnich, donde daba clases de música y tocaba el clarinete en un grupo de *jazz*. Ruthi se había ido con él. Había intentado demostrarle que lo necesitaba, pero no lo convenció, así que regresó a casa y al poco tiempo se casó con el primogénito de una granja en la ladera opuesta del valle. Ahora, sin haber cumplido siquiera los dieciocho años, esperaba su primer hijo.

Paul Staggl por fin había sido abuelo de un nieto varón. Su nuera resultó ser una madre excelente que educaba a sus hijos –también a los tres que siguieron al primero– con puño de hierro. Con tal de coincidir el menor tiempo posible con ella y con los críos, Hannes pasaba sus días en la oficina del padre. Eso aumentó sobremanera su competencia en materia de funiculares, de pistas de

esquí y de la nueva frontera tecnológica: la nieve artificial. Aún tenía el Mercedes 190 descapotable color crema, pero estaba casi siempre en el garaje. Iba andando a la oficina.

Demolieron la casa de Hermann, como todo Shanghái, y en su lugar construyeron edificios residenciales según el nuevo plan urbanístico. A sus sesenta y cuatro años, Hermann se convirtió en el residente más joven del *Altersheim*, la residencia de ancianos de la pequeña ciudad. Para los trabajadores no era un residente difícil: cuando no comía o dormía, se pasaba el tiempo moldeando figuritas con miga del pan. Algunas hasta las expusieron en el belén que montaban en el vestíbulo por Navidad. Nadie fue nunca a visitarlo a la residencia.

Cuando terminó la temporada de verano en el hotel de frau Mayer, Vito le dijo a Gerda: «Os llevo a Venecia».

Eva se pasaría horas persiguiendo las palomas de la plaza de San Marcos, pero había otras muchas cosas que ver. Sobre todo, más que sus calles de agua, más que sus góndolas como peces negros y más que las casas, que parecían hechas de encaje, y no de ladrillos, lo mejor eran las personas. La ciudad parecía un único e incesante Open Air: los turistas tenían el pelo largo, las faldas cortas o larguísimas, los ojos rasgados o azules, la piel lechosa, ambarina o color de cuero.

Donde ella había nacido no se veía, ni de lejos, tal variedad de gente. En comparación con aquellos turistas, los que abarrotaban su ciudad en temporada alta parecían parientes. En Venecia, en cambio, había americanos, asiáticos, escandinavos e incluso algún africano. ¡Qué color de piel más maravilloso! ¿Y a santo de qué los llamaban *negros* cuando habrían tenido que decir *marrones*? Y las mujeres japonesas, ¿cómo podían ver a través de aquellos ojos estrechos como grietas? Eva guiñaba los ojos para probar y constataba que, en efecto, por arriba y por abajo no veían nada, sólo por los lados. Sin

embargo, eso era lo raro: no movían la cabeza para mirar hacia arriba. A lo mejor a los japoneses no les interesaba el cielo. Mientras un transeúnte sacaba una foto de los tres, Eva vio a una mujer que llevaba puesto un mantel y a un hombre en pijama.

«Indios», le explicó Vito, pero eso no disminuyó su estupor: Eva siempre se había imaginado a los indios con plumas en la cabeza, trenzas y mocasines. Tamaña variedad no sólo ofrecía una imagen fascinante, sino que también era un reclamo: si el mundo entero iba de excursión a Venecia, eso quería decir que, algún día, Eva también podría explorarlo.

Vito y Gerda caminaban con ella en medio, subían y bajaban puentes y recorrían callejones. Cuando eran demasiado estrechos, se ponían en fila y apretaban el paso hasta que de nuevo tenían espacio para ir juntos. Se hospedaban en una pequeña pensión detrás de San Stae. El dueño tenía dos ojeras azuladas por los años de sueño interrumpido por clientes noctámbulos a los que abrir la puerta principal. Cuando llegaron a la recepción, a Gerda le dijo «señora» y «su marido», y a Vito «vuestra hija». Luego leyó los apellidos en los carnés y comprendió la situación. En los dos días de estancia, logró evitar dirigirse directamente a Gerda (a esas alturas, *señorita* habría resultado ofensivo) y especificar de quién era la niña. Seguro que no era la primera vez que le pasaba: por allí habrían desfilado un sinfín de parejas sin alianza, y en los últimos años había visto de todo, así que no iba a escandalizarse. Sin embargo, mientras el dueño de la pensión les ofrecía la llave, Gerda se encendió un cigarrillo. Enseguida Vito le puso a Eva en la mano la campanilla de bronce del mostrador diciéndole: «Mira». Pero la pequeña lo sabía: que su madre se quedara así, fumando con la mirada perdida, exhalando volutas de humo con indiferencia, nunca era una buena noticia.

Al margen de aquel breve malestar, Gerda era feliz. ¡Estaba en Venecia! ¡Con Vito! ¡Y con Eva! Le parecía estar viviendo en una canción, en una fotonovela,

en una película. En la gran pantalla, en Venecia los enamorados se besan en una góndola, y Vito había alquilado una. Apoyada en el pequeño asiento de terciopelo rojo, Gerda entrecerró los ojos.

–¿En la luna de miel me llevarás a la costa amalfitana?

Vito le acarició el pelo, la estrechó contra su cuerpo, y Gerda no supo que era para no mirarla a los ojos. Pero luego, él dijo:

–Yo querría casarme contigo.

Querría se parece a *quiero*, pero no es igual; por eso Gerda se incorporó para mirarlo. Fue entonces cuando Vito se lo confesó: a su madre le había hablado de ella. De Eva, no.

Eva, que ocupaba el asiento de proa, no se giró.

Vito hablaba en voz baja para que no lo oyera.

–Se lo digo la próxima vez que vaya de permiso. Te lo prometo.

Eva seguía mirando el remo con el que el gondolero hendía el agua podrida.

Vito le dio un beso en la cara a Gerda. Ella se dejó besar.

Eva observó el pequeño puente arqueado que estaba pasando por encima de su cabeza y pensó: si se rompe y se me cae encima, yo me tiro al agua, buceo y sigo buceando sin respirar hasta llegar a la orilla sana y salva.

KILÓMETRO 1303-1383

Después de Vibo Valentia, la imagen del amplio arco dorado de la costa calabresa se ve interrumpida por fragorosos tramos oscuros: un túnel detrás de otro y de otro. Parece una película proyectada tan lentamente que se ven las franjas negras entre los fotogramas. Luego el mar desaparece: estamos en el interior, y entre un túnel y otro asoman colinas redondeadas cubiertas de monumentales olivos. Ahora pasamos bajo el Aspromonte: parece que el túnel no acaba nunca, oscuro como la desesperación.

El féretro de Ulli ya estaba listo para bajarlo a la tumba cuando un anciano, con las manos deformadas tras décadas tirando de la soga de las campanas, se abrió paso entre la gente.

–Me gustaría contar una cosa –comenzó.

Era Lukas, el sacristán. En la iglesia no había subido al atril junto al altar, a diferencia de Sigi y de otros, que ignoraron en voz alta y con sumo cuidado la forma y el motivo de la muerte de Ulli. Yo tampoco había leído ni me había levantado para comulgar. Llevaba sin hacerlo desde el día en que, tras la marcha de Vito, el párroco admitió nuevamente en el redil a mi madre como si fuera una oveja más destrozada que descarriada. Lukas era, desde hacía casi cuarenta años, el sacristán de la pequeña iglesia que había a los pies de los

glaciares, pero nadie estaba acostumbrado a oír su voz. Al principio le temblaba, pero luego se serenó.

–Me gustaría contaros a todos lo que Ulli me dio.

Se hizo un silencio perfecto por la sorpresa, como si hubiera tomado la palabra el orador más autorizado.

–Aunque, si mi Anna estuviera viva, no lo haría.

El desconcierto se había convertido en una curiosidad inquieta que en Leni se tornó en pánico. Unas revelaciones terribles, que ella no había pedido, ya le habían arrebatado primero a un marido y luego a un hijo; ahora miraba fijamente al sacristán, como implorándole que tuviera clemencia de ella.

Pero Lukas continuó hablando. Hacía más de sesenta años, dijo, cuando era un niño, había una palabra, más que prohibida, desconocida: *Homosexualität*. Un término clínico, casi académico, que resultaba pasmoso oír en boca de aquel hombre apocado que llevaba décadas colocando los breviarios en los atriles, esparciendo incienso sobre las beatas que rezaban las vísperas y regalando hostias no consagradas a los niños que se portaban bien en catequesis. Era verdaderamente extraño.

–Era la época del fascismo, pero esa palabra no la conocíamos ni siquiera en italiano.

Lukas siguió hablando. De joven sudaba al acercarse a algunos chicos; con las mujeres, en cambio, no le pasaba. Por las noches, tenía sueños raros y se los confesaba al cura, que le decía:

–Reza tres rosarios y cuatro padrenuestros, y volverás a tener sueños normales.

Lukas, en cuarenta años de matrimonio, sólo había podido acercarse a su mujer si cerraba los ojos imaginando que era un hombre. Anna no le reprochaba nada, pero se hacía una idea. Sin embargo, ella tampoco conocía

aquella palabra. Lukas estaba convencido de ser la única persona del mundo con aquella tara.

Lukas era el hombre más solo que había existido jamás.

Pero cuando Ulli declaró abiertamente su homosexualidad, Lukas lo supo. *Ein Homosexueller*: eso era él. Y ya no estaba solo, puesto que al menos había dos en el mundo.

Lukas era viejo, su vida terrenal casi había terminado y su buena esposa, Anna, que no tenía culpa de nada, ya se había ido. Así pues, tomó una decisión: nadie más tenía que pasar, como él, toda una vida de soledad, ignorancia y confusión. Había que hablar. Y Lukas quiso decirlo: de no ser por Ulli, él nunca habría sabido quién era. Y, aunque luego Ulli hubiera perdido las fuerzas y se hubiera marchado de aquella manera, Lukas estaba convencido de que el buen Dios –con el que sentía tener una relación excelente, dado que siempre le dejaba la casa limpísima– lo acogería en su seno.

Alrededor de la tumba abierta, nadie habló. Lukas también guardó silencio: había terminado. Echó un puñado de tierra en el féretro, de madera clara, listo para que lo bajaran. Encima estaba la diana con el nombre de Ulli, a la que el padre le había disparado cuando nació, como una tétrica profecía. El sacristán, con el pelo gris movido por el viento, se alejó con pasos cortos e inciertos, quizá no sólo por la artritis. El sepulturero miró al grupo como preguntando: «¿Hemos terminado?». Nadie respondió, así que empezó a trabajar. Poco a poco se fueron alejando todos los presentes, menos Leni y Sigi, y yo.

Al otro lado de la tapia del cementerio, los glaciares parecían estar más cerca que nunca.

Sigi no le había repetido al sacristán las sucias palabras que habían matado a Ulli. Se había quedado con la cabeza gacha. Su ancha espalda de cazador no estaba adaptada para soportar aquel peso. Nunca lo habría imaginado, pero sentí lástima por él.

Sin embargo, Vito no estaba ahí para sostenerme mientras me apoyaba en él, para decirme: ya ves que Ulli no ha vivido en vano. Hacía muchos años que Vito no estaba, y pasarían otros muchos hasta que estuviera de nuevo, pero aquel fue el día, más que ningún otro antes o después, en que más insoportable se me hizo su ausencia.

De repente, por fin acaban los túneles, y con ellos la última y nudosa montaña de la punta de la Bota: estamos otra vez en el mar. Pero ahora hemos llegado de verdad: el tren pasa a pocos metros del agua. Aunque las vías estén protegidas por escolleras, seguro que cuando hay marejada llegan salpicaduras saladas a las ventanillas.

La diminuta estación de Favazzina está apretujada encima de las casas, descuidada, sucia y llena de grafitis entre los que, en letras gigantes, se lee: WELCOME TO FAVAZZINA HILL. Al poco pasamos por otra igual de pequeña y destartalada, pero con un nombre mucho más evocador: Scilla. Y, por fin, el faro rojo y blanco de Villa San Giovanni declara: aquí acaba el continente.

1973

Odontómetro, pinzas y lupa. Silvius Magnago, inclinado en su escritorio, estudiaba el dentado de un sello.

Nunca había sido un gran viajero. El sitio más lejano al que había ido era la inmensa llanura de Níkopol, en Ucrania, y allí se había quedado su pierna izquierda. Había estado varias veces en Viena, había visitado distintas capitales europeas y, en sus viajes entre Roma y Bolzano, había recorrido más kilómetros que si hubiera dado la vuelta al mundo. Pero ver el mundo por placer, no, nunca lo había hecho. Su forma de viajar era coleccionar sellos de todos los países. Era una bendición, después de tantos años, tener un poco de tiempo para eso.

Con la aprobación del Paquete, los atentados, las bombas y los muertos habían terminado. Al cabo de tres años, es decir, hacía unos meses, había entrado en vigor. Ahora no quedaba más que promulgar las normas de actuación de los distintos procedimientos. Impuestos, educación, competencias sobre el trazado de las carreteras y sobre la agilización de trámites para construir: toda la autonomía administrativa del Alto Adigio tenía que encontrar sus normas de aplicación. Un trabajo largo, burocrático y meticuloso. Pero la búsqueda de soluciones concretas y detalladas nunca había disgustado a Magnago, y el tamaño de la empresa, que afrontaría en

colaboración con comisiones dirigidas por personas a las que apreciaba, como el democristiano Berloffa, no lo abatía. Eran fundamentales la minuciosidad, la concreción, el estudio del detalle y la precisión: características de todo buen filatélico, como él. Sería una tarea laboriosa, pero no difícil.

El ambiente en la *Heimat* también era bueno. El turismo estaba llevando un bienestar que, hasta hacía diez años, nadie habría podido imaginar mínimamente. En las últimas elecciones, su partido había resultado premiado con dos tercios de los sufragios de un electorado satisfecho con la histórica misión cumplida. Y, sobre todo, dejó de recibir llamadas de madrugada advirtiéndolo de que un soldado había saltado por los aires, de que habían matado a un chaval en un control de carretera, de que el explosivo que amenazaba con reventar toda la provincia tenía la mecha cada vez más corta.

Con el paso de los años, su pierna invisible, la que se había quedado en Níkopol, conversaba cada vez con más frecuencia con el resto del cuerpo en la lengua secreta del sufrimiento, un lenguaje que no podía compartir con nadie, ni siquiera con su Sofia. Pero los años temibles y emocionantes que lo habían llevado del mitin en Castel Firmiano a los acuerdos con Roma habían quedado atrás. Ahora, de vez en cuando, hasta podía ocuparse de sus sellos. Sin embargo, cuando Silvius Magnago observaba los acontecimientos del país al que su tierra, firmando el Paquete, había aceptado pertenecer, era incapaz de conservar la calma. Lo que estaba ocurriendo le resultaba familiar, como una melodía conocida; pero, si antes la silbaban solo unos pocos, en un lugar pequeño y periférico como el Tirol del Sur, ahora la tocaba una orquesta al completo: Italia.

Bombas. Masacres. Atentados. Terroristas. Controles de carretera. Planes de golpe de Estado. Dilaciones de procedimientos judiciales incómodos. Rumores sobre la implicación del servicio secreto en tramas oscuras. Y, en especial, muertos. Demasiados muertos. En las carreteras, en los bancos, en comisarías

de las que el interrogado salía sin vida, en plazas abarrotadas. No era una música alegre.

Hacía un tiempo, había visto con Sofia un documental en la televisión sobre tornados y tifones. Fue entonces cuando se imaginó que el Tirol del Sur era una de esas zonas en medio del océano desconocidas para la mayoría, holladas por unos pocos, en las que se originan los huracanes. Microscópicas áreas de baja presión, poco monitorizadas por los radares mundiales, marginales en el panorama global, pero en las que a veces los vientos comienzan a girar, las aguas a agitarse y las nubes a condensarse, hasta que lo que nace siendo un minúsculo torbellino se convierte en un ciclón dispuesto a arrasar con las costas de los continentes. Y, efectivamente, lo hace, pero antes se ha alejado para siempre del pequeño e insignificante lugar del globo donde empezó a tomar forma.

Pues bien, vistos desde allí, el fragor de los truenos, las tormentas y las nevascas que habían azotado su tierra en aquellos años de fuego, entre 1957 y 1969, eran para Magnago los síntomas de algo mucho más grande y amplio, algo –la consternación se apoderaba de él por el mero hecho de pensarlo– que habían ensayado, que habían aprendido a hacer justo allí.

Puede que Magnago fuera el único político italiano que disfrutaba –es un decir– de un doble estatus. Los terroristas y los sectores más extremistas, como los *Schützen*, lo consideraban un politicucho que traicionaba los ideales y se sometía a la razón de Estado; desde el mundo italiano, en cambio, lo acusaban de mostrar excesiva comprensión hacia los terroristas. Así, en el fondo estaba en la mejor posición para ver la coyuntura desde ambos lados. La cuestión surtirolesa le había hecho desarrollar una sensibilidad de rabdomante ante los atentados: veía con demasiada claridad cuánto les hacían el juego a quienes luego los reprimirían. Habían sido tantos los episodios de los últimos doce años que sólo podían explicarse suponiendo que alguien, algún elemento

desviado del Estado, buscara el gol en propia puerta para justificar la contundencia de las reacciones. A todas luces, Magnago jamás podría demostrarlo. Y las delicadas negociaciones que durante años había sostenido con los Gobiernos italianos no le permitieron compartir aquellas dudas con sus interlocutores. ¡Sólo faltaba eso! Pero estaba convencido de tener razón. Una sóla vez, al final de una conversación agradable, como siempre, con Aldo Moro, dejó caer una frase para ver qué efecto tenía, listo para retirarla si caía en saco roto.

–Es como si alguien no quisiera que Italia se convierta en una auténtica democracia –le había dicho Magnago.

El democristiano, cuyo tono de voz era por lo general tan bajo y débil que costaba distinguir las palabras, guardó silencio. Pero, dirigiéndole una mirada profunda, cansada, comprensiva, parpadeó lentamente en un gesto de imperceptible pero inequívoco asentimiento. Desde entonces, Magnago supo con certeza que tenía razón: existía un plan destinado a desestabilizar la democracia, y había gente que lo sabía. Pero, al igual que el dolor físico con el que convivía desde 1943, Silvius Magnago continuó sin poder compartir con nadie aquella convicción: un parpadeo lento era su única prueba.

Además, no merece la pena perder el tiempo con algo que no se puede discutir ni afrontar. Las cuestiones pendientes de resolver ya eran de por sí muchas y acuciantes, y la normativa, compleja de elaborar. Desde que se estaba normalizando la relación con el Estado italiano, para Magnago era otra la principal amenaza que se cernía sobre su *Heimat* y corría el riesgo de mermar, a la larga, su identidad. Era el fenómeno más desestabilizante, más invasivo, más peligroso de todos: los matrimonios mixtos interétnicos.

Sí, es verdad, él mismo era fruto de un *Mischehe*,[97] pero sus padres se habían casado cuando el Tirol al completo formaba parte de Austria. Tiempos en los

que no hacía ninguna falta defender de la asimilación las tradiciones de la *Heimat*.

Ahora aquella época había acabado, y era fundamental que las comunidades étnicas del Alto Adigio estuvieran censadas, cuantificadas y separadas claramente la una de la otra: sobre todo, los centros educativos y las instituciones culturales y lingüísticas, ya que sólo separando la cultura y la lengua surtirolesas de la cultura y la lengua italianas se las podía proteger con eficacia. Fronteras étnicas claras: sólo así, tras tantos tumultos, podía preservarse la paz social.

Era como en la filatelia: el sitio de un *Sachsendreier*[98] o de un *Schwarzer Einser*[99] estaba en el álbum de los sellos históricos, no en el de la fauna mundial, subcategoría de pájaros. Orden, catalogación: el Alto Adigio necesitaba las mejores virtudes de un filatélico. Las mezcolanzas y la confusión entre las dos comunidades acabarían conduciendo, una vez más, a la deflagración, al caos.

Las dentadas del sello estaban en buen estado, así como el engomado. Silvius Magnago lo colocó nuevamente en su álbum dando un suspiro de satisfacción. Los tiempos aún no estaban maduros para realizar declaraciones públicas sobre el tema, pero ésa sería la siguiente batalla política que el padre de la autonomía altoatesina daría con toda su autoridad. Pronto llegaría el momento de decirlo alto y claro: los *Mischehen* entre italianos y alemanes eran el principio del fin del Tirol del Sur.

El teniente coronel que leyó a Vito el extracto del reglamento tenía unos años más que él, pero parecía más joven. Sus ojos, claros e inocentes, hacían difícil imaginárselo arma en mano, en plena acción en un paso de montaña o en una redada. Y, en efecto, nunca se había visto en una de ésas: acababa de llegar al Alto Adigio, cuando lo peor ya había pasado.

Lo había convocado en su oficina y se había dirigido a él con la cortesía formal de los turineses o de los tímidos en posición de autoridad: era ambas cosas. Se había preocupado de hacer una copia: quería que Vito lo leyera en persona no porque creyera que desconocía el contenido, sino porque todo el mundo tenía en alta estima a aquel suboficial y quería tratarlo con deferencia. Además, era una cuestión delicada, íntima; apoyarse en un papel quizá le ayudara.

Comenzó a leer.

–Umberto de Saboya, príncipe del Piamonte, lugarteniente general del Reino. En virtud de la autoridad que ha sido delegada en mí; visto el Real Decreto Legislativo, etcétera, etcétera…; vista la resolución del Consejo de Ministros; a propuesta del ministro de Guerra, de acuerdo con el ministro del Interior y del Tesoro; sanciono y promulgo lo siguiente…

Vito estaba sentado enfrente. El oficial, inclinado sobre el escritorio, le indicaba con el dedo las líneas del texto que iba leyendo. Olía a limpio. Colgado en la pared, a su espalda, había un retrato de Giovanni Leone, jefe del Estado, con su cara de roedor enmarcada por unas gafas de montura gruesa negra.

–Artículo uno. En el Cuerpo de los *Carabinieri* Reales, los sargentos de los tres rangos y los cabos mayores pueden recibir autorización para contraer matrimonio sin limitación de rango alguna, a condición de que hayan cumplido nueve años de servicio y tengan más de veintiocho años…, todos ellos requisitos que usted posee –especificó el teniente coronel.

Vito asintió.

–El artículo dos trata sobre los cabos y los *carabinieri* rasos, no le atañe, y tampoco el seis. Los artículos tres, cuatro y cinco establecen el porcentaje de *carabinieri* casados que se admite por cuartel. El artículo siete es una buena noticia: los militares del Cuerpo de los *Carabinieri* Reales que estén casados

tienen derecho a asistencia sanitaria gratuita del médico encargado del servicio en los cuarteles.

–Disculpe, coronel, ¿por qué *reales*?

–Es un atributo que nunca han cambiado, sigue vigente para nosotros también, que juramos fidelidad…

Señaló el retrato del ratón gafotas a su espalda.

–… a la República Italiana. El artículo 8 es el que…

Se interrumpió.

Cuando les toca dar malas noticias, los tímidos tienen que ser valientes por partida doble: para enfrentarse a su interlocutor y también a sí mismos.

–… le atañe.

Vito se había distraído. Estaba recordando lo que le había dicho su madre cuando estuvo en casa de permiso, dos semanas antes. No se había andado con rodeos.

–O ellas o nosotros.

Ellas: Gerda y Eva. Nosotros: su madre, todos los parientes y todos y cada uno de los habitantes de la ciudad. O mejor: de Calabria entera.

–Artículo 8. La mala conducta con escándalo público de los familiares de los miembros del Cuerpo de los *Carabinieri* Reales casados supondrá el cese del militar con rescisión del cargo vigente a propuesta de los respectivos comandantes de legión y por decisión del comando general del Cuerpo.

El teniente coronel lo leyó todo del tirón, como un colegial, sin levantar ni una vez su mirada azul.

–Otorgado en Roma, el 29 de marzo de 1946. Umberto de Saboya. De Gasperi, Brosio, Romita, Corbino. El ministro de Justicia: Togliatti.

No había nada más que leer, pero el oficial no apartó los ojos del folio.

O nosotros o ellas. Eso le había dicho Mariangela Anania, Mollica de soltera, a su hijo. Y los calabreses en su conjunto, a pesar de estar divididos por

siglos de guerras entre clanes, rivalidades, riñas e intereses oscuros, se habían unido para condenar el matrimonio entre Vito y una madre soltera. Una unanimidad plena como no se veía desde los tiempos de la Magna Grecia o, mejor dicho, desde los fenicios. Y ante la formidable cohesión del veredicto dictado por sus paisanos, por los vivos, pero también –su madre se lo había dejado claro– por los muertos, así como por las generaciones futuras, ¿qué podía significar para Vito el reglamento del Cuerpo? ¿Qué obstáculo podría suponer para su amor por Gerda que no estuviera ya ahí, inamovible, insalvable como una roca gigantesca en medio de un camino de herradura?

El teniente coronel levantó sus ojos mansos.

–Hermana de terrorista, madre soltera… Cabo mayor Anania, pero ¡¿dónde ha encontrado usted a una mujer así?!

–Gerda nunca ha hecho nada malo.

El teniente coronel suspiró, más impotente que irritado. Apenado, incluso.

–Como usted diga, cabo mayor, pero el reglamento es el que es. Escándalo público, mala conducta. Su situación lo tiene todo. Ningún superior le dará jamás el permiso para casarse con ella. Puede hacerlo como ciudadano libre, naturalmente, pero entonces le cesarían. El decreto lo deja claro.

Vito se había pasado toda su vida adulta cumpliendo los reglamentos del Cuerpo. Con orgullo, abnegación y espíritu de lealtad, algo que ningún civil podría entender jamás. Así pues, no tuvo nada que decir. Cuando salió del despacho del teniente coronel, se cruzó con Genovese.

El napolitano ya había abierto la boca para soltar alguna gracia, pero, al ver su expresión, apretó los labios. Ahí estaban los efectos de la cara de enamorado, esa que, cuando la tienes, es porque ya vas de cabeza hacia los problemas. Pero estaba claro que Anania se había empecinado. Genovese movió la cabeza lentamente, abajo, arriba, abajo, como quien confirma lo que

llevaba tiempo esperando. Le dio dos palmadas en el hombro con una inesperada y tosca ternura; luego dio media vuelta y se marchó.

Vito se quedó solo en el pasillo.

Casarse. Él y ella. Eso era lo único que querían. Pero ¿cómo, si todo les era adverso? Lo primero era no desanimarse. Se querían: eso era lo único importante.

¿Dejaría Vito que lo cesaran? Qué se le iba a hacer. El mundo no se acababa en el Cuerpo. Se las apañarían de una forma u otra: Gerda era cocinera, y él también tenía un oficio: era diplomado en contabilidad. Encontraría trabajo, y, transcurrido cierto tiempo, ella podría dejar de sudar en la cocina: él se encargaría de que no le faltara de nada. Eva iría al colegio de al lado y por fin podrían vivir juntos. Él la adoptaría, le daría su apellido: Eva Anania, hasta le sonaba bien.

Serían felices los tres. Habrían tenido más hijos, y Eva se alegraría, porque a todas las niñas les gusta mimar a sus hermanitos. La querrían tanto que nunca estaría celosa.

¿Y su madre? A su madre sólo había que darle tiempo: tarde o temprano cambiaría de idea. En cuanto naciera el primer nieto lo perdonaría, estaba seguro.

Vito hablaba embozado en las sábanas, en voz baja.

Gerda lo escuchaba sin decir palabra. Se apretó contra su cuerpo, lo buscó con las manos. Tenía hambre de él, de su boca; quería sentirlo moverse en ella; compartirían la cama toda la vida, pero ahora no podía esperar.

Vito, como siempre, ya estaba listo para ella. Le dio la vuelta, sin dejar de abrazarla, mientras Gerda se arqueaba. Qué fácil era entrar en ella, Dios, qué necesario.

Después, Vito se durmió.

Gerda lo abrazaba como a un niño con la cabeza apoyada en su pecho. Miró la silla al lado de la cama, donde él había colocado el uniforme de cabo mayor. Había doblado los pantalones con meticulosidad, la franja roja atravesaba el centro del asiento y los hombros de la camisa colgaban de los pomos del respaldo. Qué ordenado era su Vito, qué serio, qué fiable. Un hombre de honor. Le acarició su negro cabello. Ya estaba más ralo que cuando lo había conocido. Le había tocado tantas veces la frente, la nunca y las cejas que, si se quedara ciega de repente, reconocería al tacto el nacimiento de su pelo entre miles. Gerda dio un suspiro hondo y la cabeza de Vito se elevó con su pecho.

Sabía qué tenía que hacer.

Cuando Vito se despertó, Gerda estaba de pie mirando por la ventana. Fumaba. Al verla, tuvo miedo. Tenía una voz distinta, una expresión distinta, una mirada distinta. Mientras él dormía, Gerda ya había entrado en un *después* que era completamente diferente del *antes*.

–Ya lo he decidido –le dijo.

No le dijo: si dejas el uniforme de *carabiniere* te perderás a ti mismo y todo aquello en lo que crees. Tampoco le dijo: tu madre te tiene sólo a ti, ésta no es tu tierra, aquí siempre serías infeliz y morirías de nostalgia. Ni: dime que no es verdad lo que estoy a punto de decirte, convénceme, insiste en que tenemos que seguir juntos.

Lo que dijo fue: soy yo la que no quiere casarse contigo, le he dado muchas vueltas, no puedo vivir contigo, somos demasiado diferentes, jamás funcionaría. Además, sé que si tuviéramos más hijos dejarías de querer a Eva.

Se encogió de hombros, y ese gesto casi la hizo derrumbarse. Se encendió otro cigarrillo, pese a que aún no se había terminado el primero.

Vito estaba sentado en la cama, en silencio.

Gerda echaba el humo con fuerza, lo arrojaba lejos, como si intentara golpear las montañas al otro lado de la ventana.

Vito seguía sin hablar.

Gerda se acabó el cigarrillo.

Vito nunca habría imaginado que mirarla a los ojos le resultaría tan difícil.

Y Gerda supo que había hecho lo único que se podía y se tenía que hacer cuando él no le respondió: no, amor mío, luz de mi vida, yo te quiero, superaremos esta y cualquier dificultad que se interponga en nuestra larga vida juntos, no me dejes y yo no te dejaré nunca. Lo que dijo fue:

–Pero a Eva se lo digo yo.

Quiso despedirse de todos uno por uno: de Sepp, de Maria, de Eloise, de Ulli. También fue a la granja en la que se había casado Ruthi y le llevó un juguetito para su criatura. Les explicó que había pedido un traslado. Llevaba demasiados años lejos de casa. Su madre estaba mayor, sólo le quedaba él, era hora de regresar. Nadie le hizo preguntas. Nadie dijo: ¿y Gerda? Maria lo abrazó, le dio *Schüttelbrot* y *Kaminwurz* para que se los llevara a su madre y varias botellas de *grappa* que había destilado: de pino negro, de frambuesa y de genciana. *Graukäse* no le dio, porque no llegaría a Calabria en buen estado. Sepp le había tallado una cajita de madera para que guardara los recuerdos del Alto Adigio, aunque el verdadero *souvenir* era la fragancia que desprendía al abrirla, un aroma a bosque, a *Stube* y a henil. Ulli lloraba: no quería separarse de él. Eva no estaba.

Había subido a la cumbre del Nanga Parbat y estaba sentada en los travesaños de debajo de la intersección del techo, con las piernas colgando. Observaba la explanada entre el henil y la casa, las gallinas picoteando en la montaña de estiércol, el gato dormitando. Se quedó así, inmóvil, mientras se alargaban las despedidas. No la vieron hasta que salieron para hacerse las fotos de recuerdo: todos querían una con Vito, pero en la *Stube* no había suficiente luz.

Gerda le ordenó que bajara.

Vito, con la cabeza inclinada hacia atrás y la frente fruncida, la miraba en silencio.

Eva se descolgó por las barandillas de madera del henil. En un día normal Vito le habría regañado, pues era peligroso bajar así los tres pisos: podía hacerse daño. Sin embargo, contempló enmudecido su descenso por la fachada del viejo henil, con las piernas desnudas asomando del vestido, las rodillas despellejadas y los calcetines por los tobillos. Eva aterrizó con un saltito delante de la ventana del establo y Vito fue a su encuentro, le dio un abrazo, le dijo algo. Eva no lo escuchaba; estaba demasiado ocupada pensando: parecía distinto a los demás, pero en realidad es el peor.

KILÓMETRO 1383-1397

En la estación de Villa San Giovanni, la oxidada marquesina resalta contra la pared, cubierta de grafitis.

BRIGADAS AUTÓNOMAS ALCAMO.

FONDO NORTE PALERMO mierdas.

(En minúscula.)

ULTRAS MESSINA TESTOS PODRIDOS.

¿Qué significará *testos*? ¿«Cerebros»? ¿Atributos masculinos?

Al otro lado de las vías veo un enorme centro comercial con un rótulo gigante de letras verdes digno de Salgari: LA PERLA DEL ESTRECHO.

Está unido a la estación por una pasarela peatonal elevada. Muchas personas suben y bajan sus peldaños de hierro. En paralelo ascienden unas escaleras mecánicas flamantes, pero inmóviles –es más, sospecho que nunca llegaron a funcionar–, de un rojo primario, alegre y resplandeciente, igualito al color de *Marlene*.

La familia de Messina se baja aquí. Visitarán a sus parientes calabreses y mañana pasarán con ellos el Lunes de Pascua antes de regresar a casa. Nos despedimos con cordialidad; la señora coge de nuevo sus bolsas, el marido me da la mano con el vigor de un policía jubilado, la hija esboza una bonita

sonrisa y me quedo sola. En el compartimento, en el vagón y puede que en todo el tren.

Al otro lado de las violáceas aguas del estrecho, Sicilia parece apoyada a contraluz en el sol poniente; una masa oscura cubierta de nubes alargadas. El tren reanuda la marcha para enfilar su última etapa y, justo en ese momento, detrás de la isla al otro lado de un mar color antracita, el sol desaparece.

Del bolso abierto en el asiento de al lado llega un resplandor azulado: un SMS. Saco el móvil, lo miro. Es Carlo, que escribe:

¿CÓMO ESTÁS? ¿HAS LLEGADO? TE QUIERO.

Me quedo un rato mirándolo y, sin saber por qué, pulso un botón en la parte baja de la pantalla, que me pregunta: ¿ELIMINAR?

Levanto los ojos y miro por la ventanilla. La silueta de Sicilia es cada vez más imperceptible y oscura, definida únicamente por las luces de Messina. Luego cruzamos la periferia de Reggio Calabria. Veo edificios del pelotazo inmobiliario, idénticos a los de toda Italia, iluminados por la luz amarillenta de las farolas. La noche ha caído con una velocidad casi tropical.

Mientras el tren llega a la ciudad de Vito, pulso el botón: sí.

La estación está casi desierta. Bajo del vagón junto a los poquísimos pasajeros que quedan, dando pasos vacilantes, como tras un largo viaje intercontinental. He reservado un hotel cerca de la estación y la maleta no es aparatosa: debería poder llegar andando. Me encamino hacia el principio del andén y entonces lo veo.

Es tal y como lo recordaba: no demasiado alto, con una nariz fenicia, y la boca, relajada y un poco torcida. Vito también me reconoce a la primera, viene a mi encuentro. Está joven, exactamente igual que entonces. No ha envejecido ni un ápice.

1973-1977

El *papelito* fue lo que le salvó la vida a Gerda.

O a lo mejor no lo habría conseguido, porque las ganas de vivir del cuerpo la habrían obligado a vomitarlo todo; o quizá alguien habría entrado corriendo en la habitación y la habría detenido. O puede que en el último momento se hubiera acordado de Eva y tirara al inodoro las pastillas. La cuestión es que Gerda no murió, entre otras cosas, gracias a la ley sobre bilingüismo, piedra angular del nuevo Estatuto de Autonomía provincial.

Después de años en que los surtiroleses se habían visto obligados a hablar una lengua extranjera en las oficinas públicas de su tierra, el Paquete corregía esa situación. Todos los empleados del sector público tenían que demostrar con un certificado, el susodicho *papelito*, que sabían tanto alemán como italiano.

La ley corregía una injusticia histórica: una pena que nadie se hubiera parado a pensar en las consecuencias prácticas. ¿Qué pasaría con los trabajadores italianos que no hablaban alemán lo bastante bien para aprobar el examen, es decir, casi todos? ¿Habría despidos masivos? ¿Y qué sería de aquellos que trabajaban en servicios de interés general, como los farmacéuticos?

El licenciado Enrico Sanna había dejado su Cagliari natal al acabar la universidad y había abierto una farmacia no muy lejos del hotel de frau Mayer. Habían pasado treinta años desde entonces, pero sólo había aprendido a

saludar en alemán y a decir «por favor», «gracias», «buen provecho» y poco más. Sin embargo, para conocer los nombres de las medicinas no hay que saber idiomas y para entender los síntomas de un dolor de cabeza o de una indigestión uno puede ayudarse de las manos o de las expresiones faciales: nunca había considerado su desconocimiento del alemán un obstáculo para su profesión. Los clientes tampoco se habían quejado jamás. Es más, a pesar de sus formas secas, siempre les habían mostrado afecto tanto a él como a su mujer, que era de Barbagia y que, entre aquella gente de efusividad escasa pero leal a su palabra, siempre se había sentido como en casa. Hasta el día en que al licenciado Sanna le llegó un comunicado oficial en el que se le solicitaba realizar el examen para obtener el certificado de bilingüismo.

Vito se había marchado hacía un par de semanas. Gerda había vuelto a la cocina. La comida que preparaba para los huéspedes de frau Mayer no tenía menos sabor: no estaba elaborada con menos meticulosidad ni guarnecida con menos detalle. Cuando los camareros llegaban del comedor y gritaban «*Neu!*» dejando las comandas en la encimera, ella no era menos diligente en la supervisión de una salsa, ni se olvidaba de humedecer con jugo el asado del horno, ni cortaba con menos precisión el rollo de ternera. Sin embargo, durante el descanso de la comida, cuando el personal bajaba a comer y ella, fiel epígono de herr Neumann, se quedaba sola en la cocina para no dejar desatendidos los fogones, miraba fijamente las botellas de detergente en la pila de Elmar: beberse una entera, toda de un trago, no parecía tan difícil. O los cuchillos de carne: a esas hojas afiladas, en sus expertas manos, no les costaría encontrar las venas.

Pero el descanso para comer terminaba, los cocineros regresaban a sus encimeras de trabajo, a los clientes les entraba hambre y Gerda, hora tras hora, sobrevivía.

Aquél era su día libre, siempre el peor momento. Estaba en su habitación, tirada en la cama, pero eso también era insoportable: estar ahí, en la misma cama en la que Vito y ella…

Presa de una determinación repentina, se levantó, se vistió y salió del hotel. Fue al ambulatorio del seguro y esperó su turno entre niños con paperas y ancianos con diverticulitis. Cuando le tocó a ella, le explicó su problema al doctor: insomnio. El médico le vio la piel, grisácea, y las ojeras, azuladas, y le recetó benzodiazepinas.

¿O sea, somníferos?

Sí. Con eso por fin podría dormir.

Gerda se dirigió a la farmacia. ¿Blandía la receta como un samurái la espada con la que se haría el harakiri? No. Se la había guardado en el bolso, con los polvos y el monedero. Pero estaba tan decidida a morir como un guerrero japonés.

Sin embargo, la farmacia del licenciado Sanna estaba cerrada. Gerda se quedó a cuadros. Eran las cuatro de la tarde de un lunes y no era Navidad. Pegado a la persiana bajada había un folio lleno de sellos. En el encabezamiento se leía: *PROVINZVERORDNUNG/ORDENANZA PROVINCIAL*.

Gerda miró a su alrededor. En la acera de la farmacia había una pequeña multitud: ancianos, madres jóvenes con sus lactantes, militares reclutados. Necesitaban aspirinas, colutorio, anticoagulantes, insulina. Preservativos, termómetros, antibióticos, gasas y jeringuillas, polvos para los piojos, pastillas para el dolor de garganta. Benzodiazepinas para acabar con el dolor.

Pero el licenciado Sanna no había aprobado el examen de bilingüismo y ya no podía vendérselos a nadie.

Si Gerda de verdad lo hubiera querido, habría encontrado otra farmacia en algún pueblo cercano. Pero la determinación que la había llevado hasta allí estaba perdiendo impulso.

Así pues, Gerda no murió. Pero empezó a dejar de usar el abrigo de lana: entraba en la cámara frigorífica en mangas de camisa, acalorada, directa desde la cocina. El sudor se le congelaba al instante, quemando sus riñones como un alambre electrificado, pero ella no se acordaba de que tenía que abrigarse hasta que había salido. Gerda era fuerte, de la raza de su padre Hermann, y tardó mucho en caer enferma, pero al final le dio una fiebre altísima. Cuando frau Mayer subió a verla a su habitación de la buhardilla, se asustó: su jefa de cocina estaba sudando y temblando como si tuviera el cólera; la almohada estaba cubierta de pelos, que se le caían a mechones. Estuvo tres semanas en cama. Cuando por fin pudo levantarse, Gerda tenía menos de treinta años y varias calvas en la cabeza. Pasó meses llevando un pañuelo. Su rubio pelo le creció de nuevo, pero nunca volvió a ser tan suave como antes.

Gerda retomó su vida de trabajo duro. Todo era igual. Salvo que, cuando alguien encendía la radio en la cocina, ella la apagaba al instante. La que tenía en su habitación se la regaló a Elmar. Escuchar música le hacía más daño que ninguna otra cosa. Cuando conocía a un hombre en un bar, no le preguntaba cómo se llamaba y, si aun así él se lo decía, no le prestaba atención. Sólo había un nombre que habría querido oír.

Una mañana, en una de las pausas durante los preparativos básicos, salió a fumar al patio trasero. En la mano llevaba un cucharón que se había olvidado de dejar. Hannes Staggl estaba esperándola. Había engordado, su pelo rojo estaba salpicado de gris y sus párpados recordaban cada vez más a una salamandra. Estaba plantado en medio del patio del hotel de frau Mayer como un fotograma equivocado que se cuela en otra película.

–*Figg lai mit mir, Gerda* –le dijo. Folla solo conmigo–. Ése te ha dejado porque no te quería, no como yo, que estoy dispuesto a pagártelo todo. Folla sólo conmigo de ahora en adelante y a Eva y a ti no os faltará de nada.

Gerda apuntó bien y le lanzó el cucharón al padre de su hija. Le dio justo al lado del ojo. Hannes Staggl podía considerarse un hombre con suerte: diez minutos antes de salir, Gerda estaba deshuesando un buey con el hacha de carnicero.

Hannes Staggl se pasó varias semanas con el ojo semicerrado, hinchado y azulado, como un púgil al que le va llegando la hora de bajar del ring. A su mujer le dijo que se había dado un golpe con la puerta del coche: por fin había vendido el Mercedes y aún no se había acostumbrado a la puerta del Lancia nuevo.

Al llegar al estudio que alquilaban en temporada baja, Gerda había encontrado docenas de cartas. Le bastaba con tocarlas para notar la desesperación que emanaba de ellas. Las tiró al horno de la cocina de leña sin abrirlas siquiera. Muchas eran para Eva. Ésas también las tiró, como si fuera un embutido incomestible por exceso de guindilla.

Si Eva veía un Seiscientos color café con leche (pero también gris claro, o amarillo, o negro) subiendo por las curvas cerradas que llevaban a las granjas, las piernas se le quedaban petrificadas, como si hubieran echado raíces; la respiración se le entrecortaba y la boca se le secaba. Si las calabazas pueden convertirse en carrozas y algunas ranas son príncipes encantados, ¿por qué no iba a poder aparecer Vito en la explanada?

No, era inútil. No funcionaba. Había cumplido diez años y, por más que lo intentara, ya no creía en los cuentos.

La única solución era pasar el mayor tiempo posible en la cumbre del Nanga Parbat con Ulli y bajar lo mínimo indispensable a las cotas donde vivían el resto de las personas. A ocho mil metros de altura hace frío y te cuesta respirar, pero al menos estás por encima de la desolación y la nostalgia.

De repente, casi de un día para otro, a Ulli empezó a cambiarle la voz. El soprano infantil se convirtió primero en un graznido desagradable y al cabo de un par de años adquirió una sonoridad de tenor. Sin embargo, seguía sin mostrar el menor interés por la compañía femenina, a excepción de Eva. Por las mañanas se despertaba con el pubis pegajoso después de soñar con animales extraños.

Hacia sus catorce años, Eva comenzó a notar las miradas de los hombres. Un día, mientras paseaba con Gerda por la calle principal de la ciudad, un grupo de chavales empezó a silbar. Gerda no se giró, convencida, como siempre lo había estado desde que se hizo mujer, de que los piropos eran para ella. Pero Eva se cruzó con la mirada excitada y asustada de uno de los chicos y supo que sólo tenían ojos para ella, para sus piernas, que asomaban desnudas de su minifalda; para su pecho, que ya abundante le presionaba la blusa de mariposas. Miró a su madre. Gerda caminaba con la espalda recta y la boca cerrada, al igual que hacen las mujeres que no responden a los cumplidos. Eva entreabrió los labios, como para explicarle algo, pero luego, con emoción, vergüenza y una leve sensación de traición, se quedó callada.

KILÓMETRO 1397

No es Vito, sino su hijo Gabriele. Ha venido él a recogerme a la estación. Mete mi maleta en el maletero de su Opel Vectra y por un instante veo a Carlo haciendo el mismo gesto. Parece que ha pasado un año y fue hace dos días.

Ya es tarde para ir a casa de Vito. El dolor del tumor en los huesos lo tiene toda la noche despierto; sólo puede conciliar un rato el sueño por la tarde. Ahora Gabriele me acompañará al hotel y mañana por la mañana iré a ver a Vito. Mientras conduce no puedo evitar mirarlo de reojo varias veces. Él también me lanza una mirada furtiva. Nos pillamos recíprocamente en el acto y soltamos una carcajada.

El hijo de Vito y yo riéndonos juntos en su coche.

Hay que ver.

No me ha dicho «señora» ni «señorita»: nos hemos tuteado desde el principio y ha sido lo más natural. Gabriele habla mientras conduce. Hay poco tráfico y vamos rápido, pero no veo nada de Reggio Calabria: sólo tengo ojos para el perfil anguloso y la boca torcida de la persona que pudo llamar a Vito *papá* desde que nació.

Él sabe algo de mí. Cuando tenía veintipocos años, Vito se lo contó: le habló de la mujer del norte a la que había amado de joven y de su niña.

–Y yo siempre me imaginé a esa niña con el pelo rubísimo, casi blanco, como los niños alemanes de Alemania que llegan en primavera. Y, en efecto, eres así.

–Pues no, señor.

–¿No eres rubia?

–No soy alemana de Alemania. Soy surtirolesa.

Él me ha mirado. Serio, pero con los ojos sonrientes.

–Que no tiene nada que ver, claro…

–No tiene nada que ver, no.

Cuánto se parece a su padre. Tiene la misma sonrisa que él, un poco torcida: media boca se levanta, se estira y se ensancha, mientras que la otra media se queda inmóvil, esperando a que la primera acabe con tanto alboroto, pero sin impaciencia.

–¿Qué más te dijo de mí?

–Que le habría gustado saber que eras feliz.

Aparto la mirada.

–¿Tienes hambre? –me pregunta.

El restaurante es pequeño; está en un callejón estrecho, pero hasta allí llega el olor del mar. Las albóndigas de ricota y la fritura de pescado me parecen lo más delicioso que he probado en mi vida, quizá porque llevo desde Fortezza sin comer caliente.

Gabriele también es *carabiniere*. Tiene dos títulos, en Ciencias Políticas y en Derecho; habla tres idiomas y tiene nociones de las lenguas de los sitios donde ha estado de misión: Bosnia, Kosovo e Irak.

Cuando estaba en Kosovo, lo más importante era saludar a serbios y a albaneses de la manera correcta y no confundirse. Nunca se podían pedir tres cafés en un bar albanés levantando el pulgar, el índice y el corazón, ya que así es como saludan los serbios. Hay que levantar el índice, el corazón y el anular.

Si te equivocas, lo toman por un insulto, y, si un albanés se ofende…, mal asunto.

En Peć irrumpió con sus hombres en un *fábrica de chicas*, como las llamaban los paramilitares. No quiere hablar de lo que vio allí. Él mismo se encargó de vigilar al jefe del campo hasta entregarlo a los enviados de la Corte Penal Internacional. Era un hombre de mediana edad, casado, con una mujer devota y tres hijas de la misma edad que las chicas que sus soldados consumían como trozos de carne.

–No me entra en la cabeza.

–Cuando oigo estas cosas me digo que a nosotros, en el Alto Adigio, nos fue bien.

Gabriele asiente.

–Sí, muy bien.

Después del café levanto la mirada y le sonrío.

–Tú no me lo preguntas.

–¿El qué?

–Si me siento más italiana o alemana.

–¿Y por qué iba a preguntártelo? Es como si tú me preguntaras si me siento más calabrés o italiano. O más normando, árabe, griego o albanés.

Lo miro y me pregunto cómo habría sido crecer siendo Gabriele mi hermano pequeño.

Al llegar al hotel, Gabriele apaga el motor. Se queda un instante en silencio antes de decir:

–Mi madre también sabía lo vuestro.

–¡Tu madre…! ¿Y cómo se enteró?

–Fue mi abuela, que en paz descanse. Cuando se prometieron, le dijo: el verdadero amor de mi hijo fue otra mujer. Él nunca te querrá como la quiso a

ella, pero te respetará siempre porque es un buen hombre. O lo tomas o lo dejas.

–Y tu madre lo tomó.

Gabriele asiente.

–No ha sido un matrimonio infeliz. Al contrario.

Me lleva la maleta hasta la recepción. Antes de irse, me entrega un paquete. Es pequeño y está envuelto en papel marrón atado con bramante. Es muy viejo, huele a cajón cerrado.

–Mi padre me dijo que te lo diese cuando llegaras. Puedes usar esto. –Y me deja un viejo walkman con cascos.

Nos despedimos con un abrazo un poco torpe, como quien querría alargarlo, pero siente apuro.

1978-1979

Aquella llamada, la peor de todas, no llegó ni de madrugada ni al amanecer. El teléfono sonó a una hora falsamente inocua: justo después de comer. Magnago acababa de tomarse el café con su mujer Sofia y se disponía a regresar a su despacho.

Era una voz conocida, con acento romano. Le habló del Renault rojo, de la calle en pleno centro de Roma –¡justo al lado de la sede de los dos grandes partidos!–, del cuerpo tapado con una manta.

Desde hacía un tiempo, a Sofia le costaba acordarse del nombre de las cosas o, más bien, eran ellas las que se negaban a dejarse encontrar en su idioma. No se acordaba, por ejemplo, de cómo se llamaba ese objeto de madera con cuatro patas que se usa para sentarse, pero no dudó en ofrecérselo a su marido: no sabía qué le habían dicho por teléfono, pero tuvo claro que Silvius estaba a punto de caerse.

Magnago se desplomó en la silla y se llevó una mano a la frente. Le pidió que encendiera la televisión.

Vio el cuerpo en el maletero, el cuello doblado. La multitud de policías. Al cura dando la extremaunción. Aquella cara conocida, de una inteligencia secreta, tenía la barba larga tras los muchos días de angustia, terror y cautiverio.

Ahí estaba, de lleno, la fuerza destructora del huracán. Habían asesinado a Aldo Moro.

Magnago se llevó las manos a la cara, apoyó la frente en el pecho de su mujer, de pie a su lado, y lloró.

Aquel 9 de mayo de 1979 Gerda también estaba de pie delante de la televisión. Frau Mayer, los huéspedes, los camareros, los cocineros y los pinches miraban todos juntos a la pantalla, en silencio.

De ellos, sólo Gerda, Elmar y frau Mayer habían estado presentes en el banquete con el que muchos años antes el *Obmann* Magnago había agasajado a Aldo Moro en aquel mismo comedor. Al resto del personal lo habían contratado después. Gerda rememoró el momento en el que se pusieron en fila para saludar a los dos dirigentes. Era incapaz de recordar la mirada del italiano. Luego se acordó de que el hombre no había levantado los ojos mientras le daba la mano, en un apretón que no podía definirse como tal: el apretón de un hombre acaso inerme y sin duda poco vigoroso. A saber por qué habían matado a un hombre tan manso.

Lo que estaba claro era que ningún cristiano, ya fuera un poderoso o un don nadie, se merecía que lo metieran en el maletero de un coche así, como un objeto.

Aquel día no fue el peor, pues cada muerte es peor que las demás para quien la llora, y tras aquélla hubo en Italia muchísimas más, demasiadas. Ciertamente, en comparación con éstos, los atentados que de cuando en cuando se producían en el Alto Adigio recordaban a la pirotecnia que explota muchos días después de Nochevieja. Eran petardos, cebollitas y girasuelos, comparados con lo que pasaba en el resto de Italia.

En 1979, el Tiroler Schützenbund, un grupo extremista del que muy pocos habían oído hablar, hizo saltar por los aires por enésima vez al *Wastl* de la

pequeña ciudad de Eva. El monumento al soldado alpino llevaba cuarenta años siendo construido y destruido, reconstruido y de nuevo destruido, como si se hubiera convertido en la apuesta en juego de una partida de larga duración.

Desde hacía unos años Eva estudiaba en un instituto de Bolzano, donde la habían admitido gracias a sus excelentes notas en el primer ciclo de secundaria. Tras mucho discutir con ella, había convencido a su madre de que no sería cocinera. Aquella mañana pasó por el cruce principal y vio a los jóvenes soldados reclutas con uniforme de camuflaje y botas, armados de escobas y recogedores, barriendo del suelo los cascotes de *Wastl*. Más que fuerzas militares desplegadas contra un terrorismo ya obsoleto, parecían cumplidas amas de casa.

A nadie, salvo a cuatro exaltados, le interesaban ya aquellas historias, ni de un lado ni del otro. Hasta la Asociación Nacional de los Alpinos, al cabo de unos meses, tomó la sabia decisión de no reconstruir el monumento y erigir en su lugar un bajorrelieve de granito que representara a los soldados alpinos en misión de paz. Hasta su construcción, el torso cercenado del *Wastl* se quedaría en su pedestal. Sin embargo, nunca llegaron a esculpir el bajorrelieve, y el muñón de la estatua se quedó allí, y allí sigue.

Eva había regresado a casa por vacaciones cuando llegó el pequeño paquete. Estaba envuelto en papel marrón atado con bramante. Gerda fue la que abrió la puerta. El destinatario y el remitente estaban escritos con una letra ordenada. Gerda la reconoció de inmediato.

–*I nimms net* –le dijo a Udo, el cartero. No lo quiero.

–Pero es para Eva…

–Soy su madre. Yo sé que no lo quiere.

Udo habría querido preguntarle: «¿Estás segura?». Ella levantó la cabeza y se quedó mirándolo con aquellos ojos transparentes y almendrados. Él no dijo

nada. Sacó un boli del bolsillo y un formulario de la bolsa de cuero, y se los ofreció a Gerda sin aguantarle la mirada.

–Firma aquí.

Gerda firmó. Luego le preguntó, con inesperada ternura:

–¿Ahora qué pasa con este paquete?

–Me lo llevo otra vez a la oficina de Correos y digo que no lo quieres…

–Que Eva no lo quiere.

–… y ellos lo devuelven.

Udo guardó el paquete en la bolsa de cuero. Dobló el formulario y lo metió entre otros folios. Comprobó que el boli estaba bien cerrado y se lo guardó en el bolsillo. Se disponía a marcharse. Su cuerpo ya empezaba a girar hacia la carretera y los pies estaban a punto de hacer lo propio cuando preguntó, por escrúpulo de conciencia:

–Pero ¿dónde está Eva?

–Eva está dormida.

El paquete marrón desanduvo el camino que había recorrido para llegar hasta allí: dos mil setecientos noventa y cuatro kilómetros en total, entre ida y vuelta.

KILÓMETRO 1397

Querida *sisiduzza*:

Hoy cumples dieciséis años.

Es un día importante.

Para mí, todos tus cumpleaños son días importantes y, aunque no he podido volver a verte, no me he olvidado de ninguno.

La habitación del hotel tiene losas de mármol, las paredes pintadas con esponja y un friso de frutas y flores que recorre la parte superior. La noche es silenciosa y tengo los cascos del *walkman* puestos mientras estoy tumbada en esta cama con cabecero de hierro.

La voz de Vito. Tan joven, tan desconocida. A veces se quiebra por la emoción y duele escucharla.

Tu madre y yo no pudimos casarnos por muchos motivos, no sé si te los explicó, pero eso ahora es irrelevante. Las cosas fueron como fueron y es imposible dar marcha atrás. Sin embargo, tienes que saber que para mí tú no eres sólo la hija de… Gerda. También eres mi *sisiduzza*, y te quiero muchísimo: no he dejado de quererte aunque lleve años sin verte.

Te escribí muchas cartas, pero no respondiste a ninguna. Que lo entiendo, ¿eh? No quiero reñirte: eras una niña. ¿Qué ibas a decirme? A lo mejor estabas enfadada conmigo y hasta tenías razón. Pero ahora que eres mayor es distinto. Si tú quieres, a mí me gustaría que nos escribiéramos o incluso hablar de vez en cuanto por teléfono. Podrías contarme cómo te va la vida, el instituto, por ejemplo. Sé que siempre se te ha dado bien y me gustaría saber

de tus estudios, de tu camino. Yo soy un poco tonto, ya se encargarán tus profesores de enseñarte cosas: sólo quiero que sepas que siempre puedes contar conmigo.

Ahora que te estás haciendo una mujer, creo que necesitarás no estar sola, ahora casi más que cuando eras una chiquilla. Por supuesto, tienes a tu madre, que te quiere muchísimo y que ha hecho por ti todo lo que ha podido, aun cuando las cosas para ella eran… muy difíciles.

Una larga pausa. Vito carraspea.

Pero las chicas de tu edad también necesitan un padre y, si tú quieres, yo podría serlo. Una especie de padre, por así decirlo, para darte consejos, para consolarte y hasta para reñirte si te equivocas. Sobre todo, para protegerte.

Pulso el botón de STOP. Me quedo mirando el *walkman*. Pulso REWIND.

«Para darte consejos, para consolarte y hasta para reñirte si te equivocas. Sobre todo, para protegerte.»

REWIND

«…ocas. Sobre todo, para protegerte.»

REWIND

«… para protegerte.»

REWIND

«… para protegerte.»

REWIND…

Hay racimos de uvas, limones y una fruta que no reconozco. Amapolas, rosas y flores de naranjo. De vez en cuando, entre una fruta y una flor hay un amorcillo. ¿Cuánto tiempo me he quedado tumbada mirando el friso que bordea la parte superior de la habitación? No tengo ni idea. Por la ventana empieza a entrar una luz grisácea.

Me imagino a aquel joven suboficial uniformado sentado a una mesa, hablando al micrófono del magnetófono. Con su voz fresca, afectuosa, atenta. Habría estado ahí para mí, pero lo perdí.

Perdí a Vito.

Lo perdí como se pierde en la feria. En vez de lanzar con puntería la pelota de trapo, tirar todas las latas y recibir un premio, lancé, pero no gané.

No gané un padre. No lo gané al nacer ni después con Vito. No gané un marido ni hijos. No gané hermanos ni hermanas con los que compartir el esfuerzo de ser hija de mi madre. No gané el amor de Ulli. Tenían razón quienes en su entierro decían: «Lo hemos perdido». Creía que no, pero sí, a él también lo perdí. Llevo toda la vida tirando pelotas de trapo a las latas, pero nunca he logrado darles y ahora tengo la sensación de que las pelotas están a punto de acabarse.

Me desperezo y, con un gesto de los brazos, tiro al suelo el papel que envolvía el casete. Lo recojo. La dirección del remitente está escrita por detrás, como se hacía antes. Ha estado muchos años en contacto con el fondo del cajón y aún se lee bien. Es una letra ordenada, propia de un buen soldado.

VITO ANANIA, VIA BOTTEGHELLE 17, REGGIO CALABRIA

El lado con la dirección del destinatario, en cambio, está más descolorido. Se ve que le ha dado más la luz.

SEÑORITA EVA HUBER

Iba dirigida a mí. Porque me llamo Eva Huber. Ese nombre de ahí soy yo.

Encima de la dirección, en rojo, un sello en diagonal:

RECHAZADO

Rechazado.

¿Por quién?

¿Quién?

Alzo los ojos hacia la fruta del friso y ahora la reconozco: es una granada.

Fue ella. Ella lo rechazó.

Rechazó ese paquete que iba dirigido a mí, sólo a mí, a Eva Huber, que soy yo y nadie más; no es ella, ella tiene otro nombre, es otra persona, no somos lo mismo y, sin embargo, fue justo lo que hizo. Yo tenía dieciséis años y ella le dijo al cartero que devolviera la voz de Vito, que me decía: «Para protegerte».

Habría podido no perder a Vito. Habría podido tenerlo cerca. Habría podido ser todo distinto. Pero ella hizo que escribieran: «Rechazado».

La indignación me estalla en el pecho. Ahora me queda todo claro.

Es culpa suya. Todo es culpa suya. Todo, absolutamente todo, es culpa suya.

Maldigo el día en que nací porque aquel día Gerda Huber se convirtió en mi madre.

Voy al baño y me lavo la cara con agua fría. Estoy cansada, cansada, pero lúcida como nunca. Una rabia que no he conocido en toda mi vida me oprime el pecho como una mano de hierro. Decírselo. Tengo que decírselo.

Ahora la luz que se filtra por la ventana es rosa y anaranjada. Se presenta un bonito día.

Regreso a la cama desde el baño, me siento, cojo el teléfono, pido la línea y marco un número. Mis movimientos son implacables y precisos como los de un asesino.

Gerda Huber se ha levantado temprano toda su vida y sigue haciéndolo ahora que se ha jubilado. Tras seis tonos, responde.

No la saludo. Le pregunto directamente por qué. ¿Por qué hiciste que escribieran «Rechazado» en aquel paquete?

Ella guarda silencio.

A lo mejor ya estaba despierta o a lo mejor el teléfono la ha arrancado del sueño ligero de jubilada. Ni siquiera le he dicho: «Hola, soy yo».

–¿Cómo lo sabes?

–Estoy en Reggio Calabria. He venido a ver a Vito, que va a morirse.

–¿Cómo…?

En vez de responderle, continúo el asedio.

–Imagina que alguien te hubiera impedido tener un padre. Tu padre. Cuando eras pequeña. Pero también después, cuando eras más mayor. Imagínatelo. Imagina cómo habría sido.

1992

¿Cuándo fue la última vez que Gerda había visto a su padre? En el entierro de Peter, hacía un cuarto de siglo.

Qué giros más raros tenían aquellos pasillos. Ibas recto y de repente te topabas con una ventana, pero no estaba recta, sino torcida. También en el exterior la nueva residencia tenía la fachada llena de líneas oblicuas, balcones triangulares y extrañas cúspides en el techo.

La pequeña ciudad había esperado mucho tiempo la construcción del nuevo *Altersheim*. Quizá por el aumento de la población, o porque la muerte se había apoltronado, la antigua residencia de ancianos llevaba tiempo abarrotada. Las listas de espera eran larguísimas, las familias esperaban años antes de obtener una plaza. Y, como sólo había una forma de que el ocupante de una habitación la liberase, no era bonito deseársela. Por fin, con el nuevo edificio había muchas más camas y las listas se habían reducido.

El Ayuntamiento no había reparado en gastos para construirlo, entre otras cosas porque, gracias a la autonomía fiscal de la provincia, había dinero a espuertas: a veces, si acaso, la Administración se preguntaba cómo gastarlo todo. Los arquitectos que lo habían diseñado estaban satisfechos con su innovadora creación, con paredes que se cruzaban creando perspectivas audaces, salas amplias, pero nunca cuadradas o rectangulares, sino en forma de

rombos, trapecios o triángulos escalenos. Lástima que moverse por aquellos ángulos agudos fuera causa de gran desorientación para los residentes y que quien se llevaba los muebles de casa para pasar su última etapa en su propia cama descubría que, con tanta línea torcida, no había manera de colocarlos. Pero ¿qué más daba eso en comparación con el prestigio de una residencia para viejos citada en las revistas de arquitectura?

De los hijos de Hermann Huber, Gerda era la única con la que la dirección del *Altersheim* pudo dar: uno había muerto, otra estaba en el extranjero y nadie recordaba su apellido de casada. Sólo quedaba ella, que al menos estaba empadronada en la pequeña ciudad.

Eso le había dicho la voz al teléfono en la oficina de frau Mayer, que había ido personalmente a la cocina para avisarla de que querían hablar con ella urgentemente. La voz dijo que la enfermedad que afectaba a su padre estaba en su último estadio, que ya no respondía al tratamiento y que el pronóstico era confidencial. Si quería despedirse de él, no había tiempo que perder. A no ser que quisiera ir después, para cumplir con los trámites que dejarían la habitación disponible para el siguiente de la lista.

Frau Mayer la había dejado a solas en su oficina durante la llamada. A sus casi ochenta años, el verde azteca de sus ojos seguía siendo magnético; la trenza que le rodeaba la cabeza no era menos perfecta por ser canosa y parecía, si acaso, aún más escultural. Y, dado que también la belleza de Gerda se había tornado más esencial y compacta, frau Mayer y ella habían empezado a parecerse, como les ocurre a las viejas parejas. Gerda, con poco menos de cincuenta años, todavía era una mujer hermosa, pero ya no provocaba en los hombres el tormento de antaño y eso, para qué negarlo, había permitido a frau Mayer tratarla con mayor benevolencia. Cuando Gerda le comunicó que tenía que ausentarse un día, la dueña del hotel no tuvo nada en contra. Sólo le comentó que no sabía que su padre aún vivía.

–Yo tampoco –respondió Gerda.

Recorrió el pasillo que, desde el vestíbulo de la residencia, conducía a las escaleras. En las plantas bajas, con vistas al jardín, vivían los residentes capaces de comer solos, de leer el *Dolomiten*, de enamorarse y de montar furibundos numeritos por celos. En los pisos superiores vivían los ancianos dependientes. Cuanto más próximo o probable era el final de un residente, más cerca del cielo estaba su habitación.

Gerda siguió las instrucciones que le habían dado en el mostrador de recepción y giró a la derecha, pero se topó con la puerta de un baño: se había perdido. Eso les pasaba a todas las visitas la primera vez que entraban: con tantos giros inesperados en los pasillos, las indicaciones de derecha e izquierda se confundían con facilidad. Gerda volvió sobre sus pasos, decidida a renunciar al ascensor y subir por las escaleras. Iba por la mitad del pasillo cuando se encontró en medio de una pequeña multitud. Una docena de personas, entre auxiliares de enfermería, residentes y visitas, rodeaban a una figura delgada, alta y ágil a pesar de las muletas y la edad, inconfundible. Gerda dio un respingo: ¡su *Obmann*!

–Eso, *gnädige Frau*,[100] ya se lo garantizo yo –le estaba diciendo Silvius Magnago a una anciana en silla de ruedas–: la osteoporosis de cadera no merma el espíritu. Créame, sé lo que me digo. Si la inteligencia se encontrara en las piernas, yo sería medio idiota.

Y la frau en silla de ruedas soltó la carcajada de una chica que en cualquier momento bien podría levantarse y empezar a bailar.

Con casi ochenta años, Silvius Magnago ya no era el presidente de la provincia ni el *Obmann* de su partido, del que sólo conservaba la presidencia honoraria. Unos meses antes, en junio, Austria había entregado a Italia una declaración en la que se afirmaba que el Estado italiano había cumplido sus compromisos con la minoría de lengua alemana del Alto Adigio. El nombre

oficial de dicho certificado era «Otorgamiento de liberación». Un nombre notarial, de contables, de recibo de la compra; sin duda, no de héroes. Y puede que precisamente ahí radicara el éxito histórico de Silvius Magnago, quien ahora, cumplida su misión, se había buscado otra: visitar las residencias de ancianos de la provincia y sorprender a sus coetáneos con un humor negro que nadie habría sospechado en sus años de actividad política.

Magnago señaló el cigarrillo que un joven enfermero llevaba en la mano.

–La dirección me ha prohibido que les regale cigarrillos, dicen que provocan cáncer. En la residencia de Lana, en cambio, sí me lo permitieron, ¿saben por qué? Tienen una lista de espera excesivamente larga y les viene bien un empujoncito.

Un breve silencio antes de que estallara una carcajada colectiva, liberatoria, casi salvaje.

Gerda se acercó con un nudo en la garganta. Al tenerlo ahí, delante de ella, se sintió de repente la chiquilla que lo había visto conquistar a la multitud en Castel Firmiano.

–¡Herr *Obmann*…! –murmuró.

Magnago la vio, se giró hacia ella con caballerosidad y estrechó la mano que Gerda, sorprendida por su propio valor, le estaba ofreciendo.

–Hermosa señora, es usted todavía joven para vivir aquí. ¿Está visitando a un pariente?

–A mi padre.

–Muy bien. Los viejos necesitamos que los jóvenes no nos dejen solos. ¿Cómo está su padre?

A Gerda se le secó la garganta. Menos mal que en aquel momento, tras cruzar con gran esfuerzo el pasillo apoyándose en un bastón, un octogenario empezó a decirle al *Obmann* que siempre había querido verlo en carne y hueso.

Magnago señaló con un dedo alargado su pecho delgado.

–En hueso puede que sí, pero carne me temo que va a encontrar poca…

Lo dijo como un cómico consumado, impasible y con expresión seria. El público, encantado, soltó otra carcajada.

Gerda, confundida, ya se había alejado.

El olor a desinfectante y a lejía disimulaba el hedor de los cuerpos en decadencia. Pero el aire estaba estancado, como cuando la muerte no anda lejos. Hermann aún tenía la espalda ancha, de hombros cuadrados; los pies, al final de aquellas largas piernas que su hija había heredado, tocaban el extremo de la cama. El brazo, estirado sobre la sábana, conectado a un gotero, seguía siendo musculoso. Estaba dormido.

Gerda titubeó, se quedó en el umbral. La habitación era amplia y de tonos claros, aunque de forma irregular. El espacio que había entre ella y aquel bulto en la cama le pareció enorme. Pasó un buen rato observándolo desde lejos. Tuvo que armarse de voluntad para entrar, coger una silla –con un atrevido diseño tubular–, acercarla a la cama y sentarse.

Hermann no dio muestras de notar su presencia. Debajo de la ventana, el alféizar estaba lleno de figuritas de miga de pan. A contraluz, parecían un pequeño pueblo recortándose contra su cielo: al otro lado del cristal, varias nubes lenticulares de contornos difusos se deslizaban sobre el azul, empujadas por el soplo del Föhn. Gerda no le dijo nada al hombre que en otro tiempo había sido su padre, no intentó llamar su atención. Se quedó en silencio e inmóvil, como si también hubieran desinfectado sus emociones con lejía.

No sabría decir cuánto tiempo estuvo allí. Al cabo de un rato, su padre abrió los ojos. Notó su presencia y se giró hacia ella. Primero la miró con ojos opacos, pero, cuando la enfocó, su miraba brillaba como la de un niño.

Era ella.

Sí, sí, era ella.

Los ojos almendrados. Los pómulos altos. La boca carnosa, de la que sólo salían buenas palabras.

Hermann bajó los párpados dando un gemido de alivio, plenitud, consolación.

–*Mamme*… –murmuró con los ojos cerrados.

Cuánto tiempo la había esperado. Toda una vida.

KILÓMETRO 1397

Gabriele ha pasado a por mí y me ha llevado al piso de sus padres. Nos abre la madre. Me llega por los hombros, tiene el pelo corto y gris, aunque en su día sería rizado, y es de constitución robusta. Pero también tiene unos ojos verdes luminosos y música en la voz:

–¡Por fin! ¡No sabe usted cuánto tiempo lleva esperándola mi marido!

¿Incomodidad? ¿Celos? Ni un ápice. De hecho, se me acerca un poco, baja la voz.

–Por favor, no se moleste, pero voy a hacer como que no sé quién es usted. No quiero que piense que me está dando un disgusto.

No sé qué decir. Pero ella no necesita mis palabras para seguir:

–Voy a acabar de prepararlo en el salón. Tened paciencia, que vamos un poco lentos. Yo tampoco soy una chiquilla.

Y entra por una puerta de vidrio esmerilado, única fuente de luz en el pasillo, de piedra oscura.

Huele a zumo.

–¿Quieres un café? –dice Gabriele.

–Sí, gracias.

–Voy a prepararlo.

Le pongo una mano en el hombro.

–Por favor, no me dejes sola.

Él accede, con un gesto de la cabeza; no le sorprende. Me toca la mano con la suya mientras yo lo miro agradecida.

En las paredes del pasillo hay varios reconocimientos oficiales. Gabriele se da cuenta de que los estoy mirando y enciende la luz.

Todos los certificados se han concedido a Vito Anania.

MEDALLA MILITAR DE BRONCE A LA CONSTANCIA EN EL SERVICIO DE MANDO
MEDALLA MILITAR DE PLATA A LA CONSTANCIA EN EL SERVICIO DE MANDO
MEDALLA MILITAR DE ORO A LA CONSTANCIA EN EL SERVICIO DE MANDO
CRUZ DE ORO POR ANTIGÜEDAD EN EL SERVICIO
CAVALIERE DE LA REPÚBLICA ITALIANA
MEDALLA DE LA ORDEN DE SAN MAURICIO POR DIEZ LUSTROS DE SERVICIO MILITAR

También hay un *encomio solemne*, con su correspondiente *motivación*. Empiezo a leerlo:

> Junto con el Núcleo Operativo, colaboraba eficazmente con su superior directo en la realización de complejas y arriesgadas investigaciones sobre la delincuencia organizada que concluyeron con la identificación y la denuncia de veinte delincuentes con antecedentes penales asociados para delinquir, responsables de ocho acciones de extorsión, diecisiete atentados con explosivos, siete daños agravados y otros delitos menores; a dos de ellos se los arrestó mientras dictaban por cable las instrucciones para la entrega de importantes cantidades de dinero.

–¿Qué quiere decir *dictaban por cable*? –le pregunto a Gabriele.

–Que estaban al teléfono. –Sus ojos sonríen un poco, pero no la boca, que se queda seria.

La mujer de Vito regresa por la puerta esmerilada. Se ha puesto una chaqueta y se está colocando el bolso en bandolera.

–Aprovecho que estáis vosotros para ir a hacer la compra –le dice a su hijo, y a mí me aclara, como si fuera una más de la familia–: Ya no podemos dejarlo

solo.

Sonríe de tal forma que yo no puedo evitar sonreírle.

–Aquí está, papá.

Gabriele abre la puerta esmerilada y me invita a pasar; luego creo que se va a la cocina, ya no me acuerdo.

Él está tumbado en el sofá, entre una docena de cojines, con una manta fina tapándole las piernas, apoyadas en un puf.

–Eva…

Qué viejo está. Qué enfermo está. Únicamente los ojos son los mismos. El resto del cuerpo está listo para morir.

–Has llegado.

Yo no soy capaz ni de decir su nombre. Me hace un gesto para que me acerque. Cruzo el salón; él me mira, me mira y me mira.

–Qué guapa estás.

Nunca he tenido tan claro como en este momento cuánto me parezco a mi madre.

¿Qué se dice en estos casos, cuando vuelves a ver a un hombre que hace más de treinta años…? No lo sé. Así que le pregunto:

–¿Cómo estás?

–Pues ya me ves.

–¿Te duele mucho?

–Por la noche, un poco…

Da un golpecito en el sofá, como si me estuviera invitando a bailar.

–Ven, siéntate, háblame de ti… Quiero saberlo todo.

Ya está, me digo, ahora me preguntará si estoy casada, si tengo hijos. Pero no:

–A ver, ¿de qué trabajas? Seguro que has hecho carrera. ¿Qué estudiaste en la universidad?

Tiene la misma voz que cuando me leía las empresas de los Tigres de Malasia, sólo que más apagada.

Niego con la cabeza.

–No fui a la universidad. Organizo actos.

–¿Actos?

Le explico que me matriculé en Derecho y que quería especializarme en derecho laboral, pero que en segundo me contrataron en un estudio de relaciones públicas y ya no me presenté a más exámenes; que luego me hice autónoma, que ahora organizo eventos y que económicamente no me ha ido nada mal: hasta me he comprado una bonita casa. Que mi madre se alegra de que no tenga un trabajo de esclava, como ella dice.

Vito no hace ningún comentario. No me riñe por no haber acabado la universidad, no dice que lo he decepcionado. Ni tampoco dice: si hubiera estado allí, te habría ayudado a elegir otra cosa. Se limita a asentir lentamente, contemplando pensativo el curso ya marcado de los acontecimientos. Pero está claro que mi respuesta lo ha entristecido.

Tampoco me pregunta si mi madre está casada. Sólo quiere saber cómo está. Se lo digo.

–¿Sabe que estás aquí?

–Se lo he dicho esta mañana, antes de venir, aunque creo que la forma… no ha sido la mejor.

Una vez más asiente con ese gesto lento. Otra cosa que no dice: dale recuerdos de mi parte.

Me pregunta qué fue de las personas que conoció. Hablar me resulta cada vez más fácil. Lo pongo al día de todos. Dejo lo más difícil para el final. A Vito se le empaña la mirada; durante unos segundos sólo puede pronunciar su nombre.

–Ulli…

Nos quedamos un rato sin decir nada y es un momento casi dulce: juntos y en silencio, en compañía del recuerdo de aquel niño con ojos de corzo.

Me pregunta por el Nanga Parbat. ¡Se acuerda del nombre de nuestro escondite! Le explico que demolieron el antiguo henil y que los nietos de Sepp y Maria construyeron uno nuevo: ahora el establo parece un laboratorio. Le hablo de Sigi y de su hijo Bruno, que se ha hecho *Schütze*, como su padre, y en los desfiles combina el tricornio decimonónico con las rastas y los *piercings*. Qué fácil es hablar con Vito. Él también me habla de su vida, de su familia. Pero veo que se está cansando. Estoy a punto de decírselo, pero se me adelanta.

–Te veo cansada –me dice él.

Asiento.

–Es que no duermo desde… Ya ni yo sé desde cuándo.

Pone un pequeño cojín en la manta que le tapa las piernas; me mira y le da dos palmaditas de afectuosa invitación. Como si yo fuera un gato o un perrito. O una hija pequeña.

Me quito los zapatos, apoyo la cabeza en su regazo, estiro las piernas, me pongo cómoda. Él me pasa un brazo por el hombro, ahueca el cojín y me lo coloca mejor debajo de la nuca.

–Anoche escuché la cinta –le digo en voz baja, mirando al techo.

–¿Te la dio Gabriele?

Asiento con parsimonia.

–Me habría gustado recibirla cuando la mandaste.

–La has recibido ahora.

La barriga en la que estoy apoyada resuena con su serena voz como un tambor. Cierro los ojos dando un suspiro profundo.

–Pero ahora es tarde –le digo.

–No es tarde. Es después.

El sueño llega a traición: estaba a mi lado, pero no lo he visto hasta que se ha apoderado de mí. Aún oigo a Gabriele, que entra en el salón con el café, y a Vito, que le dice:

–Eva se lo toma luego. Ahora está dormida.

KILÓMETRO 0-HOY

Y ahora estoy abrazando a mi madre porque nada ni nadie nos puede compensar por lo que perdimos, ni siquiera los culpables de aquellas pérdidas ni quienes de forma directa o indirecta fueron su origen o su causa. Al final, cuando hemos hecho todos los cálculos y tenemos claro quién nos ha quitado qué, y a quién, y por qué; cuando los créditos y las deudas, y toda la partida doble de culpas y resentimientos está ordenada y las cuentas cuadran, lo único que importa es esto: que aún podemos abrazarnos, sin desperdiciar ni un instante de la extraordinaria suerte que tenemos de seguir vivos.

He vuelto a casa en avión, sobrevolando Italia en un par de horas, con la nariz pegada a la ventanilla: tengo la sensación de haber acariciado de arriba abajo la larga península que ahora veo desde las alturas.

He ido directa a casa de mi madre. Le he hablado de Vito.

Ella me ha mirado, ha tardado un rato en hablar. Luego ha dicho:

–Lo habrás echado mucho de menos.

Son las palabras que llevaba treinta años esperando, pero no he sido consciente hasta ahora, cuando se las oigo decir. Las conservo en mi interior como un tesoro.

–¿Y tú? ¿Has pensado mucho en Vito? –le pregunto luego.

Mi madre hace un gesto raro: saca los pies descalzos de las zapatillas y mete el pulgar derecho entre el índice y el pulgar izquierdo. Se queda un rato mirándolos.

–Pienso en él cada noche, antes de dormir.

Voy a pasar la noche en su casa. Hay hielo en las carreteras: ha habido una helada inesperada. Mi madre se ha dormido en el sofá, con la cabeza apoyada en el cojín bordado por Ruthi y con la boca, aún hermosa, entreabierta. Mirarla casi me hace daño, pero es un dolor agradable.

Y pienso: *Gerda schloft.*

Gerda está dormida.

EPÍLOGO

Existe el tiempo que fluye a nuestro alrededor, que viene a nuestro encuentro, que nos atraviesa; el tiempo que nos condiciona y que nos moldea, la memoria que cultivamos o a la que desafiamos: nuestra Historia. Y luego está la secuencia de los lugares en los que vivimos, entre los que viajamos, en los que nos encontramos físicamente, lugares hechos de carreteras y de edificios, pero también de árboles, horizontes, temperaturas, niveles de presión atmosférica, de la mayor o menor velocidad a la que fluye el agua de un río, de las curvas de nivel: nuestra Geografía.

Estas dos trayectorias, vinculadas en parte al destino y en parte al libre albedrío, en cada instante y en cada lugar se cruzan en un punto, como en un plano cartesiano cósmico, y la secuencia de estos puntos forma una línea, una curva y, a veces, si tenemos suerte, incluso un dibujo que, aunque no sea armonioso, al menos podemos entrever.

Ésa es la forma de nuestra vida.

Una mañana de primavera de 1998, con la firma del Acuerdo de Schengen, en presencia de las autoridades italianas y austríacas, se desmontó la barrera entre los dos países del paso del Brennero. Ya no había ninguna frontera física que separase al *Südtirol* de Austria, la tierra madre perdida.

Lástima que ese acontecimiento, soñado desde hacía casi ochenta años, reivindicado con sangre y negado con la fuerza militar, ya apenas tuviera relevancia en un planeta sacudido por la globalización. Si la Historia pretendía gastar una broma, no había mejor fecha: 1 de abril, Día de los Inocentes.

Eva tomó una decisión. Si vuelve a haber un censo de pertenencia lingüística, a la hora de rellenar la *Sprachgruppenzugehörigkeitserklärung*, en la casilla «Etnia» escribirá: CHINA.

A fin de cuentas, su madre nació en Shanghái.

NOTA

Dentro de los límites evidentes de una novela de ficción, he procurado ceñirme con la mayor fidelidad posible a los acontecimientos históricos. En particular, el episodio de la redada está basado en el registro que tuvo lugar en Montassilone/Tesselberg (val Pusteria) en septiembre de 1964, según relatan los testigos oculares. Del oficial de los alpinos que ordenó «fusílalos a todos», y de que esa orden formaba parte de una estrategia más amplia, habló en una entrevista con *Repubblica*, en julio de 1991, el general jubilado Giancarlo Giudici: había sido él, joven teniente coronel, quien dirigió la operación… y desobedeció las órdenes.

Los capítulos dedicados a Silvius Magnago están basados en buena medida en el excelente libro de Hans Karl Peterlini *Das Vermächtnis. Bekenntnisse einer politischen Legende* (Raetia, 2007).

Para responder a las exigencias narrativas, me he tomado la licencia de fingir que en 1973 seguía en vigor el decreto firmado por Umberto de Saboya sobre los matrimonios *aceptables* para los *carabinieri*. En realidad, se derogó en 1971. También he adelantado un año, a 1963, el regreso de Mina a la televisión tras el nacimiento de su hijo.

Me gustaría aclarar que el dialecto surtirolés, sobre todo en su versión escrita, tiene unas reglas muy simplificadas con respecto al alemán oficial.

Por último, una observación sobre los términos *Alto Adigio*, *altoatesino*, *Südtirol* y *surtirolés*: precisamente porque la forma en que la provincia tenía el derecho o la obligación de ser llamada no fue un elemento secundario de la cuestión, esos nombres no se usaban, salvo en contadas ocasiones, de manera neutral. En general, he seguido la regla por la que se dice Alto Adigio cuando el punto de vista es italiano y *Südtirol* cuando es alemán, y que define a altoatesinos y surtiroleses como sus respectivos habitantes de lengua italiana y alemana. Sin embargo, en el uso habitual esta regla tiene muchas excepciones, por lo que en el libro también he alternado un poco.

Y, si de vez en cuando eso produce cierto extrañamiento, ¡bienvenidos al Alto Adigio/*Südtirol*!

AGRADECIMIENTOS

Sin mi madre este libro no existiría. Turista italiana en el Alto Adigio desde finales de los años sesenta, me enseñó a interesarme y a respetar a los habitantes de una tierra que hoy, como entonces, muchos italianos adoran por su geografía, pero cuya historia ignoran.

Además, me gustaría dar las gracias a los muchos *carabinieri*, de servicio y jubilados, veteranos en la lucha contra el terrorismo altoatesino y en las misiones de paz en el extranjero, que me han contado sus vivencias en el Cuerpo pero que, «acostumbrados a obedecer en silencio», me han pedido que no dé sus nombres; al chef Albert Pernter, que me abrió las puertas de su reino, la cocina del Hotel Post, en Brunico; a Alois Niederwolfsgruber, por las historias de las salidas del armario de los gais de la montaña; a Mirella Angelo y Giovanni Monaco por su hospitalidad y por las sardinas *a beccafico*; a Stefan Lechner por el planteamiento de las investigaciones históricas; a todos los italianos, a los *Deutschsprachigen* y a los *ladins* que en el Alto Adigio/*Südtirol* me han hecho sentirme siempre como en casa, y ante todo a la familia Senoner, de la granja Putzè, en Santa Cristina di val Gardena, a Annemi Feichter (*die liebe Omi*) y al doctor Manfred Walde. Por último, gracias a los muchos amigos que con inteligente paciencia se enfrascaron en la lectura del manuscrito a medida

que evolucionaba, ofreciéndome consejos, valiosas críticas y ánimos: son demasiados para nombrarlos a todos, pero ellos saben quiénes son.

Muchas gracias, *Donkschian*.

Notas

1. Patria. [Todas las notas, salvo que se indique lo contrario, son de la autora.]
2. Estufa. El término indica, por extensión, la sala revestida de madera en cuyo centro se encuentra la estufa de leña, corazón de las casas tradicionales tirolesas.
3. Madrina.
4. Vestido tradicional femenino.
5. Juego de cartas.
6. Raviolis tiroleses.
7. Empanadas de pasta fermentada fritas, rellenas de chucrut, espinacas y ricota o patatas.
8. *Strudel* de semillas de amapola.
9. Buñuelo dulce servido con azúcar y mermelada.
10. Saquitos de ricota dulce.
11. Rollo dulce.
12. «¡Maldita sea!»
13. «¡Trasto de mierda!»
14. Queso gris.
15. Trajes tradicionales.

16. Pantalones cortos de cuero.

17. Escuelas-catacumba.

18. «Patria», pero con un potente matiz implícito de *hogar*.

19. Albóndigas.

20. Frente oriental.

21. «Papá, soy yo, Gerda.»

22. Torta de pan de centeno crujiente.

23. Bastón de montaña.

24. «Con eterna gratitud por el mejor día de mi vida. Siempre tuyo, John.»

25. Raviolis rellenos de ricota y espinacas.

26. Ñoquis de espinacas.

27. Verbena campesina.

28. *La fuente frente al portal.*

29. *Donde murmura el arroyo.*

30. *No hay tierra más hermosa.*

31. Castel Firmiano, en italiano.

32. «¡Venga, que el autobús de Merano está a punto de salir!»

33. Escalope empanado.

34. Comité de Liberación del Tirol del Sur.

35. Pertenencia a un grupo lingüístico.

36. Prostitutas.

37. «¡Sopa de orzo, nueva!»

38. «¡Solomillo a la pimienta, nueva!»

39. «¡Chuletas de cordero a las finas hierbas, nueva!»
40. «¡Rollo dulce, nueva!»
41. Tiras de carne cocida pasadas por la sartén con patatas.
42. Solomillo de buey.
43. Codillo.
44. Tarta de Linz (con avellanas en la masa y mermelada de arándano).
45. Galletas de pastafrola con mermelada.
46. Mesa con clientes habituales.
47. Jardín de las rosas.
48. Calavera.
49. «¿Qué haces?»
50. Maricón.
51. Salchicha al curry.
52. Alemán correcto.
53. Usted.
54. A usted.
55. Teniente de los cazadores de montaña.
56. Iglesia parroquial.
57. Banda del pueblo.
58. Germanidad fronteriza amenazada.
59. Comunidad de pueblos y de culturas.
60. Espacio vital.
61. Chiquillo.

62. «Dos soldados preguntan por ella.»

63. «¿Todo en orden?»

64. Estiércol divino: el mito de Gea como nostalgia en la narrativa autorreferencial del intelecto moderno.

65. «Llama al mundo, si gustas, *valle de la formación del alma*. Entonces descubrirás para qué sirve el mundo.»

66. Calendario de Adviento.

67. Padrino.

68. «También una pizca de cebollino…»

69. Salchichón ahumado.

70. Pan de centeno y trigo aromatizado con hinojo, comino o cilantro.

71. Colinabos.

72. Patatas salteadas en la sartén.

73. Dulces de pasta fermentada.

74. Pollo frito a la vienesa.

75. Literalmente, azúcar para el estómago.

76. Tabernas.

77. Imprecaciones.

78. Pocilga, matadero.

79. Forma de saludar.

80. Otras formas de saludar.

81. Hasta la vista (en dialecto).

82. Abuelo.

83. «Gerda, ¿estás?»

84. Compromiso.

85. «Andando.»

86. «¿Cuántos años tienes?»

87. «No entiendo.»

88. «Repita en alemán.»

89. «Póngame un café, por favor.»

90. Gris fascista.

91. Buenas.

92. Moda tradicional.

93. Trineo de esquí.

94. Fiestas rurales.

95. Sinónimos vulgares de *homosexual*.

96. «¡Buenas!»

97. Matrimonio mixto.

98. Sajonia, sello postal rojo de tres pfennig. Es el primero emitido por el Reino de Sajonia en 1850.

99. Sello negro, el primero emitido por el Reino de Baviera en 1849.

100. Querida señora.

ÍNDICE

PRÓLOGO

1919

KILÓMETRO 0

1925-1961

KILÓMETRO 0-35

1961-1963

KILÓMETRO 35-230

1962-1963

KILÓMETRO 230-295

1963

KILÓMETRO 295-715

1963-1964

KILÓMETRO 715

1964

KILÓMETRO 715-850

1965-1967

KILÓMETRO 850-903

1967-1968

KILÓMETRO 903-960

1968-1970
KILÓMETRO 960-1126
1971
KILÓMETRO 1126-1191
1971-1972
KILÓMETRO 1191-1303
1972
KILÓMETRO 1303-1383
1973
KILÓMETRO 1383-1397
1973-1977
KILÓMETRO 1397
1978-1979
KILÓMETRO 1397
1992
KILÓMETRO 1397
KILÓMETRO 0-HOY
EPÍLOGO

Nota
Agradecimientos

Table of Contents

Prólogo
1919
Kilómetro 0
1925-1961
Kilómetro 0-35
1961-1963
Kilómetro 35-230
1962-1963
Kilómetro 230-295
1963
Kilómetro 295-715
1963-1964
Kilómetro 715
1964
Kilómetro 715-850
1965-1967
Kilómetro 850-903
1967-1968
Kilómetro 903-960
1968-1970
Kilómetro 960-1126
1971
Kilómetro 1126-1191
1971-1972
Kilómetro 1191-1303
1972
Kilómetro 1303-1383
1973
Kilómetro 1383-1397
1973-1977
Kilómetro 1397
1978-1979

Kilómetro 1397
1992
Kilómetro 1397
Kilómetro 0-hoy
Epílogo
Nota
Agradecimientos